



SOPHIE HANNAH

LA CUNA VACÍA

¿Puede una madre desear
la muerte de su hijo?



Cierra los ojos. Cuando despiertes, nada será igual.

La pesadilla empieza siempre de la misma manera. Una noche larga, el llanto del bebé no cesa. Apenas descansas, pero no debes dormirte. Simplemente no debes. Sin embargo, con las primeras luces del alba, caes rendida y cierras los ojos, apenas unos instantes. Cuando los vuelves a abrir, tu pequeño está quieto, sus manitas frías y no respira. Para muchas mujeres es la peor pesadilla del mundo, pero al despertar la olvidan. Para Helen, Ray y Sarah parece no acabar nunca. Las tres han sido acusadas de infanticidio, las tres aseguran ser inocentes. Es el momento de saber la verdad.

«Un *thriller* perfecto. Una meditación sobre la sociedad actual». *THE GUARDIAN*.



Sophie Hannah

La cuna vacía

Spilling - 5

ePub r1.1

Titivillus 25.11.15

Título original: *A Room Swept White*

Sophie Hannah, 2010

Traducción: Antonio Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Anne Grey, que,

entre muchas otras valiosas muestras de sabiduría,

me hizo conocer el dicho que reza:

«No te tomes nada personalmente, ni siquiera cuando lleve tu nombre escrito».

Esta dedicatoria no contradice en absoluto la verdad de ese consejo.

Ray Hines

Transcripción de la entrevista 1

12 de febrero de 2009

(La primera parte de la entrevista —los primeros cinco minutos— no fue grabada. RH solo me permitió grabar cuando dejé de preguntarle por los detalles de su caso. Orienté la conversación hacia HY, pensando que entonces se expresaría con más libertad).

RH: Vi a Helen Yardley en una ocasión, eso es todo. ¿Qué quiere que le diga de ella? Creía que era yo quien le interesaba.

LN: Me interesa y mucho. Pero no parece usted dispuesta a hablar.

(Pausa)

LN: No quiero saber nada concreto de Helen. No intento...

RH: La vi en una ocasión. Unos días antes de que apelara. Todo el mundo quería que saliera. No solo las mujeres. También los miembros del personal. Nadie creía que fuera culpable. El responsable de eso fue usted.

LN: Yo solo aporté una pequeña parte del esfuerzo. Hubo...

RH: Usted fue la cara pública y la voz que más se oía. Me dijeron que usted me sacaría. Mis abogados, casi todo el mundo que conocí dentro. Y me sacó. Gracias a usted y a la oportunidad del momento en que sucedió, los pequeños roces que tuve con la gente imbécil de Durham y Geddham Hall fueron relativamente llevaderos.

LN: ¿La oportunidad del momento?

RH: La opinión pública estaba cambiando ya cuando me condenaron. La eficacia del trabajo de usted estaba surtiendo efecto. Si me hubieran juzgado un año después, me habrían absuelto.

LN: ¿Igual que a Sarah, quiere decir?

(Pausa)

RH: No pensaba en Sarah Jaggard.

LN: La juzgaron en 2005. Un año después que a usted. Y a ella la absolvieron.

RH: No pensaba en ella. Pensaba en mí misma, en la posibilidad de que me hubieran juzgado un año después.

(Pausa)

LN: ¿Qué? ¿Por qué sonrío?

RH: La identidad grupal es importante para usted. Como para Helen Yardley.

LN: Prosiga.

RH: Nosotras. Las mujeres por las que usted batalló. Dice «Helen» y «Sarah» como si fueran amigas mías. No sé nada de ninguna de las dos. Y lo poco que sé me indica que no tenemos nada en común, salvo lo evidente. El marido de Helen Yardley estuvo a su lado todo el tiempo, ni una sola vez dudó de su inocencia. Y eso es algo que no tenemos en común.

LN: ¿Ha sabido algo de Angus desde que salió?

(Larga pausa)

LN: Imagino que es difícil para usted hablar de eso. ¿Volvemos a Helen y a Sarah? Ellas no la conocen a usted más que usted a ellas, sin embargo he hablado con ambas y puedo asegurarle que sienten una gran afinidad con usted. Por lo que usted llama «lo evidente».

(Pausa)

LN: Ray, es usted excepcional. La tragedia que vivió es exclusivamente suya. Eso lo sé. Y no trato de minimizar su derecho a la individualidad. Espero que lo entienda. Lo único que digo es que...

RH: Sarah Jaggard fue absuelta. Fue acusada de matar a un niño que no era suyo. En su caso hay menos elementos en común conmigo que entre el mío y el de Helen Yardley.

(Pausa)

LN: Escuche, Ray, yo lo entendería totalmente si dijera que ha habido momentos en que ha odiado a Helen y a Sarah. También ellas lo entenderían.

RH: ¿Por qué tendría que odiar yo a dos mujeres a las que no conozco?

LN: Sarah fue absuelta. Es verdad que tuvo que soportar un juicio, pero obtuvo un veredicto de inculpabilidad. Es el veredicto que habría debido obtener usted. En el ínterin permaneció usted encerrada, preguntándose si saldría alguna vez. Habría sido de lo más normal que sintiera usted envidia de ella, incluso que en sus momentos más desesperados deseara que su veredicto hubiera sido otro. Y Helen... bueno, usted misma lo ha dicho, todo el mundo sabía que no era culpable. Su recurso se vio en el momento en que usted llegaba a Geddham Hall. Cuando supo que ella iba a salir libre, y se enteró de que usted iba a seguir encarcelada, es comprensible que la odiara, que deseara que se desestimara su recurso. Nadie se lo habría reprochado.

RH: Me alegro de que esté grabando todo esto. Me gustaría decir con absoluta claridad, para que conste, que no sentí nada de cuanto usted me atribuye.

LN: Escuche, yo no...

RH: No envidié la absolución de Sarah Jaggard. No quise que se desestimara el recurso de Helen Yardley. Ni siquiera durante una fracción de segundo tuve esos pensamientos. Quiero que esto quede completamente claro. Yo jamás desearía que condenaran a nadie por un delito que no ha cometido. Y nunca querría que desestimaran un recurso si la persona juzgada es inocente de lo que se le imputa.

(Pausa)

RH: Supe que se había admitido el recurso cuando oí explosiones de júbilo por todas partes. Todas las mujeres habían estado con la cara pegada a los televisores. Incluso las guardianas.

LN: ¿Usted no?

RH: No me hacía falta. Sabía que Helen Yardley saldría en libertad. ¿Fue ella quien lo convenció de que yo la envidiaba?

LN: No. Helen siempre se ha referido a usted en términos elogiosos...

RH: La única vez que la vi no fue por casualidad. Vino en mi busca. Quería hablar conmigo antes de interponer recurso, por si no volvía a Geddham. Me dijo lo que acaba usted de decir, que sería lógico que la envidiara y estuviese resentida con ella si la dejaban en libertad, y que no me lo reprocharía, pero quería que yo supiera que ya me llegaría el momento: que también yo recurriría y que ganaría la apelación. Que me pondrían en libertad. Mencionó el nombre de usted. Dijo que usted la había ayudado y que estaba igualmente decidido a ayudarme a mí. No puse en duda sus palabras. Nadie podría poner en duda su abnegación, nadie que haya oído hablar de usted... ¿y quién no ha oído hablar de usted a estas alturas?

(Pausa)

LN: Entonces podemos decir que Helen es amiga suya, después de todo.

RH: Si se puede llamar amiga a la persona que desea nuestro bien, entonces supongo que lo es. Milita en el movimiento JPCI y apoyó mi causa. La verdad es que no lo entiendo. Estaba en la calle, libre. ¿Por qué no se limitó a seguir con su vida?

LN: ¿Habría hecho usted eso?

RH: Es lo que trato de hacer. No queda nada de mi antigua vida, pero me gustaría comenzar de nuevo.

LN: También Helen quiere seguir viviendo su vida, es lógico. Pero fue víctima de una tremenda injusticia y sabía que usted estaba en el mismo caso, usted y otras personas... Dorne Llewellyn sigue en prisión.

RH: Oiga, no tengo ganas de hablar de otras personas, ¿entendido? No quiero formar parte de su peña de personas condenadas injustamente. Estoy sola, lo cual no es tan malo cuando una se acostumbra, y si alguna vez opto por no estarlo, quiero que sea por voluntad propia. No quiero pensar en otras mujeres. Me irá mejor si no pienso. Usted ya tiene su causa y su bandera: no se esfuerce para que también sean más.

(Pausa)

RH: No quiero estropearle el programa, pero no me hable de justicia e injusticia. Esas cosas no existen.

(Pausa)

RH: Bueno, no existen, ¿estamos? Definitivamente no.

LN: Yo creo firmemente que las dos cosas existen. Y procuro promover la primera e impedir la segunda. Es el objetivo de mi vida.

RH: Eso de la justicia es una idea bonita, pero nada más. La hemos inventado, los seres humanos, porque nos gustaría que fuera real, pero la verdad es que no lo es. Fíjese... Para que lo entiendan quienes escuchen la grabación, tengo un posavasos metálico en la mano. ¿Qué pasará si lo suelto?

LN: Que caerá al suelo.

(Ruido apagado del posavasos al llegar a la alfombra)

RH: Por la fuerza de gravedad, ¿no? Creemos que la gravedad existe y en eso no nos equivocamos. Podría coger ese posavasos, y ese otro, y ese otro, y soltarlos; y todos caerían al suelo. Pero ¿y si solo cayera uno y los demás flotarían en el aire ante nuestros ojos, o salieran disparados hacia el techo? ¿Y si usted hubiera visto que sucedía así? ¿Seguiría creyendo en la gravedad si las cosas cayeran solo de vez en cuando?

LN: Entiendo lo que trata de decirme, pero...

RH: De vez en cuando ocurren cosas buenas a las buenas personas. Y ocurren cosas malas a las malas personas. Pero es por casualidad, por pura coincidencia aleatoria. Como cuando sucede al revés: que a las buenas personas les sucedan cosas malas.

LN: Pues a eso es a lo que yo llamo injusticia: a que el sistema trate a las buenas personas como si fueran malas.

RH: La justicia existe tanto como Papá Noel.

LN: Ray, tenemos todo un aparato jurídico dedicado a...

RH: ... a procurar que se haga justicia. Lo sé. Y cuando era niña, me sentaba en las rodillas de un hombre vestido de rojo y blanco y con una larga barba, y me hacía un regalo. Pero era una fantasía. Una fantasía que hace que la gente se sienta mejor. Solo que no es así: hace que se sienta peor cuando la ilusión se rompe en pedazos. Por eso, cuando medito sobre lo que me ha sucedido, pienso que soy una persona que ha tenido una suerte pésima, no que he sido víctima de un fallo del sistema. ¿Por qué voy a torturarme creyendo que hay en el mundo una fuerza misteriosa que arregla las cosas al gusto de la buena gente, pero que a mí me ha fallado o me ha pasado por alto? No, gracias. ¿Y la gente? La gente no comete actos injustos porque esté motivada por una fuerza difusora del mal. La gente la pifia mientras explota sus habilidades y hace las cosas lo mejor que puede, lo cual casi nunca es suficiente, y en algunos casos ni siquiera hace las cosas lo mejor que puede y la conducta de unos repercute en otros y... Bueno, lo que quiero decir es que la vida es caótica e indiscriminada. Las cosas ocurren y ya está, y no tiene que haber un motivo.

(Pausa)

RH: Sería mejor que se olvidara usted de la justicia y se concentrara en la verdad.

LN: ¿Cree usted en la verdad?

RH: Totalmente. La verdad existe siempre, incluso cuando las personas se creen las mentiras. La verdad es que yo no maté a mis criaturas. Las quería, más de lo que usted imagina y nunca hice daño a ninguna, de ninguna de las maneras.

LN: Eso lo sé, Ray. Y ahora lo saben también los demás.

RH: La verdad es que Helen y Paul Yardley son personas que seguramente invertirían todo su tiempo y todas sus energías para socorrer a desconocidos, y puede que también Sarah Jaggard y su marido... no me acuerdo de su nombre...

LN: Glen.

RH: Puede que también ellos sean así. Pero yo no. Lo cual no tiene importancia porque ya los tiene a ellos para hacer su programa. No me necesita a mí para que se lo eche a perder diciendo lo que pienso.

LN: No echará a perder nada. Todo lo contrario. Su historia es...

RH: Mi historia enturbiará sus aguas. Soy una drogadicta que mintió ante el tribunal o mintió antes de ir a juicio: elija lo que más le guste. Sus espectadores de la clase media inglesa se sentirán inflamados de santa y puritana ira cuando conozcan la vida ejemplar de Helen Yardley, la respetable cuidadora de niños, felizmente casada, adorada por los niños a su cuidado y

los progenitores de estos niños, y por todos cuantos la han conocido... y a continuación pasará usted a mi caso y perderá todo lo que ha ganado. Mucha gente sigue creyendo que soy culpable.

LN: Por eso es de la máxima importancia que forme usted parte del programa y diga la verdad: que usted no mintió, ni en el juzgado ni fuera de él. Que estaba usted traumatizada y que le falló la memoria, como suele ocurrir cuando las personas están bajo una gran tensión emocional. Cuente la verdad en este contexto, Ray, en el contexto de mi película, y el público la creará. La creará, se lo prometo.

RH: No puedo hacerlo. No quiero involucrarme en esto. Apague este chisme.

LN: Pero Ray...

RH: Apáguelo.

Miércoles, 7 de octubre de 2009, 9.22 h

informa Rahila Yunis

MADRE INJUSTAMENTE CONDENADA ENCONTRADA MUERTA EN SU CASA

Helen Yardley, la cuidadora de niños injustamente acusada de haber matado a sus dos hijos pequeños, fue encontrada muerta el lunes en su casa de Spilling. La señora Yardley, de treinta y ocho años, fue encontrada muerta por su marido, Paul, de cuarenta años de edad, de oficio techador, cuando volvió del trabajo a última hora de la tarde. La policía piensa que la muerte se ha producido en «circunstancias sospechosas». El comisario Roger Barrow, de la policía de Culver Valley, ha dicho: «Es todavía demasiado pronto para sacar conclusiones porque la investigación se encuentra en su fase inicial, pero podemos asegurar a la familia de la señora Yardley y al público que vamos a emplear a fondo todos nuestros recursos en este caso. Helen y Paul Yardley han pasado ya momentos de angustia intolerable. Es de capital importancia que resolvamos esta tragedia con discreción y eficacia».

La señora Yardley fue acusada en noviembre de 1996 de haber matado a su hijo Morgan en 1992 y a su hijo Rowan en 1995. Los niños tenían al morir 14 y 16 semanas, respectivamente. La señora Yardley fue declarada culpable por un jurado popular que la condenó por 11 votos contra 1, y fue sentenciada a dos cadenas perpetuas. En junio de 1996, mientras estaba en su casa, en libertad bajo fianza, en espera del juicio, dio a luz a una niña, Paige, que fue confiada a una familia de acogida y posteriormente adoptada. Entrevistado en octubre de 1997, el mismo día que se conoció el veredicto del tribunal de asuntos familiares, Paul Yardley declaró: «Decir que Helen y yo estamos destrozados es decir poco. Tras perder dos niños por muerte súbita infantil en su momento, hemos perdido ahora a nuestra querida hija por culpa de un sistema que acosa a las familias acongojadas robándoles a sus hijos. ¿Quiénes son esos monstruos para decidir que hay que destruir la vida de personas inocentes y respetuosas de la ley? Ni les importamos nosotros ni les importa la verdad».

En 2004, la Comisión para la Revisión de Casos Criminales, que investiga los posibles errores cometidos por los tribunales, interpuso recurso de apelación contra la sentencia que condenaba a la señora Yardley a raíz de las dudas que sus defensores plantearon sobre la integridad de la doctora Judith Duffy, que declaró como experta en el juicio. La señora Yardley fue puesta en libertad en febrero de 2005 cuando tres jueces del tribunal de apelación anularon la sentencia condenatoria. La acusada había mantenido en todo momento que era inocente. Su marido la apoyó durante todo su calvario, trabajando «20 horas diarias, todos los días de la semana», según una fuente próxima a la familia, para limpiar el nombre de su mujer. El señor Yardley contó con la ayuda de parientes, amigos y muchos progenitores de niños cuidados por la señora Yardley.

La periodista Gaynor Mundy, de cuarenta y tres años, que colaboró con la señora Yardley en su libro de recuerdos *Nada más que amor*, publicado en 2007, dijo: «Todos cuantos conocían a Helen sabían que era inocente. Era una persona dulce, amable y bondadosa que jamás haría daño a nadie».

El periodista y productor de televisión Laurie Nattrass desempeñó un papel de primer orden en la campaña en pro de la liberación de la señora Yardley. Anoche declaró: «No puedo expresar con palabras la tristeza y la ira que siento. Puede que Helen muriese ayer, pero le quitaron la vida hace 13 años, cuando fue declarada culpable de crímenes que no había cometido, de la muerte de sus dos queridos hijos. No contento con los castigos que ya le había infligido, el Estado amputó el futuro de Helen secuestrando —pues no hay otra palabra para describirlo— a la última criatura que le quedaba».

Nattrass, de cuarenta y cinco años, director creativo de Binary Star, empresa mediática con sede en el Soho, ha ganado numerosos premios por sus documentales sobre los errores de la justicia oficial. «En los últimos siete años, he dedicado el noventa por ciento de mi tiempo a defender a mujeres como Helen, investigando por qué se cometen errores de tan perniciosas consecuencias en tantísimos casos», ha dicho.

El señor Nattrass conoció a la señora Yardley cuando la visitó en 2002 en Geddham Hall, la cárcel de mujeres de Cambridgeshire. Juntos fundaron el grupo de presión JPCI (Justicia para Progenitores y Cuidadores Inocentes), anteriormente denominado JMI. El señor Nattrass declaró: «Al principio lo llamamos Justicia para las Madres Inocentes, pero no tardó en ponerse de manifiesto que también padres y canguros eran acusados y condenados por error. Helen y yo queríamos ayudar a todas las personas cuya vida hubiera sufrido un serio descalabro por este motivo. Había que hacer algo. Era intolerable que se acusara a inocentes cada vez que había una muerte infantil sin explicar. Helen se entregó a la causa en cuerpo y alma, lo mismo que yo. Trabajó sin descanso para ayudar a otras víctimas de la injusticia y lo hizo tanto en prisión como cuando fue puesta en libertad. Sarah Jaggard y Ray Hines, por citar solo a dos mujeres, deben agradecer su libertad a Helen. Su labor no morirá con ella».

Sarah Jaggard, de treinta años, peluquera de Wolverhampton, fue declarada inocente de la muerte de Beatrice Furniss, hija de una amiga, que falleció a los seis meses de edad mientras estaba al cuidado de la señora Jaggard. El señor Nattrass ha dicho al respecto: «La absolución de Sarah fue la señal que estábamos esperando para que el público empezara a entrar en razón. La gente ya no iba a permitir que la policía, los abogados y los médicos, movidos por la venganza o la corrupción, la embarcara en una caza de brujas».

La señora Jaggard declaró ayer: «No puedo creer que Helen haya muerto. Nunca olvidaré lo que hizo por mí, cuánto luchó por mí y lo mucho que me apoyó. Incluso mientras estaba en prisión, sin saber si iba a salir ni cuándo, encontró tiempo para escribir cartas en mi defensa a todo el que quería escucharla. Mi corazón sufre por Paul y su familia».

Rachel Hines, de cuarenta y dos años, fisioterapeuta de Notting Hill, Londres,

fue absuelta por el tribunal de apelación después de pasar cuatro años en prisión por el asesinato de su hijo y su hija, ambos de corta edad. Julian Lance, abogado de la señora Hines, ha dicho: «Si no hubiera sido por Helen Yardley y JPCI, no se nos habría permitido interponer recurso. Nos faltaba información fundamental. La organización JPCI nos la encontró. La muerte de Helen es un golpe demoledor para todos los que la conocíamos y una pérdida irreparable». No se pudo obtener ninguna declaración de la señora Hines.

La doctora Judith Duffy, de cincuenta y cuatro años, patóloga forense especializada en pediatría que trabaja en Ealing, Londres, fue testigo de la acusación en los juicios de las señoras Yardley, Jaggard y Hines. Actualmente está siendo investigada por el Colegio General de Médicos del Reino Unido, que la llamará a declarar el mes que viene para que responda por su presunta falta de ética profesional. Laurie Nattrass ha dicho: «Judith Duffy ha causado daños y sufrimientos inimaginables a docenas y tal vez a centenares de familias y hay que pararle los pies. Espero que sea eliminada de la lista de patólogos del Ministerio del Interior e inhabilitada por el Colegio de Médicos». El señor Nattrass está preparando actualmente un documental sobre los errores de la justicia de los que cree responsable a la doctora Duffy.

PRIMERA PARTE

Miércoles, 7 de octubre de 2009

Miro números mientras Laurie telefona, números que no significan nada para mí. En lo primero que pensé cuando saqué la tarjeta del sobre y vi cuatro filas de números del 0 al 9 fue en el Sudoku, un juego al que no he jugado nunca y al que probablemente no jugaré jamás porque detesto todo lo que tenga que ver con las matemáticas. ¿Por qué había de enviarme nadie un rompecabezas Sudoku? Muy sencillo: nadie me lo enviaría. Entonces, ¿de qué se trata?

—¿Fliss? —dice Laurie con la boca pegada al micro del teléfono. Como no respondo al instante, susurra otra vez mi nombre. Me recuerda a esos perturbados que jadean por teléfono y por eso sé que es algo urgente. Cuando no es urgente, tiene el auricular lejos de la boca y su voz parece la de un robot que hablase desde el otro extremo de un túnel.

—Hola, Laurie. —Me aparto el pelo de la cara con la tarjeta que he recibido, me vuelvo y miro por la ventana que tengo a la izquierda. Lo veo con claridad a través de las manchas de vaho que ninguna bayeta parece capaz de eliminar, al otro lado del pequeño patio y detrás de la ventana de enfrente. Está inclinado sobre la mesa, de cara hacia mí, pero no le veo los ojos; me los tapa la cortina de su revuelto pelo rubio.

Las gafas le han resbalado por el puente de la nariz, se ha quitado la corbata y se la ha puesto delante, en la mesa, como si fuera un periódico. Le saco la lengua y, como me siento completamente a salvo, le hago con el dedo un gesto más grosero aún. En los dos años que llevo trabajando con él, jamás lo he visto mirar por su ventana, ni siquiera cuando estuve en su despacho y le dije, señalando hacia el otro lado del patio: «Mi mesa es aquella de allí, la que tiene encima la crema de manos, el portarretratos y la maceta». Estuve a punto de decirle que a los seres humanos les gusta tener esos accesorios, pero me contuve.

Laurie nunca tiene nada encima de su mesa, salvo el ordenador, el BlackBerry, el material con que trabaja —periódicos, expedientes, minicintas magnetofónicas— y las corbatas que va dejando por toda la habitación y que parecen serpientes multicolores. Se diría que ha desarrollado una grave alergia a las corbatas, tal vez a causa del grosor de su cuello. No sé por qué se molesta en ponérselas cuando se viste; siempre se las quita al poco de llegar a la oficina. Junto a su mesa hay un globo terráqueo apoyado en un soporte metálico semiesférico. Le da vueltas cuando medita alguna cosa, o cuando está enfadado, o cuando está nervioso. En las paredes del despacho, entre sublimes testimonios de su éxito, su inteligencia y su humanidad —diplomas y fotos en que se le ve recibiendo premios con cara de haber terminado los estudios de buena educación para gorilas, luciendo su eterna,

simpática y aristocrática sonrisa—, hay carteles de planetas, aislados y en grupos: Júpiter en solitario, Júpiter desde otro ángulo, con Saturno cerca. En una estantería hay un sistema solar tridimensional en miniatura y cuatro o cinco libros sobre el espacio exterior, de gran tamaño, con las sobrecubiertas muy gastadas. En cierta ocasión le pregunté a Tamsin si sabía por qué a Laurie le interesaba tanto la astronomía. La mujer rio por lo bajo y respondió: «Puede que se sienta solo en nuestra galaxia».

Conozco de memoria todos los detalles del despacho de Laurie; no me faltan motivos porque no hace más que llamarme para hacerme preguntas a las que seguramente no sabré responder. A veces, cuando cruzo su puerta, ha olvidado ya para qué me quiere. En mi despacho solo ha estado en dos ocasiones y una fue por casualidad, mientras buscaba a Tamsin.

—Necesito que vengas inmediatamente —dice—. ¿Qué haces? ¿Estás ocupada?

Mueve la cabeza noventa grados a la derecha y verás lo que estoy haciendo, bicho raro. Estoy aquí sentada, mirándote, observando lo raro que eres.

Se me ha ocurrido una idea. Los números de la tarjeta que tengo en la mano carecen de lógica para mí. Laurie carece de lógica para mí.

—¿Me has enviado tú estos números? —le pregunto.

—¿Qué números?

—Una tarjeta con dieciséis números. Cuatro filas de cuatro dígitos.

—¿Qué números? —pregunta con más brusquedad que antes.

¿Acaso quiere que se los recite?

—Dos, uno, cuatro, nueve...

—No te he mandado ningún número.

Como suele ocurrirme cuando hablo con él, me quedo con la mente en blanco. Tiene por costumbre decir una cosa y dar la impresión de que dice otra. Por eso, aunque me ha dicho que no me ha mandado números, tengo la sensación de que si le hubiera dicho «tres, seis, ocho, siete» en vez de «dos, uno, cuatro nueve», habría respondido: «sí, he sido yo».

—Sea lo que sea, tíralo a la basura y ven para acá en cuanto puedas. —Y cuelga el teléfono antes de que yo pueda replicarle.

Giro la silla y lo miro. En estas circunstancias, una persona medianamente normal habría echado un vistazo por la ventana del otro lado del patio para comprobar que obedezco sus órdenes, cosa que no hago: no tiro la tarjeta a la basura y no me pongo en pie inmediatamente. Laurie lo vería si volviese la cabeza hacia mi ventana, pero no la vuelve. Lejos de ello, se tira del cuello de

la camisa, como si no pudiera respirar, y se queda mirando la cerrada puerta del despacho, esperando mi aparición. Es lo que quiere que ocurra y espera que ocurra.

No puedo apartar los ojos de él, aunque si se tratara solo de su físico, no debería haber ninguna dificultad. Como dijo Tamsin en cierta ocasión, no costaría nada imaginarlo con el cuello atravesado por una flecha. El atractivo de Laurie tiene poco que ver con su aspecto y muchísimo con el hecho de que es una leyenda con forma humana. Imaginaos tocando una leyenda. Imaginaos...

Suspiro, me pongo en pie y tropiezo con Tamsin al salir del despacho. Lleva un suéter negro de cuello alto, una pequeña falda blanca de pana, pantis negros y botas blancas hasta la rodilla. Tamsin no se pone nada que no sea blanco o negro. Una vez se presentó en el trabajo con un vestido azul estampado y no dio pie con bola en todo el día. No repitió el experimento.

—Laurie quiere verte —dice con actitud nerviosa—. Dice que inmediatamente. Y Raffi quiere verme a mí. No me gusta el aire que se respira hoy aquí. Algo no marcha bien.

Pues no me había dado cuenta. Hay muchas cosas que no advierto estos días cuando estoy trabajando; en cambio, hay una cosa que sí advierto.

—Sospecho que tiene que ver con la muerte de Helen Yardley —añade Tamsin—. Estoy convencida de que la mataron. Nadie me ha dicho nada, pero esta mañana han venido dos policías para hablar con Laurie. No policías corrientes, sino de la Brigada Criminal.

—¿Que la mataron? —Automáticamente me sentí culpable y a continuación irritada conmigo misma. Yo no la maté. La fallecida no tiene nada que ver conmigo; su fallecimiento tampoco.

La vi una vez, hace unos meses. Crucé con ella unas cuantas frases y le serví un café. Había venido a ver a Laurie y Laurie había recurrido al viejo truco de desaparecer sin dejar rastro, pues había confundido el lunes con el miércoles o mayo con junio; la verdad es que no recuerdo por qué no estaba cuando debería haber estado. Es una idea turbadora, saber que una mujer a la que he conocido y con la que he hablado pueda haber sido asesinada. En su momento ya me pareció algo inquietante conocer a una persona que había estado en la cárcel por asesinato, sobre todo porque parecía muy simpática y normal. «No es más que una mujer llamada Helen», pensé, y por alguna razón que no supe explicarme me sentí tan mal que tuve que irme del trabajo inmediatamente. Estuve llorando hasta que llegué a mi casa.

Por favor, que su muerte no tenga nada que ver con esta urgencia de Laurie por verme.

—¿Sabes lo que es un Sudoku? —pregunto a Tamsin, que camina delante de mí.

Tamsin se vuelve.

—Hasta ahora pensaba que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Se trata de números en un cuadrado?

—Sí, es como el casillero de un crucigrama, pero con números en vez de letras. Vamos, eso creo. O puede que sea un casillero vacío que hay que llenar con números. Será mejor que se lo preguntes a cualquiera que tenga alfombras con dibujos laberínticos y una casa que huela a ambientador. —Se despidió con la mano y mientras se dirige al despacho de Raffi, concluye la información hablándome por encima del hombro—: Y una muñeca con faldas para tapar el papel higiénico.

Maya se ha asomado a la puerta de su despacho y ha apoyado ambas manos en el jambaje, como deseando impedir que el olor a tabaco salga al pasillo.

—¿Sabes que esos soportes de papel higiénico en forma de muñeca son coleccionables? —dice. Por primera vez desde que la conozco no me sonrío, ni trata de abrazarme o ponerme la mano en el hombro, ni me llama «cariño». ¿La habré ofendido con alguna observación inoportuna? Maya es la directora ejecutiva de Binary Star, aunque ella prefiere que la llamen «gran jefa» y cada vez que se lo recuerda a los demás, ríe con una risa que parece un hipo. Pero la verdad es que ocupa solo el tercer puesto en el escalafón de la empresa. El auténtico mandamás es Laurie, que es el director creativo, y el segundo pez gordo es Raffi, el director financiero. Entre los dos controlan a Maya en la sombra y le permiten creer que es ella quien tiene la sartén por el mango—. ¿Qué es eso? —añade, señalando con la cabeza la cartulina que llevo en la mano.

Vuelvo a mirarla y por vigésima vez leo su contenido, dígito por dígito.

2 1 4 9

7 8 0 3

4 0 9 8

0 6 2 0

Un casillero, ha dicho Tamsin. Pero aquí no hay ningún casillero, así que no es un rompecabezas de Sudoku, aunque la disposición de los números recuerda los casilleros. Como si hubieran borrado las líneas de la cuadrícula después de poner los números.

—Vete a saber —digo.

No me molesto en enseñarle la tarjeta. Siempre se muestra efusiva y cordial, sobre todo con los empleados del nivel más bajo, como yo, pero en el fondo la única persona que le importa es ella misma. Hace las preguntas que debe hacer, en voz alta, para que todos sepan cuánto se preocupa; pero si te

atreves a replicarle, te mira de hito en hito, como si por tu culpa hubiera entrado en coma en posición vertical. Y por las repetidas miradas que lanza por encima del hombro, me doy cuenta de que ansía volver con el cigarrillo que se le consume en el cenicero, probablemente el décimo de los treinta que fumará hoy.

A veces, cuando Laurie pasa por delante de su puerta, grita: «¡Cáncer de pulmón!». Maya jura y perjura que lo dejó hace años y los demás fingimos creérnoslo. Dice la leyenda que cierta vez rompió a llorar porque quiso convencer a los presentes de que el humo que salía de su despacho era el vapor de una taza de té que estaba muy caliente. Lo cierto es que nadie la ha visto con un cigarrillo en la mano.

—He descubierto cómo lo hace —me contó Tamsin el otro día—. Deja el cigarrillo encendido y el cenicero en el cajón inferior de la mesa y cada vez que quiere dar una chupada, en vez de llevarse el cigarrillo a los labios, mete la cabeza en el cajón y...

Al ver que no me tomaba en serio su teoría, añadió:

—¿Qué pasa? El cajón inferior es dos veces más grande que los otros y en él cabe una cabeza humana. Si no me crees, te desafío a que te cueles en su despacho para...

—Sí, sí —la interrumpí—. Estoy deseando suicidarme registrándole la mesa a la directora ejecutiva.

—No te haría nada —dijo Tamsin—. Eres su niña bonita, ¿recuerdas? Maya siente debilidad por ciertos subalternos. Hagas lo que hagas, le parecerá bien.

Una vez, sin ironías y en mi presencia, Maya dijo que yo era «la niña bonita de la familia Binary Star». Fue entonces cuando empecé a temerme que no me tomaba en serio como productora. Ahora sé que no me toma en serio.

«¿Y a quién le importa eso? —replica Tamsin cada vez que se lo menciono—. Está seriamente sobrevalorado eso de que la tomen a una en serio».

Maya no tarda en olvidarse de mí y se retira a su humeante guarida sin decir siquiera «Adiós, cielo». Lo cual me parece magnífico; nunca le he pedido ser el fetiche de sus frustrados instintos maternos. Aprieto el paso mientras me dirijo al despacho de Laurie. Llamo a la puerta y entro al mismo tiempo, y lo sorprendo girando el globo terráqueo con el pie derecho. Se detiene y me mira fijamente, como si le costara recordar quién soy. Es probable que en su cabeza haya sostenido ya la conversación que quería tener conmigo, que yo haya accedido a lo que deseaba, que lo haya hecho y después me haya jubilado o me haya muerto, pues cabe la posibilidad de que su mente haya viajado tan lejos en el futuro que ya no me conozca. Su cerebro trabaja más aprisa que el de la mayoría de la gente.

—Tamsin dice que Helen Yardley ha sido asesinada. —*Muy bonito, Fliss.*

Sacas a relucir el tema que menos quieres comentar . ¿Por qué no te coserás la boca?

—Le pegaron un tiro —dice Laurie con voz neutra. Se pone otra vez a mover el globo con el pie, lo impulsa para que adquiera velocidad.

—Lo siento mucho —digo—. Así resulta más doloroso... Más que si hubiera muerto de muerte natural. Me refiero a encajar el golpe. —Mientras hablo me doy cuenta de que no tengo ni la menor idea de cómo expresarle mi condolencia, pues no sé qué clase de pérdida ha supuesto para él. Laurie hablaba con Helen Yardley todos los días, a menudo más de una vez al día. Sé que JPCI significa mucho para él, pero ignoro si sentía algo personal por Helen, si lamenta solo la desaparición de una compañera de militancia o había algo más.

—No ha sido natural que muriera. Tenía treinta y ocho años. —La ira que centelleaba en sus ojos no ha afectado a su voz. Habla como si recitara unos renglones memorizados—. Quien quiera que la haya matado, solo es responsable en parte. La han matado muchas otras personas, entre ellas Judith Duffy.

No sé qué decir, así que dejo la tarjeta en su escritorio.

—He recibido esto. Llegó esta mañana en un sobre idéntico. No había ninguna carta o nota explicativa, ninguna indicación que permita conocer al remitente.

—¿El sobre también contenía números? —Parece un milagro, pero Laurie se muestra interesado.

—No...

—Has dicho «idéntico».

—Parecía caro, de color crema, con relieves, como la tarjeta. Iba dirigido a «Fliss Benson», así que debe de ser de alguien que me conoce.

—¿Por qué? —inquire Laurie.

—Porque de lo contrario habría puesto «Felicity».

Me mira con los ojos entornados.

—¿Te llamas Felicity?

Es el nombre que aparece en los créditos de todos los programas que produzco, el nombre que Laurie tuvo que ver en mi currículum y en la carta que lo acompañaba cuando solicité un puesto en Binary Star. Pero si te he visto no me acuerdo. Uno de estos días Laurie me hará invisible y después inexistente.

Hago lo que siempre hago cuando estoy en su despacho y flota en el aire la posibilidad de disgustarme: me quedo mirando el sistema solar en miniatura

que tiene en un estante y recito el nombre de los planetas: Mercurio, Venus, Tierra, Marte...

Laurie recoge la tarjeta y murmura algo inaudible mientras la arroja a la papelera del otro extremo. Me pasa rozando el oído, tan cerca que casi me da.

—Es basura —dice—. Un reclamo publicitario. Lástima de árbol.

—Pero se ha escrito a mano —digo.

—Olvidalo —gruñe—. Tengo que hablarte de algo importante. —Entonces, como si advirtiera mi presencia por primera vez, sonrío y dice—: Me amarás dentro de un minuto.

Estoy a punto de caer de rodillas a causa de la conmoción. Es la primera vez que pronuncia la palabra *amor* delante de mí. La primera vez. Lo juro por lo más sagrado. Tamsin y yo hemos especulado sobre si habrá oído hablar alguna vez de ese sentimiento, si lo habrá experimentado, si admitirá su existencia.

Me amarás dentro de un minuto. Doy por sentado que no se refiere al amor en sentido físico. Me imagino copulando con él encima de la mesa, Laurie sin acordarse de que por su amplia ventana puede vernos todo el que tiene despacho al otro lado del patio, y yo nerviosa por esta falta de intimidad pero demasiado asustada para molestarlo con mis quejas... *No. Deja de pensar en cosas absurdas*. Borro el pensamiento antes de que adquiera consistencia, antes de que me haga reír o gritar y me pidan explicaciones.

—¿Qué te parecería ser rica? —pregunta Laurie.

Uno de los diversos motivos por los que me resulta agotador hablar con Laurie es que nunca sé cómo responder debidamente. Siempre hay una respuesta apropiada y otra que no lo es —es hombre cuadriculado, o blanco o negro—, pero nunca da pistas y es irritantemente imprevisible para todo menos para lo que él llama «caza de madres de niños muertos». Para eso es de ideas fijas, pero para nada más. Debe de tener algo que ver con esa mente brillante y original que tiene y que hace que la vida sea condenadamente difícil para quienes tratan de complacerlo en secreto, adivinando lo que le gustaría oír mientras se esfuerzan por parecer que son ellos mismos y que se comportan con una integridad garantizada al ciento por ciento, y a la porra con lo que el resto pueda pensar. La verdad es que es muy improbable que haya mucha gente que adopte esta actitud. Ahora que lo pienso, seguramente soy yo la única.

—Me gustaría vivir bien —digo por fin—. No sé lo que es la riqueza. Pero necesito mucho dinero, mucho más del que tengo actualmente, pero menos del que... bueno, ya me entiendes... —Digo tonterías porque no estoy preparada. Pero tampoco necesito pensármelo dos veces. Vivo en un sótano de Kilburn, en una habitación oscura y con el techo casi al alcance de la mano, debajo de unos vecinos de clase media alta, con unos suelos de madera que amplifican los ruidos y que no cubren con moqueta porque si lo hicieran perderían su identidad social, y que al parecer pasan buena parte de la noche

saltando en el salón con un palo de muelles, a juzgar por los impactos que oigo. No tengo espacio exterior, aunque disfruto de una fascinante vista del immaculado césped y los rosales de los saltadores y no puedo permitirme el lujo de acondicionar la vivienda contra la humedad, aunque lo necesita desde que la compré, hace ya cuatro años. Resultará gracioso, pero no nado precisamente en la abundancia.

—Supongo que me gustaría ser un poco ricachona —digo—. Siempre que mi dinero no proceda de algo sucio, como meter en el país a inmigrantes ilegales. —Repito mentalmente este programa, con la esperanza de que parezca ambicioso pero apoyado en sólidos principios morales.

—¿Qué te parecería hacer mi trabajo y ganar lo que yo gano? —pregunta Laurie.

—Yo no podría hacer lo que tú...

—Puedes. Lo harás. Me voy de la empresa. Desde el próximo lunes serás yo: directora creativa y productora ejecutiva. Aquí gano ciento cuarenta al año. Desde el lunes, eso será lo que ganes tú.

—¿Qué? Pero Laurie, yo...

—Puede que no oficialmente desde el lunes, así que a lo mejor tendrás que esperar que llegue el aumento de sueldo, pero en la práctica será desde el lunes...

—¡Para el carro, Laurie! —Es la primera vez que le ordeno algo y además a gritos—. Perdona —murmuro. Estoy aturdida, por un segundo he olvidado quién es él y quién soy yo. A Laurie Natrass no le grita la gente como una servidora. *Desde el próximo lunes serás yo*. Debe de ser una broma. O puede que esté confuso. Alguien que confunde a los demás tanto como él podría confundirse fácilmente—. Pero es que no tiene sentido —añado. ¿Yo directora creativa de Binary Star? Pero si soy la productora peor pagada de la empresa. Tamsin, que es ayudante de investigación de Laurie, gana mucho más. Yo hago programas por los que solo yo siento algún respeto, programas sobre vecinos enfrentados y anillos gástricos defectuosos, temas que interesan a millones de espectadores, motivo por el que no me importa que mis colegas me consideren una fabricante de pasatiempos en medio de tanto proveedor de sesudos documentales políticos. Raffi dice que mi trabajo es «paja de rebaja».

Tiene que ser una broma. Una trampa. ¿Se espera que diga «Ayyyyy, sí, por favor» y luego ponga cara de idiota cuando Laurie se parta de risa?

—Explícame qué pasa —le suelto.

Da un largo suspiro.

—Me voy a Hammerhead. Me han hecho una oferta que no puedo rechazar, más o menos como la que te hago a ti. No es por el dinero. Es porque ya va siendo hora de que me vaya con la música a otra parte.

—Pero... no puedes irte —digo, percatándome de la vaciedad de mi argumento—. ¿Y la película? —No podía irse sin terminarla; eso era inconcebible. Incluso un espíritu tan impenetrable como Laurie deja siempre aquí y allá alguna pista que permita entrever qué es lo que le pica y le interesa. A no ser que las pistas que voy cazando al vuelo hayan sido dejadas por alguien que quiera despistarme, cosa un poco difícil porque casi todas proceden del mismo Laurie, y lo que le interesa a un ritmo de ciento veinte segundos por minuto y no a los habituales sesenta es la película que está preparando sobre tres mujeres acusadas de homicidio premeditado: Helen Yardley, Sarah Jaggard y Rachel Hines.

Todo el personal de Binary Star la llama «la película», como si fuera la única que preocupara a la empresa, la única que hacemos o que haremos. Laurie viene trabajando en ella desde el origen de los tiempos. Repite que ha de ser perfecta, y la repasa, y cambia de enfoque y perspectiva con tal de mejorar su estructura. Tendrá dos horas de duración y la BBC ha dicho a Laurie que podrá elegir la franja horaria de emisión, lo cual es insólito. Mejor dicho, es insólito para todo el mundo, menos para Laurie Nattrass, que es un dios en el mundo de la televisión. Si quisiera hacer una película de cinco horas que dejara sin espacio a *Noticias a las seis* y a *Noticias a las diez*, los mandamases de la BBC seguramente le lamerían las botas y le dirían: «Sí, Amo».

—La película la harás tú —me dice con la confianza de quien ha visto el futuro y sabe lo que ocurrirá—. Ya he enviado e-mails a todo el mundo implicado para decir que vas a sustituirme.

No. No puede hacer una cosa así.

—He dado tu dirección electrónica y tu teléfono, del trabajo y de tu casa...

No quiero saber nada del asunto. No *puedo* tener ninguna relación con el asunto. Abro la boca para protestar, pero entonces recuerdo que Laurie no sabe mi... Bueno, es algo que no sabe nadie de la empresa. Me niego a considerarlo un secreto y no quiero sentirme culpable. No he hecho nada malo y no creo que esto represente un castigo.

—Contarás con el apoyo incondicional de Maya y de Raffi. —Laurie se pone en pie, se acerca al archivador de torre que hay junto a la pared—. Toda la información que necesitas está aquí. No hace falta que traslades nada a tu despacho. Desde el lunes, tu despacho será este.

—Laurie...

—Trabajarás exclusivamente en la película. No dejes que nada ni nadie se interponga en tu camino y menos aún la pasma. Yo estaré en Hammerhead, pero estaré a tu disposición cada vez que...

—¡Laurie, un momento! ¿Has dicho la pasma? ¿Te refieres a la policía? Tamsin me ha dicho que hablaste esta mañana con unos inspectores...

—Querían saber cuándo había visto a Helen por última vez. Si tenía enemigos. «Todo el puto sistema judicial, por no hablar de ustedes», les dije. —Antes de darme tiempo a recordarle que ese mismo puto sistema judicial y concretamente el tribunal de apelación había anulado las condenas por asesinato que habían caído sobre Helen, añade—: Preguntaron por la película. Les dije que desde el lunes ibas a encargarte tú de ella.

—¿Les dijiste eso antes de consultarme? —La voz me sale como un chillido agudo. Noto que una zarpa me oprime el estómago y los agrios picores del vómito me suben a la garganta. Durante unos segundos no me atrevo ni a abrir la boca—. Mandaste e-mails a todo el mundo diciendo que yo... ¿Cuándo? ¿Cuándo los mandaste? ¿Y quién es todo el mundo? —Me clavo las uñas en las palmas, no puedo controlarme. No era esto lo que esperaba que ocurriera; todo ha salido mal.

Laurie da unos golpecitos con la mano en la parte superior del archivador.

—Todos los nombres, teléfonos y direcciones que necesitas están aquí. No he tenido tiempo de repasar ni arreglar nada contigo, pero casi todo se explica solo. A cualquier otro policía que venga husmeando le dirás que estás preparando un documental sobre una médica decidida a corromper la acción de la justicia y sobre tres mujeres cuya vida destruyó deliberadamente y con saña. Nada que ver con la investigación de la muerte de Helen. No podrán impedírtelo.

—¿Es que la policía no quiere que se haga la película? —Todo lo que dice Laurie hace que me sienta peor. Más que de costumbre.

—No lo han dicho todavía, pero lo dirán. Te vendrán con las típicas quejas de que estás poniendo en entredicho su...

—Pero si yo no... Laurie, ¡no quiero tu trabajo! No quiero hacer tu película. —Para que quede claro, añado—: Digo que no. —Así está mejor. Ahora mando en mí misma.

—¿No? —Retrocede un poco y me observa: un espécimen rebelde. Flexible y adaptable hasta ahora, ¿qué ha fallado?, se preguntará seguramente. Se echa a reír—. ¿Rechazas un sueldo que es más del triple del que tienes ahora y una oportunidad para ascender a nivel profesional? ¿Es que eres tonta?

No podrá obligarme: es imposible. Hay cosas que se pueden imponer recurriendo a la fuerza física, pero hacer un documental no es una de ellas. Recordar esto me ayuda a conservar la calma.

—Nunca he dirigido nada hasta ahora —digo—. Estaría fuera de mi competencia y se me iría de las manos. ¿No quieres cooperar con la policía, ayudar a descubrir qué le ocurrió a Helen?

—La Brigada de Investigación Criminal de Culver Valley no encontraría una pelota de tenis en Wimbledon.

—No entiendo —digo—. Si te vas a Hammerhead, ¿por qué no te llevas la película?

—La BBC se la encargó a Binary Star, no a mí personalmente. —Se encoge de hombros—. Es el precio que he de pagar por marcharme. Perderla. —Adelanta la cabeza—. La única forma de no perderla es dártela a ti y trabajar contigo en la sombra. Necesito tu ayuda en esto, Fliss. Te llevarás todo el mérito, percibirás el sueldo que...

—Pero ¿por qué yo? Tamsin ha trabajado en ella contigo. Es una enciclopedia ambulante sobre casos de errores judiciales. No hay un solo detalle que ella no sepa. ¿Por qué no le cargas a ella este mochuelo promotor?

Se me ocurre entonces que Laurie me está tratando con paternalismo. «¿Qué te parecería ser rica?». Siempre se queja de que apenas puede pagar la hipoteca de la casa de cuatro plantas que tiene en Kensington. Procede de una familia muy rica. Apostaría todo lo que tengo —que es muchísimo menos de lo que tiene él— a que el sueldo que percibe en Binary Star le parece simplemente pasable, nada más. La oferta que le ha hecho Hammerhead, la que no podía rechazar, es evidente que deja a la altura del betún los ciento cuarenta de los grandes que cobra al año. No obstante, ciento cuarenta al año sobrepasan los sueños más delirantes de una cateta como yo... Y entonces freno en seco porque si es eso lo que Laurie piensa, tiene más razón que un santo, así que es injusto que me ande con remilgos.

—Tamsin es ayudante de investigación, no productora —dice—. Escucha, no has oído nada de esto, ¿de acuerdo?

Al principio creo que se refiere a lo que me ha dicho ya, lo del ascenso que no quiero, pero entonces me doy cuenta de que espera mi conformidad para explicarme otra cosa. Asiento con la cabeza.

—Tamsin va a ser despedida. Raffi está hablando con ella en este momento.

—¿Qué? Estás de broma. Dime que estás de broma.

Laurie niega con la cabeza.

—¡Pero no pueden deshacerse de ella! No pueden...

—Está ocurriendo en todo el sector. Todas las empresas se están ajustando el cinturón y hacen recortes donde pueden.

—¿Quién lo ha decidido? ¿Ha habido votación? —No me entra en la cabeza que Binary Star me retenga a mí y se deshaga de Tamsin. Tiene muchísima más experiencia que yo y, a diferencia de mí, no está siempre detrás de Raffi para que le ponga un deshumidificador en el despacho.

—Siéntate —dice Laurie con aire impaciente—. Me estás poniendo nervioso. Tamsin es la candidata perfecta cuando el despido es inevitable. Gana demasiado para ser rentable en el actual clima económico. Raffi dice que por

la mitad de precio podemos contratar a otra investigadora, y tiene razón.

—¡Eso no es procedente! —le suelto.

—¿Y si dejaras de preocuparte por Tamsin y mostraras un poco de gratitud?

—¿Cómo? —¿Es el gran paladín de la justicia quien me dice eso?

—¿Crees que Maya quiere pagarte lo que me paga a mí? —dice riendo por lo bajo—. He discutido con ella tres opciones. Le he dicho: «Si hay una casilla para mí en el presupuesto, hay otra para Fliss». Ella sabe que sin mi cooperación no hay película, no al menos para Binary Star. Ray Hines, Sarah y Glen Jaggard, Paul Yardley, todos los apoderados y abogados, los parlamentarios y médicos que he conseguido que coman en mi mano... ¿me oyes?, una palabra mía y desaparecen. Y todo el proyecto se va a pique. Lo único que necesito es esperar el momento oportuno y entonces firmar otro contrato con la BBC, en calidad de director ejecutivo de Hammerhead.

—¿Chantajeaste a Maya para que accediera a ascenderme? —Claro, por eso estaba menos efusiva que de costumbre cuando he pasado por delante de ella en el pasillo—. Pues lo siento, pero es imposible que yo...

—¡Quiero que se haga el documental! —dice, elevando la voz a un nivel que podría calificarse de grito—. ¡Me estoy esforzando por hacer las cosas bien! Binary Star tiene que cumplir lo pactado y tú obtendrás una recompensa más que suficiente para obligarte a despegar el culo del asiento y ponerte a trabajar.

—¿Y qué sacas tú con eso? —Noto que me tiemblan las rodillas. Me gustaría sentarme, pero no lo haré y no lo haré porque Laurie me ha ordenado que lo haga. *Y menos cuando acaba de hacer un comentario grosero sobre mi culo*.

—Necesito tu total cooperación —dice con tranquilidad, con tanta que me pregunto si no habré imaginado el estallido de hace unos segundos—. Extraoficialmente seguiré siendo el director, pero mi intervención será un secreto que quedará estrictamente entre tú y yo.

—Entiendo —digo con la garganta tensa—. No solo has chantajeado a Maya. Me estás chantajeando a mí también.

Laurie se deja caer en su silla giratoria dando un gruñido.

—No te chantajeo. Al menos dilo con propiedad. Te estoy sobornando. —Se echa a reír—. Joder, me he equivocado contigo. Pensé que tenías la cabeza sobre los hombros.

Me muerdo el labio, esforzándome por asimilar aquella última revelación: que Laurie se ha hecho una idea sobre qué clase de persona soy. Eso significa que ha pasado algún tiempo pensando en mí, aunque solo sea unos segundos. No puede significar otra cosa.

—Mereces una oportunidad —dice con voz cansada, como si tener que convencerme resultara aburrido—. Y he decidido dártela.

—Quieres controlar la película incluso después de irte. Y me has elegido a mí porque piensas que seré más fácil de manipular que los demás. —Espero que le impresione comprobar lo calmada que estoy. Al menos por fuera. Ni en un millón de años habría imaginado que estaría en el despacho de Laurie Nattrass acusándolo de obrar mal. ¿Y qué diantres estoy haciendo? ¿A cuántos inocentes ha sacado él de la cárcel mientras yo pasaba mi tiempo libre tirada en el sofá, hojeando la chismosa revista *Heat* o gritando improperios a *Mira quién baila*? ¿Y si he malinterpretado totalmente la situación y soy yo quien se equivoca?

Laurie se retrepa en la silla. Cabecea despacio.

—Está bien. ¿No quieres dirigir el documental que ganará todos los premios de la temporada? ¿No quieres ser directora creativa? Pues por mí, ya puedes alegrarle el día a Maya: ve y dile que no aceptas el trato y observa cómo te pierde el respeto que siempre ha sentido por ti.

—¿El *trato*? —Aquí sí que estoy condenadamente segura de no equivocarme—. ¿Quieres decir el trato del que no he sido partícipe, el que afectará a mi vida y mi trabajo?

—Nunca se te volverá a proponer nada —dice Laurie con aire despectivo—. Ni en Binary Star ni en ningún otro sitio. ¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que te pongas en la cola del paro, detrás de Tamsin?

Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, Plutón .

—No me siento cómoda con un aumento de cien mil al año mientras mi amiga pierde el empleo —digo con toda la frialdad que puedo—. Como es lógico, me gustaría ganar más, pero también quisiera poder dormir por la noche.

—¿Tú perder el sueño? ¡No me hagas reír!

Trago una profunda bocanada de aire y digo:

—No sé qué habrás imaginado sobre mí, pero te equivocas. —Entonces me siento como una bolsa de basura por dar a entender que tengo conciencia social, cuando la verdad es que las únicas cosas que me han quitado el sueño en esta vida han sido el amor y...

Y nada más. Pero no puedo ponerme a pensar en eso ahora o acabaré llorando y contándole mis penas a Laurie. Y eso sería horrorosamente embarazoso.

¿Me odiaría mucho si supiera lo que siento?

—Joder —murmura—. Bueno, te pido disculpas, ¿vale? Pensé que te estaba haciendo un favor.

¿Y qué pasa si digo que sí? Podría decirle que sí. No, no podría. ¿Qué coño me ocurre? Estoy muerta de miedo, y molesta por lo de Tamsin, y mi cerebro se resiente. En el estado en que estoy, lo más sensato es decir lo menos posible.

Laurie da media vuelta a la silla giratoria para que no le vea la cara.

—He dicho al consejo de administración que vales lo que creo que vales —dice con voz monótona—. Casi se cagaron encima, pero hice una buena defensa y les hablé claro. ¿Sabes qué quiere decir eso?

¿Una buena defensa? «O hacéis lo que os digo o mando la película al carajo»: ¿eso es lo que entiende él por buena defensa? Ni siquiera se molesta en darle una mano de barniz convincente; ese es el poco valor que me concede. Sin esperar a mi respuesta, añade:

—Quiere decir que oficialmente vales ahora ciento cuarenta mil al año. Piensa en ti misma como si fueras una acción en el mercado bursátil. Tu valor ha subido. Si le dices a Maya que no aceptas, si le dices: «Sí, gracias, me gustaría un aumento, pero no tanto, porque no soy tan buena, ¿no podríamos negociar a la baja?», dile eso y caerás en picado, te despeñarás contra las piedras del fondo. —Gira la silla para encararse conmigo—. No valdrás nada —dice subrayando las palabras, como si no me hubiera enterado del sutil mensaje.

Y ya está: he llegado al límite. Giro sobre mis talones y me voy. Laurie no me llama ni me sigue. ¿Qué cree que voy a hacer? ¿Aceptar el ascenso y el dinero? ¿Despedirme? ¿Encerrarme en un retrete para desahogarme con una buena llorera? ¿Se siente aunque sea mínimamente culpable por lo que acaba de hacerme?

¿Qué mierda me importa a mí lo que sienta?

Vuelvo a mi despacho, cierro de un portazo, cojo la toalla húmeda del radiador y limpio el vaho de la ventana hasta que me duele el brazo. Minutos después la ventana sigue húmeda y ahora también lo está mi suéter. Lo único que he conseguido es salpicarme de agua. ¿Por qué no se le ocurrirá a nadie acabar con la sequía mundial con el vaho de las ventanas? Solo con el que hay en la mía podría regarse media África. ¿Por qué no se encarga Bob Geldof de estas cosas? Debería enfadarme con Bob Geldof, ya que con Laurie no puedo. Tengo un documento en alguna parte de mi mesa en la que se me ordena, entre otras cosas, no enfadarme con Laurie en ninguna circunstancia.

Lo miraba continuamente en la época en que Tamsin me lo dio. Lo encontraba muy gracioso y más aún cuando Tamsin me contó que entregaba una copia a todas las mujeres que entraban a trabajar en Binary Star. Hace cosa de un año empezó a perder su encanto y lo escondí debajo del papel estampado con flores con que la persona que me había precedido había forrado los cajones de la mesa.

No tiene sentido engañarme a mí misma fingiendo que no recuerdo en qué

cajón está; sé exactamente dónde se encuentra, aunque he pasado gran parte del último año haciendo como que no está ahí. Levanto los expedientes y el forro de papel y ahí está, boca abajo. Me armo de valor, lo cojo y le doy la vuelta.

En la parte superior pone en mayúsculas: «LOS SIETE MANDAMIENTOS DE TAMSIN». Tiene un subtítulo en cursiva: «*Para recordarlos en todo momento a propósito de Laurie Nattrass*».

La lista dice:

- 1) Tú no serás. Él sí.
- 2) No tendrás expectativas o, lo que es igual, no esperarás absolutamente nada.
- 3) Aceptarás lo que no puedas cambiar. No perderás el tiempo enfadándote o molestándote.
- 4) Recordarás que tiene fama de «brillante pero difícil» solo porque es un hombre. Si fuera una mujer con la misma inteligencia y se comportara del mismo modo, en vez de ofrecerle los mejores empleos, se burlarían de ella llamándola vieja chiflada.
- 5) Cuidado con imaginar que tiene un fondo oculto. Darás por sentado que su verdadera personalidad es lo poquito que se ve.
- 6) No te sentirás atraída por su poder. Hay personas poderosas en el buen sentido que fortalecen la confianza de los demás y hacen que creamos que todo es posible. Él no. Si te acercas a él, te darás cuenta de que conforme crece su poder, disminuye el tuyo. Te guardarás mucho de sentirte impotente y de la creciente convicción de que eres basura.
- 7) Hagas lo que hagas, NO TE ENAMORES DE ÉL.

Por lo que se refiere al menos a uno de los mandamientos de Tamsin, he fracasado espectacularmente.

07-10-2009

—Insólito sí —dijo el sargento Sam Kombotekra—. Sospechoso, no. ¿Cómo podría serlo? —Si tratar a los demás con justicia representaba siempre un esfuerzo, Sam sabía disimularlo.

Él y el agente Simon Waterhouse iban camino de la segunda reunión de trabajo de aquel día. Probablemente había comenzado ya. Sam andaba aprisa, fingiendo que no estaba nervioso por llegar unos minutos tarde.

Pero Simon sabía que estaba nervioso. La tardanza figuraba en la larga lista de cosas que molestaban al inspector Giles Proust, conocido extraoficialmente como Muñeco de Nieve porque los aludes de críticas que lanzaba caían como masas de hielo y costaba quitárselas de encima como si fueran aludes de verdad. Después de recibir palos durante años, Simon había conseguido ser inmune a las condenas de Proust: las opiniones del inspector le resbalaban por fin. Sam era un recién llegado a la Brigada de Investigación Criminal de Culver Valley y aún le quedaba un largo camino que recorrer.

El centro de investigaciones estaba abarrotado cuando llegaron, no quedaba ningún asiento libre y apenas se podía estar de pie. Simon y Sam tuvieron que conformarse con la puerta. Entre los cuerpos y por encima de las cabezas de las docenas de policías congregados, casi todos de Silsden y Rawndesley, Simon divisó la atildada e inmóvil figura de Proust. No miraba hacia ellos, pero Simon se dio cuenta de que el Muñeco de Nieve se había percatado de su retraso. Un arqueamiento de la ceja, un movimiento lateral de mandíbula: no hacía falta más. ¿No se decía que la agresividad pasiva era cosa de mujeres? Proust era ambas cosas; agresivo-pasivo y agresivo-agresivo. Se jactaba de cultivar todo el repertorio de comportamientos nocivos.

Por el ruido que había en la sala era evidente que no se habían perdido nada; la reunión no había empezado aún.

—¿Por qué ahora? —cuchicheó Simon al oído de Sam, aunque levantando un poco la voz para que el otro lo oyera entre los murmullos de conversaciones y el irregular golpeteo de pies contra las patas de las mesas. Seguía mostrándose suspicaz. Más que nada porque estaban allí sin motivo aparente—. ¿Dos reuniones al día? Como si fuera el primer asesinato que nos cae encima. Cuando hemos tenido casos múltiples ni siquiera ha levantado la cabeza de lo que estuviera haciendo, salvo para quejarse de ti, de Charlie o de quien estuviese al frente de la investigación. Y ahora quiere dirigir todas las...

—Helen Yardley es la primera... famosa no es la palabra, pero ya sabes a qué me refiero —dijo Sam.

Simon se echó a reír.

—¿Crees que el Muñeco de Nieve está deseoso de que la prensa le ponga nariz de zanahoria y ojos de carbón? Detesta...

—No tiene más remedio —volvió a interrumpirlo Sam—. Con un caso como este va a tener publicidad de un modo u otro, así que le conviene saber qué terreno pisa. Como inspector veterano, en un caso de interés nacional como este, está obligado a apretarnos las clavijas.

Simon prefirió no discutir. Ya había advertido que Sam, que normalmente era la educación en persona, lo interrumpía a mitad de frase cada vez que hablaba de Proust. La exsargento Charlie, novia de Simon, lo atribuía a la preocupación que sentía Sam por la buena conducta profesional: no había que hablar mal del jefe. Simon sospechaba que tenía más que ver con el mantenimiento del respeto de uno mismo. Incluso una persona tan paciente y consciente de la jerarquía como Sam apenas podía soportar lo que tenía que soportar del Muñeco de Nieve. No querer enterarse era su mecanismo amortiguador, pero casi imposible de poner en práctica por culpa de la continua disección a que sometía Simon el despotismo de Proust.

En última instancia se trataba de una opción personal. Sam prefería fingir que él y su equipo no eran maltratados por un megalómano narcisista para no tener que hacer nada al respecto, mientras que Simon hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que la única forma de conservar la cordura era concentrarse todo el tiempo en lo que pasaba y en sus consecuencias, para que no hubiera ningún peligro de que la situación empezara a parecer normal. Se había convertido en el cronista extraoficial de la detestable personalidad de Proust. A la sazón casi preveía los estallidos violentos del inspector; cada uno era una prueba más de que Simon hacía bien en tener cerrado el grifo de la conciliación y de todos los beneficios de la duda.

—Haga lo que haga Proust, siempre verás una mala intención detrás de sus actos, aunque se ponga a arrastrar sacos de trigo por el desierto para dárselos a las víctimas del hambre —le había dicho Charlie la noche anterior, para pincharle—. Estás tan acostumbrado a detestar todo lo que se refiere a él que para ti es ya un reflejo condicionado: es obligatorio que haga algo malo, aunque tú no sepas aún de qué se trata.

«Probablemente tiene razón Charlie», pensó Simon. Probablemente tenía razón Sam: no había forma de que Proust eludiera el protagonismo en aquel caso. Tenían que verlo empuñando las riendas, o sea que lo estaba haciendo con entusiasmo, aunque en secreto contara los días que le faltaban para poder volver a su actitud habitual de hacer lo mínimo posible.

—Es inevitable que se sienta responsable, al igual que todos nosotros —dijo Sam—. Consideraciones profesionales aparte, tendrías que tener un corazón de piedra para no querer echar mano de todos los recursos en un caso como este. Sé que es pronto todavía y que no hay pruebas de que el asesinato esté relacionado con el motivo por el que todos conocemos el nombre de Helen Yardley, pero... hay que preguntarse si no habremos causado su muerte

nosotros mismos.

Nosotros . Cuando Simon entendió lo que Sam quería decir, Proust estaba golpeando la pared con su taza «El Mejor Abuelo del Mundo» para llamar la atención de los presentes. *Menos de tres segundos después no se oía ni una mosca* . Los chicos de Silsford y Rawndesley aprendían rápido. Simon se había preocupado por avisar a todos el día anterior. No hubiera sido necesario; por lo visto, en ambas comisarías se contaban ya escalofrantes anécdotas sobre el carácter despiadado del Muñeco de Nieve.

—Inspectores, agentes, tenemos el arma del asesinato —dijo Proust—. Mejor dicho, no la tenemos todavía, pero la conocemos, lo cual significa que no tardaremos en dar con ella.

Aquello era discutible, pensó Simon. No iba a dejar pasar ni una sola afirmación de Proust sin someterla a un examen riguroso; todo iba a ser puesto en duda, aunque en silencio la mayor parte del tiempo. ¿Era este o aquel hecho un dato comprobado o solo una opinión expresada dogmáticamente que se hacía pasar por la única y sola verdad? Simon se daba cuenta de la ironía; si él tenía la mente abierta era gracias a que la del Muñeco de Nieve estaba siempre cerrada.

—Helen Yardley fue asesinada con una Beretta M9 de 9 milímetros —prosiguió Proust—. No con una Baikal IZH modificada, como nos dijeron el lunes en balística, ni una Makarov de 9 milímetros de la policía, como nos dijeron el martes. Puesto que hoy es miércoles, no tenemos más remedio que creer que a la tercera va la vencida.

Rick Leckenby se puso en pie con cara de enfadado.

—Señor, usted me obligó a especular antes de que yo...

—Sargento Leckenby, ya que se ha levantado, ¿querría hablarnos un poco del arma que ha identificado hoy?

Leckenby se volvió para mirar a los reunidos.

—La Beretta M9 de 9 milímetros es un arma típica del ejército de Estados Unidos y ha estado en circulación desde los años ochenta, lo que significa que podría haber venido de Iraq, en la época de la primera guerra del Golfo o más recientemente, o de cualquier otra zona de guerra, en cualquier momento de los últimos veinte, veinticinco años. Como es lógico, cuanto más tiempo haya estado en el Reino Unido, más difícil será rastrear su paradero.

—¿Significa eso que estamos buscando a alguien vinculado con las fuerzas armadas estadounidenses?

—O con las británicas —dijo el agente Chris Gibbs—. Un británico pudo habérsela quitado a un yanqui y haber regresado con ella.

—No, señor, eso es precisamente lo que quisiera establecer —dijo Leckenby,

respondiendo a Proust—. Yo diría que no hay ninguna base para suponer que el homicida esté relacionado con las fuerzas armadas. Si la pistola entró en el Reino Unido en 1990, por ejemplo, es muy probable que desde entonces haya pasado por varias manos. Lo que yo diría es...

—No nos cuente lo que usted diría, sargento; límitese a decirlo.

—La pistola que más abunda en las calles en estos momentos y que se ha usado en más de la mitad de los tiroteos urbanos es la Baikal IZH de gas. Se compran en Europa oriental, se modifican y a corta distancia resultan armas mortales. Lo primero que pensé en la escena del crimen es que, como la señora Yardley fue asesinada desde muy cerca, y como la Baikal es el tipo de pistola que hemos visto mayormente en los últimos tiempos, y basándome en la cantidad de residuo dejado en la pared, así como en el cadáver y en el sector de alfombra que lo rodeaba, lo más probable era que le disparasen con una Baikal. Solo cuando se le extrajo del cráneo el proyectil, y tuvimos oportunidad de examinarlo, pudimos relacionarlo con la Beretta M9 de 9 milímetros.

—¿Y eso adónde nos lleva? —preguntó Proust.

—Tal vez a ninguna parte —dijo Leckenby—. Cualquiera de estas pistolas, Baikal o Beretta, podría, teóricamente, estar en posesión de cualquier ciudadano. Pero la intuición me dice que los maleantes callejeros no usan la Beretta M9 de 9 milímetros. No la utilizan y punto. De modo que tan probable es que nuestro asesino sea cualquiera como que esté relacionado con alguna banda o que sea un maleante conocido.

—Nuestro asesino o nuestra asesina —puntualizó una agente de la comisaría de Rawndesley.

—Si el arma homicida es típica del ejército estadounidense, sargento, tendremos que buscar a alguien relacionado con el ejército de Estados Unidos y, como ha sugerido muy sensatamente el agente Gibbs, con el nuestro —dijo Proust. Cuando hablaba con aquella especie de premeditación cachazuda había que sobreentender que estaba vigilándose para no permitir que reventara el dique de su indignación—. No tenemos forma de saber por cuántas manos habrá pasado. Las armas son como los coches, en principio: unos se venden cada tres años, otros, lealmente cuidados por un propietario escrupuloso, se conservan toda la vida. ¿No?

—Eso creo yo también, señor —dijo Leckenby.

—Estupendo. Procure tener un informe completo sobre la Beretta M9, con diagramas en color, para mañana por la mañana, para que todo el mundo tenga una copia —ordenó el Muñeco de Nieve—. Siempre que no haya cambiado de idea para entonces y haya llegado a la conclusión de que fue una cerbatana hecha con caña de las orillas del lago Windermere, accionada con un turbocompresor. Los equipos encargados de los interrogatorios... bueno, tendrán ustedes que partir de cero. Habrá que volver a hablar con todo el personal ya entrevistado, amigos de Helen Yardley, familia, vecinos, etc., y buscar la conexión militar, si es que existe. Equipos encargados de revisar las

grabaciones de cámaras de seguridad: buscamos vehículos con matrícula de Estados Unidos o de las fuerzas armadas, o ambas cosas. También, y espero que no haga falta repetirlo, a cualquiera que conozca personalmente a los Yardley. Las grabaciones de seguridad podrían haber representado un buen quebradero de cabeza, dado que las dos más cercanas a Bengoe Street están en el tramo más transitado de Rawndesley Road, pero gracias a Dios hemos tenido suerte con los testigos, y en seguida volveremos sobre esto, así que por ahora daremos prioridad al lunes por la mañana, entre ocho menos cuarto y ocho y cuarto, y al lunes por la tarde, entre cinco y seis y diez, para la cámara de Picture House. Para la que está en la entrada de Market Place, nos fijaremos en un horario un poco distinto: entre siete y media y ocho de la mañana, y entre cinco y cuarto y seis veinticinco de la tarde. Será de especial interés cualquier coche que vaya hacia Bengoe Street durante las primeras franjas horarias o que venga de esa calle durante las segundas.

El sargento a cargo del equipo de control de las cámaras de seguridad, David Prescott, de la comisaría de Rawndesley, levantó la mano y dijo:

—Mucha gente que pasa por Rawndesley en horas punta va a resultar que conocía a Helen Yardley. Trabajaba cuidando niños. ¿A cuántos niños cuidaba cuyos progenitores vivían en Spilling o en Silsford, y trabajaban en Rawndesley?

—Yo no digo que haya que abalanzarse sobre nadie basándonos solo en las grabaciones de seguridad, sargento. Simplemente sugiero que es una vía de investigación.

—Sí, señor.

—Ni siquiera sabemos si el asesino fue a Bengoe Street en coche o andando —dijo Proust—. Si fue andando, pudo haber llegado por Turton Street o por Hopelea Street.

—Pudo haber llegado en bicicleta —dijo el agente Colin Sellers.

—O a lo mejor cayó del cielo y aterrizó en el jardín de los Yardley —replicó el Muñeco de Nieve—. Sargento Prescott, ordene a sus agentes que no se molesten en inspeccionar las grabaciones de seguridad hasta que hayamos interrogado a todos los vendedores de globos aerostáticos de Culver Valley.

El silencio que cayó sobre la sala fue más espeso que la cola de carpintero.

Otra gracia para la colección, pensó Simon. El asesino, en efecto, había podido llegar en coche o andando, pero la idea de que pudo llegar en bicicleta resultaba ridícula y traída por los pelos porque montar en bici no era un deporte que practicara Giles Proust. Por lo tanto era despreciable e indigna de tenerse en cuenta.

—Pasamos ahora a los testigos —dijo el inspector con voz glacial—. La señora Stella White, de Bengoe Street número 16, que queda exactamente enfrente del número 9, domicilio de los Yardley, vio a un hombre que entraba en el

jardín de la víctima y se dirigía a la puerta de la casa el lunes a las ocho y veinte de la mañana. No vio si bajó de un coche o no; en el momento en que lo vio, estaba ya en el jardín. La señora White estaba sujetando a su hijo Dillon en el asiento trasero de su coche, para llevarlo a la guardería, y no prestó mucha atención a lo que sucedía en la acera de enfrente, pero ha podido darnos una descripción general del individuo: varón, entre treinta y cinco y cincuenta años, pelo oscuro, ropa oscura, abrigo, vestido con elegancia, pero no con traje. No vio que llevara nada en las manos, aunque una Beretta M9 de 9 milímetros cabe perfectamente en el bolsillo de un abrigo.

Una descripción así no servía para nada, pensó Simon. Al día siguiente, la señora White, si era como la mayoría de los testigos, diría que el pelo oscuro a lo mejor no era tan oscuro y que el abrigo tal vez fuera una bata.

—Cuando la señora White se puso en marcha, ya no veía al hombre. Dice que por el tiempo transcurrido, solo pudo entrar en el número 9. Sabemos que no se forzó la entrada, en cuyo caso, ¿le abrió la puerta Helen Yardley? Si fue así, ¿lo conocía o le dijo algo suficientemente convincente para dejarlo entrar? ¿Era su amante, un pariente, un vendedor de ventanas de doble vidrio? Hay que averiguarlo.

—¿Vio u oyó la señora White a Helen Yardley abrir la puerta de la calle? —preguntó alguien.

—Cree que pudo abrirla, pero no está segura —dijo Proust—. Ahora bien: en Bengoe Street número 11 tenemos a Beryl Murie, de ochenta y tres años, que a pesar de su sordera parcial oyó un ruido a las 5 de la tarde que bien pudo haber sido un disparo. Dijo que sonó como un petardo, pero una persona no familiarizada con la Beretta M9 de 9 milímetros puede tomar un disparo por un petardo y creo que esto es lo que les ocurre a casi todos los profesores de piano jubilados. La señorita Murie pudo decirnos la hora con exactitud porque en ese momento estaba escuchando la radio y acababan de empezar las noticias de las cinco cuando oyó el ruido. Dijo que se sobresaltó. También dijo que le dio la sensación de que procedía de la casa de Helen Yardley. Así pues, suponiendo que en la casa entrara un hombre a las ocho y veinte de la mañana y el disparo fatal se produjera a las cinco de la tarde, hay un amplio espacio de tiempo durante el que no sabemos qué ocurrió. No podemos dar por hecho que el hombre al que vio la señora White fuera el asesino, pero hasta que lo localicemos y sepamos lo ocurrido no podemos descartar la posibilidad de que lo fuese. ¿Sargento Kombothekra?

—Nada todavía, señor —dijo Sam al fondo de la sala.

Proust asintió con expresión sombría.

—Si transcurre un día más y no hemos localizado y descartado al señor Visitante Matutino, apostaré mis ahorros a que él es nuestro hombre. Si lo es, y estubo en la casa de Helen Yardley con ella, durante más de ocho horas, hasta que la mató, ¿qué ocurrió en ese intervalo? ¿Por qué no la mató inmediatamente? La víctima no fue violada ni torturada. No recibió más heridas que el balazo en la nuca. ¿Fue tal vez a hablar con ella, para averiguar si debía matarla o no, según el resultado de la conversación?

Simon levantó la mano. Proust fingió no verlo durante unos segundos y luego le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿No podemos tener también en cuenta la posibilidad de que el arma perteneciera a los Yardley? No podemos afirmar categóricamente que el asesino la llevara encima. Puede que ya estuviese en la casa. Dados los antecedentes de los Yardley...

—Los Yardley no tienen ningún antecedente de posesión ilegal de armas de fuego —dijo el Muñeco de Nieve, interrumpiéndolo—. Hay una frontera muy tenue entre analizar las posibilidades razonables y echar a perder nuestros recursos con paparruchas que, movidos por nuestro deseo de ser justos, hemos elevado a la categoría de hipótesis. Quiero que todos los que están en esta sala recuerden eso. Hace cuarenta y ocho horas que empezamos la investigación y no tenemos ningún sospechoso, y todos ustedes saben lo que eso significa. Ya hemos comprobado las coartadas y descartado a los amigos, familiares y conocidos de Helen Yardley. Empieza a parecer un crimen anómalo y eso es lo peor con que podemos tropezar, de modo que lo más prudente es que canalicemos nuestros esfuerzos en la dirección más viable.

—Has hecho bien en decir lo que has dicho —susurró Sam a Simon—. Es mejor hacer una sugerencia y que se desestime que no hacerla.

—Paul Yardley volvió del trabajo a las seis y diez de la tarde, encontró a su mujer muerta y avisó a la policía —dijo Proust—. No vio a nadie más en la casa. Tampoco vieron a nadie los primeros agentes que se presentaron. El asesino salió de Bengeo Street número 9 en algún momento entre las cinco y las seis y diez de la tarde. Alguien tuvo que verlo. Ya saben ustedes lo que significa esto: la comprobación casa por casa es prioritaria y ampliaremos la búsqueda. Alguien ha propuesto un radio de investigación de kilómetro y medio.

El Muñeco de Nieve se acercó al tablón donde se habían clavado fotos ampliadas del escenario del crimen.

—Este es el agujero de entrada —dijo, señalando una foto de la nuca de Helen Yardley—. Fíjense en las quemaduras. La pistola estaba tan cerca que probablemente rozaba a la víctima. Por la posición del cadáver, es altamente probable que la víctima estuviera en el rincón de la sala, de cara a la pared, cuando recibió el disparo. Un proyectil de 9 milímetros que se dispara al cerebro casi a quemarropa no gira el cuerpo de la víctima. Pero no hay nada en la sección de la pared más cercana al punto en que se desplomó, de modo que la pregunta es qué estaba haciendo la señora Yardley en aquel rincón. ¿Qué miraba? ¿La obligó el asesino a situarse allí porque es la única parte de la habitación que no puede verse por la ventana? ¿O estaba allí por otro motivo y el asesino se acercó a ella por detrás, sabiendo que la señora Yardley no vería el arma?

Simon se había despistado un poco. Todavía le estaba dando vueltas a lo que le había dicho Sam.

—¿Es mejor hacer una sugerencia y que se *desestime*? —dijo con el puño en la boca para que Proust no se diera cuenta de que cuchicheaba—. ¿Por qué la posibilidad de que el arma fuera de los Yardley es menos aceptable que la de que perteneciera a este sujeto de pelo oscuro que no encontramos?

Sam no suspiró, pero dio la impresión de que lo deseaba. Negó con la cabeza para dar a entender que no quería arriesgarse a contestar. A Simon le pasó entonces por la cabeza una idea curiosa: que trabajar con el Muñeco de Nieve podía ser para Sam muchísimo más sencillo de lo que lo era si no tuviera que trabajar además con Simon.

«La víctima estaba en el rincón. De cara a la pared». Simon acarició la posibilidad de llamar la atención sobre el simbolismo de la escena: un maestro o una maestra que castiga a un niño; pero optó por no hacerlo. Era uno de esos días en que todo el mundo le llevaría la contraria, dijera lo que dijese. Y él llevaría la contraria al mundo, como tenía por costumbre. ¿Un crimen anómalo? No. Proust se equivocaba. ¿Que la policía era colectivamente responsable de la muerte de Helen Yardley porque once de doce jurados la consideraron culpable de homicidio premeditado? *Anda y que te den por el culo*.

—¿Qué sabemos de huellas y pruebas de disparo?

La sargento Klair Williamson se puso en pie.

—Las huellas que hemos encontrado no figuran en nuestra base de datos. Muchas son de amigos y familiares; hay algunas no identificadas, pero eso era de esperar. Hemos hecho pruebas con todo el mundo para saber si alguien ha disparado un arma recientemente, pero hasta el momento no hay resultados positivos.

—Previsible —dijo Proust—. Los restos de pólvora se eliminan fácilmente. Si nuestro asesino lo sabe, seguro que se lavó a conciencia. De todos modos, no necesito decir a ninguno de los presentes que sería un grave error descuidar demasiado pronto este detalle. Hagan cuanto esté en sus manos para conservar toda posible prueba forense. Comprueben los restos de pólvora hasta nueva orden y tomen nota del nombre de quienes quieran excusarse.

—Sí, señor —dijo Williamson.

—También queremos el nombre de cualquier indiscreto que quiera pasarse de listo, así que habrá que seguir vigilando los mensajes postales y electrónicos, y en general cualquier cosa que se encuentre y que vaya dirigida a JPCI o a Helen Yardley en persona. Puede que el asesino fuera una persona desconocida para la víctima, pero que sintiera alguna obsesión por ella.

Simon oyó gruñidos de conformidad; al personal, por lo visto, le había gustado aquella idea. A él, no. ¿Por qué no señalaba nadie lo más evidente? No todo se resumía en un balance binario, en el sentido de que el asesino era o una persona cercana a la víctima o un completo desconocido. Había una tercera posibilidad. Pero seguro que él no era el único al que se le había ocurrido.

—Pasemos ahora al detalle más inexplicable de este homicidio —dijo el Muñeco de Nieve—. La tarjeta hallada en el bolsillo de la falda de Helen Yardley. —Movi6 la cabeza para se1alalar la foto clavada en el tabl6n—. En ella se han encontrado las huellas de la v6ctima, adem6s de otras que no hemos identificado. Es probable que el asesino introdujera la tarjeta en el bolsillo despu6s de efectuar el disparo y dejase visible una punta para que atrajera nuestra atenci6n. Tambi6n es probable que los dieciseis d6gitos organizados en cuatro filas de cuatro tengan alg6n significado para el asesino. ¿Alguien tiene algo nuevo que decir sobre esta cuesti6n?

Todas las cabezas se movieron en sentido negativo.

—Bien, habr6 que esperar noticias de Bramshill y del Centro de Comunicaciones del Gobierno.

Hubo gru1idos generales y murmullos de «p6rdida de tiempo».

—Tambi6n podr6amos consultar con alguien del departamento de matem6ticas de alguna universidad, alguien que sepa de claves y c6digos —sugiri6 Proust—. Y me refiero a una universidad como es debido, no a un antiguo polit6cnico ni a una rama acreditada de Pizza Hut.

El entusiasmo con que se acogió la sugerencia fue desproporcionado. Simon se pregunt6 cu6ntos tiranos ponían en duda el júbilo con que se recibían sus manifestaciones. Todo el d6a había estado dando vueltas a los n6meros de la tarjeta: 2, 1, 4, 9... Tal vez fueran 12, 49 o quiz6 había que empezar por abajo y leer al rev6s: 0, 2, 6...

—Como 6ltimo recurso, siempre tendremos a la prensa —dijo Proust—. Les entregaremos los n6meros para que los publiquen y a ver qu6 pasa.

—Pasaría que todos los chiflados de Culver Valley nos llamarían para decirnos que son los n6meros de un billete de lotería extraterrestre —dijo Colin Sellers.

Proust sonri6. Unos cuantos se arriesgaron a reír. Simon contuvo un acceso de ira. Cualquiera indicio de que el inspector pudiera sentirse contento incluso durante una fracci6n de segundo le hacía sentir deseos de golpear a alguien. Por suerte, los indicios en cuesti6n eran muy escasos.

—¿Y un dibujante de retratos robot? —pregunt6 otro. «Otro que no cree que el Muñeco de Nieve merezca un momento de alborozo y sabe c6mo ech6rselo a perder».

Simon esper6 que de la boca de Proust salieran sapos y culebras, pero se llev6 una sorpresa.

—Si en veinticuatro horas no sacamos nada en claro de la tarjeta —dijo—, pedir6 que nos env6en un dibujante. En el 6nterin, mientras esperamos la respuesta de los expertos en criptografía de Bramshill y del Centro de Comunicaciones del Gobierno, nos dedicaremos al aburrido trabajo de rutina:

qué minoristas venden estas cartulinas, qué tinta y qué pluma o bolígrafo se han empleado. *¿Bien?* —rugió de súbito. Un estremecimiento colectivo recorrió la sala.

—Señor, seguimos investigando eso —dijo el desdichado agente de Silsford al que se había encargado averiguarlo. Aceleraré las pesquisas.

—Hágalo, agente. Quiero que todos ustedes se esfuercen al doscientos cincuenta por ciento. Y no olviden las reglas elementales. Oigámoslas, agente Gibbs.

—No presuponer nada, no creer nada, comprobarlo todo —murmuró Chris Gibbs con la cara como un tomate. El Muñeco de Nieve tenía unos cuantos favoritos a los que ordenaba hacer el memo delante de los demás y Simon era uno de ellos. ¿Por qué no lo había señalado esta vez?

—El misterioso visitante de Bengoe Street 9 podría resultar una pista falsa, así que asegúrense de que no sea la única —dijo Proust—. Como ya se ha sugerido aquí, podríamos buscar a una mujer. Quiero cerebros a toda máquina y ocupados las veinticuatro horas del día. No hace falta que les explique por qué este caso nos interesa más que ningún otro en que hayamos trabajado.

—¿No hace falta? —murmuró Simon. Sam, a su lado, asentía con la cabeza. Sin embargo, la razón por la que Helen Yardley era diferente de otras víctimas de homicidio apenas se había mencionado, ni por la mañana ni en aquel momento.

—Han transcurrido cuarenta y ocho horas —dijo el Muñeco de Nieve—. Si no conseguimos resultados pronto, nos harán picadillo y eso será solo el principio. Ahora volverán a sus respectivas comisarías, cosa que seguro que querrán evitar al menos los de Rawndesley. Muy bien, es todo por hoy. Sargento Kombothekra, agente Waterhouse... a mi despacho.

* * *

Simon no estaba de humor para saber qué quería Proust.

—¿Cómo es que ha olvidado tan alegremente la regla de «no presuponer nada» en lo tocante al arma homicida? —preguntó nada más entrar, dando un portazo. Sam suspiró en serio esta vez—. ¿Por qué es menos probable que Helen o Paul Yardley posean una Beretta M9 y más probable que el arma sea del moreno al que no encontramos?

—Sargento Kombothekra, explíqueme al agente Waterhouse por qué es más probable que sea el asesino y no la víctima quien lleve el arma a la reunión.

—Los Yardley lucharon denodadamente por conservar la custodia de la hija que les quedaba; y perdieron. Piense en lo que eso tuvo que significar para ellos. Usted tiene una hija...

—Mencione su nombre, Waterhouse, y le arranco la lengua de cuajo. Mi hija no tiene nada que ver en esto.

«Pues debería oír lo que Colin Sellers ha dicho de ella estos últimos años, lo que le gustaría hacer con cada uno de sus cachitos». Simon probó de nuevo.

—Paige Yardley vive a menos de tres kilómetros de Bengeo Street, con otros padres que le han cambiado el apellido y que no querrán que sus padres biológicos estén cerca de ella. Si yo fuera Helen o Paul Yardley en una situación así, que otros me robaran a mi hija y, para colmo, la ley les diera la razón, creo que me agenciaría una pistola. Si yo hubiera tenido que testificar en el juicio y que contemplar con impotencia que a mi mujer le caían dos cadenas perpetuas por delitos que yo estaba seguro de que no había cometido...

—Ya nos lo ha explicado —dijo Proust.

—He explicado una parte y ahora le explico lo que falta: Helen Yardley pasó nueve años entre rejas. Si no era culpable, es probable que pensara en vengarse nada más salir. Incluso si...

—¡Basta!

Simon se agachó al ver volar un objeto por encima de su cabeza. La taza de «El Mejor Abuelo del Mundo» dio contra la esquina del archivador y se hizo pedazos. Sam se agachó para recogerlos.

—¡Deje eso! —bramó el Muñeco de Nieve—. Abra el cajón superior del archivador. Verá dos ejemplares del libro de Helen Yardley. Quédese usted con uno y dele el otro a Waterhouse.

La única forma de que Simon tuviera la boca cerrada era jurarse que iba a hacer lo que debería haber hecho años antes: presentar una queja oficial. Lo haría al día siguiente por la mañana. Proust replicaría con contraacusaciones: faltas de respeto, sarcasmos, desobediencias. *Cierto, cierto, cierto*. Nadie hablaría en favor de Simon, solo Charlie, que lo haría por los sentimientos personales que lo unían a él, no porque pensara que Proust no tenía razón al considerarlo la pesadilla de todos los jefes intermedios.

Sam le entregó un ejemplar de *Nada más que amor*, de Helen Yardley y Gaynor Mundy. Simon había interrogado a Mundy aquel mismo día. Le había contado que Helen había escrito casi todo el texto y que había sido una delicia trabajar con ella. La cubierta era blanca, con unos peúcos de punto en el centro. De los lados sobresalían puntas de papel amarillo: eran adhesivos. Simon miró el ejemplar de Sam y vio que también los tenía.

—Volvamos al principio —dijo el Muñeco de Nieve, cargando cada palabra con una buena dosis de paciencia ante la provocación. «No pedir segundas oportunidades; concederlas con generosidad deliberada»—. Les he hecho venir porque son ustedes mis mejores policías, trastornos de personalidad al margen, Waterhouse. Necesito saber que puedo contar con ustedes.

—Claro que puede, señor —dijo Sam.

—Contar con nosotros ¿para qué? —preguntó Simon. Solo de tarde en tarde conseguía articular un «señor». Últimamente, cada vez menos.

—Quiero que los dos lean el libro —dijo Proust—. Yo lo he leído y no creo que contenga nada que no sepamos ya, pero podría haberseme pasado algo por alto. Las páginas señaladas son las páginas en que se menciona mi nombre. Yo detuve a Helen Yardley tres días después de la muerte de su segundo hijo y la acusé de haber asesinado a los dos. Presenté pruebas en su juicio. Entonces era sargento. Mi superior era el comisario Barrow.

Simon necesitó toda su fuerza de voluntad para no mirar a Sam ni exteriorizar reacción alguna.

—Por lo que a mí respecta, nadie que trabaje en este homicidio necesita leer el libro, salvo ustedes dos. En la reunión de trabajo de mañana por la mañana tengo intención de contar a todos mi... mi implicación. Por irrelevante que sea para lo que nos preocupa en este momento, preferiría no ocultar nada.

¿Irrelevante? ¿Estaba de guasa? ¿Los estaba poniendo a prueba?

—No mencionaré el papel desempeñado por el comisario Barrow, cuyo nombre no figura en el libro.

¿Había dicho Barrow a Proust que su nombre quedara al margen? ¿Habían discutido los dos entre bambalinas sobre qué revelar y qué mantener en secreto? El Muñeco de Nieve no se había molestado nunca en ocultar su odio por Barrow, pero este odio, con el paso de los años, se había fundido de un modo tan completo con la antipatía por todo el personal que conocía que Simon nunca lo había puesto en duda ni se había preguntado por su origen.

—Por lo general, como ustedes no desconocerán, un policía que ha acusado a un ciudadano de asesinato siendo sargento no puede dirigir, cuando ya es inspector, la investigación del asesinato de ese mismo ciudadano. El jefe de Policía, el subjefe de Policía y el comisario Barrow no querían que yo fuera el inspector encargado del asesinato de Helen Yardley. Sin embargo, aquí estoy: inspector encargado del asesinato de Helen Yardley. Adelante, Waterhouse. Tiene usted cara de querer preguntar algo.

—¿Estoy tomando el rábano por las hojas o está usted dando a entender que Barrow, el jefe y el subjefe no quieren enterarse de que contribuyeron a meter en la cárcel a Helen Yardley? —Simon se mordió la lengua para no preguntar a Proust si había amenazado con denunciar públicamente a los tres mandamases por haber participado en una innegable metedura de pata de la justicia si encargaban la investigación del asesinato de Helen Yardley a otro inspector.

—El jefe y el subjefe no estuvieron implicados —dijo Proust—. Aunque como superiores del comisario Barrow han de cuidar de sus propios intereses, así como de los intereses del cuerpo de Policía de Culver Valley.

Sam Kombothekra carraspeó, pero no dijo nada.

—Entonces... —fue a decir Simon.

—Entonces, Waterhouse, en la medida en que su hipótesis pueda aplicarse al comisario Barrow, *yo diría*, por emplear una expresión cara al sargento Leckenby, que su metáfora del rábano no necesita corregirse.

—¿Cómo...? Ah. —Simon lo pilló con el tiempo justo para no quedar como un idiota.

—¿Leerán el libro? —preguntó Proust—. No es una orden. Se lo pido a los dos como un favor personal.

—Sí, señor —dijo Sam.

Simon había encargado *Nada más que amor* en Amazon aquella misma mañana, después de hablar con Gaynor Mundy. Leería su propio ejemplar cuando llegase, porque tal era su deseo, no porque se lo hubieran pedido. *Un favor*. Habría preferido que fuera un orden. Los amigos pedían favores; el Muñeco de Nieve no tenía amigos.

—Mañana por la mañana quiero que los dos estén flanqueándome cuando dé las novedades y las instrucciones, así que lleguen antes —dijo Proust, más relajado ahora que la reunión parecía ir por el cauce que le interesaba—. Quiero que todos vean que cuento con el apoyo de los dos cuando anuncie que, en lo sucesivo, cualquiera que haga una observación al estilo de «Cuando el río suena, agua lleva» o «No porque la dejaran ir significa que fuera inocente», la hará con toda formalidad y disciplina, no importa dónde ni en qué circunstancias la haga. Para que nadie, por ejemplo bajo la influencia del alcohol, piense que puede gastar una broma. Un agente callejero que murmure esa clase de ocurrencias en su dormitorio, en mitad de la noche, con la cabeza bajo el edredón, va listo. Desde ahora, ustedes dos serán mis ojos y mis oídos. Si oyen esa clase de comentarios, deberán informarme, tanto si el autor es su mejor amigo como si es un desconocido. Si pescan malas vibraciones, quiero enterarme.

Simon no podía creer que Sam estuviera asintiendo con la cabeza.

—Sé que puedo contar con su colaboración y les estoy agradecido —dijo Proust con sequedad—. ¿Tiene alguna sugerencia que formular, Waterhouse, ahora que ha oído mi sermón?

Simon habría podido formular —había planeado formular— muchas sugerencias para mejorar aquella investigación, a su juicio defectuosa, pero mientras no reflexionara sobre lo que acababa de oír, no quería decir nada más en presencia del Muñeco de Nieve. «No cuentas con nada, cara de culo».

—Basta pues por esta noche —dijo Proust, que habría podido decir basta en el momento que le hubiese dado la gana, de la noche, de la mañana o de la tarde.

Miércoles, 7 de octubre de 2009

—Es exactamente la patada en el culo que necesito, así es como yo lo veo —dice Tamsin, dando un sorbo a la sexta ginebra con tónica que ha pedido esta noche—. A las maniáticas del control como yo les beneficia cualquier alteración de la rutina. —Empieza a hablar ya con lengua de trapo. El labio superior le resbala sobre el inferior como un zapato de suela lisa en la nieve.

Podría escabullirme al lavabo, telefonear a Joe y decirle que venga a buscarla, pero si la dejo sola, seguro que se arrima a cualquier desconocido y en la barra hay como mínimo dos hombres con cara de llevar en el bolsillo un pañuelo empapado en cloroformo. El Grand Old Duke of York es el único pub al que se puede ir andando desde el trabajo donde es seguro que no encontraremos a nadie de Binary Star, por eso nos hemos atrevido a enfrentarnos con la mala cerveza y los lobos solitarios con mala pinta. Esta noche cualquier cosa es mejor que tropezarse en French House con Maya, Raffi o Laurie.

—Hace demasiado tiempo que vivo rodeada de seguridad —dice Tamsin con determinación—. Debería correr más riesgos. —Es que es eso; y ni por asomo voy a permitir que vuelva a su casa en metro. Esperaré y llamaré a Joe cuando se desmaye. Bastarán otros quince minutos, media hora a lo sumo—. No hay sorpresas en la vida, tú ya me entiendes. Me levanto a las siete, me meto en la ducha, desayuno dos Weetabix y un batido de frutas, me voy andando al metro, llego al trabajo a las ocho y media, me paso todo el día correteando detrás de Laurie, me agoto tratando de... *descifrar* lo que dice o piensa, vuelvo a casa a las ocho, ceno con Joe, me encojo en el sofá para ver un episodio de cualquier serial comprado en *DEUVEDÉ* y me acuesto a las once. ¿Dónde está la chispa? ¿Dónde el dina... diana...?

—¿Dinamismo? —sugiero.

—¡Pero ahora me enfrento por fin a un gran reto: no tengo trabajo! —Se esfuerza por parecer optimista—. ¡Se acabaron los ingresos! Tendré que espabilar si no quiero quedarme en la calle.

—¿No puede Joe pagar la hipoteca? —pregunto, sufriendo por ella—. Quiero decir provisionalmente, hasta que encuentres algo.

—No, pero podríamos alquilar el estudio de Joe a cualquier pasota al que no le importe entrar en nuestro dormitorio cada vez que quiera mear en mitad de la noche —dice con animación—. Podríamos llegar a ser amigos. ¿Cuándo fue la última vez que hice nuevas amistades?

—Cuando me conociste a mí. —Hago lo posible por alejar de su mano la

ginebra con tónica—. Dame eso. Te pediré un zumo de naranja.

Sus manos retienen el vaso con fuerza.

—Tú también eres una maniática del control —dice con voz acusadora—. Las dos lo somos. Hay que aprender a dejarse llevar por la corriente.

—Mientras la corriente no sea de vómito... ¿Por qué no llamo a Joe y le digo...?

—Noooo. —Me da golpecitos en la mano—. Estoy bien. Quiero aprovechar en serio esta oportunidad de cambiar. Tal vez me dé por vestir de azul o de rojo, y no de blanco y negro todo el tiempo. Oye... ¿sabes lo que voy a hacer mañana?

—¿Morir por intoxicación alcohólica?

—Ir a una exposición. Tiene que haber algo bueno en la National Portrait Gallery, o en Hayward. Y mientras yo hago eso, ¿sabes lo que harás tú? —Suelta un eructo ruidoso—. Irás al despacho de Maya y le dirás: «Sí, acepto ese empleo tan excelentemente pagado». Si te sientes culpable por ganar demasiado dinero, dame un poco a mí. Me conformo con poco. Tal vez la mitad.

—Oye... ¿sabes que eso que sugieres suena bien?

—¿Verdad que sí? —Ríe con risa nerviosa—. Es socialismo en miniatura. Nos afectaría solo a nosotras dos, pero el principio es el mismo: todo lo que tú tienes es mío y todo lo que yo tengo es tuyo; solo que yo no tengo nada.

—Necesitas ingresos. A mí me han ofrecido más del triple de lo que gano ahora... No, sería una locura. ¿O no? —No estoy tan borracha como ella, pero un poco sí.

—¿Cuál es el *polema*? —farfulla con los ojos como platos—. Nadie tiene por qué saberlo, solo tú y yo. Laurie tiene razón: si desaprovechas esta oportunidad, todos pensarán que eres idiota perdida. Y si ahorras como una avara...

—¿Ese es el gran reto que faltaba en tu vida? ¿Obligarme a aceptar un trabajo que no quiero para que tú me sisas la mitad del jornal? —La verdad es que no estoy segura de que lo haya dicho en serio y espero a ver si me aclara que todo ha sido una broma. Pero va y me suelta:

—Bueno, no tendrías que financiarme siempre. Solo hasta que encuentre otro trabajo. Me gustaría mucho trabajar para Naciones Unidas, de intérprete.

Suspiro.

—¿Hablas muchos idiomas, aparte del inglés y el borrachín?

—Aprendería. El ruso y el francés combinan bien, creo. Estuve *googleando* un poco antes de salir del despacho. Por última vez *para siempre* —añade con énfasis, para recordarme su condición de mujer maltratada—. Cuando se conocen esos dos idiomas...

—Que tú no conoces...

—... lo único que necesitas entonces es un título y eso se puede conseguir en la Uni de Westminster, y entonces la ONU te contrata.

—¿Cuándo? ¿Al cabo de cuatro años?

—Más bien seis.

—¿Y qué te parece si te financio mientras buscas un puesto de trabajo *en tu especialidad*? —Subrayo las tres últimas palabras—. Con tu currículum, podrías conseguirlo mañana mismo.

—No, gracias —dice Tamsin—. Para mí se acabó la televisión. La tele es la rutina en la que he estado estancada hasta hoy. Te hablo en serio, Fliss. Desde que dejé la universidad he sido esclava de un salario. No quiero correr en busca de más ataduras, ahora que soy libre. Quiero hacer algo vivo, pasear por el parque, ir a patinar sobre hielo...

—¿Qué pasó con lo de aprender francés y ruso? —pregunto.

Desecha mi preocupación de un manotazo.

—Tiempo habrá para eso. Puede que mire a ver si hay clases nocturnas o algo parecido, pero lo que quiero por encima de todo es... evaluar mi situación, pasear por ahí, absorber el aire que respiro.

—Pero si vives en Wood Green.

—¿Tendrías para alquilar un piso en Knightsbridge si estuviera dispuesta a quedarme con una habitación?

—Basta ya, Tamsin —digo, convencida de que la broma ha ido demasiado lejos—. Precisamente por eso no quiero ser rica. No quiero convertirme en una persona que cree que Dios le ha dado derecho a poseer más dinero del que necesita gastar y lo guarda todo para ella sola. Hasta aquí he estado escuchando tu cotorreo mientras pensaba: «¿Por qué debo dar a una holgazana manirrota la mitad del dinero que he ganado con el sudor de mi frente?». Antes dijiste que podía ahorrar como una avara. ¡Ya me siento avara y eso que aún no he dicho que acepto el empleo!

Me mira de hito en hito con las entendederas obnubiladas por el alcohol. Al final dice:

—Me odiarías.

—Seguramente sí. Lo que me ha parecido el colmo ha sido eso de patinar sobre hielo.

Asiente con la cabeza.

—Es igual. No te lo tendría en cuenta. Puedes llamarme irresponsable y gorrón si te apetece, siempre que perciba una parte del dinero. Preferiría que me insultaras a tener que entrevistarme con jefes potenciales con mi estado de ánimo actual: me siento indeseada e insignificante. Pero ¿qué estoy diciendo? —Se da un manotazo en la muñeca y a continuación me golpea con fuerza en la rodilla—. Mira lo que has conseguido... ¡tu pesimismo me ha arrastrado por el suelo!

—Voy a rechazar el trabajo, Tam. —Da un gruñido—. Lo que probablemente significa que también a mí me darán el finiquito este fin de semana. Podríamos ir juntas a la National Portrait Gallery. —«Dile la verdad. Explícale por qué no puedes hacer la película de Laurie. No tienes nada de qué avergonzarte».

—¡Que le den por saco a eso! —Tamsin da un puñetazo en la mesa—. Si vas a la National Portrait Gallery, yo iré al Museo de la Ciencia, para protestar por tu... idiotez. Escucha, Fliss, la gente sueña con que le sucedan cosas como la que te ha sucedido a ti hoy. Tienes que aceptarlo. Aunque decidas dejar que me pudra en el arroyo mientras tú desayunas con diamantes.

—Te hablo en serio.

—¡Y yo también! Piensa en todo el tiempo que pasarás con Laurie, ayudándote extraoficialmente... ¡ah, ja, ja! —Su gorgoriteo se convierte en carcajada—. Se ve a mil kilómetros que estás enamorada de él.

—No es posible, porque no es verdad —digo con determinación. Bueno, no es una mentira de muchos quilates. Si soy consciente de todos los motivos por los que no debo amar a Laurie, y soy consciente, entonces eso debe de querer decir que no estoy enamorada, por lo menos no al ciento por ciento. Y si estoy enamorada de él, ¿cómo es que puedo admitir sin prejuicios que es un cretino y una auténtica cruz para mí?

—Te pasas horas mirándolo por la ventana de tu despacho, incluso cuando no está en el suyo. —Tamsin ríe por lo bajo—. No voy a malgastar saliva explicándote que de eso no puede salir nada bueno, aunque ya ha salido algo bueno: ciento cuarenta de los grandes al año, a repartir entre tú y yo. —Sonríe de oreja a oreja para que me entere de que me está enredando por el dinero—. Te han recompensado por tu buen gusto. Laurie podrá ser un bicho raro, pero es un bicho astuto. Ha visto que tartamudeas como una tonta delante de él y que te mueres por sus pedazos. Eres su peón ideal: se distancia de la película en público pero sigue controlándola en privado.

—¿Y por qué quiere distanciarse? —digo, pasando por alto las demás cosas que ha dicho Tamsin; porque si admitiera que las he oído y que me las creo, tendría que dedicar el resto de mi vida a sollozar en los lavabos—. Está

obsesionado con ella.

—Por si la cosa se pone jodida, lo cual podría suceder porque Sarah se ha echado atrás.

—¿Sarah?

—Jaggard. Ay, Dios mío. Laurie no te lo ha dicho, ¿verdad?

Mi teléfono se pone a sonar. Lo abro.

—¿Diga?

—¿Fliss Benson? —pregunta una voz de mujer.

Respondo que sí.

—Soy Ray Hines.

El corazón me da un brinco, como un caballo cuando salta una valla. *Rachel Hines*. Tengo una sensación rarísima: como si aquel momento estuviera destinado a llegar y yo no tuviera forma humana de eludirlo.

Mi interlocutora no sabe lo importante que es para mí ni qué siento al oír su voz.

—¿Por qué Laurie Nattrass abandona Binary Star? —No parece irritada, ni siquiera molesta—. ¿Tiene algo que ver con la muerte de Helen Yardley? Doy por hecho que la asesinaron. Oí en las noticias que su muerte era «sospechosa».

—No sé nada —digo con brusquedad—. Tendrá que preguntárselo a la policía, y en cuanto al abandono de Laurie, tendrá que preguntárselo a él. Yo no tengo nada que ver con ninguna de las dos cosas.

—¿En serio? Pues he recibido un e-mail de Laurie en que me dice que usted se ha hecho cargo del documental.

—No. Es un... malentendido.

Tamsin ha sacado un bolígrafo de mi bolso y ha escrito «¿Quién?» en un posavasos. Me lo enseña. Debajo de su pregunta escribo «Rachel Hines». Abre la boca al máximo, hasta el punto de enseñarme las amígdalas, y garabatea aprisa en el posavasos: «¡¡Que siga hablando!!».

«¿Y si yo no quiero?».

El día que Rachel Hines ganó la apelación oí a dos mujeres hablando de ella en el metro. Una decía: «No sé las otras, pero la Hines mató a sus hijos, tan seguro como que hay Dios. Es drogadicta y miente como respira. ¿Sabes que abandonó a su hija cuando la pobre criatura no tenía ni un mes? Se fue de su

casa durante casi una quincena. ¿Qué madre haría eso? Estoy convencida de que Helen Yardley fue inocente todo el tiempo, pero esa ni en sueños». Esperé a ver si la otra mujer disentía, pero dijo: «Habría sido mejor para la pequeña que no hubiera vuelto a casa nunca más». Recuerdo que pensé que era una forma extraña de expresarse: «Helen Yardley fue inocente todo el tiempo». Como si una persona pudiera ser culpable de un delito al principio y luego ser inocente.

—La llamo para decirle lo que seguramente Laurie se olvidó de mencionarle: que no quiero tener nada que ver con el documental. Al parecer opina usted del mismo modo. —Lo que hace esta mujer no encaja con el comportamiento que desde siempre he atribuido a las personas drogadictas.

—No quiere tener nada que ver con él —repito con voz neutra.

—Desde el principio le he dicho a Laurie con toda claridad que tendrá que apañárselas sin mí, así que no sé por qué sigue mandándome una información que no necesito. Puede que espere que cambie de idea, pero no voy a cambiar. —Parece tranquila, como si nada de lo que dice le importe; se limita a informarme de los hechos.

—Estoy en una situación parecida —le explico, demasiado irritada por el trato que he recibido para andarme con diplomacias. ¿Cómo se ha atrevido Laurie a cargarme con esta mujer sin darme ninguna posibilidad de elegir? Tamsin se remueve con nerviosismo en su asiento, desesperada por saber qué está pasando—. Laurie no sabe aceptar un no por respuesta —añado—. Eso, en el caso de que se moleste en preguntar. Esta vez no ha preguntado. No sabía que estuviera dando mis datos a todo el mundo. No sé por qué habrá supuesto que iba a hacerme cargo de la película sin preguntarme si quería o no.

Tamsin eleva los ojos al techo y niega con la cabeza. «¿Qué pasa?», le digo en silencio, moviendo los labios. No quiero tener mala conciencia por culpa de este asunto. La culpa es de Laurie, no mía.

—¿Y por qué no quiere? —inquire Rachel Hines como si fuera la pregunta más natural del mundo.

Me imagino respondiéndole con sinceridad. ¿Cómo me sentiré después? ¿Aliviada por haberlo dicho claramente? Lo cierto es que no viene al caso porque nunca tendré ovarios para pasar la prueba.

—No es mi intención ser grosera, pero no creo que tenga que darle explicaciones a usted.

—No, no, claro que no —dice con lentitud—. Tal vez parezca que la presiono, pero... ¿podríamos vernos?

Vernos. Yo y Rachel Hines.

No tiene forma de saberlo. A no ser que... No, es imposible.

—¿Disculpe? —digo para ganar tiempo. Le quito a Tamsin el boli de las manos y escribo: «Quiere verme». Tamsin mueve la cabeza, asintiendo con energía.

—¿Dónde está ahora? Podría ir a su encuentro.

Miro el reloj.

—Son las diez de la noche.

—¿Y qué? Ninguna de las dos duerme. Yo vivo en Twickenham. ¿Y usted?

—En Kilburn —digo de manera automática y mentalmente me arreo un puntapié. En ninguna circunstancia quiero a Rachel Hines en mi casa—. En realidad estoy fuera ahora, en el pub Grand Old Duke of York, que está en...

—No voy a pubs. Deme su dirección y estaré allí dentro de una hora u hora y media, según esté el tráfico.

Mi cerebro repasa a toda velocidad los pros y los contras. No la quiero en mi casa. No quiero tener nada que ver con ella, solo enterarme de lo que quiere ella de mí.

—Sospecho que teme usted que la vean en su casa con una persona condenada antaño por asesinato —dice—. Lo entiendo. En fin, siento haberla molestado.

—¿Por qué quiere verme?

—Responderé a esa pregunta y a otras que usted desee, pero habrá de ser cara a cara. ¿Le parece justo?

—De acuerdo —oigo decir a mi voz. Incapaz de creer lo que está sucediendo, le detallo mi dirección.

—Tendremos que estar las dos solas, ¿entendido? Laurie no.

—Laurie no —convengo.

—Nos veremos dentro de una hora —dice Rachel Hines. Entonces pienso: esto está pasando de verdad y tengo miedo.

Tres cuartos de hora después estoy en casa, guardando a toda prisa en el armario la ropa todavía húmeda que estaba en el tendedero. Normalmente su sitio es el cuarto de baño, pero esta es una parte del piso que una visita podría querer ver y no puedo dejar allí expuesta mi ropa interior mojada. Al final consigo meter el tendedero en el armario, pero ahora no puedo cerrar las puertas. ¿Importa mucho? Estoy tan nerviosa que no puedo pensar. No es probable que Rachel Hines entre a la fuerza en mi dormitorio.

Una voz asustada susurra en mi cabeza: «¿Cómo sabes lo que hará o no?».

Saco el tendedero del armario. La mitad de la ropa cae al suelo. Aunque no la vea, saber que está ahí me molesta a mí. Es de locos guardar ropa mojada en un armario y no voy a portarme como una loca antes de que ocurra nada.

Siento un escalofrío. «No va a ocurrir nada», me digo. «Cálmate».

Vuelvo a colgar la ropa en el tendedero, planto este en el centro del dormitorio y cierro la puerta al salir. Entonces corro a la cocina, que he dejado revuelta por la mañana: platos y revistas por todas partes, restos de tostadas, tapones de botellas de leche, mondaduras de naranja. La hinchada y negra bolsa de basura que debería haber sacado hace días ha dejado pegotes de grasa anaranjada en el linóleo.

Miro la hora. Casi las once. Dijo entre una hora y hora y media. Eso significa que puede llegar dentro de cinco minutos. Necesito por lo menos quince para adecentar la cocina. Abro el lavavajillas. Está lleno de cubiertos y platos limpios y relucientes. Maldigo en voz alta. ¿Quién dijo que los lavavajillas hacen la vida más fácil? Son los cabrones más taimados del mundo de los electrodomésticos. Cuando quieres una taza o un plato limpios, te encuentras con una cueva llena de cacharros churretosos que gotean salsa de judías cocidas. Y cuando quieres que el maldito trasto esté vacío y listo para hacer un buen servicio, es el momento que ha elegido para estar hasta los topes de porcelana y acero inoxidable, todo brillante y apestando a limón.

Guardo el contenido de cualquier manera en los armarios y los cajones, desportillando un par de platos que ya están desportillados, como casi toda mi vajilla. Meto luego los cacharros sucios sin molestarme en pasarlos por el grifo, como normalmente hago, y limpio las superficies con un trapo que seguramente está más sucio que la mugre que quito. Peco de frívola cuando se trata de limpiar y poner orden: no me preocupa que todo quede infestado de bacterias mientras parezca presentable al ojo inexperto.

Saco la basura, limpio el suelo con el mocho y retrocedo para inspeccionar los resultados. Tiene mejor aspecto que en los últimos meses. Una ocurrencia me viene a la cabeza antes de que pueda censurarla: «tal vez debiera traer a asesinas más a menudo». Ya en la salita, acompañada por una banda sonora de golpetazos producidos por los saltarines vecinos de arriba, recojo del suelo una veintena de *deuvedés*, los guardo en una bolsa de tela que utilizo para la compra y la pongo detrás de la puerta.

No quiero que Rachel Hines sepa qué *deuvedés* tengo ni que se entere de ninguna otra cosa relacionada conmigo. Miro por encima la estantería que llena un entrante de la salita, el más cercano a la ventana. Tampoco quiero que sepa qué libros leo, pero no tengo ninguna bolsa suficientemente grande para guardarlos de manera provisional ni tiempo para vaciar los estantes. Acaricio la idea de colocar una especie de cortina para taparlos, pero entonces llego a la conclusión de que me he vuelto paranoica. No me importa que vea los libros. Solo importa lo que yo quiera que importe.

Ahueco los cojines del sofá y el del sillón y luego vuelvo a consultar la hora. Las once y cinco. Descorro las cortinas que corrí al entrar y cuando miro la

calle veo pasar andando a un hombre y una mujer. Se ríen. Los tacones femeninos resuenan en la acera conforme se aleja y tengo que contenerme para no abrir la destartada ventana de guillotina y gritar: «¡Vuelvan!».

No quiero estar sola con Rachel Hines.

Recojo todas las cartas, facturas, recibos y extractos bancarios que hay en la consola del vestíbulo y lo guardo todo en el único cajón de la cocina que se abre como es debido, debajo de la bandeja de los cubiertos. Estoy a punto de cerrarlo cuando detecto por el rabillo del ojo un sobre grueso de color crema y recuerdo que esta mañana he salido corriendo de casa sin abrir el correo.

La tarjeta que me enviaron al trabajo, la que tenía los números, llegó igualmente en un grueso sobre de color crema, también con relieves.

«¿Y qué? No tiene por qué significar nada. Una coincidencia, eso es todo».

También este va dirigido a Fliss Benson. Y la caligrafía...

Lo abro. Dentro hay una tarjeta con solo tres números esta vez; están en la parte inferior, escritos con letra menuda: 2 1 4. O tal vez sea doscientos catorce. Los tres primeros dígitos de la otra tarjeta, la que Laurie tiró a la papelera, eran 2, 1, 4.

No hay firma, nada que indique quién lo ha enviado. Pongo el sobre boca abajo y lo sacudo. Nada. ¿Qué significan los números? ¿Es alguna amenaza? ¿Debo asustarme? Sea quien fuere el o la remitente, sabe dónde trabajo, dónde vivo...

Me digo que estoy haciendo el ridículo, me esfuerzo por relajarme dejando caer los hombros. Durante unos segundos me concentro en respirar con lentitud y uniformidad. Evidentemente no es una amenaza. Si alguien quiere amenazarnos, utiliza palabras que entendamos: «haga x o la mataré». Las amenazas son amenazas y los números son números: no hay relación.

Rompo la tarjeta y el sobre y salgo para tirar los pedazos a la basura, decidida a no perder más tiempo en algo que debe de ser una broma imbécil. Vuelvo a entrar, me sirvo un vaso de vino blanco hasta el borde y paseo, consultando la hora cada tres segundos, hasta que no puedo soportarlo. Saco el móvil y llamo a Tamsin, a su casa. Responde Joe al segundo timbrazo.

—Ha echado hasta la primera papilla —me informa.

—¿Puedo hablar con ella?

—Pues... —su voz refleja duda—. En este momento está rociando la taza del váter con ginebra.

—¡Estoy bien! —grita Tamsin al fondo. Oigo una especie de forcejeo; más concretamente, oigo la derrota de Joe—. No hagas caso a Joseph. Le gusta exagerar —dice Tamsin con la crispación gutural de la persona que quiere

parecer sobria—. ¿Y bien? ¿Cómo ha ido? ¿Qué te ha dicho?

—No ha llegado aún.

—Ah. Perdona, he perdido el tiempo... la noción del tiempo —añade corrigiéndose—. Pensé que era más tarde.

—Y es... demasiado tarde para presentarse en la puerta de una desconocida. Puede que haya entrado en razón y decidido no venir.

—¿Has com...? A ver si lo digo bien, coño. ¿Has *comprobado* si hay *textos* en el teléfono? —Yo oí más bien si había comprado sexo por teléfono, pero entendí lo que quería decir.

—Sí. No hay nada.

—Entonces aparecerá.

Mi reloj marca las once y veinte.

—Aunque haya salido de Twickenham, ya debería estar aquí.

—¿Twickenham? Eso está prácticamente en Dorset. Puede tardar horas. ¿Qué hace en Twickenham?

—¿No vive allí?

—No. Lo último que supe es que vivía en un piso de alquiler de Notting Hill, a cinco minutos de su exmarido y de su antigua casa familiar.

Lo único que yo sé de Rachel Hines es que fue condenada por haber matado a sus dos hijos y luego declarada inocente. «Muy hábil, Fliss. Nada como afrontar una situación debidamente preparada».

—¿Por qué me habré prestado a esto? —digo en son de queja—. La culpa es tuya, tú afirmaste con la cabeza como una posesa como si no pudiera negarme. —Pero antes de terminar la frase me doy cuenta de que no es verdad. Yo acepté porque acababa de enterarme de que la película podía naufragar antes de empezarse. Si eso ocurría, Laurie, que entonces estaría en Hammerhead, dejaría de tener influencia sobre Maya y Raffi. Y me pondrían de patitas en la calle: justo castigo por atreverme a creer que podía hacer de directora creativa, aunque nunca me lo he creído, y así se ahorrarían ciento cuarenta mil al año. Accedí a ver a Rachel Hines movida por la absurda esperanza de que la entrevista, de un modo u otro, me hiciera indispensable en Binary Star; es vergonzoso decirlo, pero no pienso admitirlo delante de nadie.

¿Significa eso que quiero hacer la película de Laurie? No, no, no, no.

—No la dejaré entrar —digo, convencida de que es la mejor idea que he tenido en mi vida.

—No tienes nada que temer —dice Tamsin del modo más inútil.

—Es muy fácil decirlo. ¿Cuándo fue la última vez que recibiste la visita de una asesina en plena noche? No sé si Rachel Hines mató o no a sus hijos, ¿cómo voy a saberlo?, pero me siento mejor pensando que sí.

—Ya no es una asesina —dice Tamsin. De manera automática pienso en la mujer a la que oí comentar en el metro: «Estoy convencida de que Helen Yardley fue inocente todo el tiempo»—. Incluso antes de que ganara la apelación, la jueza Geilow señaló que no creía que Ray Hines fuera a suponer una amenaza para nadie en el futuro. Al dictar la sentencia, prácticamente dijo que aunque es obligatorio imponer la cadena perpetua en un caso de homicidio premeditado, no le parecía que fuera apropiado y dio a entender que los casos como aquel no deberían verse en las salas de lo criminal. Menudo escándalo se organizó en los círculos jurídicos. Joder, ya estoy sobria. Por tu culpa.

—¿La jueza qué?

Tamsin suspira.

—¿Es que no lees nada más que *Heat*? Si vas a hacer la película, tendrás que ponerte al corriente de...

—No voy a hacer la película. Voy a echar el cerrojo de la puerta y a meterme en la cama. Mañana por la mañana me despediré de la empresa.

—Hazlo, doña Oportuna, y no sabrás nunca de qué quería hablarte Ray Hines.

Gol.

—Una de las objeciones que ponía a la película era que iba a aparecer con las otras dos mujeres —dice Tamsin—. Pero Helen ha muerto y Sarah se ha echado atrás, o sea que Ray puede ser la estrella principal. Será su caso. Y su caso es el más interesante de los tres, con diferencia; aunque en cierta ocasión se lo dije así a Laurie y Laurie casi me ahorca, me destripa y me descuartiza por traición. Helen fue siempre su favorita.

«¿El caso de Helen o Helen la mujer?». Tengo que morderme la lengua para no preguntarlo. No puedo sentir celos de la víctima de un homicidio que se quedó sin sus tres hijos y pasó casi una década en la cárcel. Aunque Laurie pase años regando la almohada de lágrimas por ella, los celos no son una opción aceptable si quiero vivir en paz conmigo misma.

Oigo detenerse un coche delante de mi casa. Aprieto el teléfono con fuerza.

—Creo que es ella. Voy a ver. —Me acerco como una tonta a la puerta de la calle, esforzándome por contenerme hasta que oiga el timbre. Cuando no puedo resistir más, abro la puerta.

Hay un coche negro aparcado junto al bordillo. Tiene las luces encendidas, el

motor en marcha. Subo los cinco peldaños que hay desde mi sótano hasta el nivel de la acera y veo que es un Jaguar. La posesión de un coche así no desentona con la impresión que me dio cuando hablé con ella por teléfono. Lo que no sé es si encaja con la imagen de una drogadicta. Puede que ya no se drogue o puede que no sea la típica colgada que se pincha en una casa en ruinas, sino que esnife las rayas de coca en espejitos con marco de platino. *Joder, menos mal que no tengo prejuicios, que si no...*

Me pego en la cara una sonrisa cordial y me acerco al coche. No puede ser ella; ya debería haber bajado. De pronto se apagan las luces y el motor y la veo claramente bajo la luz de la farola de la calle. Aun sabiendo lo poco que sé de su caso, me resulta completamente familiar. Tiene una cara corriente, como la de Helen Yardley, una cara que ha salido tanto en la tele y en la prensa que casi todos los británicos la reconocerían. No me extraña que no quisiera reunirse conmigo en el pub.

No puedo creer que esta mujer quiera verme .

Su rostro es alargado y sus rasgos demasiado sosos, si no, resultaría despampanante. De todos modos, tiene esa clase de fealdad a la que le falta poco para ser atractiva. Su pelo espeso y ondulado me induce a mirarle la cara otra vez, pensando que debe ser atractiva, pues es el pelo que se espera ver alrededor de una cara hermosa: de un rubio dorado, bien cortado, con brillo. Tiene aspecto de persona importante; lo dicen sus ojos y su porte. Nada que recuerde a Helen Yardley, cuya absoluta vulgaridad y asequible sonrisa de vecina cordial indujeron con facilidad a muchísimas personas a creer en su inocencia cuando anularon sus dos condenas.

Rachel Hines abre la portezuela, pero no baja del coche todavía. Me acerco al Jaguar titubeando. Cierra dando un portazo. Enciende el motor, enciende los faros y la luz me deslumbra.

—Pero ¿qué...? —voy a decir, pero ya se ha puesto en marcha. Al pasar por delante de mí, decelera un poco y se vuelve a mirarme. Advierto que mira detrás de mí, hacia la casa. Me vuelvo por si hay alguien a mis espaldas, aunque sé que no hay nadie. *Tendremos que estar las dos solas , ¿entendido?*

Cuando enderezo la cabeza para mirarla de nuevo, ya está en mitad de la calle, ganando velocidad conforme se aleja.

¿Qué he hecho mal? El móvil que llevo en el bolsillo se pone a sonar.

—No te lo vas a creer —digo, pensando que es Tamsin, en busca de información—. Ha estado aquí hace diez segundos y acaba de irse sin decir esta boca es mía, sin bajarse siquiera del coche.

—Soy yo. Ray. Le pido disculpas... por lo que acaba de pasar.

—Olvidelo —digo a regañadientes. Cuando se es una persona decente, ¿por qué cuesta tanto decir: «Pues mire, oiga, no está bien lo que ha hecho, y aunque me ha pedido disculpas, no se las doy»? ¿Por qué me preocupa tanto

la buena educación, siendo la clase de mujer que es?—. ¿Me puedo ir ya a dormir?

—Tendrá que venir usted a verme —dice.

—¿Qué?

—No digo ahora. Ya la he molestado bastante por hoy. Dígame un día y una hora que le vengan bien.

—Ni día ni hora —digo—. Escuche, esta noche, en el pub, me pilló usted con la guardia baja. Si quiere hablar con alguien de Binary Star, pruebe con Maya Jacques y...

—Yo no maté a mi hija. Ni a mi hijo.

—¿Perdón?

—Si quiere, le diré el nombre de la persona que lo hizo: Wendy Whitehead. Aunque no fue...

—No quiero que me diga usted nada —digo con el corazón a cien por hora—. Quiero que me deje en paz. —Pulso con fuerza el botón de fin de llamada. Transcurren unos segundos hasta que me atrevo a respirar de nuevo.

Al volver a mi casa, echo la llave y el cerrojo de la puerta, apago el móvil y desenchufo el fijo. Cinco minutos después estoy en la cama, tesa y totalmente despierta, con el nombre de Wendy Whitehead deslizándose por las anfractuosidades de mi cerebro.

De «Nada más que amor»

de Helen Yardley, con la colaboración

de Gaynor Mundy

21 de julio de 1995

Cuando se presentó la policía el veintiuno de julio, supe inmediatamente que aquella vez no era como las anteriores. Hacía tres semanas justas que Rowan había muerto y me había vuelto una experta en interpretar el ánimo de los agentes. Por lo general sabía, fijándome en sus caras, si el interrogatorio iba a ser implacable o amistoso. Un policía que siempre había sido amable conmigo era el sargento Giles Proust. Parecía incómodo cada vez que me interrogaban y dejaba que la mayor parte de las preguntas las hicieran sus subordinados. Preguntaban una y otra vez si tuve una infancia feliz, cómo me había sentido siendo la hermana del medio, si había envidiado a mis hermanas, si mantengo una relación estrecha con mis padres, si hice alguna vez de canguro siendo adolescente, si quería a Morgan, si quería a Rowan, si acepté con agrado los embarazos. Me entraron ganas de gritarles: «¡Pues claro que sí, caramba, y si son incapaces de verlo con sus propios ojos, no merecen llamarse policías!».

Siempre he tenido la impresión de que Giles Proust era el único policía que, lejos de limitarse a creer que yo era inocente de la muerte de mis criaturas, sabía que lo era, con la convicción con que lo sabía yo y lo sabía Paul. Se daba cuenta de que yo no era una asesina y de lo mucho que quería a mis dos preciosos niños. Y aquel día volvió a presentarse en mi casa, con una mujer a la que no reconocí, y comprendí en el acto, por la cara que ponía él, que aquella vez la cosa era grave. «Ustedes dirán», dije, deseando acabar de una vez con aquello.

—Le presento a la agente Ursula Shearer, de Protección Infantil —dijo el sargento Proust—. Lo siento, Helen. Estoy aquí para detenerla por el asesinato de Morgan y Rowan Yardley. No tengo más remedio. Lo siento mucho.

Su pesar era totalmente sincero. Leía en su cara que estaba sufriendo por verse en la obligación de hacerme aquello. Creo que en aquel momento odié a sus superiores más por él que por mí. ¡Cuántas veces les habría dicho que estaban acosando a una madre afligida que no había hecho nada malo! Yo era tan víctima de la muerte de mis niños como ellos.

Por terrible que fuera para mí el momento de mi detención, nunca pienso en él sin pensar también en Giles Proust y en el calvario que debió de pasar. Debió de sentirse tan impotente como yo, sin medios para que sus superiores vieran y oyeran la verdad. Paul me había aconsejado muchas veces que no diera por hecho que había representantes de la ley de mi parte. Tenía miedo de que, movida por mi ingenuidad, me engañara a mí misma y sufriera desilusiones que no harían sino aumentar mi dolor. «Por muy honrado que

parezca Proust, es un policía, no lo olvides», me decía. «La comprensión podría ser una táctica. Tenemos que partir de la base de que todos están en contra nuestra».

Aunque no estaba de acuerdo con Paul, entendía su punto de vista. Para él era una forma de mantenerse fuerte. Al principio desconfió incluso de nuestros parientes más cercanos; no creía que nuestros padres y nuestros hermanos estuvieran de nuestra parte. «Dicen que están seguros de que no lo hiciste», decía, «pero ¿cómo sabemos que no lo dicen porque es lo que se espera de ellos? ¿Y si algunos tienen dudas?». Hasta el día de hoy sigo convencida de que ninguno de nuestros familiares ha pensado nunca que yo pudiera ser culpable. Todos me habían visto con Morgan y con Rowan y habían visto el profundo amor que sentía por ellos.

Nos dijeron que no había contra Paul ninguna acusación, pero se le permitió ir conmigo en el coche de la policía, lo cual supuso un gran alivio para mí. Me senté entre Paul y el sargento Proust; la agente Shearer, que estaba al volante, nos condujo a la comisaría de Spilling. No pude contener las lágrimas cuando abandoné mi querida casa, la casa donde había sido tan feliz, primero con Paul, luego con Paul y con Morgan, y también cuando llegó Rowan. ¡Cuántos recuerdos hermosos! ¿Cómo podían hacerme aquello después de lo que había sufrido? En algún momento me sentí presa del odio más intenso, por todo y por todos. No quería vivir en un mundo capaz de infligir un sufrimiento tan atroz. Pero luego sentí un brazo alrededor de mis hombros y el sargento Proust dijo: «Escúcheme, Helen. Sé que usted no mató a Morgan ni a Rowan. Las cosas no se presentan favorables en este momento, pero la verdad prevalecerá. Si yo me doy cuenta de esa verdad, otros se darán cuenta también. Hasta los tontos ven que es usted una madre buena y cariñosa».

La agente Shearer murmuró un comentario sarcástico por el que colegí que reprochaba lo que me había dicho el sargento. Puede que pensara que yo era culpable o que el sargento Proust había infringido alguna clase de protocolo al decirme lo que me había dicho, pero no me importó. Paul sonreía. Finalmente admitía que Giles Proust era un aliado sincero. «Gracias», dijo. «Su apoyo significa muchísimo para nosotros. ¿Verdad, Helen?».

Yo asentí con la cabeza. La agente Shearer hizo otro comentario desdeñoso entre dientes. El sargento Proust, que ya me había expresado su solidaridad, habría podido darse por satisfecho, pero añadió: «Si hay juicio, cosa que dudo mucho, me llamarán como testigo. Cuando baje del estrado, el jurado estará tan convencido de su inocencia como yo».

—Pero ¿qué coño está diciendo? —le soltó la agente Shearer. Paul y yo nos encogimos en el asiento, sobrecogidos por la rudeza del reproche, pero Giles Proust no se inmutó.

—Hago lo correcto —dijo—. Alguien tiene que hacerlo.

Yo, sin darme cuenta, había dejado de llorar. En aquel momento sentí lo que solo puedo describir como una ola de paz beatífica, y dejé de preocuparme, de obsesionarme por lo que iba a ocurrirme. Fue algo mágico. Ya no tenía miedo. Si Giles Proust acertaba o se equivocaba acerca de la posibilidad de que me

juzgaran o de lo que llegase a pensar un jurado hipotético, ya no me importaba. Lo único que me importaba era que mientras miraba por la ventanilla y veía pasar los buzones, los árboles y las tiendas, amaba el mundo que había odiado hacía solo unos momentos. Me sentía parte de algo bueno, íntegro y luminoso, algo de lo que Paul, Giles Proust, Morgan y Rowan también formaban parte. Es muy difícil explicar con palabras esa sensación porque era mucho más poderosa que las palabras.

Camino de la comisaría, ignoraba hasta qué punto iban a irnos mal las cosas a Paul y a mí, los terribles momentos de dolor y sufrimiento que el futuro nos reservaba. Pero mientras el destino descargaba sobre nosotros un golpe tras otro, incluso cuando sentía mi ánimo en el punto más bajo y no parecía haber ninguna esperanza de respiro, la sensación de paz que sentí aquel día en el coche policial estuvo siempre conmigo, aunque hubo ocasiones en que tuve que forcejear para encontrarlo en mi interior. Es la misma energía positiva que me ha estimulado en la labor que he realizado en favor de otras mujeres en situaciones parecidas a la mía y ha sido la fuerza motriz que ha impulsado mi contribución a JPCI. El sargento Proust me dio una lección ejemplar aquel día: que siempre es posible, y cuesta muy poco, dar un poco de fe y esperanza, incluso en medio de la más negra desesperación.

12 de septiembre de 1996

El centro de encuentros era un lugar horrible y desangelado, una estructura prefabricada de una sola planta, fea, de color gris, que parecía perdida y abandonada en un inmenso aparcamiento casi vacío. La detesté nada más verla. No tenía suficientes ventanas y las que había me parecieron demasiado pequeñas. Le dije a Paul:

—Tiene aspecto de esconder secretos desagradables. —Supo a qué me refería. Añadí—: No puedo. Realmente no puedo. No puedo entrar ahí.

Me dijo que no había más remedio, ya que Paige estaba dentro.

Quería verla más que a nada en el mundo, pero me atemorizaba la alegría que sentiría en cuanto estuviéramos juntas, porque sabía que era un sentimiento que los asistentes sociales podían destruir y destruirían. Si acudía allí todos los días entre semana y me quedaba un par de horas, de acuerdo con las negociaciones que Ned y Gillian habían hecho en mi nombre, significaría que tendría que soportar que un esbirro de los Servicios Sociales me quitara a Paige cinco veces por semana hasta el día del proceso, y nadie sabía lo que sucedería después. Aun en el caso de que me absolvieran, como Giles Proust me aseguraba sin cesar, podían quitarnos a Paige indefinidamente. Ned me había explicado la diferencia que había entre un juicio criminal, en el que debía demostrarse la culpabilidad más allá de una duda razonable, y los tribunales que apartaban a los hijos de los padres y los retenían tras puertas cerradas y en secreto. En los tribunales de lo familiar basta con que el juez decida que es mejor separar a los menores de los padres, basándose en un cálculo de probabilidades, lo que significa que nadie necesita demostrar nada. Para perder a mi hija bastará con que una persona que no me conoce en absoluto llegue a la conclusión de que *probablemente* soy una asesina.

—En mi vida he oído nada más cruel e injusto —dije a Ned—. Perder a Paige sería insoportable, y si voy a prisión, Paul nos perderá a las dos.

Ned me miró a los ojos y dijo:

—No puedo mentirte, Helen. Es una posibilidad que hay que tener en cuenta.

—Llévame a casa —dije a Paul. Aún seguíamos en el aparcamiento—. Ya he sufrido tres pérdidas terribles y no soportaría otra más. —Así me sentía. Paige gozaba de buena salud, pero la perdí cuando me la quitaron de los brazos una hora después de nacer y la dejaron a cargo de las autoridades—. No puedo perder a mi hija una y otra vez en el curso de esta semana, y de la semana que viene y Dios sabe hasta cuándo. No permitiré que me hagan eso ni que se lo hagan a ella.

Hasta aquel momento me había mostrado obediente y dócil, pero esta actitud no me había llevado a ninguna parte. Entonces me dije: que sepan exactamente lo que están haciendo: quitarle una criatura a su madre. ¿Qué necesidad tenía de presentarme puntualmente y hacer que los Servicios Sociales se sintieran con la conciencia tranquila por «permitir» que me relacionara con mi propia hija? Estaban destruyendo lo que quedaba de mi familia y quería que se dieran cuenta.

El regreso a Bengoe Street fue el viaje más desdichado de mi vida. Ni Paul ni yo despegamos los labios en todo el trayecto. Ya en casa, nos preparamos un té muy cargado y muy caliente.

—Deberías volver —le dije—. Tienes que hacer lo posible por recuperar a Paige, al margen de lo que me suceda a mí. Tendrás que mentir, pero es un precio que valdrá la pena pagar. —Paul me preguntó a qué me refería y se lo expliqué—. Finge que dudas de mí. Comportate como si estuvieras tan preocupado de que me dejen sola con Paige como los propios asistentes sociales. Convéncelos de que si te la quedas tú, no permitirás que esté sola conmigo.

No hay palabras para expresar lo mucho que aborrecí decir esto a Paul. Él era mi columna y me había sostenido con firmeza desde el comienzo de este calvario. Su lealtad era mi principal punto de apoyo y sin embargo le estaba pidiendo que fingiese ser un hombre peor de lo que era, que fingiese ser un marido desleal, cuando yo sabía que era maravilloso y valiente. Pero también sabía que era lo que había que hacer. Lo único que importaba era impedir que aquellos ladrones de niños de los Servicios Sociales entregaran a nuestra querida Paige a otra familia.

Cuando perdí a Morgan y luego a Rowan, no pensé que pudiera sucederme nada peor, pero perder a Paige de este modo sería ciertamente peor, porque sería por un error humano. Una injusticia así me destruiría y, aunque parecerá melodramático, tenía miedo de que matara literalmente a Paul.

—Por favor —le supliqué—. Vuelve y ve al menos a Paige. Llama y di que vas para allá.

—No —dijo llanamente—. No pienso mentir a nadie ni tú tampoco. Eso nos pondría a la altura de ellos. Combatiremos el mal con el bien y las mentiras con la verdad, y venceremos. El sargento Proust dice que venceremos y creo en él.

—Ned y Gillian dicen que tal vez no —le recordé con los ojos llenos de lágrimas—. Aun en el caso de que me declaren inocente en el tribunal de lo criminal, habrá que afrontar el fallo del familiar.

—¡Calla! —exclamó Paul—. No quiero oírlo.

Era la primera vez que me levantaba la voz desde que la tragedia había truncado nuestra vida y me avergüenza confesar que aproveché la oportunidad para pagarle en especie y dar rienda suelta a toda la desdicha y desesperación que se habían acumulado en mi pecho. Diez minutos después seguíamos gritándonos. En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Me arrojé en los brazos de Giles Proust y el pobre debió de quedar aterrorizado al ver que le gritaba que me ayudase a hacer entrar a Paul en razón.

—Es usted quien debe entrar en razón, Helen, y en seguida —dijo con toda seriedad—. ¿Por qué no está en el centro de encuentros? Debería estar allí ahora. Acabo de recibir una llamada informándome de que no se ha presentado.

Hice lo que pude por explicarle mis motivos.

—Escúcheme atentamente, Helen —dijo—. Por difícil que le resulte, debe usted pasar con Paige todo el tiempo que pueda. No pierda ni una sola visita, de lo contrario lo utilizarán contra usted. Entiendo su miedo, pero no les dé argumentos si no quiere que sus peores temores se conviertan en realidad. ¿Qué cree que pensarán si ni siquiera se molesta en pasar allí las pocas horas semanales que le permiten ver a Paige?

—Escucha lo que te dice, Hel, por favor —dijo Paul con serenidad—. No podemos saber lo que va a suceder, pero al menos así sabremos que estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano: no mentir ni renunciar a la lucha. Dentro de diez, veinte años, sean cuales fueren las circunstancias, recordaremos esto y nos sentiremos orgullosos de nuestro proceder.

Habían unido sus fuerzas, ¿cómo podía resistirme? Los dos eran prudentes, leales y fuertes, y yo me sentía insignificante, una fracasada y una cobarde.

Giles Proust nos llevó otra vez al centro de encuentros. Habíamos perdido casi todo el tiempo diario a que teníamos derecho, pero aún pudimos estar con Paige media hora. La supervisora apareció a eso de las doce. Nunca olvidaré su nombre: Leah Gould.

—Lea Gulag, es más apropiado —dije a Paul más tarde.

Se negó a esperar en el pasillo y nos observó por la ventanilla, a pesar de que el sargento Proust casi le pidió de rodillas que nos permitiera tener un poco de intimidad. Insistió en quedarse con nosotros en aquella habitación horrorosa, pequeña, pintada de un modo chillón y que rezumaba la desdicha de multitud de familias separadas a la fuerza por verdugos sonrientes y oficialmente autorizados; al menos eso es lo que me pareció entonces.

Cuando Leah Gould puso a Paige en mis brazos, mi desdicha desapareció, aunque solo temporalmente. Una criatura pequeña es un paquete de alegría y esperanza ante el que es difícil no reaccionar y sentí que desbordaba de amor por mi preciosa pequeña. Paul y yo la cubrimos con abrazos y besos. La pobre criatura no tardó en tener la cara húmeda, ¡tanto fue lo que lloramos sobre ella! «Nadie nos la quitará», pensé. «Sería una locura, habida cuenta de lo mucho que la queremos y lo evidente que debe de ser, incluso para un ser tan impasible e inmovible como Leah Gould». En aquel momento creía firmemente que los poderes públicos entrarían en razón y permitirían que Paul, Paige y yo tuviéramos un futuro juntos.

No sé qué sucedió a continuación, solo que fue uno de los momentos más extraños de mi vida. Cuando me di cuenta, Leah Gould estaba delante de mí, diciendo: «Helen, entrégueme a la niña. Por favor, entrégueme a Paige. Ya, por favor». Obedecí aturdida. No podía haberse acabado el tiempo todavía; solo habíamos estado en la habitación unos minutos. Por la cara que ponían Paul y el sargento Proust, saltaba a la vista que también ellos estaban confusos.

Leah Gould casi se fue corriendo, con Paige en los brazos.

—¿Qué he hecho? —pregunté, rompiendo a llorar.

Ni Paul ni Giles Proust supieron responder. Miré la hora. En total había estado ocho minutos con mi hija.

El episodio adquirió un poco de coherencia cuando tiempo después supe por Ned que Leah Gould iba a testificar en mi juicio y a decir que yo había querido asfixiar a Paige delante de ella, con el pretexto de darle un abrazo. Me eché a reír cuando me enteré.

—Que lo diga si es su deseo —dije a Ned y a Gillian—. Paul y Giles Proust también estaban presentes. Ningún jurado creerá que no se dieron cuenta de que delante de ellos se estaba produciendo un intento de asesinato. Y uno de los dos era sargento de policía, ¡por el amor de Dios!

Puede que pecara de ingenua. Puede que si la declaración de Leah Gould hubiera sido la única «prueba» del fiscal, me hubieran dejado en libertad y a Paul y a mí nos hubieran permitido recuperar a nuestra hija. Pero yo no sabía aún que la vil mentira de Leah Gould iba a resultar atrozmente convincente por estar respaldada por la experta opinión de una persona mucho más madura, equilibrada y estimada, una persona a la que el jurado tomaría muy en serio. Al mirar atrás ahora me cuesta creer que por entonces yo no hubiera oído hablar de la doctora Judith Duffy, la mujer que representaría el papel

principal en la destrucción del resto de mi vida.

8-10-2009

El primer brote de ira vino al ver a Charlie entrar en la cocina. *Su cocina*. Hacía seis meses que Simon vivía con ella y era la casa de ella. Prácticamente había estado a favor de la idea en todo momento, aunque había habido excepciones, suficientes para convencerlo de que todavía no estaba preparado para vender su casa. El segundo brote vino al verla bostezar. Nadie que hubiera estado durmiendo varias horas tenía razones para bostezar.

—¿Por qué no me diste un codazo cuando te levantaste? —dijo Charlie—. Eres mi reloj despertador.

—No me he levantado. No me he acostado aún.

Simon se daba cuenta de que ella lo miraba: primero a él, luego el libro que había en la mesa, delante de él.

—Así que estás haciendo los deberes con el bodrio lacrimógeno de Helen Yardley. ¿Dónde están los indicadores amarillos de Proust?

Simon no dijo nada. La noche anterior le había dicho que preferiría cortarse la cabeza con una sierra a leer el ejemplar que le había dado el Muñeco de Nieve. ¿Todas las mujeres obligaban a responder a la misma pregunta más de veinte veces? Su madre le hacía aquellas faenas a su padre; y sus dos abuelas a sus dos abuelos. La idea era deprimente.

—No puede ser el ejemplar que pediste ayer a Amazon...

—Palabra —dijo con sequedad: una respuesta de una sola palabra, por la forma y por el contenido. Palabra en la Calle era una librería del centro, mucho menos progre de lo que sugería su nombre. Los libros de historia local, jardinería y cocina se disputaban el espacio del escaparate. A Simon le gustaba porque no tenían cafetería; detestaba las librerías donde se podía tomar un café con pastas.

—Anoche celebraban no sé qué. Entré por casualidad al volver del trabajo, tenían el libro y pensé que era preferible comprarlo, leerlo de un tirón por la noche, para acelerar las cosas un poco.

Simon se dio cuenta de que estaba ametrallando el suelo de la cocina con el tacón derecho y se obligó a estarse quieto.

—Ajá —dijo Charlie con entusiasmo—. Entonces, cuando llegue el de Amazon, tendrás tres ejemplares. ¿O pasaste el del Muñeco de Nieve por la trituradora de papel del trabajo?

Simon lo habría hecho si hubiera tenido la seguridad de que Proust no iba a pillarlo con las manos en la masa.

—Si aún lo tienes, no me importaría echarle una ojeada.

Simon señaló la mesa con la cabeza.

—Si te apetece leerlo, ahí lo tienes.

—Es que quiero ver qué pasajes te señaló Proust. ¡No puedo creer que hiciera una cosa así! La vanidad de ese hombre no tiene límites.

—Son los pasajes donde se habla de él —dijo Simon con tranquilidad—. Como si fueran los únicos que interesan de todo el libro. Al parecer, la autora pensó que el Muñeco de Nieve era Martin Luther King, el Dalai Lama y Jesucristo encarnados en una sola persona.

—¿En serio? —Charlie cogió *Nada más que amor*—. Querrás decir lo contrario, supongo.

—No. Esa mujer lo apreciaba.

—Entonces es culpable como mínimo de tener un gusto pésimo. ¿Crees que mató a sus hijos?

—¿Por qué? ¿Porque pone a Proust por las nubes?

—No. Porque la encarcelaron por matarlos —dijo Charlie con paciencia exagerada.

—Me han encargado que busque a personas como tú. El Muñeco quiere nombres. Nombres de traidores.

Charlie llenó el cazo.

—¿Puedo decir algo sin que te lo tomes a mal? ¿Y te puedo hacer un té al mismo tiempo?

—Di lo que quieras. Me lo tomaré como me lo tome.

—Muy tranquilizador. Ya me siento mejor. Está bien, ahí va: creo que estás incubando una obsesión peligrosa. Que en realidad ya ha madurado.

Simon, sorprendido, levantó la cabeza.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque he estado levantado toda la noche? No podía dormir. Helen Yardley no es para mí más importante que cualquier otra...

—Hablo de Proust —dijo Charlie con amabilidad—. Odiarlo es ya una obsesión para ti. El único motivo por el que te has pasado la noche en vela leyendo el

libro es que sabías que lo mencionaban en sus páginas.

Simon apartó la mirada. La idea de que lo obsesionase un hombre le resultaba ridícula.

—Hasta ahora no había conocido a ninguna víctima de homicidio que hubiera escrito un libro —dijo—. Cuanto antes lo lea, antes sabré si contiene algo que pueda ayudarme.

—Entonces, ¿por qué no lees el ejemplar que te dio Proust? Pero en vez de eso, fuiste a Palabra, que no te queda de camino, así que no entraste por casualidad. Te desviaste de la ruta habitual para dirigirte a una librería que habría podido no estar abierta anoche y en la que a lo mejor no tenían el libro...

—Estaba abierta y lo tenían. —Simon la apartó al pasar y salió al pasillo—. Olvida el té. Tengo que asearme e ir al trabajo. No puedo perder el tiempo hablando de cosas que no han ocurrido.

—¿Y si Palabra hubiera estado cerrada? —dijo Charlie detrás de él, asomándose a la escalera. Más hipótesis sin objeto—. ¿Habrías vuelto al trabajo para recoger el ejemplar de Proust?

Simon no le hizo caso. En su mundo, si gritabas una pregunta a una persona que estaba lejos y la persona en cuestión no te hacía caso, lo dejabas pasar y quizá lo reintentabas más tarde. En el mundo de Charlie no. La oyó subir la escalera.

—Si te has decidido a leer un libro que necesitabas leer solo porque él te lo dio, entonces tienes un problema.

—Esa mujer lo apreciaba —repitió Simon, observando su cansada cara en el espejo de brazo articulado que Charlie le había comprado y puesto en la pared del cuarto de baño.

—¿Y qué?

Charlie tenía razón. Si juzgaba inaceptable que una muerta no estuviera de acuerdo con él, se situaba en un lugar tan bajo como Proust y sería igual de propenso a la tiranía.

—Supongo que todo el mundo tiene derecho a opinar —dijo al cabo del rato. Puede que algunos colegas del Dalai Lama pensasen que era un gilipollas engreído. ¿Tenían colegas los tipos aquellos de la flotante túnica azafrán? Si los tenían, ¿los llamaban así?

—¿Cuánto tiempo inviertes en detestarlo? —preguntó Charlie—. ¿El ochenta por ciento? ¿El noventa? ¿No tienes suficiente con tener que trabajar con él? ¿Vas a dejar que encima te coma el tarro?

—No, dejaré que eso lo hagas tú. ¿Contenta?

—Yo lo haría si lo dijeras en serio. Iría inmediatamente a reservar por teléfono una habitación en aquel hotel de cinco estrellas de Malasia.

—No empieces otra vez con la coña esa de la luna de miel. Ya lo acordamos.
—Simon se daba cuenta de que era injusto; como era reacio a negociar, no había dejado que Charlie tuviera ni voz ni voto en el asunto y luego le había dado la vuelta al argumento para que pareciese que era una decisión conjunta.

¿Qué había dicho el Muñeco de Nieve? *Sé que puedo contar con su colaboración*.

Sentía pavor a pasar la luna de miel con Charlie. Faltaban solo nueve meses para julio y cada día que pasaba estaba más cerca. Tenía miedo de no poder cumplir, de que Charlie le cogiera manía. La única forma de atajar dicho pavor era revelarle lo antes posible el alcance de su ineptitud.

Se cepilló los dientes, se remojó la cara con agua fría y bajó la escalera.

—¿Simon?

—¿Qué?

—La muerte de Helen Yardley es de Helen Yardley, no de Proust —dijo Charlie—. No encontrarás la respuesta correcta si haces la pregunta que no debes.

Proust se levantó de la silla para abrirle la puerta a Simon, cosa que no había hecho hasta entonces.

—¿Sí, Waterhouse?

—Ya he leído el libro. —*Por eso estoy aquí, dándote otra oportunidad para que seas razonable, y no en Recursos Humanos para quejarme de ti*. Pero no era una oportunidad auténtica; Simon no podía pretender que hubiera nada generoso en ello. Quería demostrar que Helen Yardley se equivocaba. Era ridículo; vergonzoso. ¿Acaso no conocía a Proust lo suficiente, después de trabajar con él durante años?

—Es una lástima que no conociera usted a Helen Yardley, Waterhouse. Habría podido aprender mucho de ella. Sabía sacar lo mejor de la gente.

—¿Qué hacía con ello después de sacarlo? —preguntó Simon—. ¿Enterrarlo por ahí y dejar pistas? —No podía creer que hubiese dicho aquello, no podía creer que no lo hubieran expulsado ya del despacho.

—¿Qué es eso? —Proust señaló con la cabeza el papel que Simon llevaba en la mano. ¿Contenía la ira para negar esa satisfacción a Simon?

—Creo que hay un punto de vista que hemos olvidado, señor. He elaborado una lista de nombres de personas con quienes creo que deberíamos hablar.

Figuran todas las que tenían intereses creados en la culpabilidad de Helen Yardley y otras que...

—No era culpable.

—Hay personas que necesitan aferrarse a la convicción de que era inocente —dijo Simon con actitud neutral— y personas que necesitan aferrarse a la convicción de que no lo era porque de lo contrario no podrían vivir en paz consigo mismas: me refiero a los once jurados, a los abogados de la acusación, a los asistentes sociales que...

—La doctora Judith Duffy —leyó el Muñeco de Nieve en voz alta en el papel que había acabado por quitar a Simon de la mano—. A pesar de mi profesión, he conocido pocos seres humanos a los que podría considerar malvados al ciento por ciento, pero esa mujer... —Arrugó la frente—. ¿Y estos otros? Reconozco a unos cuantos: los Brownlee, el juez Wilson... Oiga, Waterhouse, no estará usted sugiriendo que Helen Yardley fue asesinada por un juez del supremo, ¿verdad?

—No, señor, claro que no. Lo he puesto en la lista para que esté completa.

—Un poco más completa y le saldría la guía telefónica.

—El juez Wilson representó un papel en el encarcelamiento de Helen Yardley. También los once jurados cuyo nombre figura asimismo en la lista. Cualquiera de ellos pudo tener una reacción violenta al enterarse de que se anulaba la sentencia. Estoy pensando... bueno, quizá alguno experimentó una reacción muy violenta. —Simon no quiso emplear la palabra *justiciero*—. Ese es el motivo por el que Sarah Jaggard y Rachel Hines están también en la lista. Cabe la posibilidad de que cualquiera que crea que Helen Yardley burló a la justicia crea también que Jaggard y Hines la burlaron. Necesitamos hablar con ellas, averiguar si alguien las ha estado molestando, si han recibido amenazas o si han advertido algo fuera de lo común.

—Ordene sus ideas, Waterhouse. ¿Esto es una lista de personas interesadas en que Helen Yardley fuera culpable u otra cosa completamente distinta? —Proust sostenía el papel con el pulgar y el índice, como si lo ofendiera tocarlo—. Porque a mí me da en la nariz que es más probable que Sarah Jaggard y Rachel Hines tengan interés en que Helen sea inocente, dado que las dos fueron víctimas de un error de la justicia muy parecido, y Helen hizo campaña en favor de ellas.

Helen. Helen y su amigo Giles.

—Sarah Jaggard fue absuelta —dijo Simon.

Proust lo fulminó con la mirada.

—¿No cree que es un error de la justicia ser acusada de asesinato cuando lo único que hizo fue cuidar del mejor modo posible del hijo de su amiga? Pues si no lo cree, lo siento por usted.

Por lo que Simon sabía, el Muñeco de Nieve no había tenido nunca el menor contacto con Sarah Jaggard. La indignación que sentía en nombre de Helen Yardley ¿se extendía automáticamente a todas las mujeres acusadas del mismo delito? ¿O lo había convencido que Helen Yardley creyera en la inocencia de Jaggard? Simon se lo habría preguntado directamente a Proust si este hubiera sido una persona accesible.

—Tiene usted razón: no todas las personas que figuran en la lista tienen interés en la culpabilidad de Helen Yardley. Pero son personas con las que deberíamos hablar.

—La jueza Geilow sentenció a Rachel Hines a dos cadenas perpetuas por asesinato —dijo Proust—. No tiene nada que ver con Helen Yardley. ¿Por qué figura en la lista?

—Lo dijo usted mismo: las semejanzas entre el caso Yardley y el caso Hines son sorprendentes. Las obsesiones pueden contagiarse. Evidentemente, no es probable que la jueza Geilow matara a Helen Yardley, pero...

—Es menos probable eso que la posibilidad de que la matara el juez Wilson, si es que podemos hablar aquí de posibilidades —dijo Proust con impaciencia.

—También he incluido el nombre de los doce jurados que declararon culpable a Rachel Hines —dijo Simon—. A diferencia de los jueces del supremo, cualquiera puede ser jurado. ¿No sería posible que uno de los once que enviaron a Helen Yardley a la cárcel pasara los nueve años que ella estuvo encerrada pensando que era una excelente persona por haber puesto fuera de la circulación a una asesina y que esa excelente persona no pudiera aceptar la situación cuando se enteró de que la acusada no era culpable? Nueve años, señor. —Simon se estaba permitiendo el lujo de hablar como si tuviera delante a un hombre que realmente escuchaba—. Piense en lo difícil que es cambiar la propia versión al cabo de todo ese tiempo, la versión que esta persona excelente ha estado contando a todo el mundo que conoce, la versión que refleja quién es y qué hizo. Después de nueve años pasa a ser un componente fundamental de la imagen que esa persona tiene de sí misma. Pero he dicho quizá y eso es lo único que digo —añadió por precaución.

Proust dio un suspiro.

—Sé que lamentaré hacerle esta pregunta, pero ¿por qué están en la lista los jurados de Rachel Hines? ¿Cree que uno de ellos pudo matar a Helen Yardley? De acuerdo con su lógica, ¿no sería más probable que matara a Rachel Hines?

Simon no respondió.

—Entiendo su mentalidad, Waterhouse, siempre la he entendido. ¿Quiere que le diga en qué está pensando? Si este asesino obsesionado estaba en el jurado de Hines, cabe la posibilidad de que matara a Helen Yardley porque esta fue decisiva en la puesta en libertad de Rachel Hines. También es posible que extendiera su obsesión castigadora a las otras mujeres y haya planeado dar su merecido a las tres, así como a los jueces del tribunal de apelación que

anularon las sentencias. Puede que nuestro asesino sea un jurado de Hines que no quiere empezar eliminando a Rachel Hines para que el caso no sea demasiado transparente. ¿Qué tal lo hago?

A Simon le ardían las mejillas.

—Creo que deberíamos enseñar la tarjeta de los dieciséis números hallada en el cadáver de Helen Yardley a todas las personas de la lista y preguntarles qué piensan al respecto —dijo—. No estamos ante uno de esos casos de o blanco o negro a que estamos habituados: o asesino desconocido o asesino cercano a la víctima. Casi nadie de la lista conocía personalmente a Helen Yardley, pero tampoco son desconocidos elegidos al azar. Fueron tan importantes en la vida de la víctima como la víctima en la vida de ellos.

—Laurie Nattrass. —Proust señaló la lista con el dedo—. Ya ha sido interrogado y sometido a la prueba de la pólvora. No suele ser usted descuidado, Waterhouse. De ideas fijas, seducido por espejismos, sí, pero descuidado no.

—Me gustaría volver a hablar con Nattrass. Me gustaría preguntarle por los dieciséis números, preguntarle si alguien que haya contactado con él a través de JPCI lo ha amenazado o se ha conducido de manera atípica, si algo le ha hecho sentirse incómodo últimamente.

—¿Como qué, joder? —Proust echó atrás la silla, apartándola de la mesa—. ¿Un sofá con bultos? ¿Un forúnculo en el trasero?

Simon se mantuvo firme, ni siquiera pestañeó ante el tono de voz.

—Esos números significan algo —dijo—. No soy experto en perfiles psicológicos, pero estoy segurísimo de que, si significan algo, es que este asesino va a matar otra vez.

—Le advierto, Waterhouse...

—La próxima vez dejará una tarjeta parecida, con los mismos números o con otros. De un modo u otro, significará algo. Helen Yardley y Laurie Nattrass representaban las mismas cosas para mucha gente. Es posible que quien la matara a ella lo intente con él. Sugiero entrevistar a Nattrass, a Sarah Jaggard y a Rachel Hines, y si ninguno nos permite avanzar, si no han sido hostigados recientemente, si los dieciséis números no significan nada para ninguno, nos olvidaremos de los demás nombres de la lista y volveremos a la teoría del asesino desconocido.

—Y si la semana pasada, un tirado cualquiera, empapado de calimocho, le gritó en la calle a Sarah Jaggard, ¿qué hacemos? —bramó Proust—. ¿Nos ponemos a analizar las manos de la jueza Geilow y del juez Wilson para ver si tienen restos de pólvora? ¿Dónde está la conexión? ¿Dónde la lógica?

—Señor, me esfuerso por ser razonable.

—¡Pues esfuércese más, Waterhouse! —El inspector alargó la mano como si fuera a asir algo. La mano se cerró formando un puño y Proust lo congeló en el aire y lo miró. *Ya no la tienes, so zoquete*. Ni siquiera el Muñeco de Nieve podía romper una taza dos veces.

—En su lista hay una persona a la que podría aplicarse su teoría de la obsesión —dijo Proust con cansancio exagerado—. Judith Duffy. Destruir la vida de mujeres inocente es la razón de su existencia. Eso huele a cierto nivel de obsesión y... a un alejamiento de la realidad que debería hacernos reflexionar, por mucho prestigio profesional que tenga o haya tenido. Por lo menos, debería ser prioritario investigarla para saber a qué atenernos. —Se frotó la frente—. La verdad es que hasta pronunciar su nombre me revuelve el estómago. ¿Cree que no me ha afectado todo esto? Pues sí. Soy un ser humano como usted, Waterhouse. Usted ha leído el libro de Helen Yardley. Póngase en mi lugar, si puede.

Simon se quedó mirando al suelo. No era tan idiota como para confundir una acusación de insensibilidad con una confidencia.

—Hay muchas cosas que no están en el libro —prosiguió Proust—. Yo podría escribir otro con lo que sé. Estuve en el hospital cuando Helen y Paul autorizaron la desconexión de la máquina que mantenía con vida a Rowan. No sabía eso, ¿verdad? El pequeño Rowan estaba clínicamente muerto. No se podía hacer nada por él, nada en absoluto. ¿Sabe lo que hacía yo allí?

«No me importa. Cuéntaselo a quien te trague».

—Había ido para llevarme a los Yardley a comisaría, para interrogarlos. Órdenes de Barrow. Una enfermera de la sala infantil que nos había telefoneado menos de una hora después de que ingresaran a Rowan acusó a Helen de haber querido matarlo. Rowan había dejado de respirar, no por primera vez en su corta vida. Cuando lo ingresaron tenía un valor 5 en la escala de coma de Glasgow. Le pusieron un gotero y se lo elevaron a 14. —Miró a Simon como si recordara de pronto que estaba allí—. El valor normal es 15. Durante un rato dio la impresión de que iba a ponerse bien, pero volvió a desmoronarse. Helen y Paul ni siquiera estaban en la habitación cuando el valor empezó a descender nuevamente. Helen estaba demasiado afectada y Paul tuvo que llevársela. Ni siquiera estaba en la habitación —repitió muy despacio—. Si eso no da para una duda razonable, ya me dirá usted para qué da.

—¿Presentó la enfermera alguna prueba de que Helen hubiera querido matar a Rowan? —preguntó Simon. La única forma de abordar aquello era tener sentido práctico, llenar las lagunas del caso, concentrarse en los Yardley y no en el Muñeco de Nieve. «No te está desnudando su alma, solo te cuenta los antecedentes. Relájate».

—Paul y Helen eran conocidos en el hospital —dijo Proust—. Morgan y luego Rowan tuvieron varios episodios de muerte aparente. Los dos niños dejaban de respirar de vez en cuando sin que nadie supiera por qué. Por lo visto era una especie de deficiencia congénita; era la explicación más a mano, pero eso

no se le ocurrió a la alborotadora que avisó a la policía. Avisó dos veces, la segunda unas horas después de la primera. Sin dar su nombre: sin duda estaba avergonzada de su despreciable conducta y tuvo miedo de que no hiciéramos caso de su primer intento de meter cizaña.

Cada vez que oía la expresión «sin duda», Simon dudaba a su vez. ¿Es que la salud de un niño no podía deteriorarse rápidamente a consecuencia de un daño infligido antes por un progenitor, aunque dicho progenitor no estuviera presente en el momento de manifestarse el deterioro? Quería preguntar si había algo más, aparte de aquellos episodios de apnea, que hubiera hecho sospechar de la madre al personal del hospital. Pero se limitó a decir:

—Todos los que trabajan en este caso deberían saber eso. —Un esfuerzo denodado por impedir la intimación. Simon no podía soportar que Proust le contara nada que no hubiera contado con la misma disposición a Sam Kombothekra, o a Sellers, o a Gibbs—. Cuando no estamos de servicio, deberíamos informarnos de los antecedentes: el juicio de Helen Yardley, la apelación...

—No. —Proust se puso en pie—. No, porque no hay motivo alguno para suponer que su muerte esté relacionada con todo eso. Podría haber tenido tanto que ver con su aspecto físico como con su encarcelamiento por asesinato. Judith Duffy, Sarah Jaggard, Rachel Hines, Laurie Nattrass... de acuerdo, hable con estos cuatro, pero con ninguna otra persona de la lista, todavía no. Si podemos evitar que los jueces Elizabeth Geilow y Dennis Wilson se sometan a la prueba de los residuos de pólvora, evitémoslo. Y ya que estamos en esto, que los entrevistados sean seis: interroque también a Grace y Sebastian Brownlee. Aún no he conocido a ningún jurado criminalmente obsesionado con un caso después de trece años, pero cuando se trata de padres adoptivos, podrían ponerse paranoicos por la posibilidad de que su hija quiera algún día tener alguna relación con su madre biológica, en particular cuando la madre es una persona tan admirable y ejemplar como Helen Yardley. —Proust asentía con la cabeza, como si estuviera ordenando sus ideas mientras hablaba.

Simon se estaba preguntando más cosas: ¿en qué momento había llegado Proust a la conclusión de que Yardley era inocente? ¿Al verla por primera vez? ¿Antes incluso? ¿Era su decidida defensa de aquella mujer una forma de desobediencia, un corte de mangas al comisario Barrow por suponerla culpable? ¿Podía Proust haber estado enamorado de Helen Yardley? Simon sintió un escalofrío; la idea de que el Muñeco de Nieve tuviera sentimientos le resultaba repulsiva. Simon prefería pensar en él como en una máquina que urdía problemas, humana exteriormente, pero en ningún otro aspecto.

Alargó la mano para recuperar su lista de nombres. Si la dejaba en aquel despacho, podía acabar en la papelera.

—Lo primero que hice cuando llegué al hospital y vi lo que pasaba fue llamar a Roger Barrow —dijo Proust, retrepándose en la silla. Aún no había terminado con Simon—. Por entonces no era comisario, ni debería serlo en la actualidad. Lo llamé por teléfono y le dije que no podía llevar a Helen a la comisaría para interrogarla. «Acaba de firmar la autorización para

desconectar las constantes vitales de su hijo», le dije. «Ella y su marido están a punto de presenciar la muerte de su hijo. Están destrozados». Helen era tan inocente de homicidio como el que más, pero incluso en el caso de que no lo fuera... —El Muñeco de Nieve se interrumpió para inhalar una profunda bocanada de aire—. La detención y el interrogatorio podían esperar hasta que Rowan se hubiera ido de este mundo. ¿Por qué tanta prisa? ¿Qué importancia podían tener un hora o dos?

Simon se dio cuenta de que estaba pendiente de su propia respiración, del silencio que imperaba en el despacho.

—«Si la quiere en comisaría, mande a otro agente a detenerla», le dije. «No, no», dijo Barrow. «Tiene usted razón. Vaya a comer algo, tómese una cerveza, serénese», dijo. Como si hubiera perdido en las carreras de caballos o algo así, algo trivial. «Tiene razón, la detención de la madre puede esperar un poco». Quería apartarme de la misión, eso era todo. Cuando volví al hospital, los médicos me dijeron que dos policías de uniforme se habían llevado detenidos a Helen y a Paul unos minutos después de mi partida; que se los habían llevado a rastras y gritando, como si fueran... —Proust cabeceó—. Y Rowan...

—¿Había muerto ya? —barbotó Simon, cuya incomodidad empezaba a transformarse en pánico. Necesitaba luz y aire. Necesitaba no oír aquello, pero no encontraba las palabras exactas para ponerle fin. Lo sentía como una especie de agresión. ¿Lo había planeado Proust? ¿Había observado que Simon se endurecía con el paso de los años hasta el punto de burlarse de él y había llegado a la conclusión de que su nueva arma iba a ser la intimidación forzada?

—Cuando Rowan murió, ni Helen ni Paul estaban allí —dijo Proust—. Solo. ¿No hace que se enorgullezca usted de ser humano, Waterhouse? Suponiendo que lo sea. —Hizo un aspaviento para dar a entender que no esperaba respuesta.

Simon se fue a toda prisa sin pensar adónde iba. *Al tigre*; sus pies lo sabían, aunque su cerebro no. Entró, buscó un cubículo y echó el pestillo con el tiempo justo antes de que un acceso de vómito lo doblara por la mitad. Pasó los siguientes diez minutos arrojando café con bilis, mientras pensaba: «Me pones enfermo. Me pones la hostia de enfermo».

Jueves, 8 de octubre de 2009

Estoy en el despacho de Laurie cuando oigo gritar mi nombre. Pienso en Rachel Hines y me quedo petrificada, como si inmovilizándome me volviera invisible. Hay más gritos y entonces identifico la voz: Tamsin.

Llego a recepción con el tiempo justo para presenciar el final de algo que parece una danza extraña. Si no supiera de qué pie cojean, pensaría que Maya y Tamsin interpretan una coreografía al alimón: cada vez que Tamsin da un paso al frente, Maya se le pone delante o estira el brazo para detenerla.

—Fliss, ¿tienes la bondad de decirle que trabajo aquí? Me está tratando como a una intrusa.

—Quieta donde estás, Tam —dice Maya con seriedad—. Nos estás poniendo en evidencia. Ayer convinimos en que sería tu último día.

—Le he dicho yo que venga —digo—. Necesito que me echen una mano para acelerar lo de la película. Cuando llegué esta mañana no había el menor rastro de Laurie, no puedo localizarlo en ninguno de sus teléfonos y, de todos modos, se ha... —Me interrumpo de pronto, preguntándome qué diantres estoy a punto de decir. ¿Que se ha despedido? ¿Que se ha vuelto majareta?—. Necesitaba una experta de confianza y por eso llamé a Tamsin.

—Vengo a trabajar gratis —dijo Tamsin con voz animada. Lleva un vestido rosa y naranja que parece nuevo, caro y le realza las curvas. Tengo que averiguar, con mucho tacto, si no estará pensando en gastar el dinero que le queda en artículos de lujo para lanzarse luego por un precipicio sin paracaídas. Conozco a Tamsin: no se atrevería a saltar por un precipicio, pero sí a contraer deudas descomunales en espera de que se le ocurra algo más original.

—Mira, me he traído mis propias provisiones —dice—. Una botella de plástico de agua mineral, de la época en que podía permitirme estos lujos, pero ahora llena de agua del grifo. Nam, ñam. —La agita delante de la cara de Maya—. ¿Ves? No hay armas escondidas.

—Muchas gracias por tenerme informada, Fliss. —Maya tuerce la nariz como un conejo ofendido y retrocede hacia su despacho. Ha estado de morros conmigo toda la mañana. Yo le he dedicado mis mejores y más radiantes saludos y ella se ha limitado a responderme con gruñidos. Binary Star es hoy una empresa distinta. Cada cual va a la suya y evita mirar a la cara a los demás. Es como una oficina de luto.

Por Laurie .

Cojo a Tamsin del brazo y la arrastro por el pasillo hacia la habitación que necesito empezar a creer que es mi nuevo despacho libre-de-vaho, murmurando: «Gracias por tu colaboración». Cierro de un portazo, corro el pestillo y echo la cadena. Si regresa Laurie y quiere entrar, mala suerte. Él mismo me dijo que podía ser él desde el lunes; lo único que hago es adelantar dos días laborables lo que habíamos convenido. Que venga si quiere y me pille.

Que venga .

—De nada, hija. —Tamsin se deja caer en la silla giratoria de Laurie y apoya los pies en el globo terráqueo. Su rostro se ensombrece.

—Estás en plan sarcástico, ¿verdad?

—No me habría disgustado prescindir de la ocurrencia de que eres demasiado pobre para pagarte el agua mineral. Tengo que trabajar aquí, Tam, ¿lo recuerdas?

—Me pareció oír que ibas a presentar la dimisión esta misma mañana.

—He cambiado de idea.

—¿Y eso?

No hay ningún motivo para no contárselo, aunque no estoy segura de que mi decisión tenga lógica para los demás.

—He llamado a mi madre esta mañana. Le he explicado que estaba preocupada porque me iban a pagar más de lo que valgo desde el punto de vista práctico, que Maya y Raffi me mirarán con malos ojos y cosas así.

—Y te dijo que no seas idiota —especula Tamsin.

—No exactamente. Me sugirió que les dijera que no iba a sentirme cómoda cobrando tanto y que estudiáramos la posibilidad de encontrar un término medio entre lo que percibo ahora y lo que ganaba Laurie, una cantidad que nos deje contentos a todos. La escuché con atención y te juro que me oí diciendo eso, y parecía muy razonable y humilde, parecía *ella* , poquita cosa, modesta, sin pretensiones y... —Me encojo de hombros—. Laurie tenía razón. Nadie pide menos dinero. No me importa lo que Maya o Raffi piensen de mí, pero... Perdería el respeto por mí misma si no intentara al menos hacer este trabajo. —Casi por obligación, añadido—: Aunque aquí, entre nosotras, no creo que valga ciento cuarenta mil al año, ni por asomo.

—Sufres el Síndrome Inverso de L'Oréal —dice Tamsin—. «Porque no lo valgo». Entonces, ¿harás la película?

—No crees que pueda, ¿verdad?

—Si puede hacerse, tú puedes —dice con sentido práctico—. ¿Por qué no ibas

a ser capaz?

Me pasa por la cabeza la idea de explicarle por qué soy distinta de ella, de Laurie y del resto del personal de Binary Star, por qué no puedo oír el nombre de Yardley, Jaggard o Hines sin sentir un tirón frío en la boca del estómago.

No hablé a mi madre de la película de Laurie. Le conté lo del ascenso y el aumento de sueldo, pero no en qué iba a trabajar. No es que me lo hubiera prohibido. Mi madre se pondría a bailar desnuda en la calle antes que decir nada que pudiera suscitar una discusión.

Tamsin es la única persona de la empresa ante la que he sentido alguna vez la tentación de explicárselo. El problema es que no sabe tener la boca cerrada mucho tiempo. Esta vez no es diferente.

—La cuestión es saber si aún se puede hacer la película después de que Ray Hines te dejara plantada en la acera. ¿Has hablado con Paul Yardley? ¿Has convencido a Sarah Jaggard para que vuelva a subir a bordo?

—No he hecho nada todavía.

—Aparte de esparcir por el despacho el contenido de cinco archivadores —dice Tamsin con voz titubeante y mirando los papeles que hay en el suelo y en todas las superficies hábiles.

—Buscaba algo que no encontré. ¿Te suena el nombre de Wendy Whitehead?

—No.

—¿Qué posibilidades crees que hay de que esté sepultada bajo estos escombros? He leído por encima todo lo que he podido, pero...

—No te molestes —dice Tamsin—. Yo recordaría cualquier nombre con tal que haya aparecido una sola vez. Conozco a todos los peritos que han declarado como testigos, a todas las enfermeras visitantes de la Seguridad Social, a todos los letrados...

—¿Y alguna Wendy a secas? Podría haberse casado y cambiado el apellido. O haberse divorciado.

Tamsin lo medita.

—No —dice al cabo del rato—. No hay ninguna Wendy. ¿Por qué?

—Me llamó anoche.

—¿Wendy Whitehead?

—Rachel Hines.

Tamsin eleva los ojos al techo.

—Ya lo sé. Yo estaba delante, ¿no te acuerdas?

—No. Quiero decir más tarde. Cuando se alejó sin bajarse del coche. Casi inmediatamente después. Se disculpó, dijo que todavía quería hablar conmigo, pero que tendría que ir donde ella.

—¿Dijo por qué se marchó?

—No. Vi que miraba a mi espalda, como si... no sé, como si mirase a alguien que estuviera detrás de mí, pero cuando me volví, no había nadie. Al volverme otra vez, ya se había ido.

—¿Piensas que vio algo que la asustó?

—Pero ¿qué pudo haber visto? Ya te digo que no había nadie allí. Solo yo. Nadie que pasara, ningún vecino asomado a la ventana.

Tamsin arruga la frente.

—¿Y quién es Wendy Whitehead?

Titubeo.

—Puede que prefieras no saberlo.

—¿Es malo?

—No sé cómo responder a eso sin decirte quién es.

—¿Se la tira Joe a mis espaldas? —Tamsin da un puntapié al globo terráqueo—. Sería típico de mi buena suerte en este momento.

No puedo contener la sonrisa. Joe jamás le pondría los cuernos a Tamsin. El deporte favorito de este hombre es cultivar la ley del mínimo esfuerzo. Casi me lo imagino mirando a otras mujeres y pensando: «¿Para qué molestarme, si ya estoy con una?».

—No tiene nada que ver con tu vida personal —digo. No soporto el suspense, ni siquiera cuando retengo la información en vez de ser yo quien la espera—. Rachel Hines me dijo que Wendy Whitehead mató a sus hijos.

Tamsin da un bufido y se hunde en la silla de Laurie. *Mi silla*.

—Cuando Marcella Hines murió, no había nadie en la casa, solo ella y Ray. Lo mismo que cuando murió Nathaniel, cuatro años después: estaba solo en casa con su madre. La tal Wendy Whitehead, desde luego, no estaba allí, en el caso de que exista. Más interesante sería saber por qué Ray Hines miente y por qué ahora. —Abro la boca, pero no con suficiente rapidez—. Yo sé por qué —añade Tamsin—. Para atraerte.

—¿Qué hago entonces? ¿Ir a verla? ¿Llamar a la policía? —La noche anterior

estuve casi todo el tiempo haciéndome estas preguntas, incapaz de dormir más de media hora seguida.

—Ir a verla para estar segura —dice Tamsin—. A mí me pica la curiosidad. Siempre la he sentido por ella: es una mujer extraña. Se ha tomado mucho trabajo para mantener apartado a Laurie, en cambio se lo toma para acercarse a ti.

Si hay alguna posibilidad, en todo caso pequeña, de que sea verdad lo que dice, entonces debo avisar a la policía. ¿Y si resulta que Wendy Whitehead es una persona real que no mató a Marcella y a Nathaniel Hines? La interrogarían, incluso podrían detenerla y yo habría causado problemas a una mujer inocente. No puedo hacer una cosa así, no al menos sin averiguar más cosas. *No sin estar segura de que eso no es lo que Rachel Hines quiere que haga.*

¿Por qué no me ha llamado Laurie? Le he dejado mensajes por todas partes, diciéndole que necesito consejo con urgencia.

Marcella y Nathaniel. Ya sé sus nombres. Hasta el momento he pensado poco en la posibilidad de tener hijos, pero si los tengo, no los llamaré así. Son los típicos que se eligen cuando crees que eres alguien importante. ¿Será otra manifestación del Síndrome Inverso de L'Oréal que llamara Wayne o Tracey a los hijos que podría tener? *Porque no lo valgo.*

Wayne Júpiter Benson Nattrass. *¡Vamos, Felicity, crece de una vez, por el amor de Dios!*

¿Por qué Rachel Hines ha esperado hasta este momento para hablar de Wendy Whitehead? ¿Por qué fue a la cárcel en vez de contar la verdad?

—Háblame de ella —digo a Tamsin—. Todo lo que sepas.

—¿De Ray? En lo referente a maridos, le tocó bailar con los más feos, eso seguro. ¿No has leído la transcripción de las entrevistas que le hizo Laurie a Angus Hines?

—Aún no.

—Tienen que estar ahí. —Tamsin señala los montones de papeles con la cabeza—. Búscalas, merecen leerse. No creerás que Angus fue capaz de decir esas cosas hasta que veas los recortes de prensa en que se le cita repitiendo lo mismo. —Cabecea—. Lo tienes delante, lees lo que sale de la boca de una persona que no tiene el menor motivo para mentir, y sin embargo no te lo puedes creer.

—¿Qué hace? ¿En qué trabaja?

—Es una especie de redactor jefe de *London on Sunday*. Abandonó a Ray en cuanto se dictó sentencia contra ella. Paul Yardley y Glen Jaggard fueron el polo opuesto. Estuvieron siempre con sus mujeres, apoyándolas en todo. Creo

que Ray Hines es tan rara por eso. Si lo piensas bien, sufrió un trauma de más. Helen y Sarah fueron condenadas por el sistema, pero no por la gente que las rodeaba. Sus familias no dudaron nunca de su inocencia. Cuando puedas leer todo el material, verás que Helen y Sarah llaman sistemáticamente a sus maridos sus columnas, las dos. En el caso de Agnus Hines no cabe hablar de columnas: no es ni siquiera un guijarro.

—¿Y las drogas? —pregunto.

Parece desconcertada.

—Perdona, ¿me dijiste que te trajera alguna?

—Rachel Hines es drogadicta, ¿no?

Eleva los ojos al techo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Una vez oí en el metro a dos mujeres que hablaban de ella. Ella misma lo dice también no sé dónde... —miro a mi alrededor en busca del papel donde lo he visto, pero no recuerdo en qué rincón del despacho lo dejé ni lo que era exactamente.

—Su entrevista con Laurie —dice Tamsin—. Léela otra vez, suponiendo que seas capaz de encontrarla entre los restos de mi sistema de archivo, impecable en otro tiempo. Lo decía con sarcasmo, para burlarse del ridículo concepto de ella que tenía la gente. No es más...

Se abre la puerta y entra Maya con una bandeja en la que hay dos tazas de algo caliente.

—Un regalo de reconciliación —dice con cordialidad—. Té verde. Fliss, cariño, necesito hablar contigo lo antes posible, así que no tardes. Tam, por favor, di que seguimos siendo amigas. Aún podemos pasar juntas noches estupendas, ¿verdad?

Tamsin y yo cogemos las tazas, demasiado atónitas para decir nada.

—Ah, me llevé esto de recepción por equivocación, cariño. —Se saca un sobre de la cintura de los tejanos y me lo alarga. Nos regala una rápida sonrisa, agita la bandeja en el aire y se va.

Un sobre color crema. Reconozco la caligrafía; la he visto en otros dos sobres.

—¿Té verde? —cacarea Tamsin—. El tarquín es verde. El moco es verde. El té no es el mejor medio para...

—Cuéntame eso de que Ray Hines no es drogadicta —digo, dejando el sobre a un lado. Ya sé que contendrá números y que no seré capaz de adivinar qué significan, así que mejor me olvido de ellos. Tiene que ser una broma y

acabarán mandándome el chiste que lo explica todo. Probablemente es Raffi. Es el gracioso de la empresa. Uno de sus temas favoritos de conversación es contar que ha dicho cosas divertidas y que todos se han reído mucho—. Si no es o no ha sido una drogata, ¿por qué piensan otros que sí? —pregunto, esforzándome por aparentar que sigo concentrada en Rachel Hines.

Tamsin se pone en pie.

—Tengo que irme. Te han convocado y, si me quedo, acabaré matando a alguien.

—Pero...

—Laurie escribió un artículo titulado «La médica que mentía», estará en alguno de estos montones. Todo lo que necesitas saber sobre Ray Hines está ahí.

—¿En qué periódico apareció?

—No se ha publicado todavía. Se lo quedó la *British Journalism Review* y el *Sunday Times* publicará un resumen, pero en ambos casos quieren esperar hasta que Judith Duffy pierda el juicio del Colegio General de Médicos.

—¿Y si lo gana?

Tamsin me mira como si hubiera hecho la insinuación más subnormal que haya oído en su vida.

—Lee el artículo y comprenderás por qué es imposible que eso suceda.

Se va del despacho parodiando el gesto de despedida de Maya y con un «Hasta luego, *cariño* ».

Reprimo las ganas de pedirle que no me deje sola. Cuando se ha ido, quiero convencerme inútilmente de que debo tirar el sobre crema a la papelera sin abrirlo, pero soy demasiado cotilla, tan cotilla que estoy asustada.

No seas ridícula. No son más que números en una tarjeta y solo una subnormal se asustaría de eso .

Abro el sobre rasgando el borde y veo la punta de algo que parece una fotografía. La saco y noto el nudo que se me está formando en el estómago. Es la foto de una tarjeta con dieciséis números, dispuestos en cuatro filas de cuatro. Alguien sostiene la tarjeta cerca del objetivo para que se haga la foto; veo dedos sujetándola por ambos extremos. Podrían ser de hombre o de mujer; soy incapaz de decirlo.

2 1 4 9

7 8 0 3

4 0 9 8

0 6 2 0

Busco algún nombre, algo escrito, pero no hay nada más.

Vuelvo a meter la foto en el sobre y me lo guardo en el bolso. Me gustaría tirarlo, pero si lo tiro no podré comprobar si los dedos que sujetan la cartulina son los de Raffi o los de otra persona.

No te dejes enredar por esto. Sea quien fuere el responsable, eso es exactamente lo que quiere .

Doy un suspiro y miro con desaliento los papeles que alfombran el suelo. El sobre ha hecho que me sienta peor acerca de todo. No tengo la menor esperanza de realizar la película de Laurie. Lo sé; todos lo saben. Entrevistas, artículos, informes médicos, jerga legal... es demasiado. Tardaré meses, si no años, en asimilarlo todo. La idea de que todo ha quedado bajo mi responsabilidad me revuelve el estómago. Tengo que salir del despacho, alejarme de estas montañas de papel.

Cierro la puerta detrás de mí y me dirijo al despacho de Maya, medio deseando que me despida.

—Eres un caballo sorpresa. —Maya cruza los brazos y me mira de arriba abajo como en busca de más indicios de mis cuestionables cualidades equinas.

—Creo que no —digo. Entonces, trago una profunda bocanada de aire y me lanzo—: Maya, no estoy segura de ser la persona más indicada para...

—Ray Hines acaba de llamarme hace unos minutos, como seguramente sabrás ya. —De su mesa ascienden rizos de humo. La teoría tamsiniana del cajón inferior debe de ser cierta.

—¿Qué... qué quería? —pregunto.

—Entonar un encendido cántico de tus virtudes.

—¿Mis virtudes?

—Hasta ahora no me había llamado y nunca me ha devuelto una llamada. Curioso, ¿verdad? Que me haya llamado ahora. Por lo visto, aunque esto es nuevo para mí, tenía ciertas reservas sobre Laurie. Una niña bien muy encofetada y muy desagradecida, eso es lo que es. —Sonríe. La clase de sonrisa que una figura de cera rechazaría por ser demasiado rígida—. Disculpa, Fliss, cariño, no es mi intención descargar mi mal humor sobre ti, pero es que estas cosas me sacan de quicio. Cuando pienso en lo mucho que trabajó Laurie por sacarla de la trena... y ahora tiene las narices de decir que nunca lo consideró muy competente. Como si estuviera en condiciones de emitir juicios, como si Laurie fuera un don nadie salido de la nada y no el

periodista de investigación más galardonado del país. Dijo que los árboles impedían a Laurie ver el bosque, pero como es idiota perdida, lo dijo al revés. Sus palabras exactas fueron: «El bosque le impide ver los árboles». Si no hubiera sido por él, seguiría entre rejas. Pero parece que lo ha olvidado.

Asiento con la cabeza del modo más general. Quiero saber exactamente qué ha dicho Rachel Hines de mí, pero me da mucha vergüenza preguntarlo.

—¿No sabrás por casualidad dónde está Laurie? —prosigue Maya.

—Ni idea. He estado todo el día tratando de localizarlo.

—Se ha ido definitivamente. —Se sorbe y mira por la ventana—. Ya lo verás... no volveremos a verlo. En teoría tenía que quedarse hasta el viernes. —Se agacha detrás de la mesa. Cuando se endereza lleva en una mano un cenicero de cristal cargado de colillas y en la otra un inequívoco cigarrillo, totalmente visible—. De esto, ni una palabra —comenta con intención de bromear, aunque le sale más bien como una advertencia—. Normalmente no fumo en la oficina, pero por una vez...

—No me importa. El hecho de ser fumadora pasiva me recuerda lo mucho que me gustaba la versión activa. —No añado que hace que me sienta superior a los pobres y débiles cretinos que no han renunciado todavía al tabaco.

Maya da una chupada larga. Es una de las mujeres con el aspecto más extraño que he visto. En cierto modo es atractiva. Tiene una figura de campeonato, ojos grandes, boca carnosa, pero su barbilla y su cuello no forman ese ángulo recto que tiene la mayoría de la gente entre la cabeza y el tronco. Esa articulación cabeza-cuello, que en su caso es de planta abierta, parece un globo de color carne que llevara empotrado en el cuello de la blusa. Tiene el pelo negro y largo y se lo arregla todos los días del mismo modo: liso por arriba y cuidadosamente rizado por abajo, y lo lleva sujeto por una cinta roja que recuerda a las muñecas infantiles victorianas.

—Sé sincera conmigo, cielo —ronronea—. ¿Le dijiste a Ray Hines que llamara para elogiarte?

—No. —*¡No, joder, no, putón descarado!*

—Dijo que ayer habló varias veces contigo.

—Me telefoneó y dijo que quería hablarme. Tengo que llamarla después para concertar el encuentro. —Corro un tupido velo sobre Wendy Whitehead y, para curarme en salud, también sobre la frustrada cita de anoche. Hasta que sepa qué significa, no pienso decir nada.

—Se te ha adelantado. —Maya coge un papel de la mesa—. ¿Te leo tus órdenes? Marchington House, Redlands Lane, Twickenham. Quiere que estés allí mañana a las nueve de la mañana. ¿Ya tienes coche?

—No, yo...

—Pero aprobaste el cuarto examen de la autoescuela, ¿no?

—Fue el segundo y no lo aprobé.

—Ay, qué mala suerte. Lo conseguirás en el próximo. Ve en taxi en ese caso. Twickenham está imposible si vas en transporte público. Llegarías antes al polo norte. Y tenme al tanto. Me gustaría saber qué es eso tan importante que quiere contarte.

Wendy Whitehead. Detesto saber cosas que otras personas desconocen. El corazón se me acelera, como un animal que anduviera cada vez más aprisa, reacio a admitir que quiere echar a correr. Tamsin tiene razón: Rachel Hines quiere atraerme y tiene miedo de que no le salga bien. Esta mañana no le devolví el telefonazo. Ya es media tarde y como aún no la he llamado, llama ella a la directora ejecutiva, sabiendo que si la orden parte de Maya, tendré que obedecer.

Es lista. Demasiado lista para decir por error que el bosque impide a Laurie ver los árboles.

—¿Fliss?

—¿Mmm?

—Eso que he dicho de los don nadie salidos de la nada... no me refería a ti, aunque haya podido darte esa impresión. —Maya me dirige una sonrisa de pobre-de-ti—. Todos tenemos que empezar por algún sitio, ¿verdad?

8-10-2009

—¿Y si esta noche pago yo la primera ronda? —dijo Chris Gibbs, aunque sin comprender por qué tendría que pagarla.

—No.

—¿Y si pago todas las rondas?

—Seguiría siendo no —dijo Colin Sellers. Iban en un coche de la policía sin señalizar, camino de Bengoe Street. Conducía Sellers. Gibbs había levantado las piernas y apoyaba los pies en la guantera, con el aplomo que daba la seguridad de que no iba a limpiar él el vehículo. Nunca se había sentado así en su propio coche; Debbie se habría puesto como un basilisco.

—Tú lo harás mejor que yo —dijo—. Tienes la paciencia, el encanto que hacen falta. ¿O es sentido de la adulación?

—Gracias, pero no.

—Quieres decir que no he encontrado todavía el incentivo apropiado. Cada hombre tiene su precio.

—Esa mujer no puede ser tan mala.

—Es sorda como un puto picaporte. La última vez me quedé ronco de tanto gritarle.

—Pero tú tienes una cara de hombre de familia. Tienes más probabilidades de que...

—Pero tú eres mejor que yo con las señoras mayores.

—Con las señoras y punto —bromeó Sellers. Se consideraba un tipo irresistible porque tenía a dos mujeres en jaque, una era su esposa, la otra no, aunque llevaba con ella tanto tiempo que casi era lo mismo; dos mujeres que accedían a acostarse con él a regañadientes con la vana esperanza de que algún día fuera menos capullo de lo que era entonces y había sido desde siempre. Gibbs tenía solo una: su esposa Debbie.

—Si se lo pides con simpatía, podría incluso hacerte una paja. Fue profesora de piano, o sea que sabe trabajar con la mano.

—Eres un guarro —dijo Sellers—. ¿Cuántos años tiene, ochenta?

—Ochenta y tres. ¿Cuál es tu edad límite entonces? ¿Los setenta y cinco?

—Corta el rollo, ¿quieres?

—«Vale, cielo mío, límpiame, ya está aquí el taxi. Son las cuatro de la madrugada, cielo mío, paga tú». —Lo que Gibbs pensaba de Sellers era tan desafortunado por su origen y su finalidad como celebrado por el resto del personal de la comisaría. Con el paso de los años, había ido cargando las tintas para que su habla de Yorkshire fuera mucho más acusada que el verdadero acento de Sellers. Gibbs pensaba hacer más modificaciones menores, pero temía alejarse demasiado de las sutilezas del original—. «Vale, cielo mío, date la vuelta y ponte encima de la mancha, tápala con ese gordo culo que tienes». Si quieres que pare, ya sabes lo que tienes que hacer.

Transcurrieron unos segundos de silencio.

—Perdona, chico —dijo Sellers—. ¿Qué es lo último que has dicho? Pensaba que seguías imitándome.

Gibbs rio por lo bajo.

—¿«Si quieres que pare ya sabes lo que tienes que hacer»? ¿Es eso lo que le dirías a una abuela de ochenta y tres años? —Cabeceó con asco fingido.

—Hagámoslo los dos —dijo Sellers. Siempre acababa cediendo. Un par de minutos más y se habría ofrecido a interrogar a Beryl Murie y a Stella White mientras Gibbs se tomaba la tarde libre. Era como el final de una partida de ajedrez: Gibbs deducía todos los movimientos que faltaban hasta el jaque mate.

—Entonces, ¿quieres interrogar a Murie? —dijo.

—Sí, contigo.

—¿Y qué falta hago yo allí? —dijo Gibbs con actitud indignada—. Tú te encargas de Murie, yo me encargo de Stella White: un reparto limpio. De ese modo no perdemos el tiempo. A menos que no puedas solo con la abuela Murie.

—Si digo que sí, ¿cerrarás el puto pico? —dijo Sellers.

—Trato hecho. —Gibbs sonrió y alargó la mano para que Sellers se la estrechara.

—Estoy conduciendo, so tarado. —Sellers cabeceó—. Y hagamos lo que hagamos, no perderemos el tiempo. Ya tenemos las declaraciones de Murie y White.

—Es lo único que tenemos. Hay que apretarles las clavijas para que escupan lo que no recordaron la primera vez.

—Solo hay un motivo para volver a interrogarlas —dijo Sellers—. No tenemos más pistas. Todos los íntimos de Helen Yardley tienen una coartada sólida, ninguno ha dado positivo en la prueba de los residuos de pólvora. Buscamos a un desconocido, desconocido para nosotros y para ella, la peor pesadilla de un policía. Un asesino sin ninguna conexión con la víctima, un tipo anónimo que vio en televisión la cara de esta mujer demasiadas veces y llegó a la conclusión de que era la elegida. Un tipo al que no tenemos la menor posibilidad de encontrar. Proust lo sabe, pero no lo admitirá por el momento.

Gibbs no dijo nada. Estaba de acuerdo con Simon Waterhouse: no era tan sencillo como elegir entre blanco y negro, no en el caso de una mujer como Helen Yardley. Cualquiera había podido matarla a causa de lo que defendía, cualquiera que defendiese lo contrario. Tal como lo entendía Gibbs, las acusaciones de homicidio contra Helen Yardley habían comenzado una guerra. Había caído víctima del otro bando, los fanáticos de la protección infantil que dan por hecho que todo progenitor quiere matar a sus hijos mientras no se demuestre lo contrario. Gibbs guardaba sus opiniones para sí porque no pensaba que tuviesen ningún mérito; como sucedía con todas sus mejores ideas, Simon Waterhouse había plantado la semilla. Su admiración por Waterhouse era su secreto más celosamente guardado.

—Esta vez está completamente desorientado. —Sellers seguía hablando del Muñeco de Nieve—. Decirnos que no se nos permite decir, ni siquiera pensar en la posibilidad de que Helen Yardley fuera culpable. Yo no he pensado eso; ¿tú sí? Si su condena fue injusta, fue injusta. Pero nos ha metido esa idea en la cabeza precisamente por decirnos que está prohibido, porque entonces todo el mundo piensa: «Espera un momento, ¿y si el río suena porque agua lleva?», exactamente lo que dice que no debemos pensar. Lo único que consigue que pensemos es lo que él cree que vamos a pensar, lo que nos obliga a preguntarnos por qué. Puede que haya algún motivo para que lo pensemos.

—Todo el mundo lo piensa —dijo Gibbs—. Desde el principio, y no lo han dicho porque no saben qué postura adoptan los demás. Nadie quiere ser el primero en decir: «Vamos, vamos, pues claro que lo hizo y que se vaya a la mierda el tribunal de apelación». ¿Tendrías valor para levantarte y decirlo cuando le han pegado un tiro en la cabeza y todos nos estamos rompiendo las pelotas para encontrar al asesino?

Sellers se volvió para mirarlo. El coche dio un bandazo.

—¿Crees que mató a sus hijos?

A Gibbs no le gustó tener que explicarse. Si Sellers hubiera escuchado...

—Entiendo lo que piensas porque soy el único que no lo piensa. Lo que dijo la tal Duffy... es pura mierda.

—¿Qué Duffy?

—La médica aquella. Cuando el fiscal le preguntó si cabía la posibilidad de

que Morgan y Rowan Yardley hubieran fallecido a causa del SMSI, dijo que no, que era improbable, casi imposible. La explicación del SMSI, el síndrome de muerte súbita infantil, se da cuando hay muerte natural pero no se encuentra ninguna causa.

—Eso ya lo sé —murmuró Sellers.

—Lo dijo así, textualmente: «Tan improbable que es casi imposible». Y añadió que lo altamente probable era que hubiese una causa subyacente, una causa forense, no médica. En otras palabras, que Helen Yardley asesinó a sus pequeños. Cuando la interrogó el abogado defensor y le preguntó si, a pesar de lo que acababa de decir, era posible que el SMSI se diera en dos niños de la misma familia y la misma casa, la testigo tuvo que decir que sí, que era posible. Pero esa declaración no fue la que impresionó al jurado, no por lo menos a once de los doce. Esos once solo oyeron: «Tan improbable que es casi imposible». Pero resulta que no hay base estadística para eso, fue solo su declaración de mierda y por eso el mes que viene tendrá que comparecer ante el Colegio General de Médicos, acusada de falta de ética profesional.

—Estás bien informado.

Gibbs iba a decir: «También tú deberías estarlo, al igual que todos los que trabajan en el asesinato de Yardley», pero entonces se dio cuenta de que era una frase que había oído decir a Waterhouse.

—Creo que Helen Yardley habría sido absuelta si no hubiera sido por Duffy —dijo—. Todos los periódicos de aquellos días reprodujeron lo de «tan improbable que es casi imposible». Y eso es lo que acude a la memoria de la gente cuando oye el nombre de Helen Yardley, sin que importe el éxito de la apelación o que se vaya a juzgar a Duffy por falta de ética profesional. Y eso es solo la gente normal. Los polis somos peores aún, porque estamos programados para imaginar que todo el mundo es culpable y queda sin castigo: cuando el río suena, agua lleva, y no importa qué tecnicismos legales han permitido poner en libertad a Helen Yardley. Si yo no pienso así es por lo que le pasó a Debbie.

—¿Tu Debbie?

¿Se habría molestado en hablar de la Debbie de otro? ¿Qué sabía él de las Debbies que no eran suyas? Sellers parecía idiota. Gibbs deseó no haber dicho nada; pero al mismo tiempo saboreaba por adelantado el momento de enseñar el as. Aquello era material suyo, material original, nada que ver con Waterhouse.

—En los últimos tres años ha tenido once abortos, todos a las diez semanas. No pasa de ese tope, haga lo que haga. Ha probado las aspirinas, el yoga, la comida sana, dejar el trabajo y pasarse el día tendida en el sofá... cualquier cosa que se te ocurra, ya la ha probado. Nos han hecho miles de análisis, hemos visto a todos los médicos, a todos los especialistas y nadie sabe decirnos nada. No encuentran ningún fallo y eso es lo que dicen todos. — Gibbs se encogió de hombros—. No están diciendo que haya nada malo, ¿verdad? Pero es evidente que pasa algo. Cualquier médico que valga lo que

cobra te dirá que la medicina no cesa de generar misterios que nadie sabe resolver. ¿Cuántos abortos ha tenido Stacey?

—Ninguno —dijo Sellers—. ¿Y cómo es que vosotros nunca...?

—Ahí lo tienes: todas las pruebas médicas que quieras y eso es la prueba de que Duffy es una hija de puta. Si una mujer puede tener once abortos y otra ninguno, es lícito suponer que una mujer pueda perder dos o más criaturas de muerte súbita infantil y otra mujer ninguna. No hay ningún asesinato, como tampoco se puede decir que Debbie matara los fetos que perdió. Pero en un cerebro británico parece que no cabe que una familia pueda desarrollar unas particularidades médicas y otra familia otras, como la nariz grande o la propensión a las varices. Del mismo modo que tener una polla diminuta es un problema en tu familia y no en la mía.

—Dicen que hay una rara enfermedad genética que solo afecta a los hombres de pelo negro y rizado cuyas iniciales son CG —dijo Sellers con cara seria—. Cuando se miran el pene, se les altera la vista y creen que es cinco veces mayor de lo que es en realidad. Los afectados también suelen tener problemas con el olor corporal.

Habían llegado a Bengeo Street. Era una calle sin salida en forma de herradura, formada por casas adosadas de ladrillo rojo, de los años cincuenta del siglo XX, con pequeños jardines delanteros, manchas verdes más simbólicas que otra cosa. Muchas casas tenían anexos laterales. Este detalle daba a la arteria un aire de superpoblación, como si las construcciones hubieran crecido en exceso y a duras penas cupieran en el solar correspondiente. La casa de los Yardley era una de las pocas que no tenían anexos; no los necesitaban, dado que no tenían niños para ocuparlos, pensó Gibbs. Aún estaba acordonada por la cinta de la policía. Paul Yardley estaba en casa de sus padres, cosa muy de agradecer desde el punto de vista de Gibbs. Tratar con Yardley era una pesadilla. Le decías que no había novedades y se quedaba allí mirándote, como si no admitiera aquella respuesta y esperase la verdadera.

Gibbs consultó la hora: las cuatro y media. El Renault Clío rojo de Stella White estaba estacionado delante del número 16, lo que significaba que había vuelto ya de la escuela con su hijo. Sellers había llamado al timbre de Beryl Murie y parecía tan desconcertado como Gibbs dos días antes, al recibir por toda respuesta una versión electrónica y sin palabras de «¿Cuánto vale ese guau-guau del escaparate?», que se oía en toda la calle.

—Me olvidé de avisarte que tiene un timbre para sordos —le dijo Gibbs a voz en cuello.

Stella White abrió la puerta de la calle cuando el policía se acercaba. Llevaba en las manos unas botas infantiles llenas de barro, un alienígena de plástico azul y un trozo de tostada. El pantalón vaquero y el jersey con cuello de pico colgaban de su magra figura y tenía unas ojeras notables. Si aquel era el resultado de tener niños, Debbie y él tal vez debieran considerarse afortunados.

—Agente Gibbs, policía criminal de Culver Valley.

—Yo esperaba al agente Sellers —dijo Stella White con optimismo, sonriendo, como si un agente Gibbs fuera una compensación o un regalo.

«Siento desilusionarla, señora».

—Cambio de planes. —Gibbs enseñó la placa y se dejó conducir a la salita delantera. De la habitación contigua llegaba el bramido de la televisión; la puerta estaba cerrada, pero se oía una especie de comentario sobre las carreras de caballos.

—¿Su marido está viendo las carreras? —preguntó. La habitación en que estaban parecía haberse reformado con algún lujo: gruesas cortinas de terciopelo, suelo de madera auténtica, chimenea de pizarra y mármol. Colores sutiles que no se podían describir con facilidad, nada tan rotundo como el rojo, el azul o el verde. A Debbie le habría encantado, aunque se habría resistido a vivir en Bengoe Street, por muy elegante que fuese la casa por dentro; estaba demasiado cerca de Winstanley Estate, en la zona conflictiva de la ciudad.

—No estoy casada —dijo Stella—. Mi hijo Dillon es un forofeo de los caballos. Al principio quise impedirle que viese las carreras, pero... —se encogió de hombros—. Le gustan tanto que me pareció una mezquindad prohibírselas.

Gibbs asintió con la cabeza.

—Cualquier afición es buena, ¿verdad? Cuando yo era niño no me interesaba nada. Nada. Me aburría como una ostra, hasta que tuve edad suficiente para beber y... —Se detuvo al llegar a este punto, pero Stella White sonreía.

—Es que es eso —dijo la mujer—. Por eso me alegra que se apasione por algo, y casi me da igual lo que sea. Pero él analiza el historial de los caballos y todo. Cuando sale a relucir el tema de las carreras, no hay forma de que calle.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro. —Al ver la cara que ponía Gibbs, Stella añadió—: Ya lo sé. Puede resultar un poco raro, pero no es un niño prodigio ni nada parecido; es solo un niño normal al que le vuelven loco las carreras de caballos.

—Espero que no me diga a continuación que habla doce idiomas y cura el cáncer —dijo Gibbs.

—Ojalá —Stella aflojó la sonrisa—. No quiero incomodarlo diciéndole esto, pero me parece más honrado decírselo y luego lo olvidamos. Me han diagnosticado un cáncer.

—Bueno. —Gibbs carraspeó—. Lo siento.

—No se preocupe, estoy acostumbrada a las reacciones de la gente. Lo tengo

desde hace años y gracias a él llevo una vida mejor.

Gibbs no supo qué más decir, aparte de que lo sentía. ¿Una vida mejor? ¿A quién trataba de engañar? Empezaba a lamentar no haber repetido la visita a Beryl Murie.

—Por favor, siéntese —dijo Stella—. ¿Le apetece beber algo?

—No, gracias, está bien así. Y no estaría mal que viniera Dillon, si puede usted apartarlo de los caballos. Me gustaría que repasáramos lo que ya nos contó usted sobre el hombre que vio acercarse a la puerta de Helen Yardley, por si recordara algo más.

Stella frunció el entrecejo.

—Dudo que Dillon lo viera. Lo estaba sujetando al sillín del coche. Se sienta detrás, así que lo más probable es que viera sobre todo el respaldo del asiento delantero y poco más.

—¿Y antes de colocarlo en el sillín? Es probable que el hombre llegara por la calle. ¿No es posible que Dillon lo viera entonces, antes de que lo introdujera usted en el coche?

—Sí, claro que es posible, aunque yo no me percaté de su presencia hasta que estuvo delante de la casa de Helen. Pero para serle sincera, no creo que Dillon lo viese en ningún momento. El policía que vino la vez anterior habló con él y no sirvió de nada. Dillon dijo que había visto a un hombre, pero eso fue todo. No supo decir cuándo, ni siquiera dónde, y por entonces sabía ya que yo había visto a un hombre... Creo que lo dijo porque había oído que lo decía yo.

—Ojalá ese hombre hubiera sido un caballo —dijo Gibbs con ánimo de bromear.

—Hombre, en ese caso habría recordado todos los detalles. —Stella se echó a reír—. Dillon suele ser hábil con los detalles, incluso cuando no se trata de caballos, pero al otro policía no supo decirle nada: color de pelo, estatura, indumentaria. Y no es que yo fuera más útil. —Parecía arrepentida—. Creo, ¿eh?, creo que tenía el pelo oscuro y que vestía ropa oscura, creo que era tirando a alto, de constitución normal y entre treintañero y cuarentón. Me parece recordar que llevaba abrigo, pero ¿quién no lo lleva? Estamos en octubre.

—¿Y no llevaba nada en las manos? —preguntó Gibbs.

—Que yo recuerde, no, pero supongo que siempre cabe la posibilidad.

—¿Se fijó usted en si tenía coche o si aquella mañana había cerca algún coche que fuera inusual ver aparcado en Bengoe Street?

—Yo no distinguiría un Volvo de un Skoda —dijo Stella—. Lo siento. Soy

negada para los coches. Si hubiera habido veinte Rolls-Royces de color de rosa aparcados en la calle, no me habría dado cuenta.

—No se preocupe —dijo Gibbs—. Pero si pudiera charlar un momentito con Dillon... —Esbozó su mejor sonrisa—. No espero que me diga nada, pero seguro que vale la pena intentarlo. Muchos tipos que conozco que se interesan por los caballos, saben también de coches.

—Está bien, pero... si por casualidad se pone a hablar de la muerte de Helen, le pido por favor que... —Stella se interrumpió. Parecía turbada por algo—. Sé que le parecerá extraño, pero ¿podría mostrarse todo lo optimista que pueda?

Gibbs, totalmente perplejo, se mordió el labio. ¿Optimista a propósito de una mujer vapuleada por el sistema jurídico, a la que habían arrebatado la única hija que le quedaba y que había acabado sus días con un balazo en la cabeza?

—Sé que esto va a parecer muy propio de una mujer que padece un cáncer terminal, pero me esfuerzo por incitar a Dillon a que crea en lo que yo creo: que no existe la muerte o que no es necesario que exista. Lo que importa es el espíritu y el espíritu nunca muere. Todo lo demás es trivial.

Gibbs se quedó de piedra. Habría sido mejor guardar fidelidad a Beryl Murie, retirarse mientras iba ganando.

—¿Qué le ha contado a Dillon en relación con el asesinato de Helen Yardley?

—La verdad. Sabe que fue una persona especial. A veces, las personas especiales eligen afrontar problemas espirituales que la mayoría no podría afrontar, por eso Helen lo pasó peor que la mayoría, aunque ahora ha pasado al siguiente estadio. Le dije que sería feliz en la siguiente vida, si lo que necesita su espíritu es felicidad.

Gibbs afirmó con la cabeza, aunque de un modo indefinido, sin comprometerse. Volvió a mirar la habitación en que estaba: chimenea con cuatro fotos enmarcadas en la repisa, un tresillo, un fuelle, un cubo metálico para el carbón, un atizador para el fuego, dos mesas de centro, de madera. Ninguna varilla de incienso, nada adornado con borlas, ningún símbolo del yin y el yang; era casi un timo.

—¿Qué le contó a Dillon sobre la persona que mató a Helen? —preguntó. Quienquiera que fuese, era quien Gibbs deseaba que pasase al siguiente estadio, el estadio en que te encierran de por vida y, con un poco de suerte, te hacen picadillo en algún rincónapestoso del trullo.

—Fue un momento difícil, como usted comprenderá —dijo Stella—. Traté de explicarle que algunas personas tienen miedo de sentir dolor y procuran desviarlo hacia otras. Si no le ofende que se lo diga, me da la impresión de que usted entra en esa categoría.

—¿Yo? —Gibbs se puso tieso en el sillón. «Quiero irme de esta puta casa».

—No estoy insinuando que haga usted nada violento; como es lógico, no lo haría.

Gibbs no estaba seguro.

—Es solo que... bueno, que presiento muchas nubes cerca de la superficie. Y debajo de ellas hay una luz que arde con mucha intensidad, pero es... —Stella se echó a reír de repente—. Perdóneme. Es mejor que me calle, además de cáncer, me temo que tengo boceritis.

—¿Podría hablar un momento con Dillon?

—En seguida se lo traigo.

Gibbs respiró de alivio cuando se quedó solo. ¿Qué opinaría Waterhouse de una mujer que veía ventajas donde otros veían tragedia y que consideraba la muerte violenta una grandiosa oportunidad que facilitaba el tránsito del alma a una vida más feliz? ¿Y si llegabas a la conclusión de que una amiga tuya había sufrido suficientemente en su actual encarnación y ya era hora de que su alma ascendiera de nivel? Se preguntó si debía mencionar aquello.

A través de la pared oyó las irritadas protestas de Dillon cuando se apagó la televisión. Se levantó y se acercó a las fotografías expuestas en la repisa de la chimenea. Una era de Dillon con uniforme de colegial. Parecía pillado en el momento de pronunciar la «u» de Luis. Otra foto era de Dillon y Stella y las otras dos de Stella sola, con atuendo de footing. En una llevaba alrededor del cuello una cinta de la que pendía una medalla.

Cuando la mujer volvió a la habitación con Dillon, Gibbs dijo:

—¿Le gusta correr? —También él había pensado en la posibilidad de hacer ejercicio, pero había llegado a la conclusión de que le daba igual.

—Ya no —dijo Stella—. Ya no tengo fuerzas. Cuando me lo diagnosticaron, me di cuenta de que toda mi vida había querido hacer algo que no había hecho, así que me entrené y participé en dos o tres maratones al año, durante cinco años. Era increíble lo sana que me sentía. Y no solo me sentía así —añadió para rectificar—, es que estaba más sana. Los médicos me dieron dos años de vida, pero he conseguido escamotear ocho más a la muerte.

—No está mal. —Puede que pensar en la muerte con optimismo tuviera un efecto positivo, después de todo.

—He recaudado mucho dinero para obras benéficas. La última vez que corrí el maratón de Londres di a JPCI todo el dinero que recaudé. Ya sabe, la organización de Helen. También he participado en dos triatlones y también para obras benéficas. Ahora me dedico sobre todo a hablar en público, a enfermos de cáncer, médicos, en el Women's Institute, en la Universidad de la Tercera Edad... para todos los que quieran oírme. —Sonrió—. Si se descuida, acabaré enseñándole una caja llena de recortes de prensa.

—¿Puedo ver ya la tele? —preguntó Dillon con impaciencia. Llevaba un chándal azul con el logotipo de la escuela en el pecho. Tenía restos de chocolate alrededor de la boca.

—Pronto, cariño. —Stella le acarició la cabeza—. Cuando termines de hablar con el agente Gibbs, podrás volver con los caballos.

—Pero es que yo quiero ahora —se quejó Dillon.

—¿Te acuerdas del lunes por la mañana? —preguntó Gibbs.

—Hoy es jueves.

—Es verdad. Entonces, el lunes fue...

—Antes del jueves vino el miércoles, antes del miércoles vino el martes y antes del martes vino el lunes. ¿Ese día?

—Exacto —dijo Gibbs.

—Vimos al hombre del paraguas, más allá —dijo Dillon.

—¿Paraguas? —Stella se echó a reír—. Eso es una novedad. No llevaba...

—¿Más allá? —Gibbs se arrodilló delante del niño—. ¿Quieres decir en la parte delantera?

—No. Más allá.

—¿Viste al hombre que estaba fuera de la casa de Helen Yardley el lunes por la mañana?

—Yo lo vi y mamá lo vio.

—Pero no llevaba paraguas, garbancito —dijo Stella con dulzura.

—Sí lo llevaba.

—¿De qué color era?

—Negro y plata —dijo Dillon sin titubear.

A Stella parecía hacerle gracia aquello y movía la cabeza en sentido negativo. Dijo algo a Gibbs moviendo solo los labios: que se lo explicaría después, cuando Dillon volviera a la habitación de la tele.

—¿Viste si ese hombre subía o bajaba de un coche?

Dillon negó con la cabeza.

—Pero lo viste delante de la casa de los Yardley, en el sendero del jardín.

—Y más allá.

—¿Quieres decir que entró en la casa? —Gibbs levantó la mano para indicar a Stella que no lo interrumpiera.

Stella no le hizo caso.

—Perdona, garbancito... pero no lo viste entrar en la casa, ¿verdad que no?

—Señora White, por favor...

—Cuanto más se le pregunta, más inventa —dijo Stella—. Disculpe, sé que no debería intervenir, pero conozco a Dillon mejor que usted. Es muy sensible. Se da cuenta de que la gente quiere que diga cosas y no desea decepcionarla.

—Estaba en el salón —dijo Dillon—. Lo vi en el salón.

—No, Dillon, no es verdad. Sé que quieres ayudar a este señor, pero tú no viste a ese hombre en el salón de Helen. —Stella se volvió hacia Gibbs—. Créame, si hubiera llevado un paraguas negro y plata, yo lo habría visto. Ni siquiera llovía. Hacía un día soleado, frío y con mucha luz, lo que yo llamo un tiempo navideño perfecto, solo que estamos en octubre. Casi todo el mundo quiere nieve en Navidad, pero...

—No había mucha luz —dijo Dillon—. Hacía poco sol y no había mucha luz. ¿Puedo irme ya a ver los caballos?

Gibbs se dijo que valía la pena consultar la previsión del tiempo para el lunes que se había hecho el domingo. Una persona precavida podía haber salido a la calle con paraguas a pesar del sol matutino, si se había pronosticado que habría lluvia. *¿Y si no se había pronosticado?* ¿Podía haber estado el arma del crimen dentro del paraguas cerrado?

—Llovía —dijo Dillon, mirando a Gibbs con expresión decidida—. El paraguas estaba mojado. Y vi al hombre en el salón.

Judith Duffy vivía en Ealing, en un chalecito de tres plantas que se alzaba en una ventosa calle flanqueada de árboles que no era ni lo que Simon consideraba «el Londres respetable» ni ninguna otra cosa en particular. No le habría gustado vivir allí. Tampoco es que tuviera suficiente dinero para permitírselo, de modo que era absurdo planteárselo. Pulsó el timbre por tercera vez. Nada.

Levantó la visera del bruñido buzón de bronce y miró dentro: vio un perchero de madera, un suelo de taracea en espiga, alfombras persas, un piano negro con un taburete acolchado rojo. Retrocedió un paso cuando delante de la ranura del buzón apareció un tejido morado con un botón.

Se abrió la puerta. Sabía que Judith Duffy tenía cincuenta y cuatro años y se

quedó atónito al ver a una mujer que podía tener fácilmente setenta. Llevaba recogido el pelo gris y lacio, dejando al descubierto una cara estrecha y mustia. En la foto que conocía Simon, la que siempre publicaban los periódicos, Duffy parecía más gorda, incluso con un asomo de papada doble.

—No creo haberlo invitado a espiar por mi buzón —dijo la mujer. En opinión de Simon, era la típica frase que pedía ser enunciada con un sentido de la indignación apenas reprimido, pero Duffy la había pronunciado como si se limitara a dar constancia de un hecho—. ¿Quién es usted?

Simon se identificó.

—Le dejé dos mensajes —dijo.

—No le devolví las llamadas porque no quise desperdiciar su tiempo —dijo Duffy—. Va a ser la entrevista más breve de su historia profesional, agente. No pienso hablar con usted ni responder a sus preguntas, y no permitiré que me someta a ninguna prueba para determinar si disparé o no un arma de fuego. Además, puede usted comunicar a su colega Fliss Benson que deje de molestarme; tampoco pienso hablar con ella. Siento que haya hecho usted el viaje en balde.

¿Su colega Fliss Benson? Era la primera vez que Simon oía aquel nombre.

Duffy fue a cerrar la puerta. Simon alargó la mano para impedirlo.

—Todas las personas a quienes se les ha solicitado, han accedido a someterse a la prueba de la pólvora y han cooperado con nosotros sin ninguna clase de reservas.

—Yo no soy todas las personas. Por favor, aparte la mano de mi puerta. —Y le dio con ella en las narices.

Simon volvió a levantar la visera del buzón y vio tejido morado.

—Hay alguien a quien no localizo —dijo a la rebeca de Duffy, la única parte de la médica que Simon alcanzaba a ver—. Rachel Hines. He hablado con Angus, su exmarido. Dice que está con unos amigos, en Londres, pero no sabe dónde. ¿No sabe usted nada al respecto?

—Eso debería preguntárselo a Laurie Nattrass —dijo Duffy.

—Pienso hacerlo, en cuanto me devuelva la llamada.

—O sea que son todas las personas menos una.

—¿Perdón?

—Las que cooperan. Si Laurie Nattrass no le devuelve las llamadas, no está cooperando.

«¿Es que tenemos que sostener esta charla a través de un buzón?».

—El señor Nattrass ya se ha sometido a la prueba de la pólvora, se ha comprobado su coartada y se ha descartado, como también se la descartaría a usted si...

—Adiós, señor Waterhouse.

Simon oyó alejarse los pasos de la mujer por el suelo de madera.

—Ayúdeme en este asunto —exclamó Simon—. Francamente, no debería decirle esto, pero estoy preocupado por la señora Hines. —Al margen de lo que dijeran el Muñeco de Nieve y Sam Kombothekra, el instinto le decía que buscaba a un asesino en serie o a una persona con potencial para serlo: una persona que dejaba tarjetas con extrañas claves numéricas en los bolsillos de sus víctimas. ¿Era Rachel Hines una de aquellas víctimas? ¿O era la imaginación de Simon, que tendía a desbocarse, como no cesaba Charlie de repetir?

Dejó escapar un largo suspiro. A modo de respuesta, Judith Duffy dio algunos pasos hacia la puerta. Simon alcanzaba a verla otra vez, el hombro y el brazo. Su cara no.

—Comí con Ray Hines el lunes —dijo—. Bueno, ahí tiene mi coartada, y la de ella, así que ya puede irse contento, y si no está contento, puede irse de todos modos. Nadie sabía que era el día que matarían a Helen Yardley. En este sentido, fue nada más que el lunes 5 de octubre, como cualquier otro lunes. Nos encontramos en un restaurante y pasamos la tarde juntas.

—¿Qué restaurante? —Simon sacó papel y bolígrafo.

—Sardo Canale, en Primrose Hill. Lo eligió Ray.

—¿Le importa si pregunto...?

—Adiós, señor Waterhouse.

Cuando Simon quiso volver a levantar la visera del buzón, encontró resistencia. Duffy estaba haciendo presión por dentro.

Volvió al coche y miró el teléfono. Tenía dos mensajes, uno de un hombre que supuso que sería Laurie Nattrass y que consistía en un ruido extraño seguido por el nombre «Laurie Nattrass», y otro de Charlie, que le decía que Lizzie Proust había llamado para invitarlos a los dos a cenar el sábado por la noche. Charlie preguntaba si no le parecía raro aquello, porque conocían a los Proust desde hacía años y nunca los habían invitado. ¿Qué debía responder? Simon tecleó la palabra *NO* en mayúsculas y envió el texto al móvil de Charlie; tan impaciente estaba por enviar el mensaje que el teléfono se le cayó dos veces. El Muñeco de Nieve lo invitaba a cenar; la idea casi asfixió a Simon, como si le estuvieran apretando el gaznate. Se esforzó por no pensar en ello; se sentía incapaz de asimilar la violencia de su reacción y el elemento de temor que

contenía.

Llamó a uno de los tres móviles de Laurie Nattrass y esta vez respondieron al primer timbrado. Simon oyó una respiración.

—¿Hola? —dijo—. ¿Señor Nattrass?

—Laurie Nattrass —dijo una voz áspera, la misma que había dejado el mensaje.

—¿Hablo con el señor Nattrass?

—No lo sé.

—¿Cómo dice?

—No estoy donde está usted, así que no veo con quién habla. Si se está dirigiendo a mí, entonces sí, habla usted con el señor Nattrass, señor Laurie Nattrass. Y yo hablo con el agente, y digo agente, no aguente ni ajijente, Simon Waterhouse. —Sus palabras eran unas veces estridentes y otras casi inaudibles, como si le estuvieran clavando agujas y elevara la voz con cada respingo que diera. ¿Se había vuelto loco? ¿Estaba de guasa?

—¿Cuándo y dónde podemos vernos? —preguntó Simon—. Iré a verlo yo, si lo desea.

—Nunca. En ninguna parte aparte.

¿Iba a ser así todo el rato? ¿Una conversación informal? ¿De verdad era aquel tío un periodista de investigación con muchos premios, y antiguo alumno de Oxford y Harvard? No lo parecía.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Rachel Hines?

—Twickenham —dijo Nattrass—. ¿Por qué? Ray no mató a Helen. La busca para cargarle el muerto a ella, ¿eh? No puede entrar dos veces en el mismo río, pero puede acusar dos veces a la misma mujer inocente. Vaya con la pasma. —No era solo el volumen lo que variaba entre palabra y palabra. Simon advirtió que era también la velocidad a la que hablaba Nattrass. Barbotaba unas frases y otras las pronunciaba con lentitud, con cierta vacilación, como si estuviera pendiente de otra cosa.

—¿Hay por casualidad alguna dirección u otra forma de contacto que yo...?

—Hable con Judith Duffy en vez de hacernos perder el tiempo a mí y a Ray Hines. Pregúntele qué hicieron sus dos yernos el lunes. —Más que una sugerencia, era una orden.

Sus dos yernos. Y puesto que la policía se había vuelto equitativa y últimamente concedía igualdad de oportunidades, sus dos hijas. ¿Valía la pena comprobarlo?

—Señor Natrass, necesito hacerle unas preguntas —insistió Simon—. Preferiría hacerlo en persona, pero...

—Haga como si su teléfono fuera una persona. Finja que es Laurence Hugo St John Fleet Natrass y escupa la pregunta.

Si aquel tío estaba cuerdo, Simon era un bocadillo de plátano. Lo que pasaba era que estaba borracho.

—Estamos sopesando la posibilidad de que Helen Yardley fuera asesinada por la labor que hacía en JPCI. Como usted es el...

—... cofundador, se está preguntando si alguien ha querido matarme. No. ¿Siguiente?

—¿Lo ha amenazado alguien? ¿Alguien se ha comportado de forma extraña con usted? ¿Ha recibido algún correo electrónico o postal que le parezca raro?

—¿Qué tal está Giles Proust? Ahora es el jefe de la banda, ¿no? ¿Cómo puede ser objetivo ese hombre? Es una broma. Detuvo a Helen por homicidio. ¿Ha leído su libro?

—¿El de Helen?

—*Nada más que amor*. Nada más que elogios para el querido Giles. ¿Qué piensa de él? Un hijoputa, ¿verdad?

Simon juntó los dientes para decir «Sí», pero transformó el adverbio en tos, con el corazón a cien por hora. Casi se le había escapado. Habría engrosado las filas del paro en un abrir y cerrar de ojos.

—Si pensaba que Helen era inocente, ¿por qué la detuvo? —preguntó Natrass—. ¿Por qué no dimitió? ¿Es moralmente daltónico?

—En nuestro trabajo, si nos ordenan detener a un ciudadano, hay que detenerlo —dijo Simon. «Moralmente daltónico». La mejor descripción del Muñeco de Nieve que había oído hasta la fecha.

—¿Sabe qué hizo ese hombre cuando ella quedó en libertad? Presentarse en su casa con todo lo que le confiscaron sus esbirros cuando la detuvieron: el moisés, la cuna, la mecedora infantil, la ropa de Morgan y Rowan, todo. Ni siquiera la llamó antes para prevenirla ni le preguntó si quería un camión de recuerdos de sus niños muertos. ¿Sabe cuántas veces la visitó en la cárcel? Ni una sola.

—Quería preguntarle por una tarjeta que se encontró en el cadáver de Helen Yardley —dijo Simon—. No se ha revelado a la prensa.

—2, 1, 4, 9...

—¿De qué conoce esos números? —A Simon no le importó ser brusco. Por muy rudamente que hablara, no podría competir con Nattrass.

—Los conozco por Fliss. Felicity Benson, aunque Felicidad Benson no está muy contenta últimamente, al menos conmigo. Ella no sabía qué significaban los números. Los tiré a la papelera. ¿Sabe usted qué quieren decir? ¿Sabe quién los envió?

Felicity Benson. *Fliss*. Simon no sabía quién era, pero acababa de ponerla mentalmente en el primer puesto de la lista de personas con quienes quería hablar.

Angus Hines

Transcripción de la entrevista 1

16 de febrero de 2009

AH: ¿Y bien? Imagino que tiene usted preguntas que hacerme y que no está aquí únicamente para grabar silencio.

LN: Me sorprende que haya accedido a esta entrevista, se lo digo con toda franqueza.

AH: Quiere decir que si estuviera usted en mi lugar, ¿se escondería por vergüenza?

LN: Me sorprende que haya accedido a hablar conmigo. Usted conoce mi postura. Sabe que estoy haciendo una película sobre...

AH: ¿Quiere decir que sé en qué lado está?

LN: Sí.

(Pausa)

AH: ¿Cree que es conveniente tomar partido?

LN: Conveniente no. Esencial.

AH: Entonces, para que todo quede claro, ¿de parte de quién está?

LN: De Ray. Y de Helen Yardley, y de todas las demás mujeres inocentes que han sido encarceladas por matar niños a los que no mataron.

AH: ¿Cuántas en total? ¿Ha calculado usted el total?

LN: Son demasiadas. De momento JPCI presiona para que se revisen cinco casos y hay como mínimo otros tres casos que conozco de... mujeres inocentes, encerradas en el sistema penitenciario británico por culpa de las mentiras de su amiga la doctora Judith Duffy.

AH: ¿Mi amiga? Ah, ya entiendo. Así que en un lado lo tenemos a usted, y a mi exmujer y a las docenas de madres calumniadas y cuidadores de ambos sexos que han sido víctimas de eso que creo que usted llama caza de brujas de nuestros días...

LN: Porque lo es.

AH: ... y en el otro lado estamos yo, Judith Duffy... ¿alguien más?

LN: Muchos otros. Todos cuantos han desempeñado algún papel en la destrucción de la vida de Ray, de Helen, de Sarah Jaggard y otras mujeres como ellas.

AH: Y en esa guerra santa que libran esos ejércitos tan claramente definidos, ¿quién está de parte de mis hijos? ¿Quién está de parte de Marcella y de Nathaniel?

LN: Si piensa usted...

AH: Yo. Yo estoy de su parte. Es el único partido que tomo. Es el único bando en que he estado siempre. Y por eso he accedido a ser entrevistado... por usted, por cualquiera que me lo pida. Podrá usted presentarme cuantas veces quiera como el malo de su documental de la BBC, pero si me presenta debidamente y sin tergiversaciones, creo que el público verá la verdad que hay detrás de sus mentiras.

LN: ¿Mis mentiras? ¿Qué mentiras he contado?

AH: ¿Deliberadamente? Probablemente ninguna. Pero ir por la vida con anteojeras y diseminar prejuicios cada vez que se presenta la ocasión es una forma de mentir.

LN: ¿Voy con anteojeras, según usted?

AH: El bosque le impide ver los árboles.

LN: Serán los árboles los que me impiden ver el bosque. Es lo que suele decirse al menos.

AH (*Riendo*): «¡Oh, no dudemos nunca jamás / de lo que nadie sabe con seguridad!».

LN: Entiendo. ¿Así que llevo anteojeras porque siempre he creído en la inocencia de su mujer? ¿A diferencia de usted, que la traicionó?

AH: Yo no creo haberla traicionado. Y, para que conste, también yo creo ahora que es inocente. Y lo creo ahora con más firmeza por haber creído antes lo contrario, aunque no espero que esto lo entienda una persona con un enfoque tan simplista de las cosas como el suyo.

LN: ¿Es esa su forma de decir que lo lamenta? ¿Se ha disculpado ante Ray por haber dudado de ella? ¿Lo ha intentado siquiera?

AH: No tengo nada que lamentar. Lo único que he hecho ha sido negarme en todo momento a ofender a nadie, ni a mi mujer...

LN: Exmujer.

AH: ... ni a mis hijos, mintiendo. Cuando la policía informó al principio de que Ray era sospechosa de homicidio, dudé de su inocencia, es verdad. También

dudé de su culpabilidad. No estaba en condiciones de saber con seguridad cómo habían muerto Marcella y Nathaniel, porque no estaba en casa cuando sucedió, en ninguno de los dos casos. La policía sospechaba, y a mí no me entraba en la cabeza que pudiera sospechar sin ningún fundamento. No habría sospechado de no ser así, ¿no le parece? Dos muertes sin causa aparente en la misma familia no es usual. Marcella y Nathaniel gozaban de perfecta salud días antes de fallecer. No les ocurría nada.

LN: ¿Es usted pediatra? Tendré que corregir mis datos. Aquí pone «fotógrafo».

AH: Me temo que tendrá que corregir más cosas. Me ascendieron hace tiempo. Soy jefe de la sección gráfica del *London on Sunday*. Ahora son otros los que hacen el trabajo pesado. Yo me paso las horas sentado ante mi mesa, comiendo galletas de chocolate y mirando el Big Ben por la ventana. ¿Ve lo fácil que es confundir una suposición incorrecta con un hecho? A diferencia de usted, yo no hago suposiciones. No las hice en relación con Ray. Ella amaba a los niños, su amor por ellos era sincero y auténtico, sobre eso nunca he tenido dudas. Pero al mismo tiempo pensaba con sentido práctico si no habría ciertos... ciertos estados psicológicos en los que el amor por los propios hijos fuera compatible con hacerles daño. Por el historial de Ray.

LN: Ah, vamos. Ray se sienta en el alféizar de la ventana a fumar un cigarrillo y, cuando se da cuenta, la poli ha acordonado la casa y se cuela en su dormitorio, donde ella oye que los agentes llaman a su médico de cabecera para preguntarle cuál es el porcentaje de probabilidades de que salte al vacío.

AH: Esa es una versión de la historia, una de las muchas que ha presentado ella misma con el paso de los años: una variación del tema «lo único que yo quería era paz, tranquilidad y un pitillo». En el juicio trató de hacerlo pasar por un episodio de depresión posparto, asegurando que no recordaba bien ni el alféizar de la ventana ni el cigarrillo.

LN: A Ray no le ocurre nada, ni en el plano psicológico ni en ningún otro. Es una mujer sana y normal.

AH: ¿Le parece normal subirse a una ventana peligrosamente alta y sentarse en un estrecho alféizar para fumar un cigarrillo? Por no mencionar que esto sucedió al día siguiente de regresar a casa y me refiero a su misteriosa desaparición cuando Marcella tenía solo dos semanas de edad. Volvió nueve días después, tan misteriosamente como se había ido, sin querer explicar ni dónde había estado ni por qué se había marchado, y cuando insisto, corre escaleras arriba y se encarama en la ventana. Si su mujer se comporta así y después es acusada de haber matado a sus dos criaturas, ¿va a decirme que no tendría usted dudas?

LN: Si Ray sufría una depresión posparto, ¿de quién era la culpa? Usted durmió a pierna suelta las primeras catorce noches de vida de Marcella, mientras Ray tenía que levantarse cada hora y media para darle el pecho. Durante dos semanas tuvo que cuidar de una niña exigente sin que usted la ayudase en nada, y entonces llegó a la conclusión...

AH: ... de que si yo no sentía en propia carne las dificultades de aquella experiencia, nunca la entendería, y por eso cogió la puerta y me abandonó a mis propios recursos. La variante feminista de «mi marido es un sexista cabrón».

LN: Llámelo como quiera. Para mí es la verdad.

AH: Nueve días después de irse, regresó y comprobó que no había sabido arreglármelas solo, como al parecer había tenido que saber; como soy un hombre de la vieja escuela, había llamado a mi madre inmediatamente. Y como el único deseo de Ray había sido convertir nuestra casa en una utopía de la igualdad de los géneros y a mí en Mary Poppins, se puso furiosa conmigo y con mi madre. Se subió a la ventana para huir de nosotros. ¿Lo entiende? Estoy tan acostumbrado a las mentiras como usted.

(Pausa)

El caso es que desde el momento que volví del hospital con Ray y con Marcella, cumplí con mi papel y cuidé de la pequeña el tiempo que me correspondía, si no más. Si lloraba de noche, yo era el primero que se levantaba de la cama. Mientras Ray le daba el pecho, yo preparaba té para los dos, unas veces hablábamos, otras oíamos la radio. Cuando nos cansábamos de las dos cosas, descorríamos las cortinas del dormitorio y mirábamos las ventanas de los vecinos, a ver qué se cocía por allí. Poca cosa. Los afortunados cabrones dormían a aquellas horas.

(Pausa larga)

Era yo quien le cambiaba los pañales a Marcella y volvía a dormirla. No una vez ni dos, sino todas las veces. Cuando volvía a la cama, Ray ya se había dormido. Iba a comprar al supermercado, lavaba, planchaba, preparaba la cena...

LN: Entonces, ¿por qué lo abandonó Ray?

AH: No solo me abandonó a mí. También abandonó a Marcella. ¿En ningún momento se ha preguntado si una mujer capaz de abandonar a su niña recién nacida podría llegar a matarla unas semanas después?

LN: En ningún momento.

AH: ¿Una mujer que no tiene empacho en mentir bajo juramento, dando a entender en el juicio que sufría de depresión posparto y luego diciéndole a usted que todo se debió a la política feminista que había decidido adoptar?

LN: No todas las personas que mienten son asesinas.

AH: Cierto. Es verdad que Ray mintió, pero como le dije antes, tampoco creo ya que hiciera daño a Marcella ni a Nathaniel.

LN: Todos mentimos de vez en cuando, pero pocos matamos a nuestros hijos.

Casi todos los hombres conceden a sus esposas el beneficio de la duda. Paul Yardley lo hizo. Glen Jaggard también.

AH: Para conceder a alguien el beneficio de la duda antes hay que concebir la duda. Todo lo que he oído de Yardley y Jaggard me da a entender que ellos no dudaron en ningún momento. Antes habló usted de normalidad. ¿Cree usted que eso es normal? ¿Que es natural?

(Pausa)

Yo no creía que Ray fuera una asesina. Lo único que sabía era que nuestras dos criaturas habían muerto, con cuatro años de diferencia, y algunas personas pensaban que Ray había podido ser la responsable. Yo no creía que fuera una asesina y tampoco creía que no lo fuera. No lo sabía.

LN: La consecuencia de esa ignorancia suya fue que Ray tuvo que pasar el período previo al juicio con un hombre que ya no era su amante esposo, sino un siniestro desconocido que recogía datos y la observaba en busca de indicios de culpabilidad o inocencia. ¿Qué cree usted que debió de ser eso para ella? Y luego, cuando la declararon culpable, usted concedió una entrevista fuera del juzgado en que afirmaba que se alegraba de que se hubiera hecho justicia con la asesina de sus hijos y que iba a iniciar los trámites del divorcio lo antes posible. ¿O malinterpretaron sus palabras?

AH: No. Dije exactamente eso.

LN: Ni siquiera tuvo la decencia de hablar primero con Ray en privado, antes de proclamar su repudio delante de una caterva de reporteros y fotógrafos. Usted no volvió a hablar con Ray hasta que la pusieron en libertad. ¿No es cierto?

AH: No entiendo esto como un problema de lealtad. ¿Es desleal preguntarse si tu esposa ha podido matar a tus hijos cuando eso es lo que se está preguntando el resto del país? ¿Cuando la oyes mentir en el juicio? No solo mintió sobre sus motivos para abandonar el domicilio...

LN: Aun prescindiendo de la versión creativa de los hechos que ha dado usted, la gente pensará ahora que es usted un monstruo sin corazón. ¿Y si Ray hubiera sido absuelta? ¿Qué habría sentido por ella en tal caso?

AH: No se trata de sentimientos. Quiero a Ray. Siempre la he querido y siempre la querré, pero también quería justicia para Marcella y Nathaniel. Era una situación difícil. Puesto que me daba cuenta de que nunca lo sabría con seguridad —y nadie puede vivir con la incertidumbre para siempre, yo en particular no—, tomé una decisión: fuera cual fuese el veredicto del tribunal, lo acataría. Si el veredicto hubiera sido inocente, habría creído inocente a Ray.

LN: Dejemos esto totalmente claro: ¿dice usted que si el veredicto hubiera sido el opuesto, sus dudas se habrían desvanecido sin más ni más?

AH: Habría hecho lo posible por que así fuera. No digo que no habría necesitado cierta cantidad de disciplina, pero eso fue lo que decidí. Para eso tenemos un sistema de justicia, ¿no? Para que tome decisiones que ningún individuo se espera que tome por su cuenta.

LN: ¿Ha oído usted hablar de los Seis de Birmingham?

AH: He oído hablar de ellos. Y de los Cuatro de Guildford y de los Tres de Broadwater Farm, Winston Silcott y sus colegas. Y de los Siete de Chippenham, los Nueve de Penzance, los Cinco de Basingstoke, los Dos de Bath Spa...

LN: Está usted desvariando.

AH: ¿Cuántos casos falsos tendré que inventar para que entienda usted mi punto de vista?

(Pausa)

¿Sabe? En cierto modo es muy tranquilizador hablar con usted. No tiene la menor esperanza de entender a un individuo como yo. Ni a Ray.

LN: ¿Cómo se sintió cuando Ray ganó la apelación y se anularon sus condenas?

AH: Me pregunté si aquello significaba que era inocente.

LN: ¿Se sentía usted un poco culpable entonces?

AH: ¿Yo? Yo no maté a mis hijos, ni mentí a un tribunal, ni emití un veredicto equivocado. ¿De qué tenía que sentirme culpable?

LN: ¿Lamenta haberse divorciado de su mujer?

AH: No.

LN: Pero usted ya no cree que fuera una asesina.

AH: No. Pero sí cuando me divorcié, lo que significa que obré bien en aquel momento, de acuerdo con la información que tenía entonces.

La médica que mentía:

Historia de una caza de brujas de nuestros días

Laurie Rattress, marzo de 2009

(Tamsin: enviarás esto a British Journalism Review en cuanto Duffy pierda el juicio del Colegio General de Médicos)

Es ya un lugar común de la ficción: el médico con complejo de Dios, con engreimiento suficiente para imaginar que puede llamar la atención de la policía sobre un homicidio, explicar cómo se cometió (inyección de potasio entre los dedos de los pies) y pese a ello impedir que se descubra que el culpable es él. En realidad no lo impide, porque entonces el investigador jefe no tendría ocasión de decir: «Sufriste un complejo de Dios, doctor. Se lo pasa en grande decidiendo quién vive y quién muere».

En la ficción da para otra previsible velada ante la televisión. En la vida real resulta más escalofriante. Harold Shipman, el médico de medicina general que mató a centenares de pacientes, murió sin confesar su culpabilidad ni dar una explicación de sus crímenes. Era un ogro de nuestros días, un monstruo sencillo que se movía entre las personas corrientes de manera anónima y que se hacía pasar por una de ellas.

Pisándole los talones en monstruosidad tenemos a la doctora Judith Duffy. La semana pasada [corregir si hace falta] la doctora Duffy fue inhabilitada tras haber sido hallada culpable por un tribunal del Colegio General de Médicos, que la juzgó por falta de ética profesional. A pesar de no haber matado nunca a nadie, la doctora Duffy ha sido responsable de destruir la vida de docenas de mujeres inocentes cuyo único delito fue estar en el lugar y el momento menos indicados, precisamente cuando moría uno o varios niños: Helen Yardley, Lorna Keast, Joanne Bew, Sarah Jaggard, Dorne Llewellyn... la lista es muy larga.

Es una historia de horror que rivaliza con la más aterradora que podría concebir un autor de novelas sensacionalistas. La doctora Duffy aparece tarde en ella, pero tengan un poco de paciencia. En agosto de 1998, Ray (Rachel) Hines, mujer de clase media, fisioterapeuta de Notting Hill, Londres, dio a luz una niña, Marcella. Su marido, Angus, que trabaja en *London on Sunday*, no vio necesidad de modificar su estilo de vida. Siguió trabajando de manera intensiva y saliendo con las colegas a tomar unas copas; mientras tanto, Ray, que tuvo que dejar temporalmente un trabajo que le gustaba para quedarse en casa con una niña que nunca dormía más de una hora seguida, empezó a manifestar síntomas de agotamiento. Hasta aquí, nada que no ocurra en las mejores familias. Las madres de todas partes estarán afirmando con la cabeza cuando lean esto y murmurando entre dientes comentarios poco halagüeños para los hombres.

Casi todas las mujeres creen que son iguales a sus parejas, hasta que llega el primer retoño, momento en que la mayoría —incluso en la actualidad, por

sorprendente que parezca— admite que la etapa de la igualdad ha pasado para ellas. Los hombres siguen moviéndose por el mundo y vuelven a casa alegando que necesitan una buena noche de descanso para funcionar bien al día siguiente. El problema es que hay una criatura de la que cuidar, así que alguien tiene que poner su trabajo entre paréntesis o abandonarlo definitivamente. Alguien tiene que reunir fuerzas, después de un día agotador sin el menor respiro, para cocinar, limpiar y planchar. Alguien tiene que renunciar a su libertad y a su identidad en beneficio de la unidad familiar. Y ese alguien es invariablemente la mujer.

Esto es lo que le sucedió a Ray Hines, aunque afortunadamente, o quizá desdichadamente, Ray Hines no es la mayoría de las mujeres. Puesto que he tenido el privilegio de hablar con ella en más de una ocasión, puedo decir que Ray es excepcional. Antes de que la tragedia y la injusticia destruyeran su vida, era una de las empresarias de más éxito en el Reino Unido, cofundadora de la franquicia PhysioFit, líder en el mercado. Una vez le pedí que me contara cómo había empezado. Me dijo: «Cuando era adolescente sufrí una lesión en la espalda». Enviada a una fisioterapeuta incompetente que se quedaba leyendo una revista mientras Ray caminaba en una máquina, la muchacha decidió elevar los recursos de la fisioterapia en el Reino Unido y se dedicó a ello profesionalmente. Esta es la clase de mujer que es. La mayoría de la gente habría pedido al médico que le diera un volante para un especialista mejor y habría dejado las cosas como estaban.

Pues bien: Ray se dijo que no estaba dispuesta a ser el chivo expiatorio de la familia. Cuando Marcella tenía dos semanas, Ray abandonó el domicilio conyugal sin decirle a Angus adónde iba. Estuvo fuera nueve días, telefoneaba con regularidad, pero se negaba a decir dónde estaba y cuándo pensaba volver. Esperaba que a su regreso, Angus —que presumiblemente estaría arreglándoselas solo— se habría dado cuenta de lo erróneo de su actitud, lo cual capacitaría a la pareja para salir adelante sobre una base más igualitaria.

No tuvo esa suerte. Cuando Ray volvió, descubrió que la madre de Angus vivía en la casa y se ocupaba de todos los asuntos domésticos con gran aptitud y entusiasmo. Desde entonces, Angus estuvo en condiciones de decir: «Mi madre pudo, ¿por qué tú no?». Este es el motivo por el que Ray mintió a Angus, al principio, acerca de las causas de su ausencia de nueve días: se sentía humillada por el fracaso de su plan y le contó que no sabía por qué se había ido y que no recordaba dónde había estado durante aquellos nueve días. Angus rechazó aquella respuesta por insatisfactoria y no cesó de importunarla; Ray corrió a su dormitorio y se encerró en él. Como Angus y su madre se pusieran a censurar su comportamiento desde el otro lado de la puerta, Ray abrió la ventana y se sentó en el alféizar, en una situación no muy segura, para huir de las voces que la increpaban.

Encendió un cigarrillo y meditó sus opciones. Suponía que la actitud de Angus no iba a mejorar; si cambiaba, seguramente sería para peor. Durante unos instantes se preguntó si no sería mejor desaparecer para siempre. Angus, su madre y Marcella se apañarían estupendamente sin ella. Quería a Marcella, pero no estaba dispuesta a vivir el resto de su vida como esclava de la familia, y se preguntaba si aquello era ser una mala madre, porque casi todas sus amigas que eran buenas madres aceptaban la esclavitud o por lo menos la

toleraban con pasable optimismo. Ni un solo instante pensó en saltar al vacío.

Adelantémonos tres semanas. 12 de noviembre de 1998, 9 de la noche. Angus está fuera, con unos amigos del trabajo. Ray ha dado a Marcella la última comida del día y la ha instalado en el moisés. La vida, en términos generales, discurre ahora por mejores cauces. Marcella duerme bien y Ray, en consecuencia, también. Angus ha sugerido que Ray vuelva a trabajar en cuanto pueda, cosa que también desea ella, y entre los dos han decidido que Marcella irá a una guardería local cuando cumpla seis meses. Angus suele bromear diciendo que Marcella estará muy bien allí y menciona el nombre de otros niños, hijos de amigos de ambos, «malcriados hasta dar asco» por tener a sus madres a su entera disposición hasta los cinco años de edad.

Ray sube al dormitorio y lanza un grito al ver a Marcella. La niña tiene la cara azul y no respira. Ray pide una ambulancia que llega a los tres minutos, pero es demasiado tarde. Ray y Angus están consternados.

Aparece en escena una tal Judith Duffy, patóloga pediatra y perinatal y profesora adjunta especialista en Salud Infantil y Fisiología del Desarrollo en la Universidad de Westminster. Duffy practica una autopsia a Marcella y no encuentra nada que desmienta que no murió de muerte natural. Tiene una costilla fracturada y algunos cardenales, pero Duffy dice que probablemente se produjeron con las tentativas de resucitación. El personal de la ambulancia está de acuerdo. Marcella ha sido víctima del Síndrome de Muerte Súbita Infantil, lo que significa que no hay ninguna otra explicación para el fallecimiento.

Adelantémonos ahora cuatro años. Ray y Angus tienen otra criatura, Nathaniel, de doce semanas. Una mañana, Ray despierta y ve que Angus no está en la cama y que hay mucha luz al otro lado de las cortinas. Es presa del terror. Nathaniel la despierta siempre antes del amanecer y sospecha que algo anda mal. Corre al moisés del pequeño y la pesadilla se repite. El niño tiene la cara azul, no respira. Ray llama una ambulancia. Una vez más, es demasiado tarde.

Y una vez más, la doctora Judith Duffy practica la autopsia y encuentra un edema en el tejido cerebral e indicios de hematoma subdural. Llega a la conclusión de que Nathaniel fue zarandeado violentamente, aunque un eminente colega suyo, el doctor Russell Meredew, no está de acuerdo con ella. Meredew señala algo determinante, que no ha habido rotura de los nervios del cerebro, un efecto que se habría producido si el niño hubiera sufrido una sacudida. La doctora Duffy alega que el doctor Meredew. —Oficial de la Orden del Imperio Británico y, por cierto, ganador de la Medalla Sir James Spence por su contribución al desarrollo del conocimiento pediátrico— no sabe de lo que habla. La doctora dice que no le cabe la menor duda de que Ray Hines mató a Nathaniel zarandeándolo violentamente y asfixió a Marcella.

Ya no hay más solución que llamar a la policía y a su debido tiempo Ray es acusada de haber matado a sus dos criaturas. El juicio empieza en marzo de 2004.

Pero un momento, dirán ustedes. ¿No había practicado ya la doctora Duffy la autopsia de Marcella, sin encontrar nada sospechoso? Pues sí. En el juicio se justifica diciendo que ha vuelto a analizar los indicios y ha cambiado de opinión. Ahora sostiene que aunque la costilla fracturada se debió a las tentativas de resucitación, los cardenales no, porque Ray admite que estaba demasiado asustada para practicar ninguna tentativa de resucitación y Marcella estaba ya «amoratada» cuando llegó la ambulancia. Esto quiere decir que la presión sanguínea habría sido muy baja, insuficiente para producirse los cardenales cuando los médicos apretaron el pecho de Marcella con objeto de que su corazón volviera a latir.

Russell Meredew vuelve a disentir. Según él, es posible que aparezcan cardenales cuando la presión sanguínea es mínima, incluso después de la muerte, aunque es un fenómeno muy poco habitual. De lo primero ha visto muchos casos, pero solo un par de lo segundo. También señala que el edema cerebral y el hematoma subdural de Nathaniel pudieron deberse a una miocarditis, una afección vírica del músculo cardíaco y causa más probable que el zarandeo violento.

Es casi imposible que una persona de mente imparcial comprenda lo que sucedió a continuación o más bien lo que no sucedió. Sin la muerte de Nathaniel, la doctora Duffy no habría tenido sospechas sobre la muerte de Marcella. Dos detalles la indujeron a creer que Nathaniel Hines no había fallecido de muerte natural: el hematoma subdural y el edema del tejido cerebral. Cuando el doctor Meredew explicó que ambas afecciones pudieron deberse a la acción de un virus, ¿por qué no se puso punto final al juicio por homicidio? ¿Por qué no admitió la fiscalía que su acusación ya no tenía razón de ser? ¿Por qué la jueza Elizabeth Geilow no sobreseyó el caso?

Por increíble que parezca, Russell Meredew —un hombre por cuya honradez pondría yo la mano en el fuego— me confió más tarde que cuando la doctora Duffy le dijo que había cambiado de opinión acerca de la causa de la muerte de Marcella, no había vuelto a mirar el historial del caso. «Es imposible que revisara los detalles porque vino a verme inmediatamente después de hacer la autopsia a Nathaniel. Cuesta no llegar a la conclusión de que sospeché juego sucio en el caso de Nathaniel y por aquí supuso que Marcella no había podido fallecer de muerte natural». Meredew añadió que no dudaba que la doctora Duffy hubiera vuelto a mirar el historial de Marcella en algún momento, pero como sugiere inteligentemente, «si se busca un cerdo volando y el cielo es de color de rosa, ¿qué conclusión se saca?, ¿que es una hermosa puesta de sol o que se ve a lo lejos un cerdo volando?».

El jurado, evidentemente, conocía a la doctora Duffy de nombre. Era la perito que en el proceso que juzgó a Helen Yardley en 1996 por el asesinato de sus dos hijos dijo que una muerte súbita infantil que se produce dos veces en una misma familia era «tan improbable que es casi imposible», una frase memorable que repitió la prensa. Yo creo que el jurado de Ray Hines la recordaba y pensó que Ray no podía ser inocente, del mismo modo que once de doce jurados habían llegado a la conclusión, en el juicio de 1996, de que Helen Yardley era culpable.

Russell Meredew hizo lo que estuvo en su mano por salvar a Ray. Calificó de «absurdo» el dictamen de la doctora Duffy, según el cual Marcella Hines fue asfixiada y Nathaniel zarandeado violentamente, alegando que la asfixia es un «homicidio encubierto», mientras que los zarandeos suelen deberse al nerviosismo. Quienes asfixian son personas astutas pero controladas, así que es poco probable que una madre asfixie a una criatura y luego mate a la otra sacudiéndola con violencia, aun en el caso de que la madre en cuestión tenga tendencias homicidas.

Durante el juicio se dijo que había antecedentes de tragedias parecidas en la familia de Angus Hines. Un sobrino de Angus nació muerto y su abuela perdió una criatura a causa del síndrome de muerte súbita infantil. Su madre padece una enfermedad llamada lupus en la que el cuerpo se devora a sí mismo por dentro. Preguntado el doctor Meredew sobre el significado de todo esto, su respuesta fue inequívoca: «Es muy probable que la familia del marido de la acusada padezca una afección inmunológica de origen genético. Esto explicaría el nacimiento del niño muerto, el síndrome de muerte súbita infantil, el lupus... problemas que no son de extrañar cuando hay una disfunción del sistema inmunológico».

¿Escuchaba el jurado estas explicaciones? ¿O estaban todos sus miembros pensando en «tan improbable que es casi imposible»? ¿Se pusieron en contra de Ray porque no fue una buena testigo? En efecto, se contradijo varias veces, negó datos que había declarado anteriormente a la policía y el ministerio fiscal la acusó de mentir.

Lo que nadie sabía era que los abogados de Ray la habían aconsejado que mintiera. Fue traicionada por las personas cuya misión era protegerla. El equipo de la defensa pensó que el verdadero motivo por el que había abandonado el domicilio familiar durante nueve días y por el que se había puesto a fumar en el alféizar de la ventana despertarían la antipatía del jurado, cuyos miembros supondrían que era una agitadora feminista. Los abogados sugirieron a Ray que fingiera que había sufrido una depresión posparto, que no sabía por qué se había marchado ni por qué había vuelto, que no recordaba haberse subido a la ventana. No solo fue ilegal e inhumano que los propios abogados de la acusada le aconsejaran adoptar esta actitud (no es de extrañar que estos letrados negaran luego haberla aconsejado en este sentido), sino que además fue una táctica mal calculada.

Ray fue declarada culpable de dos homicidios y condenada a cadena perpetua. Sus abogados quisieron apelar basándose en la declaración de Russell Meredew, en el sentido de que la doctora Duffy no pudo haber consultado el historial clínico de Marcella antes de cambiar de opinión y sospechar que la niña había sido asesinada. Pero esto era imposible de demostrar. Era la palabra del doctor Meredew contra la de la doctora Duffy. El recurso fue rechazado.

En junio de 2004, dos meses después de la condena de Ray, se produjo un hecho importante: un voluntario que trabajaba para la organización que habíamos fundado Helen Yardley y yo, JPCI (Justicia para Progenitores y Cuidadores Inocentes), habló con alguien que trabajaba con la doctora Duffy:

llamémoslo doctor Anónimo. Nos entregó una copia de un e-mail que la doctora Duffy le había enviado y en el que lamentaba su idiotez por haberse dejado presionar en la autopsia de Marcella Hines. Desmond Dearden, el juez de instrucción a cuya mesa fue a parar el historial de Marcella, conocía a Angus Hines personalmente y dijo a Duffy que eran una familia estupenda. Por sorprendente que parezca, parece que medio la chantajeó para que pasase por alto sus sospechas y dictaminase por el contrario que Marcella Hines había fallecido de muerte natural. He aquí un extracto del e-mail que Duffy envió al doctor Anónimo:

«¿Por qué tuve que dar por válido que el hecho de que Desmond conociera a la familia era una garantía? ¿Por qué no me indigné ante su poco sutil insinuación de que si no hacía la vista gorda no me encargarían más casos forenses? La verdad es que no estaba segura de lo de Marcella Hines. Tenía sospechas —¿no las tengo siempre?—, pero no estaba tan segura como en otros casos, por ejemplo en el de Helen Yardley. Creo que quería demostrarme a mí misma que no era el monstruo malvado que Laurie Natrass piensa que soy y que en una situación en la que podía creer lo mejor o lo peor de otro, era capaz de pensar lo mejor. Sé que no es muy convincente, pero supongo que es eso lo que me daba vueltas en la cabeza. Y sí, he de admitirlo, me fastidiaba la idea de que el juzgado no me encargara más casos como patóloga. ¡Y fíjate lo que pasó! Otra criatura de los Hines se muere y me preguntan que diga bajo juramento por qué “cambié de opinión” sobre la naturaleza de la muerte de Marcella Hines. Si pudiera retroceder en el tiempo y declarar que la causa de la muerte fue indeterminada... pero con desear lo imposible no se va a ninguna parte, ¿verdad?».

¿Qué sucedió a continuación? Bueno, un servidor remitió el e-mail a los abogados de Ray Hines, quienes a su vez lo remitieron a la Comisión para la Revisión de Casos Criminales. Por increíble que parezca, volvió a negarse el recurso. La CRCC debería haberse concentrado en la falta de ética profesional de la doctora Duffy y en lo que eso representó en un caso en el que ella y su círculo, los buitres de la protección de menores, fueron los únicos testigos de cargo. Pero la comisión entendió únicamente que Duffy, en relación con la muerte de Marcella Hines, había abrigado más sospechas de las que había expuesto. Quizá los miembros de la comisión imaginaran que este hecho daba más validez a las sospechas. Desde el momento en que el e-mail se dio a conocer, JPCI ha querido saber por qué Judith Duffy no fue inhabilitada y destituida, pero hasta la fecha no hemos recibido ninguna respuesta satisfactoria. Asimismo, hemos hecho averiguaciones para saber por qué un juez de instrucción tan corrupto como Desmond Dearden sigue en su puesto. La respuesta ha sido un elocuente silencio.

Ray Hines vislumbró un rayo de esperanza cuando se produjo un avance decisivo en el caso de Helen Yardley. Se hizo público un documento, por gentileza de otro doctor Anónimo, en el que la doctora Duffy, de manera sistemática, se refería a Rowan, el hijo varón de Helen Yardley, con un pronombre femenino. Si algo queda claro es que la perito que tan segura estaba de que Rowan había sido asesinado ni siquiera sabía cuál era el sexo del difunto.

Entonces hizo acto de presencia la patóloga que había hecho la autopsia a

Rowan Yardley. A raíz de la muerte de Rowan, se había puesto en contacto con diversas personas que ella consideraba expertas para pedirles su opinión sobre la elevada concentración de sal que había hallado en el sistema circulatorio del pequeño. Judith Duffy, que no sabía entonces que Morgan, el hermano de Rowan, había fallecido tres años antes y también presentaba una elevada concentración de sal en sangre, respondió que «la inestabilidad química de la sangre después de la muerte carece de importancia para un diagnóstico. La deshidratación suele ser la principal causa de la presencia de altas dosis de sodio en el suero». La doctora Duffy concluía diciendo que «a menos que se esté buscando una sustancia tóxica concreta, no pueden ni deberían tenerse en cuenta los resultados de un análisis de la sangre». Dieciocho meses después, Duffy había olvidado su convicción vitalicia al declarar en el juicio de Helen Yardley que sus hijos habían muerto a causa de una intoxicación deliberada con cloruro sódico. Y presentó los elevados niveles de sal en sangre de Morgan y Rowan como la única prueba de homicidio que se necesitaba.

La CRCC acabó entrando en razón. Se concedió a Helen Yardley permiso para recurrir. Un año después se lo concedieron a Ray Hines. Algún personaje hostil debió de filtrar información a la prensa porque aparecieron varios artículos sobre el reprochable comportamiento de Judith Duffy en periódicos nacionales y la opinión pública empezó a volverse contra la mujer celebrada anteriormente en todas partes como defensora de los niños. De la noche a la mañana, Helen Yardley, JPCI y yo dejamos de estar solos en nuestra campaña para pararle los pies a Duffy.

En febrero de 2005 se anularon las condenas de Helen Yardley. La doctora Duffy, sin embargo, no se dio por aludida, pues en julio de 2005 volvió a subir al estrado para testificar contra Sarah Jaggard, la última persona juzgada por la muerte de una criatura, Bea Furniss, hija de una amiga suya. Afortunadamente, el jurado se condujo con sensatez y absolvió a Sarah por unanimidad. Sus miembros escucharon a los afligidos progenitores de Bea, que repitieron hasta la saciedad que Sarah adoraba a Bea y que jamás le habría hecho daño.

¿Se dio por enterada la doctora Duffy? ¿Se había dado por enterada cuando Paul Yardley y Glen Jaggard —dos de los hombres más enteros y fiables que he conocido en mi vida— insistieron en que sus esposas jamás habrían matado o causado el menor daño a una criatura? ¿Escuchó a las docenas de progenitores que habían confiado a sus hijos e hijas al cuidado de Helen Yardley, que alegaron que Helen era incapaz de comportarse con violencia o crueldad y que de buena gana volverían a recurrir a sus servicios de cuidadora en el futuro? ¿Oyó la doctora Duffy a los progenitores de Sarah Jaggard, dos bondadosos maestros de escuela ya jubilados, o a su hermana, comadrona por más señas, cuando declararon que Sarah era persona considerada y afectuosa, que jamás perdía los estribos y nunca trataría con brusquedad a una criatura indefensa?

La triste verdad es que la doctora Duffy no escuchó a ningún auténtico perito, a ninguna de cuantas personas conocían personalmente a Helen y a Sarah. La única opinión que le importaba era la suya y no iba a detenerse ante nada para destrozarse la vida de estas mujeres inocentes, sirviéndose de su condición

de perito en los tribunales de lo criminal y lo familiar para sembrar más destrucción en las ya desoladas familias. Paige Yardley, la niña que Helen concibió y dio a luz mientras estaba en libertad bajo fianza y en espera del juicio, fue arrebatada por la fuerza a sus progenitores... adivinen con el visto bueno de quién. La doctora Duffy alegó en el juicio que Paige estaba en «grave peligro» y que debían llevársela de su casa «sin demora».

La vida profesional y la reputación de Duffy están ahora por los suelos y más vale tarde que nunca. Cuesta creer que aconsejara la entrega de Paige Yardley a las autoridades cuando se sabía que iba a aparecer como testigo de cargo en el juicio de Helen. Pone en entredicho el sentido común, por no decir que también la decencia civil, que se le permitiera prestar declaración pericial en el juicio de Sarah Jaggard. Helen Yardley llevaba ya en libertad cinco meses y la falta de ética profesional de Duffy en relación con su caso era bien conocida. ¿Qué menos que el Colegio General de Médicos interviniese para llamarla al orden? ¿Y por qué tardó tanto en intervenir?

Qué lento debió de transcurrir el tiempo para Ray Hines, que no fue puesta en libertad hasta diciembre de 2008. A diferencia de Helen Yardley y de Sarah Jaggard, que contaron con el apoyo incondicional de sus familiares y amistades, Ray fue repudiada por su marido Angus, que se divorció de ella cuando la declararon culpable. Había sido pisoteada por la prensa, que la trataba de «drogadicta» porque Angus había contado a un reportero que fumaba marihuana habitualmente. En realidad, solo recurría a esta droga de manera episódica, cuando los dolores de espalda que la venían aquejando desde siempre se volvían tan intolerables que habría probado cualquier cosa. Nada más lejos de ella que el estereotipo de la mugrienta yonqui que se pasa la vida tirada en un sofá. Es una mujer digna y susceptible que lleva la cabeza muy alta y se niega a llorar para las cámaras. Admitió en el juicio que no puede pensar con claridad si no tiene la casa limpia y ordenada y que cree que es malo para las mujeres renunciar a su trabajo para quedarse en casa con los hijos. Cómo debió de aullar de alegría Judith Duffy cuando se dio cuenta de lo fácil que sería convertir a esta notable mujer en una diablesa asesina de niños.

Ni siquiera ahora que Ray Hines está en libertad y Judith Duffy ha caído en desgracia podemos decir que la labor de JPCI haya concluido. Aún falta mucho para eso. Dorne Llewellyn, una señora de 62 años, de Port Talbot, en Gales del Sur, es otra de las muchas mujeres que siguen encarceladas por delitos que no han cometido: en este caso, por el supuesto asesinato de Benjamin Evans, niño de nueve meses que murió en 2000. La doctora Duffy declaró que la señora Llewellyn seguramente trató con violencia al pequeño, causándole una hemorragia cerebral que segó su vida; aunque no supo qué responder cuando el abogado defensor le preguntó si estaba totalmente segura de que Benjamin había sufrido malos tratos mientras estaba al cuidado de Dorne Llewellyn. No deja de ser interesante que una de las partidarias más empedernidas de la doctora Duffy sea Rhiannon Evans, madre soltera de Benjamin, al que dio a luz cuando tenía quince años. En la actualidad tiene veintitrés y es una prostituta muy conocida por la policía local.

La CRCC está examinando actualmente su caso. JPCI ruega para que su recurso se tramite pronto y tenga éxito. La única prueba contra la señora

Llewellyn es la opinión personal de una médica que ha sido inhabilitada por falta de ética profesional, así que ¿cómo podría un juez del tribunal de apelación confirmar sus acusaciones? Que nuestro digno sistema judicial cometiera otro abominable error en el caso de una muerte infantil, después de haber cometido ya tantos, ¿no sería, por citar a la doctora Duffy, «tan improbable que es casi imposible»?

Jueves, 8 de octubre de 2009

Estoy sentada a la mesa de Laurie, preparando una lista, cuando suena el teléfono. Desde que hablé con Maya, me he puesto al corriente leyendo más de lo que creía posible en tan poco tiempo y he hablado tanto por teléfono que me pita el oído derecho. He concertado citas para ver a Paul Yardley, a Sarah y Glen Jaggard, y a casi todos los abogados y médicos cuyo nombre he visto en los informes. Sonríó al ver mi lista de nombres señalados, pasando por alto la cruz que hay al lado del de Judith Duffy y que estropea la página, y respondo al teléfono.

—¿A qué juegas? —pregunta Laurie.

—¿Dónde has estado? Te he dejado cientos de mensajes.

—No voy a permitir que te burles del fruto de mi trabajo. —Murmura algo indescifrable. Parece una expresión ofensiva. ¿Cuántos insultos cabrán en un murmullo de tres segundos? Puede que dos si eres un cero a la izquierda, pero por lo menos veinte si eres el fabuloso Laurie Nattrass—. No podemos discutir esto por teléfono —añade—. Será mejor que vengas.

—¿A tu casa? —Una casa urbana en Kensington: es todo lo que sé. Me da vergüenza sentir que los ojos se me llenan de lágrimas. ¿Por qué estará tan enfadado conmigo? ¿Qué he hecho?—. No sé dónde vives —digo.

—Si eso es para ti un problema insuperable... —Oigo un clic y hemos perdido la conexión.

Me niego a llorar, así que parpadeo durante un rato y luego llamo a Tamsin para pedirle la dirección de Laurie. Me la recita de memoria.

—¿Te ha dicho que vayas? —pregunta, por lo que infiero que podría no ser la primera persona a quien le ha sucedido esto.

¿Por qué querré tanto a Laurie si me trata como a una criada? ¿Por qué creeré que es fantástico cuando es un peñazo, está gordo, tiene siempre los ojos inyectados en sangre y parece que no toma el sol desde hace años? Le planteo el dilema a Tamsin.

—¡Ajá! —dice—. Así que lo admites: estás enamorada de él.

—¿No se supone que admitir una enfermedad mental es el primer paso hacia la curación?

—¡Ja! Lo sabía.

—Lo que no sabía es que el segundo paso fuera recibir burlas de tus amigas.

—Estás enamorada de él por la misma razón que lo están todas: es un tipo misterioso. No sabes lo que es y no conoces ninguna forma de averiguarlo. Es una especie de adicción, hasta que te des cuenta de que nunca tendrás la satisfacción a la que aspiras.

Si Tamsin supiera la verdad que escondo, ¿sería otra su opinión sobre el amor que siento por Laurie? ¿Diría que me engaño por pensar que estando cerca de él podría sacudirme el estigma que llevo encima? Por amar al hombre que ayudó a liberar a Helen Yardley y a Rachel Hines, quizá podría...

La verdad es que no podría si él no me ama a su vez. Cuanto más me trata como a una insignificante sirvienta, más manchada me siento. No sé qué hago engañándome, pensando que podré hacer la película de Laurie, que haré una labor tan brillante que me respetará, me amará y yo podré salir de las arenas movedizas de la vergüenza. Pero acabaré haciendo algo vulgar y mediocre, porque me siento culpable, y cuando se emita no le diré a mi madre que existe, así no se hundirá en la desesperación.

Haga lo que haga, realice la película o no, me sentiré muy culpable. Y eso no me parece justo.

—He leído «La médica que mentía», el varapalo que escribió Laurie —digo a Tamsin.

—Es tremendo, ¿verdad? —dice—. Si hay un artículo capaz de hacer que todo el aparato jurídico se cubra de vergüenza, es ese.

—A mí me parece que oscila entre el tremendismo y el ataque directo.

—Sí. —Ríe por lo bajo—. Salta a la vista que lo has leído.

—Pues sí —repito. Es verdad, ¿no? ¿Por qué entonces me siento tan mezquina como una novia plantada que cose gambas en el dobladillo de las cortinas^[1] de su ex?

Me deshago de mi servicial y no totalmente fastidiosa amiga y salgo de la oficina, pertrechada con la dirección de Laurie. Paro el primer taxi que veo, rezando para que el taxista sea tímido, antipático o fraile trapense. No se me concede el deseo y tengo que aguantar una conferencia de veinticinco minutos sobre la decadencia de Occidente, que decae porque ya no produce nada, y luego una profecía que asegura que los occidentales no tardaremos en desriñonarnos trabajando por una miseria en las cadenas de montaje coreanas. Me reprimo para no preguntarle si a cambio algún coreano querría venir para que Laurie Nattrass consiguiera que se sintiese una mierda.

¿Cómo va a censurar lo que hago? Aún no he hecho nada, salvo ponerme en contacto con las personas cuyo nombre figura en los expedientes que me dejó él.

La casa de Laurie es un chalecito de paredes enjalbegadas e inmaculadamente blancas que se alza en una fila de chalecitos iguales en una calle tranquila y flanqueada de árboles. La puerta de la calle, de madera pintada de negro con dos paneles de cristal coloreado, está abierta. Como ocurre con casi todas las cosas relacionadas con Laurie, me cuesta interpretar el detalle. ¿Quiere que entre sin llamar o está demasiado ocupado y es demasiado importante para molestarse con labores mundanas como cerrar bien las puertas?

Llamo al timbre y grito hola al mismo tiempo. Como no sucede nada, doy un titubeante paso al frente.

—¿Laurie? —exclamo.

En el vestíbulo veo una bicicleta apoyada en la pared, una mochila de lona gris y negra, un maletín, una cazadora tirada en el suelo, un par de zapatos negros. En una pared, por encima del radiador, hay cuatro estantes con una colección de periódicos limpiamente doblados. En la pared de enfrente hay dos grandes fotos enmarcadas, de un complejo que parece una universidad de Oxbridge. ¿A qué universidad fue Laurie? Seguro que Tamsin lo sabe.

Entre las dos fotos hay un pequeño adhesivo cuadrado que estropea el efecto de conjunto: un círculo de estrellas doradas sobre un fondo azul marino, cruzado en diagonal por una gruesa raya negra. En el otro extremo del vestíbulo, en el reloj de péndulo, veo otra pegatina: «Di no al euro». La cosa me ofende, no porque la cuestión del euro me importe en un sentido o en otro, sino porque el reloj parece antiguo y valioso y es una pena que se utilice como mural de carteles de propaganda. El mueble parece poco firme, como si se hubiera cansado de estar tieso.

La escalera de madera que tengo delante, de peldaños pintados de blanco, está abarrotada de libros y periódicos. En todos los peldaños hay un montón de alguna cosa, pero no todos los montones están en el mismo lado, de modo que quien quiera subir tendrá que hacerlo en zigzag. Veo un periódico con la cabecera de JPCI y varios ejemplares de *Nada más que amor*: uno en tapa dura y dos en rústica. Apuesto a que Helen Yardley no ha escrito ni una página del libro.

Si yo escribiera un libro, ¿lo leería Laurie?

No tengo celos de Helen Yardley. Helen Yardley perdió a sus tres hijos. Helen Yardley fue asesinada hace tres días.

Recojo el ejemplar en tapa dura y le doy la vuelta. En la contracubierta hay una foto de Helen y la coautora del libro, Gaynor Mundy. Se rodean mutuamente con el brazo para dar a entender que hay entre ellas una profunda amistad y una estrecha relación profesional. Seguro que ha sido una ocurrencia del fotógrafo, pienso con cinismo: las dos mujeres probablemente se detestaban.

Voy a dejar el libro en el peldaño cuando me fijo en la mano de Helen Yardley,

apoyada en el hombro de Gaynor Mundy, y noto seca la garganta. Esos dedos, las uñas...

Suelto el libro y busco en el bolso el sobre color crema. Quiero alegrarme por no haberlo tirado a la papelería, pero otra parte de mí lamenta no haberlo hecho. Si la intuición no me falla, no quiero ni pensar en las consecuencias.

Saco la foto y comparo los dedos que sujetan la tarjeta con los dedos de Helen Yardley que veo en la cubierta trasera del libro. Son idénticos: uñas pequeñas y cuadradas, recortadas con pulcritud. Sin pensarlo dos veces, hago trizas la foto y el sobre y dejo caer los pedazos en el bolso como un puñado de confeti. Estoy temblando.

Por el amor de Dios, es ridículo. ¿Cuántas personas tienen las uñas cuadradas y bien arregladas? Millones. No hay absolutamente ningún motivo para suponer que Helen Yardley sea la persona cuyas manos se ven a medias en la foto que me enviaron, sujetando la tarjeta con los dieciséis números; ningún motivo en absoluto. No hay ningún motivo para creerlo porque Helen fue asesinada...

Me estremezco y me esfuerzo por olvidarme de mis temores tan idiotas como morbosos.

—Laurie, ¿estás ahí? —digo mirando hacia la parte superior de la escalera.

Nadie responde. Miro en las habitaciones de la planta baja: un cuarto de baño dos veces más grande que mi cocina y que contiene una ducha, una pila, una taza y la mayor cantidad de baldosines negros que creo haber visto en mi vida; y una cocina-comedor-salita en forma de L; a juzgar por su elegante acabado en diversos matices de avellana y ocre —marrón y beis para gente pija— deduzco que sería mejor llamarlo espacio que habitación. Tiene aspecto de haber acogido recientemente una fiesta de dieciocho personas que se hubieran acojonado en plena comilona y se hubiesen ido por piernas. ¿Estaría Laurie entre ellas? Había doce botellas de vino vacías: ¿cuántas bebió y quién lo ayudó a apurarlas? ¿Organizó anoche alguna bacanal con el personal de JPCI?

Subo por la escalera a la primera planta, pisando con cuidado, consciente de que un paso mal dado puede causar un papiromoto y un daño irreparable en el sistema clasificatorio de Laurie. Veo un sobre dirigido al Sr. L. H. S. F. Natrass y una caja de zapatillas Nike, con la palabra «Cuentas» garabateada en la tapa con rotulador verde. H. S. F.: son los tres segundos nombres que tiene, además de todos sus premios, su dinero y la admiración del mundo. Yo, en cambio, solo tengo un segundo nombre y es horroroso: Margot. Si no estuviera tan harta de psicoanalizar mis impulsos románticos me preguntaría si mi amor por Laurie podría tomarse por envidia. ¿Quiero ser su novia o en el fondo solo deseo ser él?

Llego a un descansillo con cuatro puertas para elegir, una entornada. Mientras me acerco distingo formas en la oscuridad: el extremo de una cama y unas pantorrillas.

—¿Laurie?

Empujo la puerta y allí está él: el Sr. L. H. S. F. Nattrass, con un traje gris arrugado. Las cortinas están echadas. Laurie está despatarrado en una cama de matrimonio que supongo es la suya, con los ojos fijos en un pequeño televisor apoyado en una silla situada en un rincón del dormitorio: un televisor antiguo, a juzgar por su aspecto. Hay una antena metálica que abulta casi tanto como el televisor y se mantiene en precario equilibrio encima del aparato. En la pantalla veo a una mujer que llora en brazos de un hombre, pero no hay sonido. Laurie mira las figuras que mueven la boca como si se hablaran. ¿Sabe mi hombre lo que dicen? ¿Le importa? A su lado, encima del edredón, hay una corbata morada de seda.

Enciendo la luz, pero no se vuelve para mirarme, así que decido no mirarlo tampoco. Aprovecho la situación para echar un vistazo al dormitorio, cosa que jamás había imaginado que conseguiría. Se parece de un modo decepcionante a su despacho. *Mi despacho*. Hay carteles enmarcados de constelaciones en las paredes, dos globos terráneos, un catalejo junto al correspondiente estuche, unos prismáticos, pesas, una bicicleta estática y tres libros: *Médicos nazis*, *El conocimiento en un mundo social* y *En el interior de aquel mar silencioso: pioneros de la era espacial, 1961-1965*. Toma castaña, libros para entretenerse mientras se concilia el sueño.

De debajo de la cama sobresalen un cepillo y un recogedor en cuya pala hay un paquete de maquinillas de afeitar desechables y un bote de gel de afeitar, como si los hubieran recogido del suelo. Hay monedas, de oro, de cobre, de plata, por todas partes: en la cama, en el suelo, encima de una cómoda. Me hace pensar en el fondo de un pozo de los deseos.

—¿Qué significan la H, la S y la F? —*Horrible Serpiente Fanfarrona*.

—Hugo St. John Fleet —dice, como si tener estos nombres fuera lo más normal del mundo. No me extraña que esté como una cabra.

—Me gustan las películas en blanco y negro —digo, señalando el televisor con la cabeza.

—¿Y la mierda sentimental en technicolor en un televisor en blanco y negro? ¿Eso te gusta?

—¿Por qué estás cabreado conmigo?

—Me dejaste un mensaje diciendo que querías preparar una entrevista a Judith Duffy, ¿y todavía preguntas por qué estoy cabreado?

—He preparado entrevistas con mucha gente —digo—. Judith Duffy es la única persona que se ha negado hasta la fecha...

—¡Judith Duffy destroza vidas! Apaga esa basura, maldita sea.

¿Se refiere a *su* televisor, el que encendió *él* cuando yo no estaba aquí?

—No soy tu criada, Laurie. —Y añado con vehemencia—: Y no me gustan las películas en blanco y negro. Lo dije solo porque es... bueno, porque es muy difícil trabar conversación contigo y hay que decir algo. Y ya que estamos en ello, la gente que pregona lo mucho que le gustan las películas en blanco y negro me pone a cien. Es racismo cinematográfico descarado. Una película puede ser buena o mala, sea cual fuere su... planteamiento cromático.

Laurie me mira con los ojos entornados.

—Llama a tu médico. Dile que los antipsicóticos no te hacen efecto.

—¿Quién es Wendy Whitehead?

—*¿Quién?*

—Wendy Whitehead.

—Jamás he oído ese nombre. ¿Quién es?

—Si lo supiera, no te lo preguntaría, ¿no crees? —Consulté mi reloj ostensiblemente—. Tengo cosas que hacer. Creo que querías decirme algo.

Laurie baja de la cama haciendo un esfuerzo, me mira de arriba abajo, se vuelve para recoger la corbata. Se la pone alrededor del cuello y, sujetándola por ambos extremos, tira de uno y de otro para que frote la camisa.

—Judith Duffy se habría dejado cortar las piernas antes que hablar con nadie de Binary Star —dice.

—Ya lo pensé. Pero no le dije dónde trabajaba, solo mi nombre.

—¿Esperas que te acaricie la cabeza y te diga lo lista que eres? —pregunta con sarcasmo.

Me alegro de que sea grosero y agresivo; es lo mejor que podía ocurrirme. A partir de este momento dejo de amarlo de manera oficial. Esa fase ilusa de mi vida ha pasado.

—Quieres que haga la película, ¿no? —le digo con frialdad—. ¿Cómo crees que voy a hacerla si no...?

Me pone las manos en los hombros y me atrae hacia él. Su boca choca contra mis labios. Sus dientes golpean los míos. «Diente por diente», pienso de manera automática. Noto sabor a sangre y trato de alejarlo, pero es más fuerte que yo y me atrapa en la jaula de sus brazos. Tardo unos segundos en darme cuenta de que cree que me está besando.

Acabo de copular con Laurie Nattrass. Laurie Nattrass acaba de copular conmigo. Ay, Señor, Señor, Señor. Hablo de cópula total y como Dios manda, no al estilo tonto de Bill Clinton. Mejor dicho, no solo al estilo tonto de Bill Clinton. Que, evidentemente, no es tonto en absoluto, mientras nadie sugiera

que es un fin en sí mismo. Creo que me expreso de un modo fatal. Lo que quiero decir es que no es un sustituto de la cosa, de la cosa que Laurie y yo acabamos de... ay, Señor.

No puede ser verdad. Es verdad. Solo que no parece que sea verdad porque ahora se comporta como si no hubiera sucedido. Tiene los ojos clavados en la pantalla del televisor mientras repite los movimientos que hizo antes con la corbata, como si jugara a ver qué mano tira más fuerte. ¿Se daría cuenta si alcanzara mi bolso discretamente, sacara el teléfono y llamase a Tamsin? No me vendría mal hablar con alguien imparcial. No del acto sexual —sería una grosería, y sería demasiado embarazoso mencionar términos anatómicos—, sino de la extrañeza que comenzó en el momento de terminar el acto sexual. Esa es la parte que me gustaría poner bajo el microscopio del análisis chismoso: que Laurie se las arreglara para vestirse en menos de tres segundos y que me dijera lo que me dijo cuando se sentó en la cama a mi lado, sin darse cuenta, al parecer, de que yo aún estaba desnuda: «Un error idiota. Ha sido culpa mía». Al principio pensé que hablaba de nosotros, pero añadió: «El teléfono de esa mujer estaba en los archivos que te di. Debería haberlo quitado. Pensé que no cometerías la insensatez de llamarla».

¿Sucedió tal como lo recuerdo? Sin duda hubo una fase orgánica, una fase de transición que pasé por alto, una palabra o un gesto suyo que salvara el abismo que había entre la intimidad y la película. Desearía cotejarlo con Laurie hasta llegar a los últimos minutos que estuvo encima de mí, pero tengo la fuerte impresión de que él ha seguido su camino y no vería con buenos ojos una recapitulación. Además, ¿cómo se lo diría? «¿Tendrías la amabilidad de confirmarme los siguientes detalles?». Ridículo. Evidentemente.

No necesito cotejar nada con nadie, por el amor de Dios. Estuve allí, ¿no? El problema es que es demasiado reciente —han transcurrido... no sé, cuatro minutos máximo— desde que los dos... bueno, concluimos las operaciones. He estado dándole vueltas y he llegado a la conclusión de que la proximidad temporal del acontecimiento no garantiza que mi memoria sea más segura que si hubiera sucedido hace cinco años. Dentro de cinco años espero ser clínicamente objetiva sobre lo ocurrido esta tarde, para que saber que lo que sucedió realmente entre Laurie y yo no sea tan problemático como lo es ahora.

Cuánto me gustaría hablar con Tamsin.

Si me quedo quieta y no me visto, ¿querrá acostarse conmigo otra vez?

—Duffy no te devolverá la llamada —dice—. Supondrá que eres una enemiga. En estos momentos piensa que todos son enemigos suyos. —Parece complacido con la idea, como si creyera que es eso lo que merece esa mujer. Yo no estoy convencida de que el mundo se beneficie porque una persona tenga únicamente enemigos, sea quien sea y haya hecho lo que haya hecho, pero no digo nada—. Todos los detalles de su vida personal y profesional han sido juzgados por la prensa y todo el mundo piensa que no está capacitada —añadió Laurie con satisfacción—. Desde descuidar a sus hijos cuando eran pequeños en beneficio de su trabajo hasta los dos matrimonios que saboté por ser adicta al trabajo, pasando por las calificaciones retocadas que

presentó en su primer currículum. Hoy por hoy, todo el mundo sabe que es una cerda y ella sabe que se sabe.

—Mmm —digo inteligentemente, ya que es lo mejor que puedo hacer, dadas las circunstancias. Con todo el disimulo posible, me arrimo al borde de la cama y me pongo las bragas, el sujetador, la camisa y los pantalones. Desde allí distingo mi bolso de mano. No está cerrado del todo; veo asomar el extremo del teléfono móvil. Ay, joder. Si Laurie puede quedarse mirando la tele, tontear con la corbata y hablar del trabajo...

Recojo el teléfono y lo enciendo. En la pantalla titila el icono que indica que hay mensajes, pero no me interesa saber lo que otros quieran decirme, solo la noticia sísmica que quiero contar. Envío a Tamsin un mensaje de texto que dice: «Laurie saltó sobre mí. Hubo polvo. Nada más acabar, se vistió, hizo como si nada hubiera ocurrido y se puso a hablar de Judith Duffy. ¿Buena señal que sea él mismo estando conmigo en vez de fingir poses románticas?». Firmo con una F y dos besos y lo mando. Luego apago el teléfono. Que arda en deseos de contárselo a Tamsin no significa que esté dispuesta a lidiar con sus reacciones. Sonríe para mí. Al incluir en el mensaje una pregunta que solo haría un idiota superenamorado que se engaña a sí misma, me he vacunado contra la idiotez de la superenamorado que se engaña a sí misma. Tamsin se dará cuenta de que he parodiado a las niñas remilgadas que las dos detestamos, que nunca dicen tacos ni eructan en público y que son mucho menos lagartas que nosotras.

—He leído tu artículo —digo—. «La médica que mentía».

¿Lo pillas? Sexo, amor... en lo que a mí se refiere, son solo funciones corporales. La verdad es que ya lo he olvidado todo. Son trivialidades, cosas que se cuelan en los huecos que quedan entre un brillante documental premiado y otro .

—Es lo mejor que he escrito en mi vida —dice.

—¿Qué? Ah, sí, el artículo. —Es difícil concentrarse cuando cada centímetro de tu piel está chisporroteando y te sientes como si flotarás en el aire, muy por encima del mundo real y de los mortales corrientes que lo habitan. *Concéntrate, Fliss. Sé adulta* —. No sé si deberías publicarlo tal como está.

Laurie se echa a reír.

—Gracias, León Tolstói.

—Lo digo en serio. En su presente estado me parece... bueno, tendencioso. Y feo. Como si disfrutaras clavándole el cuchillo. ¿Esas cosas no...? No sé, ¿no lo debilitan? ¿No minan tu argumentación? Presentas a Judith Duffy como a un personaje malvado al ciento por ciento y a todos sus oponentes como a personajes sin tacha. Hablas del doctor Russell Meredew como si fuese Jesucristo en el Día del Juicio. Ese enfoque hace que todo tenga el aire de un cuento de hadas, con príncipes guapos y malvados que ríen en la sombra. ¿No sería mejor presentar los hechos y dejar que ellos hablen por sí solos?

—Dime que no entrevistarás a Judith Duffy —me grita Laurie.

Ya no puedo, así que sigo adelante con mi conferencia.

—Dices que las amistades y los familiares de Helen Yardley y Sarah Jaggard son los «auténticos peritos», quienes realmente las conocen. Das a entender que Judith Duffy debería haberles hecho caso cuando dijeron que las dos mujeres eran inocentes...

—Hago más que *dar a entender*.

—Pues eso es una idiotez —digo—. Nadie quiere creer que la persona a quien quiere sea una asesina. Da una mala imagen de ellas, ¿no te parece? Que las destaquen como las mejores amigas, como cónyuges, o como cuidadoras de niños. ¿No crees que sus opiniones son las menos objetivas, las menos de fiar? Y tú no puedes quedarte con las dos alternativas. Si los más íntimos y los más queridos son los auténticos peritos, ¿qué hay de Angus Hines? Creía que Ray era culpable, pero tú no dejaste que eso te influyera, como tampoco Judith Duffy dejó que las opiniones de Paul Yardley o Glen Haggard influyeran en ella.

Laurie se pone en pie.

—¿Alguna otra cosa, antes de marcharte?

Me echa a patadas por no pensar como él. Aunque es posible que pensara echarme a patadas de todos modos.

—Sí —digo, decidida a demostrarle que no me intimida. Durante un segundo de locura me pasa por la cabeza la idea de decirle que hablo por experiencia, la peor experiencia de mi vida. Nadie puede ser objetivo cuando se juzga la culpabilidad de una persona amada. No es posible, así de sencillo. Y unos días creo que mi padre fue un hombre corrupto, casi malvado, y otros pienso que no se le puede achacar responsabilidad alguna, y lo echo tanto de menos que me parece que también yo podría estar muerta.

—No me gusta el pasaje del artículo en que se comenta que la madre de Benjamin Evans estaba soltera al dar a luz y es prostituta —dije—. Me dio la impresión de que insinuabas que esos dos factores la convertían en una candidata al maltrato infantil más convincente que Dorne Llewellyn.

—Leíste una versión antigua —me interrumpe Laurie—. El director de la *British Journalism Review* pensó lo mismo que tú y eliminé ese pasaje. Te mandaré una copia de la versión corregida, en la que no se dice que Rhiannon Evans es una puta que se deshace en elogios de Judith Duffy siempre que puede y está deseosa de que Dorne Llewellyn se quede en la cárcel el resto de su vida.

—No te cabrees conmigo, Laurie.

Lanza un bufido desdeñoso.

—¿Sabes con qué facilidad podría desaparecer tu empleo? Sigue acosando a Judith Duffy y eso es lo que sucederá. Si piensas que voy a cruzarme de brazos y a permitiros a las dos que mi película se utilice como un medio de dar publicidad a sus tergiversaciones...

—No voy a hacer nada de eso —le grito—. Quiero hablar con ella, eso es todo. No digo que estés equivocado al juzgarla. Esa tía es un mal bicho. Pero si he de hacer un documental sobre el daño que ha hecho, tengo que saber qué clase de mal bicho es. ¿Tiene buenas intenciones aunque está llena de prejuicios? ¿Es idiota? ¿Es una embustera redomada?

—¡Sí! Sí, es una puta embustera redomada que destruye a la gente. Aléjate de ella. Es la última vez que te lo pido.

¿Es en el fondo tan intolerante que no quiere que se conozca otro punto de vista que el suyo? ¿Está preocupado por mí? Si es así, ¿significa eso que me ama?

Felicity Benson , ¿no se te cae la cara de vergüenza?

No lo decía en serio. Es que tengo dentro un pequeño demonio que se burla de mí y que es mucho más complejo que el amor no correspondido .

Daría cualquier cosa por poder decirle lo que quiere oír, para estar contentos los dos, pero no tengo ánimos para ser una idiota complaciente solo para dejarlo satisfecho. Si voy a hacer la película, y todo indica que sí, quiero hacerla como creo que debe hacerse.

—De acuerdo, todo arreglado —digo—. Por eso te quiero. Porque tenemos mucho en común. Tanto tú como yo me tratáis como si no contara, como si no fuese nada. —Y eso se acabó, lo juro. A partir de ahora dejo de ser nada.

—¿Me quieres? —dice Laurie, como una persona normal y civilizada podría decir «¿Genocidio?» o «¿Necrofilia?»: escandalizado y consternado.

Recojo el bolso y me voy sin decir nada más.

Ya en la calle, paro un taxi y tardo unos momentos en recordar mi dirección. Cuando nos ponemos en marcha y vuelvo a respirar, enciendo el teléfono y veo que he recibido dos mensajes. El primero es de texto, de Tamsin: «¡Grandísima, grandísima, grandísima GILICHOS!» . El otro es de voz, de un agente de policía llamado Simon Waterhouse.

8-10-2009

A Sam Kombothekra no le gustó que Grace y Sebastian Brownlee se cogieran de la mano de aquel modo. Su actitud no expresaba ternura, sino más bien desafío frente al enemigo. Parecían dos personas a punto de entrar en combate.

—Residuos de pólvora —dijo Grace con voz cargada de escepticismo. Sam habría apostado sus ahorros a que era la primera vez que aquellas palabras se pronunciaban entre aquellas altas paredes rematadas por cenefas. Los Brownlee creían, evidentemente, que una casa de época debía llenarse con muebles de época y decorarse con el papel de buen gusto que un británico de otros tiempos habría elegido, como si bastara el deseo para que el presente se desvaneciera.

La madre adoptiva de Paige Yardley era una señora pequeña y delgada con el pelo castaño cortado a lo paje. Su marido era alto, con calvicie en la coronilla; los alborotados mechones rojizos que cabalgaban sobre sus orejas sugerían que era reacio a perder más pelo del que ordenaba la naturaleza. Marido y mujer trabajaban en el mismo bufete de Rawndesley, lugar donde se habían conocido, según tuvieron a bien contar a Sam. Sebastian Brownlee había dicho ya dos veces que había salido del trabajo tres horas antes de lo habitual para estar presente en aquella entrevista. Los dos cónyuges llevaban todavía la ropa de trabajo.

—No son ustedes sospechosos de nada —dijo Sam para tranquilizar a Grace—. Es pura rutina. Estamos preguntando a todos los que conocían a Helen Yardley.

—Nosotros no la conocíamos —dijo Sebastian—. No llegamos a verla.

—Ya me consta, señor. Sin embargo, usted y su mujer están en una situación excepcional en relación con ella.

—No tenemos inconveniente —dijo Grace con sequedad—. Haga las pruebas y todo lo que necesite hacer y acabemos con esto. Preferiría no volver a verlo por aquí.

Extraña forma de decirlo, pensó Sam. Como si un día cualquiera bajase a desayunar y pudiera encontrárselo sentado a la mesa de la cocina. Aunque ahora que lo pensaba, los Brownlee le parecían el típico matrimonio que prefería llenar el estómago en el comedor.

Sam no tenía ningún motivo para sospechar de ellos en ningún sentido. Le habían explicado todos los movimientos que habían hecho el lunes.

Acompañados de su hija Hannah —la joven de trece años que para Sam seguía siendo Paige Yardley—, habían salido de casa a las siete de la mañana. A las siete y diez habían dejado a Hannah en casa de su mejor amiga, cuya madre preparaba el desayuno de las dos muchachas los días laborables y luego las llevaba al instituto. Sebastian y Grace habían ido directamente al bufete de Rawndesley, al que habían llegado, como siempre, hacia las ocho menos diez. Sebastian había pasado el resto de la jornada en el bufete o visitando a clientes.

—Es usted un hombre con suerte —le había dicho a Sam—. Los abogados independientes como nosotros tenemos que poner por escrito cómo pasamos cada minuto del día, para poder facturárselo luego al cliente que corresponda. —Había prometido entregarle una copia de su hoja de actividades y otra de la de Grace, con los teléfonos de las personas con quienes habían estado en contacto aquel lunes.

Grace, que trabajaba a media jornada, había salido del bufete a las dos y media, y como hacía todos los días laborables, se había acercado al instituto a recoger a Hannah y a su mejor amiga. Luego las tres habían ido a darse un chapuzón en la piscina de un gimnasio privado del Waterfront al que pertenecían las dos familias. Grace dio a Sam el nombre y el teléfono de los conocidos que la habían visto en la piscina o en la cafetería Chompers, donde había estado después con las dos muchachas para tomar un tentempié. Tras salir de la zona del Waterfront, Grace llevó a la amiga de Hannah a su casa y a continuación volvió con Hannah a la suya a las seis y cuarto de la tarde. Sebastian Brownlee llegó a las diez, después de cenar con unos clientes en Rawndesley.

Sam estaba convencido de que todo lo que le había contado el matrimonio se sostendría. ¿Qué le molestaba entonces, si no era la idea de que mentían?

—¿Cuándo volverá Hannah? —preguntó. En la pared de la salita había fotos de la muchacha, por todas partes. Según su experiencia, que hubiera tantas fotos de una sola persona en una habitación y ninguna otra, ni de personas ni de cosas, solo podía tener dos significados: o un obseso peligrosamente obcecado o un progenitor que adoraba a su hija. *O dos progenitores*.

Hannah Brownlee tenía el pelo castaño, peinado con raya en el centro, grandes ojos grises y nariz pequeña. Tenía la cara de Helen Yardley, en versión más joven.

—Supongo que no irá a comprobar si en la mano de mi hija hay restos de pólvora —dijo Grace Brawnlee con expresión enfadada.

—No era eso lo que yo... —fue a decir Sam.

—La llevé a casa de mi madre porque sabía que iba a venir usted. No quería complicarla en esto. Díselo tú, Sebastian. No prolonguemos esta tortura.

—Hannah sabe que una mujer de los alrededores fue asesinada. La gente ha hablado de ello en el instituto y ha salido en las noticias, era imposible impedirlo, pero... —Sebastian miró a su mujer, que le devolvió a su vez una

mirada con la que le expresó claramente que no iba a ayudarlo. El marido se volvió hacia Sam—: Hannah no sabe que Helen Yardley fue su madre biológica.

—Yo siempre he sido partidaria de decírselo —espetó Grace—. Pero no se me hizo caso.

—Quería que mi hija tuviese una infancia normal y libre de preocupaciones —explicó Sebastian—. Que no creciera sabiendo que era hija de una asesina, de una madre que ya había asfixiado a dos hijos y que es casi seguro que habría hecho lo mismo con Hannah si los Servicios Sociales no hubieran intervenido. ¿Qué padre habría depositado una carga así sobre los hombros de su hija, para que la arrastrara *toda la vida*? —Miró a Grace al decir las últimas palabras.

—Deduzco entonces que usted cree que Helen Yardley era culpable. —Nada deprimía más a Sam que la intolerancia. ¿Por qué creía Sebastian Brownlee que era más sabio que los jueces de los tribunales de apelación?

—Sabemos que era culpable —dijo Grace—. Estoy de acuerdo con todo lo que Seb acaba de decir, aunque hay algo que nunca tiene en cuenta.

Sam se preguntó si era sano que los Brownlee discutieran delante de él, un desconocido.

—¿Y qué es? —preguntó.

—A cierta edad, muchos hijos adoptivos empiezan a preocuparse por saber de dónde proceden y quiénes fueron sus padres biológicos. Si supiera con certeza absoluta que Hannah no pertenece a este grupo, no sería partidaria de decírselo, pero nadie puede garantizar una cosa así en este mundo. Habría preferido que su madre biológica hubiera sido cualquiera menos Helen Yardley: *cualquiera*. Si pudiera, enterraría la cabeza en la arena, y la de Hannah, y olvidaría todos los detalles de la verdad; pero no puedo, o al menos no puedo estar segura de conseguirlo al ciento por ciento, y menos aún eternamente. Si Hannah lo descubre cuando sea mayor, la conmoción será devastadora. Mientras que si se lo decimos cuando empieza a tener edad para comprender, incluso si se lo decimos ahora... —Grace dirigió a su marido una mirada de súplica.

—¿Cuándo se empieza a tener edad para comprender que tu madre biológica quiso matarte? —dijo Sebastian con irritación—. ¿Que mató a tus dos hermanos?

—Entonces, ¿qué le han dicho a Hannah? —preguntó Sam—. Quiero decir sobre sus padres biológicos.

—Nada —dijo Grace—. Le dijimos que no sabíamos nada, que pedimos a los asistentes sociales que no nos lo dijeran. Sabe que es hija adoptiva, pero nada más.

Si Simon Waterhouse estuviera allí, ¿pensaría que, en ausencia de Hannah, era imposible comprobar lo que sabía o no sabía? ¿Y si sabía que era hija de Helen Yardley, y Grace y Sebastian mentían porque...?

No. Imposible. Las chicas de trece años de Spilling no buscan una Beretta M9 para matar a su madre. Sam tomó nota mental: comprobar que Hannah había estado todo el lunes en el instituto.

—¿Por qué están tan seguros de que Helen Yardley era culpable? —preguntó a Grace.

Sebastian Brownlee rozó el brazo de su mujer: una señal para advertirle que no debía responder.

—Somos personas ocupadas, sargento, como sin duda también lo será usted —dijo Sebastian—. Nos gustaría ir a recoger a nuestra hija y usted no está aquí para discutir la culpabilidad de Helen Yardley. ¿Seguimos con lo que estábamos?

—Me gustaría que respondieran a mi pregunta —dijo Sam. Tenía la garganta seca. Los Brownlee no le habían ofrecido ninguna bebida.

Sebastian suspiró ruidosamente.

—¿Cómo sabemos que es culpable? Muy bien, empecemos por el pequeño Morgan, el primer hijo al que mató. Aunque nos olvidáramos de las elevadas cantidades de hemosiderina que se hallaron en sus pulmones, todas de diferentes momentos, es decir, no una sola hemorragia, sino varias hemorragias, un claro indicio de que hubo varias tentativas de asfixia, aunque nos olvidáramos de esto, y del hecho de que cuatro peritos médicos que declararon para el fiscal dijeron que era imposible que hubiera tanta hemosiderina presente si la muerte era natural, estaba también la pequeña cuestión del nivel de sodio en el suero del pequeño, que era cinco veces superior al que se espera en un niño de esa edad...

—El nivel de sal en sangre —intervino Grace para aportar la explicación que Sam necesitaba—. La madre quiso envenenarlo con sal.

¿Envenenamiento con sal y asfixia? Sam no creía que Helen Yardley hubiera agredido deliberadamente a ninguno de sus hijos, pero aun en el caso de que lo hubiera hecho, ¿por qué iba a querer matarlos de dos maneras al mismo tiempo? Claro que, a fuer de imparcial, tenía que admitir que podía darse la vuelta al argumento, pues si realmente quieres hacer daño a alguien, se lo haces con todo lo que se te ocurre.

—Morgan tuvo que ser hospitalizado en más de una ocasión en el curso de su corta vida, porque dejaba de respirar. Curioso, ¿no cree? —dijo Sebastian Brownlee—. Un niño totalmente sano que deja de respirar: qué oportuno. Y cada vez que utilizaba el viejo truco de dejar de respirar sin motivo, resulta que era la misma hora del día: entre las cinco y las seis de la tarde, al término de una larga jornada en que la madre se quedaba sola en casa con él mientras

el padre estaba en el trabajo. Ya me explicará usted por qué un niño tiene que dejar de respirar una y otra vez y siempre a la misma hora.

—No le grites —dijo Grace.

Sam iba a decirle que no tenía importancia, pero se contuvo.

—Los médicos de la defensa, embusteros de alquiler, dijeron que quizá tenía problemas respiratorios, que quizá se deshidrataba, que quizá padecía diabetes insípida nefrogénica, una forma de diabetes en que los niveles altos no son los de azúcar, sino los de sal. Inventaban sobre la marcha y el jurado se dio cuenta. —Sebastian se soltó de la mano de su mujer, se levantó y se puso a pasear—. Pasemos ahora a Rowan, niño número dos. También él tenía mucha sal en sangre. Todos los médicos coincidieron en que fue eso lo que lo mató, así que la pregunta era: ¿lo envenenó la madre o padecía esta modalidad infrecuente de diabetes? O tenía una alteración del osmorreceptor, es decir, en el mecanismo que regula el sodio de la sangre. Supongo que se podría decir que no había forma de estar seguros, pero los peritos médicos del fiscal creyeron oportuno señalar que la autopsia había encontrado una fractura craneal y otras fracturas ya curadas, producidas en diferentes momentos, en los extremos de los huesos largos del niño. Las llaman fracturas metafisarias. Pregunte a cualquier pediatra, o para el caso a cualquier asistente social: son las fracturas que se producen cuando se coge a un niño por la muñeca o por el tobillo y se arroja contra la pared.

Grace Brownlee dio un respingo.

—La fractura craneal era bilateral, también muy infrecuente cuando no se trata de una lesión infligida —prosiguió Sebastian en voz alta, como si estuviera en un juzgado y no en su propia casa, dirigiéndose a un público numeroso y no a su mujer y a Sam. Iba y venía con las manos en los bolsillos del pantalón—. Casi todas las fracturas craneales son sencillas y lineales, y se producen en un solo hueso del cráneo. ¡Ah, los médicos de la defensa se lo pasaron en grande! Uno tuvo la desfachatez de decir que la fractura craneal no podía haber causado la muerte de Rowan porque no había edema cerebral.

—Cálmate, Seb —dijo Grace con voz resignada, como si no esperase que su marido le hiciera caso.

—¡Puede que no lo matara, pero sigue siendo una puta fractura craneal! —Tras dejar claro su parecer, Sebastian volvió a tomar asiento, moviendo la cabeza. ¿Había acabado? Sam esperaba que sí. La culpa la tenía él por preguntar.

—Un perito de la defensa dijo que las fracturas podían deberse a una cosa llamada osteogénesis imperfecta pasajera, aunque no hay pruebas de que exista esta afección —dijo Grace—. La osteogénesis imperfecta existe, aunque es rara, pero ¿osteogénesis imperfecta pasajera? No hay ninguna prueba, ni un solo caso registrado. Como señaló Judith Duffy en el juicio, la osteogénesis imperfecta tiene otros síntomas, ninguno de los cuales se encontraba en Rowan Yardley: esclerótica azul, huesos suturales...

—Cuando Duffy sostuvo que no existía la osteogénesis imperfecta pasajera, la defensa quiso descalificarla preguntándole cómo lo sabía con tanta seguridad —dijo Sebastian, tomando el relevo—. ¿Podía citar alguna investigación que demostrara que la osteogénesis imperfecta no podía presentarse nunca de forma pasajera? Desde luego que no podía. ¿Cómo se puede demostrar que algo no existe?

—No recuerdo quién lo dijo, pero es verdad —murmuró Grace—. «El mayor de los tontos podría hacer una pregunta que ni el más sabio sabría responder».

—La defensa lo intentó todo. Incluso sacó a colación la sobada treta de «¿y si se cayó del sofá?». Yo soy abogado —proclamó Sebastian, como si Sam no supiera todavía a qué se dedicaba el buen hombre— y si algo sé es que cuando pruebas más de una defensa, es porque sabes que no tienes ningún argumento válido.

Calló al oír el ruidoso suspiro de Grace y se la quedó mirando.

—Nada de esto explica por qué yo sé que Helen Yardley era culpable —dijo Grace—. Podrás discutir todo lo que quieras sobre las pruebas médicas, pero no conseguirías rebatir la declaración de un testigo ocular que no tenía ningún motivo para mentir.

—Leah Gould —dijo el marido, volviendo a cogerle la mano como para agradecerle que se lo hubiera recordado—. La supervisora de encuentros del centro de atención en el que los Yardley iban a ver a Hannah.

Paige, se dijo Sam. Hannah no; entonces todavía no.

—Leah Gould le salvó la vida a nuestra hija —dijo Sebastian.

—Helen quiso asfixiarla delante de ella —dijo Grace, con los ojos llenos de lágrimas—. Le apretó la cara contra su pecho para que no pudiera respirar. Otras dos personas lo vieron también: Paul Yardley y un sargento de la policía llamado nada menos que Proust. Pero los dos mintieron en el juicio.

Sam se esforzó cuanto pudo para no reaccionar. ¿Mentir el Muñeco de Nieve como presunto testigo de un homicidio, tras haber prestado juramento? No. Puede que fuera capaz de hacer muchas cosas malas, pero jamás haría una cosa así. Sam sabía que Helen Yardley había contado su versión de lo ocurrido en *Nada más que amor*: se lo había dicho Simon Waterhouse. Era necesario que Sam leyese el libro, por pocas ganas que tuviera.

—Que un marido mienta es comprensible —dijo Sebastian con resentimiento—. Para bien o para mal, aunque estés casado con una asesina, pero ¿un policía? —Cabeceó—. Por desgracia, en el juicio, cuando el sargento Proust fue en busca del tiempo perdido, le falló la memoria, por no decir otra cosa. Declaró que en su opinión, la reacción de Leah Gordon fue exagerada, que lo único que hizo Helen fue abrazar a Hannah con fuerza, como haría cualquier madre que pensara que podía estar separada de su hija varios años o de por vida. De los doce jurados, once no le creyeron. Creyeron a Leah Gordon,

creyeron que no se estaba sacando de la manga un intento de homicidio.

—Aunque eso es exactamente lo que al final afirmó que había hecho —dijo Grace con los dientes apretados—. Ese sujeto espantoso que se llama Nattrass levantó tanta polvareda en los medios informativos que la mayor parte de los testigos iniciales de la acusación acabaron pasándose al bando de la asesina, en contra de sus víctimas. Nattrass consiguió que toda la prensa amarilla se cebara en Judith Duffy: que si había sido promiscua de adolescente, que si había sido una madre cruel, que si la habían echado de un trabajo cuando era estudiante...

—Ya no se hablaba de pruebas —dijo Sebastian, apretando la mano de su esposa de tal modo que Sam pensó que tenía que hacerle daño. Si se lo hacía, la mujer no dijo nada—. Se había convertido en un fenómeno político. Helen Yardley debía salir de la cárcel y en seguida; esta mujer se estaba convirtiendo en un problema para el sistema, aunque lo único que tenía Nattrass en su arsenal era una acusación contra la doctora Duffy, un testigo de la acusación entre otros muchos. Muy bien, la conducta de Duffy fue cuestionable, pero era solo una pequeña parte del caso. Y de pronto, dejó de serlo. Otros médicos que también testificaron contra Helen Yardley cambiaron de opinión: ninguno quería ser la siguiente víctima de Nattrass. El equipo de la acusación no buscó una revisión de la causa cuando pudo y debió hacerlo. A Ivor Rudgard, consejero de la reina, tuvo que leerle la cartilla alguien del Ministerio de Justicia: o lo dejas o nunca estarás en el supremo. Así que Rudgard abandonó.

—Lo siguiente que se sabe es que Laurie Nattrass entrevista a Leah Gould para el *Observer* y que Gould dice que ya no está segura de haber visto que Helen Yardley tratara de asfixiar a su hija apretándole la cara contra su jersey. Ahora piensa que probablemente se asustó sin motivo y lamenta muchísimo el papel que desempeñó en la condena de una mujer inocente. — Saltaba a la vista que Grace apenas soportaba pronunciar aquellas palabras sobre Helen Yardley.

—Naturalmente, eso lo dijo cuando Helen Yardley quedó en libertad y todo el mundo hablaba de caza de brujas y de persecución de madres afligidas —dijo Sebastian—. No es fácil disentir en solitario. Más de diez años después del acontecimiento cualquiera puede convencerse de que las cosas no sucedieron como sucedieron, pero el hecho que importa es que cuando estuvo en aquella habitación del centro de encuentros, Leah Gould quitó a Hannah de brazos de Helen Yardley porque pensó que, al hacerlo, salvaba la vida a la pequeña.

Sam empezaba a sentir lástima de los Brownlee. Su obsesión los estaba abrumando, les estaba succionando la vida. Sospechaba que entre ellos repetían la historia sin cesar y que remozaban su indignación cada vez que llegaban al momento en que Helen Yardley salía de la cárcel.

—¿Cuánto hace que viven en esta casa? —preguntó.

—Desde 1989 —dijo Grace—. ¿Por qué?

—Desde antes de que adoptaran a Hannah.

—Vuelvo a preguntárselo: ¿por qué?

—La casa de los Yardley está en Bengoe Street, a cinco minutos tan solo.

—En distancia física, quizá —dijo Sebastian—. En las distancias que importan, Bengoe Street está en otro mundo.

—Cuando adoptaron a Hannah, ¿sabían dónde vivían los Yardley?

—Sí. Los Servicios Sociales... —Grace se detuvo y cerró los ojos—. Los Servicios Sociales nos remitieron unas cartas. Eran para Hannah, de Helen y Paul Yardley. Venía su dirección en ellas.

No hacía falta aclarar que Hannah no vio nunca aquellas misivas.

—¿No pensaron en mudarse? —preguntó Sam—. Cuando decidieron no decir a Hannah quiénes eran sus padres biológicos, ¿no creyeron que podría ser una buena idea irse de Spilling... a Rawndesley, por ejemplo?

—¿A *Rawndesley*? —Sebastian retrocedió horrorizado, como si Sam les hubiera sugerido mudarse al Congo.

—Por supuesto que no —dijo Grace—. Si usted viviera en esta casa, en esta calle, ¿pensaría en mudarse? —Movi6 la mano para abarcar la habitación.

¿Quería la buena señora que Sam respondiera con sinceridad? ¿Le había dicho eso? Mientras la miraba y sopesaba las posibles respuestas, Sam lo comprendió todo. Supo por qué sospechaba de los Brownlee, a pesar de sus sólidas coartadas y de su respetabilidad de clase media: era por algo que había dicho Grace al hacerlo pasar. Sam le había enseñado su identificación, le había explicado que era el sargento Sam Kombothekra, de la brigada criminal de Culver Valley, pero que no debía preocuparse por nada, ya que su visita era pura formalidad, solo eso. La respuesta de Grace había sido casi la que se habría esperado de una persona inocente. Casi. Había mirado a Sam a los ojos y había dicho: «No hicimos nada malo».

Ya había oscurecido cuando Simon llegó a Wolverhampton. Sarah y Glen Jaggard vivían en un piso alquilado, encima de un Blockbuster, en una calle importante con mucha actividad.

—No tiene pérdida —le había dicho Glen—. Estropearon el rótulo y suprimieron la primera B, así que ahora se lee «Lockbuster»^[2]. La gente toma el rábano por las hojas —añadió, tratando de bromear— y ya nos han robado dos veces desde que nos mudamos aquí.

Los Jaggard habían tenido casa propia en otro tiempo, pero la habían vendido para sufragar las costas legales de Sarah. La animación que Glen había expresado por teléfono no había acabado de convencer a Simon. Percibía por debajo de ella el cansancio de una persona que piensa que ante la continua lóbreguez de la vida no hay más alternativa que mostrarse optimista todo el

tiempo.

El piso, a juzgar por el aspecto exterior de las ventanas, parecía un dúplex. No era pequeño y probablemente tenía el mismo tamaño que la casita de dos plantas y cuatro habitaciones en que vivía Simon o que el piso de dos dormitorios con terraza en que vivía Charlie. Deberíamos vender las dos viviendas y comprar un sitio más grande para estar juntos, pensó Simon, aunque sabía que nunca se lo sugeriría a su novia y que si lo hacía Charlie, la primera reacción de Simon sería de miedo.

Recordaba que el Muñeco de Nieve le había echado las manos al cuello cuando Simon le había insinuado que Sarah Jaggard no era víctima de un error de la justicia. ¿Cómo iba a serlo si había sido absuelta por unanimidad? Proust, al parecer, pensaba que ser juzgada por homicidio ya era un error de la justicia y Simon se preguntaba si la mujer a la que iba a conocer estaría de acuerdo. ¿Se consideraba una víctima o más bien una persona que había salido bien librada de una circunstancia adversa? El desarreglado exterior de la casa y el tráfico ensordecedor de la calle le hicieron pensar que tal vez se considerase una víctima; Simon no la culparía si era así.

Se accedía al piso por unos peldaños de metal en los que las manchas de óxido alternaban con las de la pintura negra con la que probablemente se quisieron cubrir en otro tiempo. No vio ningún timbre. Simon llamó con los nudillos. Por el agrietado vidrio opaco de la mirilla vio una figura que se acercaba por el pasillo. Abrió Glen Jaggard, que le estrechó la mano con la derecha y se inclinó hacia él para darle unas palmadas en la espalda con la izquierda, una extraña maniobra que puso a los dos hombres en una incómoda proximidad física. Simon vio la camisa de cuadros de Jaggard, sus tejanos y sus botas. ¿Pensaría escalar una montaña más tarde?

—O sea que ha sido capaz de encontrar el Lockbuster —dijo Jaggard riendo—. Una semana después de mudarnos se nos estropeó el reproductor de *deuvedés*. No podía creérmelo. Es la ley de Murphy: te mudas a un piso que queda encima de una tienda de películas y se te jode el reproductor.

Simon sonrió con educación.

—Pasemos a la salita —añadió Jaggard, señalando hacia el otro extremo del pasillo—. He preparado té y unas pastas. Llamaré a Sarah. —Subió los escalones de dos en dos, gritando el nombre de su mujer.

Simon había visitado muchas casas en su profesión, pero aquella era la primera en que lo recibían con el té ya hecho y las pastas servidas. ¿Habría tenido que tomárselo frío si se hubiera retrasado?

Había esperado que no hubiera nadie en la salita, dado que Glen y Sarah estaban arriba, pero se llevó una sorpresa al ver a Paul Yardley con una cara que daba pena. Tenía los ojos hinchados y la piel grasienta y cerúlea. *Como la pringue fría que queda en la sartén cuando se fríen salchichas*. La primera vez que lo había entrevistado Simon después de la muerte de su mujer, Yardley había dicho con vehemencia: «En mi situación, la mayoría de la gente pensaría en el suicidio. Yo no. Ya luché antes para que hicieran justicia a

Helen y volveré a hacerlo». Al ver al policía, dijo con el mismo apasionamiento:

—No se preocupe, no voy a quedarme —como si Simon se hubiera quejado de su presencia—. He venido solo para hablar de Laurie con Glen y Sarah.

—¿De Laurie Nattrass?

En la pared que Simon tenía detrás había una foto de periódico enmarcada en que se veía al susodicho con Yardley y una sonriente y llorosa Helen, los tres cogidos de la mano como muñecos de papel. Foto tomada en la escalinata del juzgado tras la triunfal apelación de Helen, supuso Simon. Era la única foto que los Jaggard tenían en la salita de aquella casa. Debajo de la granulada imagen en blanco y negro se veía el titular: «POR FIN JUSTICIA PARA HELEN».

Por la relativa escasez de muebles —dos sillones rojos, uno con el asiento roto, una mesa de centro, un televisor— y la desnudez de las paredes, Simon infirió que el resto de las propiedades de los Jaggard debía de estar en un almacén. «No vamos a estar aquí mucho tiempo, no tiene sentido llenar la casa con nuestras cosas». Es lo que diría el propio Simon si estuviera en la situación del matrimonio. No querría desempaquetar nada que no le fuese imprescindible para instalarlo en aquella covacha con manchas de humedad en los techos y grietas en el yeso. ¿Soñaban los Jaggard con comprar pronto una casa, lejos de la tienda de películas de rótulo estropeado, para olvidar el pasado de una vez para siempre?

¿No habían fotografiado también a Sarah Jaggard fuera del juzgado, después de su absolución? Simon estaba seguro de que sí; recordaba haber visto la foto en las noticias y en la prensa. Con Laurie Nattrass a su lado, a menos que le fallase la memoria. ¿Por qué no estaba también la de Sarah en la pared de la salita?

—¿Sabe dónde está Laurie? —preguntó Paul Yardley—. No nos devuelve las llamadas, ni las mías, ni las de Glen ni las de Sarah. Nunca lo había hecho hasta ahora.

Habían eliminado a Nattrass de la lista; había estado reunido con gente de la BBC durante todo el lunes, así que no había ningún motivo para seguir sus movimientos.

—Lo siento —dijo Simon.

Paul Yardley lo miró fijamente durante casi diez segundos, esperando una respuesta mejor.

—Debería atendernos —dijo finalmente—. ¿No sabe dónde está?

Crujieron las tablas del suelo del piso superior y luego se oyeron pasos muy lentos, como si por las escaleras bajase una persona nonagenaria. Yardley se levantó del sillón.

—No se preocupe, ya me voy —dijo, y en cuestión de segundos recorrió el pasillo y salió a la calle. Simon no hizo nada por detenerlo ni le preguntó adónde iba; sabía que después se arrepentiría. No era divertido hablar con un hombre que lo ha perdido todo, pero había que esforzarse.

Cogió una de las tres tazas desportilladas que había en la mesa de centro y dio un sorbo al té, que no estaba ni frío ni caliente. Le apetecía una galleta de whisky, pero no se atrevió a servirse.

Glen Jaggard entró en la habitación guiando a Sarah con las dos manos. La mujer era alta, delgada, de pelo castaño y revuelto; llevaba un pijama rosa de rayas debajo de un albornoz blanco. Miró brevemente a Simon y desvió la mirada en seguida.

—Siéntate, cariño —dijo su marido.

Sarah se encogió hasta quedar sentada en uno de los sillones rojos. Todo lo que hacía —andar, sentarse— parecía rodeado de torpeza e inexperiencia, como si lo hiciese por primera vez. Se sentía nerviosa en su propia casa. «Si es que la considera tal; si no piensa que su casa es el sitio que tuvo que vender para no ir a la cárcel».

Simon se había documentado sobre el caso todo lo que había podido. La habían acusado de matar a Beatrice Furniss, una niña de seis meses con la que había hecho de canguro en muchas ocasiones. Beatrice —o Bea, como la llamaban todos— era hija de Pinda Avari y Matt Furniss. Antes de su detención, Sarah trabajaba de peluquera y Pinda, directora de control informático de una cadena de corredores de apuestas, era cliente suya, además de amiga. La tarde del 15 de abril de 2004 Pinda y Matt fueron a una fiesta después de dejar a Bea en casa de los Jaggard. Sarah puso a la niña un *deuvedé* de música e imágenes de Mozart, que vieron juntas. Glen Jaggard y tres amigos suyos, que también trabajaban en Packers Removals, estaban en la habitación contigua jugando al póker. Bea no dormía a horas fijas, ya que Pinda y Matt eran contrarios a imponer programas a los niños, pero a eso de las nueve se quedó dormida en el regazo de Sarah.

Sarah la instaló en el sofá y se puso a ver la televisión. Una hora después, volvió la cabeza para mirar a la niña y se dio cuenta de que su piel tenía un color azulado, y tuvo la impresión, aunque no habría podido asegurarlo, de que le pasaba algo extraño al respirar. Consiguió despertarla, pero se asustó al ver su flojedad. En cierto momento las pupilas de la niña desaparecieron bajo los párpados superiores y fue entonces cuando Sarah temió que estuviera sucediendo algo serio. La cogió en brazos y, esforzándose por no perder la calma, fue con ella a la cocina, donde estaban Glen y sus amigos. Echaron un vistazo a Bea y dijeron a Sarah que llamase una ambulancia. Cuando llegó esta, Bea había dejado de respirar. El equipo médico fue incapaz de reanimarla.

La autopsia reveló que la causa de la muerte había sido una abundante hemorragia en el cerebro y en los ojos. La pediatra que la había practicado declaró en el juicio de Sarah que, en su opinión, la niña había muerto por

haber sido zarandeada. La doctora Judith Duffy, llamada como perito, respaldó la declaración. Ninguna otra cosa, alegó, habría podido producir aquellas hemorragias subdurales y retinianas. La defensa disintió y presentó un artículo publicado en el *British Medical Journal*, artículo al que se aludió en el juicio y luego en la prensa con el nombre de «Pelham y Dennison», con objeto de demostrar que los síntomas que muchos médicos creían resultado de violencia podían aparecer de manera espontánea. Más aún, los abogados de Sarah Jaggard llamaron a los doctores Pelham y Dennison para que explicasen el resultado de su investigación. Los dos médicos dijeron al tribunal que las hemorragias del cerebro y los ojos no tenían por qué ser resultado de ningún traumatismo y que podían ser perfectamente fruto de un episodio hipóxico no inducido; en otras palabras, un momento en que un niño se queda sin oxígeno por fallo en el funcionamiento de algún sistema interno.

El doctor Pelham y el doctor Dennison se remitieron a los antecedentes arrítmicos detectables en la familia de la niña; su abuelo y su tío maternos habían fallecido a consecuencia de una disfunción cardíaca denominada síndrome de QT largo de tipo 2. Si Bea padecía también este síndrome —que era un defecto genético y que era muy probable que se transmitiera de generación en generación—, bastaba para explicar el episodio de hipoxia, que a su vez podía ser causa de muerte. Judith Duffy menospreció esta hipótesis, señalando que los análisis habían puesto de manifiesto de manera concluyente que Bea no padecía el síndrome de QT largo de tipo 2 ni ninguna de las seis variantes conocidas de esta disfunción. Para replicar a la sugerencia de Pelham y Dennison de que podía haber formas del citado síndrome aún sin identificar y de que Bea podía haber padecido alguna, la doctora Duffy alegó que ella, evidentemente, no podía demostrar que no fuera así, pero que era necesario explicar al jurado que era imposible demostrar un hecho negativo. Además —y para la doctora Duffy era el argumento más significativo—, en el cuello de Bea había claras lesiones por estiramiento que afectaban a las raíces nerviosas y que en la autopsia se habían visto hinchadas y desgarradas. Este efecto solo podía haber sido causado por alguna clase de zarandeo, dijo la doctora Duffy.

La teoría de la acusación era que Bea había llorado o gritado y que Sarah, en un arrebató, la había zarandeado. Glen Jaggard y los tres amigos que habían estado en la casa aquella noche declararon que Bea no había llorado. El fiscal adujo primero que tal vez no habían oído el llanto por culpa del ruido que hacían ellos durante la partida de póker y del televisor de la habitación contigua, y luego que Glen Jaggard y sus amigos tenían interés en proteger a Sarah. Uno de los jugadores de póker, Tunde Adeyeye, se sintió ofendido y replicó con contundencia que él no tenía ningún interés en proteger a las personas que mataban niños y que tenía la completa seguridad de que Sarah Jaggard no entraba en esa categoría.

Pinda Avari y Matt Furniss, aunque «visiblemente deshechos de dolor», según un reportero presente en la sala de autos, prestaron conmovedores testimonios en favor de Sarah. Pinda dijo: «Si yo creyera que habían matado a mi querida niña, lo que más desearía en el mundo es que la persona responsable compareciera ante la justicia y no descansaría hasta conseguirlo, pero no me cabe la menor duda de que Sarah amaba a Bea y que nunca le habría hecho daño». Matt Furniss se expresó en términos parecidos.

La acusación cambió de táctica y presentó la hipótesis de que Sarah Jaggard había matado a la niña zarandeándola mientras ella, la pequeña y Glen estaban solos en la casa, antes de que llegasen los amigos del marido. Esto, arguyó el fiscal, explicaría por qué Tunde Adeyeye y los otros jugadores no oyeron a la niña. ¿Se preocuparon de comprobar cómo estaba la pequeña antes de dar comienzo a la partida? ¿Le echaron un buen vistazo antes de que Sarah entrase con ella en la cocina, aparentemente presa del pánico? Los tres hombres tuvieron que admitir que se habían limitado a saludar de lejos a Sarah cuando llegaron, pero que no habían prestado la menor atención a Bea y no podían jurar que esta no hubiese muerto antes, cuando ellos no estaban presentes. La doctora Judith Duffy se aferró a esto cuando fue llamada al estrado, aduciendo que el margen de aproximación para la muerte de Bea era compatible con esa posibilidad; la muerte había ocurrido en cualquier momento entre las siete de la tarde y las diez de la noche, y los amigos de Glen Jaggard habían llegado a las ocho. La defensa alegó que como Pinda y Matt habían dejado a Bea a las ocho menos cuarto, era muy improbable que Sarah hubiera perdido los nervios tan pronto. No era creíble, sostuvo el defensor de Sarah, que una mujer con su carácter amable y paciente, una mujer sin ningún antecedente de violencia, perdiera el control y se convirtiera en un monstruo castigador de criaturas en solo quince minutos.

La doctora Duffy no gozaba de las simpatías del público. El juez amenazó en más de una ocasión con desalojar la sala si no cesaban las interrupciones. Laurie Nattrass estaba entre los que la interrumpían y apareció citado en un periódico diciendo que se alegraría mucho de ser acusado de desacato a un tribunal británico cuando esos mismos tribunales tenían por costumbre burlarse de la justicia.

Después de un juicio que duró seis semanas y durante el que Sarah Jaggard se desmayó varias veces, el jurado pronunció un veredicto unánime de no culpable. Al oírlo, Sarah volvió a desmayarse. Simon sabía que debía sentir lástima de ella. No debía pensar en las lesiones del cuello de Bea Furniss que solo podían deberse al zarandeo de la criatura. *Según Judith Duffy, que estaba a punto de comparecer ante el Colegio General de Médicos por falta de ética profesional.*

—He oído que Paul Yardley le preguntaba por Laurie —dijo Sarah. Si quería o esperaba que Simon respondiera, no lo dio a entender exteriormente—. Lo he decepcionado. Todos lo hemos decepcionado. Por eso no quiere tener nada que ver con nosotros.

Simon, sin darse cuenta, estaba pensando que ojalá Glen Jaggard no los hubiera dejado solos. Con un chiste malo sobre Lockbuster habría podido despejar la atmósfera lúgubre y opresiva que Sarah había llevado consigo a la salita. La mujer parecía... se esforzó por encontrar la palabra justa. *Desesperada*. Sin ninguna esperanza en absoluto, como si su vida hubiera acabado y no le importase.

—¿Cómo ha decepcionado a Laurie?

—Le dije que había cambiado de idea a propósito del documental. En lo de

aparecer en él y... Cuando me enteré de la muerte de Helen, le pedí que no siguiera adelante. Lo mismo le dijo Glen, y Paul. Estábamos asustados, no queríamos atraer la atención sobre nosotros, por si... —Se tapó la boca con la mano, como para no gritar o para no seguir hablando.

—No quería usted aparecer en un documental que la relacionaba con Helen, por si el asesino establecía la misma relación e iba por usted —aventuró Simon.

—Me sentí como una traidora. Quería a Helen como si fuera de mi familia, la adoraba, pero tuve miedo. Hay personas, personas enfermas, que darían cualquier cosa por ponernos las manos encima, a mujeres como nosotras: yo, Helen, Ray Hines. Siempre lo he sabido. Helen no me creía. Ella decía que todos sabían que éramos inocentes, que Laurie lo había demostrado; ella era como él, creía que el bien triunfaba y el mal acababa derrotado, pero el mundo no es así.

—No —dijo Simon—. No lo es.

—No —repitió Sarah con amargura—. Y la culpa de que no sea así la tenemos en parte las cobardes como yo.

Simon oyó a Glen Jaggard silbando en otra habitación: el tema de fondo de *Match of the day*, un programa de fútbol que emitía la BBC.

—O sea que Helen y Laurie son sus héroes —dedujo en voz alta, mirando otra vez la foto enmarcada de la pared.

—Laurie no teme nada ni a nadie. Helen tampoco tenía miedo. ¿No ve el valor reflejado en sus caras? —Sarah parecía animada por primera vez—. Por eso me encanta esa foto, aunque... —Volvió a taparse la boca.

—¿Aunque?

—Nada.

—¿Aunque qué, Sarah?

La mujer dio un suspiro.

—Fue Angus Hines quien hizo esa foto.

—¿El marido de Ray? —Aquello olía a chamusquina—. Creía que era redactor jefe de un periódico.

—Es editor gráfico de *London on Sunday*. Antes era fotógrafo de prensa. Odiaba a Helen porque era más leal a su mujer que él mismo. Angus fue a verla a la cárcel una vez, para zaherirla, solo para eso. Quería torturarla.

Simon anotó un punto más a su lista mental: averiguar qué había estado haciendo Angus el lunes.

—Figúrese el trauma que supuso para Helen verlo allí, fuera del juzgado, cuando acababa de ganar la apelación. Yo me habría desmayado, pero Helen no era así. Estaba decidida a no permitir que su presencia estropeará un momento tan importante. Mírela bien, ahí se ve su determinación. —Sarah señaló la foto con la cabeza—. Siempre he tenido miedo, pero ahora, sin Helen, es mucho peor, y Laurie que no llama...

—Pero tiene usted a Glen —dijo Simon.

—Me asusta incluso que comprueben si tengo pólvora en la mano, en realidad cualquier cosa que vayan a hacerme. —Sarah había pasado por alto la mención de su marido—. ¿No le parece cosa de locos? Yo sé que no maté a Helen, pero tengo miedo de que la prueba, a pesar de todo, dé positivo.

—Eso no ocurrirá —murmuró Simon.

—Aun antes del asesinato de Helen tenía miedo de la película de Laurie y del efecto que causaría. La idea de volver a ser el centro de la atención pública me ponía enferma, pero no me atrevía a decirle a Laurie que quería permanecer al margen. Y cuando mataron a Helen... —Dejó escapar un fuerte sollozo y se cubrió la cara con las manos—. Quedé destrozada, pero al menos ya tenía la excusa que había estado esperando y deseando. Pensaba que podría convencer a Laurie de que abandonase la película, pensé que entendería mis temores. Aunque no llegáramos a saber con seguridad si la mató un justiciero chiflado, un fanático de la protección infantil, si había alguna probabilidad de que esa fuera la razón... Pero Laurie se mostró muy frío cuando quise explicárselo, estaba muy lejano y distante. Esa fue la última vez que hablé con él. No creo que le importe lo que me suceda ahora. —Aspiró con fuerza por la nariz. Cogió una taza de la mesa, dio un sorbo y se acercó la taza a la cara, como si fuese una manta. Simon estaba a punto de pasar a un tema que no fuese Laurie Natrass cuando la mujer añadió—: Se ha ido de Binary Star y otra persona va a encargarse de la película, una mujer llamada Fliss. No lo entiendo. ¿Por qué se la habrá confiado Laurie a otra persona?

Fliss Benson. Simon había dejado un mensaje a esta mujer y aún esperaba que le devolviese la llamada. Entonces, ¿era ella quien estaba haciendo el documental sobre las muertes súbitas infantiles? Y ella había recibido una tarjeta con los mismos dieciséis números, los dieciséis números de Helen Yardley, si es que había que dar crédito a la palabra de Laurie Natrass.

Cuatro filas de cuatro . 2, 1, 4, 9...

Simon buscó en su bolsillo la pequeña bolsa de plástico que había llevado. La sostuvo delante de la cara de Sarah Jaggard para que pudiese verla a través de las lágrimas.

—¿Significan algo para usted estos números? —preguntó.

Sarah se derramó el té en el regazo y se puso a chillar.

SEGUNDA PARTE

Viernes, 9 de octubre de 2009

—Color crema. Con relieves —digo por enésima vez—. Con una especie de rayas, pero no rayas de color, sino más bien como estrías. —Me encojo de hombros—. No sabría explicarlo mejor, discúlpeme.

—¿Y no recuerda los números? —pregunta el agente Waterhouse. Está encorvado en una postura incómoda sobre su cuaderno de notas, sentado exactamente en el centro de mi sofá, como si estuviera flanqueado por gente invisible que lo empuja por ambos lados. Cada pocos segundos levanta los ojos del cuaderno y me mira con fijeza, como si le estuviera mintiendo, y la verdad es que le he mentado. Cuando me ha preguntado si he recibido algún otro mensaje inusual, alguna cosa que me preocupara, le he dicho que no.

Debería hablarle de los otros dos sobres anónimos, pero la perspectiva me atemoriza. *Por si me dice que tres es mucho peor que uno, que tres representan un peligro real*. Podría poner una cara más seria de la que pone ahora y la inquietud que reflejan sus facciones en este momento ya me pone suficientemente paranoica. Además, ya carece de sentido decir nada; no es lo mismo que si acabara de recibir la segunda tarjeta o la foto.

Sí, perfecto. Tienes los pedazos de la foto en el bolso . ¿Le costaría mucho juntarlos y descubrir que los dedos son de Helen Yardley?

Me gustaría ser más hábil en esto de engañarme a mí misma. Es desalentador oírme decir constantemente que soy una embustera.

—2, 1, 4, 9... estos eran los primeros cuatro números, los de la fila superior —digo—. No recuerdo los demás. Lo siento. —Miro la hora con disimulo. Las siete y media de la mañana. Necesito que el agente Waterhouse se marche, en seguida, a ver si alcanzo a Rachel Hines.

Vuelve una página del cuaderno y me la enseña.

—¿Podrían ser estos los dieciséis números? —pregunta.

Al verlos me pongo a temblar; no quiero tenerlos delante.

—Sí. Bueno... no estoy segura, pero creo... Sí, podrían serlo. —Al ver que asiente con la cabeza y abre la boca, me entra el pánico y farfullo—: No me lo diga. No quiero saberlo.

¿Por qué coño le he dicho eso? Ahora pensará que tengo miedo de algo concreto.

Me mira con expresión extraña.

—¿Qué es lo que no quiere saber?

Llego a la conclusión de que podría ser sincera, para variar.

—Lo que son esos números. Lo que significan. No tiene nada que ver con... — Freno en seco. No será tan tonta como para buscarme problemas diciendo claramente lo que más temo.

—¿No tiene nada que ver con qué? —pregunta el agente Waterhouse.

—Si estoy en peligro, preferiría no saberlo.

—¿Preferiría no saberlo?

—¿Piensa repetir todo lo que digo? Perdone. No quiero ser grosera, es solo que...

—Yo no he dicho que esté usted en peligro, señorita Benson, pero supongamos que lo está: ¿no querría saber en qué clase de peligro, para poder protegerse?

Es lo que he venido temiéndome; el agente hace que todo sea demasiado real, amenaza la credibilidad de mi negativa. Y dado que se ha expresado como lo ha hecho, no tengo más remedio que preguntar:

—¿Es que *estoy* en peligro?

—No hay razón para suponerlo en este momento.

Fantástico. Ahora me siento muchísimo mejor.

Waterhouse me observa.

Vuelvo a abrir la indiscreta boca, para romper el incómodo silencio.

—Tal como yo lo entiendo, si alguien está decidido a... matarme, o lo que sea, entonces lo hará, ¿no es así?

—¿Matarla? —Su voz denota sorpresa—. ¿Por qué querría nadie matarla?

Me echo a reír. Me alegro de no ser la única que juega al gato y al ratón. Antes me dijo que era de la brigada criminal de Culver Valley. No ha mencionado a Helen Yardley, pero sin duda sabe que yo sé que la mataron en Spilling, que está en Culver Valley, y que su interés por los dieciséis números debe de tener alguna relación con el asesinato.

—Yo no digo que quieran matarme —aclaro—. Solo digo que si quisieran hacerlo, podrían hacerlo con facilidad. ¿Qué quiere que haga? ¿Esconderme y pasar el resto de mi vida en un refugio a prueba de balas?

—Parece asustada —dice Waterhouse—. No hay ninguna necesidad y, como le he dicho, tampoco ningún motivo para suponer que...

—No tengo miedo de que me agredan o me maten, tengo miedo de tener miedo —respondo a modo de explicación, mientras contengo las lágrimas que ya me escuecen—. Me atemoriza lo asustada que estaré si me entero de por qué me hace preguntas sobre la tarjeta y los números. Entraré en el reino del terror, un reino desconocido para mí hasta ahora, y estaré demasiado aterrorizada para seguir con mi vida, demasiado atemorizada para hacer otra cosa que encogerme como una pelota y morirme de miedo por lo que pueda sucederme. Preferiría no saberlo y dejar que lo que tenga que ocurrir, ocurra. En serio.

Puede que lo que acabo de decir no tenga sentido para nadie más, pero a mí me parece de una lógica impecable. Siempre he sentido fobia a enterarme de las malas noticias. Cuando era estudiante, me acosté una noche de borrachera y sin condón con un hombre al que apenas conocía, un tipo al que había visto en una discoteca y al que no volví a ver. Viví los diez años siguientes acojonada por la posibilidad de morir de sida, a pesar de lo cual no quise hacerme ningún análisis. ¿Quién querría pasar los últimos años de su vida sabiendo que tiene una enfermedad terminal?

Waterhouse se pone en pie, se acerca a la ventana. Como todos los que han comprobado que desde mi salita se disfruta de una vista estupenda —una pared de patio de luces, con manchas verdes, que llega hasta una acera de superficie irregular—, no hace el menor comentario sobre sus ventajas.

—Procure no preocuparse —dice—. Y ya que hablamos de esto, necesitará tomar algunas precauciones básicas. ¿Vive aquí sola?

Asiento con la cabeza.

—Veré si consigo que alguien se encargue de tenerla vigilada, pero mientras tanto, ¿hay alguna persona que pueda hacerle compañía? Me gustaría que pasara sola el menor tiempo posible, hasta que se le indique lo contrario.

¿Tenerme vigilada? ¿Habría dicho eso si no estuviera seriamente amenazada?

Esto es ridículo. Pregúntale qué pasa. Oblígale a decírtelo .

Pero no me atrevo, aunque la verdad alivie lo que no me permito imaginar. Puede que me sienta mejor si me entero.

Pues claro que sí .

—También me gustaría que por el momento dejara usted de trabajar en ese documental sobre los asesinatos de niños, y que hiciera pública esta decisión —dice Waterhouse—. Avise a todo el personal implicado. Que todos sepan que se ha pospuesto indefinidamente.

Dentro de mí crece la resistencia como una marea. No sé por qué asiento con la cabeza sin decir nada, como una dócil desdichada, si no tengo intención de obedecer sus instrucciones. O vuelvo a mentirle o estoy de acuerdo con él porque sé que en el fondo tiene razón y que eso es lo que debo hacer.

Pero también sé que no puedo. No puedo renunciar a la película ahora, no puedo dejar de ir a Twickenham esta mañana. A pesar del miedo y de la culpa, dentro de mí siento un impulso demasiado fuerte, como una corriente que no tengo esperanzas de vencer. Tengo que hablar con Rachel Hines, oír lo que tenga que decir sobre Wendy Whitehead, la mujer que según ella asesinó a sus hijos. Tengo que llegar hasta el fondo.

No tiene nada que ver con la verdad ni con la justicia. Soy yo. Si no lo soluciono, si no recorro todo el camino hasta la última etapa de lo que sea, podría pasarme la vida entera preguntándome quién soy y qué siento: en relación conmigo misma, con mi familia, con mi pasado. No seré nada, una doña nadie salida de la nada, como había dicho Maya con su peculiar elegancia, atrapada para siempre, todavía corrupta. Habré desperdiciado mi oportunidad. Y esto me aterroriza más que la idea de que alguien quiera matarme.

Como si me leyera los pensamientos, Waterhouse dice:

—Tenemos problemas para localizar a Rachel Hines. ¿Tiene usted sus datos?

La policía debe de creer que la película está relacionada con el asesinato de Helen Yardley.

—Seguramente estarán por aquí, en alguna carpeta. Creo que tiene un piso alquilado en Notting Hill, cerca de su anterior domicilio familiar. —Me limito a repetir lo que me dijo Tamsin. Hasta cierto punto me gustaría ser de ayuda y dar a Waterhouse la dirección de Twickenham, pero si lo hago será su siguiente parada y no puedo permitirlo. No puedo dejar que se cruce en mi camino. Rachel Hines tiene que hablar esta mañana conmigo y con nadie más.

—No parece que se hospede allí estos días —dice—. ¿No tiene ninguna otra dirección?

—No.

9-10-2009

—Hoy les presento dos caras nuevas. —Proust señaló el tablón con el bolígrafo—. Mejor dicho, una cara y un retrato robot hecho por un dibujante de la policía. La mujer de la foto es Sarah Jaggard. Puede que alguno de ustedes haya oído hablar de ella.

Mitad y mitad, pensó Simon. En la sala había tantas cabezas que asentían como caras de perplejidad.

—Fue procesada en 2005 por el presunto asesinato de Beatrice Furniss, hija de una amiga suya —dijo el Muñeco de Nieve—. Fue absuelta. Tiene algunas conexiones con Helen Yardley. Primera: Helen, bajo los auspicios de JPCI, hizo campaña en favor de la señora Jaggard. Segunda: Laurie Nattrass, y supongo que todos han oído hablar de él, estaba haciendo hasta hace poco un documental sobre tres mujeres acusadas de asesinato, dos de las cuales eran Helen y Sarah Jaggard. Tercera, estrechamente relacionada con la anterior: la doctora Judith Duffy, habitual testigo estrella del ministerio fiscal en casos de presuntos malos tratos, declaró en contra de Helen Yardley y Sarah Jaggard en sus respectivos juicios. Duffy está, en estos momentos, a punto de ser inhabilitada por falta de ética profesional por el Colegio General de Médicos.

Un tenso silencio se impuso en la sala cuando todos se quedaron mirando el rostro que había junto al de Sarah Jaggard: un dibujo de un hombre de cabeza afeitada y dientes incisivos desiguales. Solo Proust, Simon, Sam Kombothekra, Sellers y Gibbs sabían por qué estaba en el tablón la fea jeta de aquel sujeto todavía sin identificar. ¿Era Simon el único que protestaba por encontrarse entre los elegidos? Rick Leckenby y otros habían acabado por llamarlos «el equipo de casa», al parecer sin malicia.

Después de impartir las órdenes del día iba a haber otra reunión del selecto meollo. En el acristalado despacho de Proust, que estaba en un ángulo de la sección de la brigada criminal, donde todos los demás que trabajaban en el asesinato de Helen Yardley volverían a tener ocasión de ver, pero no oír, las consultas que intercambiarían el inspector y su círculo. Así no se podía llevar una investigación criminal.

—El lunes pasado, 28 de septiembre, una semana antes de la muerte de Helen Yardley, Sarah Jaggard fue agredida cerca de su casa, en Wolverhampton, por el hombre cuya feróstica imagen tenemos aquí. —Proust señaló el tablón—. La señora Jaggard viene sufriendo comprensibles periodos depresivos desde que la detuvieron en 2004 y está bajo medicación. El 28 de septiembre fue a ver a su médico de cabecera para que le renovase la receta. Al salir del consultorio se dirigió a la farmacia más cercana, una sucursal de la casa Boots, sita en Moon Street. Al aproximarse a la puerta del establecimiento, cuyo escaparate

veía ya, se le acercó un hombre que la sujetó por detrás. Le puso un brazo alrededor del cuello y el otro alrededor de la cintura, y la arrastró hasta un callejón cercano. Una vez allí, el agresor le dio la vuelta, con lo cual la señora Jaggard pudo verle perfectamente la cara, y sacó un cuchillo que le puso en el cuello.

»La señora Jaggard no recuerda cuáles fueron sus palabras exactas, pero el agresor vino a decir más o menos: “Usted mató a aquella niña, ¿no es cierto? Dígame la verdad”. La señora Jaggard respondió que no, que ella no había matado a Beatrice Furniss, a lo que el hombre replicó: “Usted la zarandeó, ¿verdad? ¿Por qué no lo admite? Si me dice la verdad, la dejaré vivir. Solo quiero la verdad”. La señora Jaggard volvió a decirle que ella no había zarandeado a la niña, que nunca había hecho daño a ningún niño y que nunca se lo haría, pero aquella respuesta no satisfizo al agresor, que siguió repitiendo sus palabras, amenazando con matarla si no confesaba la verdad. Al final, la señora Jaggard se asustó tanto y acabó tan convencida de que el hombre iba a matarla, que no tuvo más remedio que mentir. Dijo: “Está bien, yo la zarandeeé, yo la maté”.

Simon vio que se aposentaba algo de confusión en las caras que lo rodeaban, aunque algunos compañeros se encogían de hombros, como diciendo: «Con un cuchillo en el cuello, cualquiera confesaría cualquier cosa».

—Sarah Jaggard no zarandeó a Beatrice Furniss, que falleció por causas naturales —dijo Proust, rastreando la sala con sus ojos de color gris metálico en busca de disentimientos—. La estaba amenazando un demente. Un demente que no sabía lo que quería, porque en el preciso instante en que su víctima dijo que había matado a la niña, empezó a decir que no era verdad. Le dijo aproximadamente: «No mienta. Le dije que quería la verdad. Usted no la mató, ¿verdad que no? No la zarandeó. Está mintiendo». Sarah Jaggard trató de decirle la verdad otra vez, que no había maltratado a la pequeña Beatrice de ningún modo, que lo anterior lo había dicho solo porque temía por su vida. El hombre se irritó en aquel momento, se puso más irritado aún, debería decir, y dijo: «Ahora morirá. ¿Está preparada?».

»La señora Jaggard se desmayó de la impresión, pero no sin oír antes que una mujer gritaba. Estaba demasiado asustada para entender los gritos. Cuando volvió en sí, estaba de espaldas en el suelo, el agresor había desaparecido y junto a ella había una mujer, la señora Carolyn Finneran, que acababa de salir de Boots y advirtió que había un altercado en el callejón. Era ella quien había gritado antes de que la señora Jaggard se desmayase.

Proust se paseaba por la sala mientras hablaba: con pasitos de pasarela, poniendo lenta y cuidadosamente un pie delante del otro. «Ojalá tuviera un océano debajo para que cayera en él».

—Si la señora Finneran no hubiese aparecido tan oportunamente y no hubiera espantado al agresor —prosiguió Proust—, es lícito creer que Sarah Jaggard habría podido morir el 28 de septiembre. En cualquier caso, dado el vínculo existente entre ella y Helen Yardley, que esta agresión se produjera una semana antes del asesinato de Helen es algo que no podemos permitirnos pasar por alto, aunque no tengamos nada más concreto para relacionar

ambos incidentes. No los tendré en ascuas.

El Muñeco de Nieve se detuvo delante de una copia ampliada de la tarjeta encontrada en el bolsillo de Helen Yardley después de su muerte: los dieciséis números.

—Una vez que la señora Finneran ayudó a Sarah Jaggard a incorporarse, lo primero que hizo esta fue sacar un pañuelo de papel para limpiarse la cara. Sacó más de lo que buscaba, pues dentro del bolsillo tenía una tarjeta idéntica a la que ya conocen ustedes. —Proust estiró la mano. Colin Sellers, que estaba detrás de él como una foca amaestrada que espera la señal para actuar, le entregó dos carpetas de plástico transparente. Proust las levantó para que todos vieran las tarjetas que contenían—. Los mismos números, la misma caligrafía, aunque esto último no ha sido confirmado oficialmente por las personas cuyo trabajo excelentemente remunerado consiste en decirnos lo que ya sabemos. Exactamente la misma disposición: cuatro filas de cuatro dígitos y cuatro columnas también de cuatro dígitos; las tarjetas no contienen nada más que los números en cuestión, 2, 1, 4, 9, etc.

Una blanda explosión de cuchicheos y murmullos llenó la sala. Proust esperó a que se acallaran antes de continuar:

—La señora Jaggard afirma categóricamente que no llevaba encima la tarjeta cuando salió de su casa y la única explicación de que la llevara en el bolsillo es que su agresor la puso allí. Los números no significan nada para ella, al menos eso le dijo al agente Waterhouse. Guarda la tarjeta con la esperanza de averiguar qué significa, pues piensa que ha de significar algo. No informó de la agresión ni a su marido ni a la policía local. —El Muñeco de Nieve levantó la mano para acallar las ruidosas expresiones de incredulidad—. Puede que ustedes se hubieran comportado del mismo modo en su situación. El único contacto con la ley que ha tenido hasta la fecha ha sido negativo. La idea de invitar a los pies planos a que volvieran a entrar en su vida después de haberla pisoteado una vez no le resultaba muy atractiva, por decirlo suavemente. Además, le aterrorizaba la posibilidad de que si detenían al agresor, este dijera que había admitido haber matado a Beatrice Furniss. En consecuencia llegó a la conclusión de que la mejor manera de afrontar lo sucedido era no volver a salir de su casa. Su marido, Glen, se dio cuenta del deterioro de su estado, pero desconocía la causa.

—Entonces, ¿tenemos un asesino en serie o un aspirante a serlo? —preguntó Clair Williamson.

—No utilicemos esa expresión a menos que no haya más remedio —dijo Proust—. Lo que tenemos es un acentuado interés por estos dieciséis dígitos. No hemos recibido todavía ninguna respuesta de Bramshill, ni del Centro de Comunicaciones del Gobierno, ni de los departamentos de matemáticas de las universidades con que me he puesto en contacto. Estoy sopesando la posibilidad de ir a la prensa con la tarjeta. Si para averiguar el significado de estos números tenemos que hacer caso antes a mil lunáticos, les haremos caso. Y ya que estoy con las malas noticias, siento comunicarles que mi petición de un experto en perfiles psicológicos no ha obtenido respuesta todavía. La excusa ha sido la de siempre: no hay fondos. Vamos a tener que

apañarnos con nuestros propios perfiles, por lo menos hasta que venga otra burbuja económica.

—Yo pensaba que las burbujas se habían abolido —dijo alguien.

—Eso fue un cuento aducido por un sujeto tan canalla como el cabrón calvo que le puso el cuchillo al cuello a Sarah Jaggard —dijo Proust—. Un cabrón... —señaló con el bolígrafo el retrato robot del tablón, para que no hubiera dudas sobre a quién se refería— que según dice la señora Stella White, de Bengeo Street número 16, podría ser el hombre que vio en el patio delantero de Helen Yardley el lunes por la mañana. Puede que tuviese la cabeza afeitada ya entonces, aunque su primera versión dice que era un hombre de pelo oscuro. Su hijo Dillon dice taxativamente que no es el mismo hombre, pero también afirma que el lunes estaba lloviendo y que el hombre que estaba delante de la casa de Helen Yardley llevaba un paraguas mojado. Sabemos que esto no es exacto, que no llovió ni se había previsto que lloviese. Aun en el caso de que el asesino de Helen Yardley ocultara el arma dentro de un paraguas cerrado, el paraguas no habría estado mojado. Creo que tendremos que poner a los White, madre e hijo, entre los testigos menos serviciales que han entorpecido la investigación. A pesar de todo, las tarjetas halladas en los bolsillos son un vínculo firme entre el Pelón y el asesino de Helen Yardley, así que por el momento es nuestro mejor candidato.

«¿Pelón?», pensó Simon. ¿Se había mirado el Muñeco de Nieve en el espejo últimamente?

—¿Por qué utilizaría una pistola con Helen Yardley y un cuchillo con Sarah Jaggard? —preguntó un agente joven de Silsford—. ¿Y por qué agrediría a una en su casa y a la otra delante de un establecimiento comercial? No encaja con lo de dejar en los bolsillos la tarjeta de los dieciséis dígitos. Esto último es típico de un asesino en serie, pero el cambio de método y de escenario...

—No es el mismo hombre —dijo Gibbs—. Stella White dijo pelo oscuro, dos veces: al sargento Kombothekra y luego a mí.

—Aféitese la cabeza esta noche, agente Gibbs. Veremos si la semana que viene le ha crecido el pelo lo suficiente para que los demás digan que es oscuro.

—¿Habla usted en serio, señor?

—¿Le parezco un tipo frívolo?

—No, señor.

Simon levantó la mano.

—Si puedo responder a lo que se ha dicho sobre el asesino en serie...

—No sé si podrá, Waterhouse. ¿Puede?

—La agresión contra Sarah Jaggard fue un fiasco. El agresor fue interrumpido antes de terminar con ella. En el caso de Helen Yardley decidió hacerlo de otro modo y mejor: en su casa, con el marido en el trabajo, la tiene a su disposición todo un día, nadie los molesta y al final le pega un tiro. El factor que se repite, la firma que es típica de los asesinos en serie, es aquí la tarjeta de los números. Es el eje de sus movimientos y el que le proporciona continuidad suficiente para ser flexible con los detalles.

—Gracias, Waterhouse, tomaré esa explicación como una solicitud para ocupar el puesto de experto en perfiles de la casa.

—Nos hemos estado preguntando por qué el asesino se presentó a las ocho y veinte de la mañana, se quedó todo el día y disparó a Helen Yardley a las cinco de la tarde —prosiguió Simon.

—En efecto, lo más probable es que le dispararan a esa hora —intervino Proust—. La autopsia nos concede un margen de noventa minutos: entre las cuatro y media y las seis. La sorda Beryl Murie nos lo sirvió en bandeja.

—Extrapolando lo que sabemos actualmente, ¿no podría el asesino haber hecho con Helen Yardley lo que hizo con Sarah Jaggard, solo que más tiempo? —sugirió Simon—. «Dígame la verdad. Usted mató a los niños, ¿no es cierto?». Y ella respondería que era inocente hasta que le fallaran las fuerzas y se dejara dominar por el pánico. Y él repetiría que la dejaría con vida si contaba la verdad y ella entendería que eso significaba que su agresor quería que se confesara culpable. Y habría dicho cualquier cosa con tal de seguir con vida: «Sí, los maté». Y él replicaría entonces: «No, no los maté. Miente usted. Me está diciendo lo que cree que yo quiero oír. No los maté, ¿verdad que no los maté? Cuénteme la verdad». «No, no los maté. Ya se lo dije antes, pero usted no me creyó». «Miente. Sé que usted los mató. Dígame la verdad». Etcétera, etcétera, etcétera.

—¿Durante ocho horas y media? —dijo Sam Kombothekra.

—Una interpretación impresionante, Waterhouse. Sobre todo me ha gustado el destello morboso que había en sus ojos al recitar las frases del psicópata. ¿Puede explicar lo que hizo usted el lunes?

—¿Por qué prolongar tanto la comedia? —preguntó Gibbs—. Tuvo que darse cuenta de que bastaba menos de media hora para conseguir que la víctima cambiase de declaración cada vez que él se enfadaba y la acusaba de mentir.

—Tal vez pensara que si la prolongaba lo suficiente, la víctima comprendería que cambiando la declaración no conseguiría nada, ni librarse de él ni acabar con el miedo —dijo Simon—. Esperaba que la víctima se mantuviera firme en un extremo u otro, en la culpabilidad o en la inocencia, y que no se desdijera por mucho que él la amenazara. Fuera cual fuese la elección de la víctima, el asesino sabría que esa era la verdad.

—Hemos entrado en el reino de la fantasía —canturreó Proust.

—En una situación así, pocas personas pensarían de manera racional —dijo Klair Williamson—. No se tiene calma suficiente para pensar: «Vale, decirle lo que yo creo que quiere oír no sirve, así que desde este momento me ceñiré a la verdad».

Simon no estaba de acuerdo.

—Si alguien te pone una pistola en la cabeza y te ordena que le digas la verdad o apretará el gatillo, al final le dirás la verdad. Ya has tratado de mentir para complacerlo, pero no te ha servido de nada. El terror te convencerá muy pronto de que el agresor sabe la verdad, así que no te atreverás a mentir por más tiempo. —Simon se sintió complacido al ver que unos cuantos colegas asentían con la cabeza—. No conocemos a este individuo, así que no podemos permitirnos el lujo de pasar por alto lo que nos ha dicho de sí mismo por mediación de Sarah Jaggard: que lo único que quiere es la verdad. Jaggard dijo que no cesó de repetirlo. Si es el mismo hombre que mató a Helen Yardley, y yo creo que lo es, pasó todo el lunes asustando a su víctima para arrancarle la verdad.

—¿Y la mató a las cinco porque...? —preguntó Rick Leckenby.

—Porque no lo consiguió —dijo Simon encogiéndose de hombros—. Puede que Helen se negara a responder. Puede que le dijese: «Adelante, dispare si es eso lo que quiere, pero no voy a decirle nada». O quizá le dijo la verdad, pero a él no le gustó y la mató de todos modos.

—No me entra en la cabeza que se pueda estar así ocho horas y media —dijo Sam Kombothekra—. Una o dos, quizá...

—Volvamos al trabajo —dijo Proust con retintín—. Antes de que Waterhouse nos regale una fantasía en la que el asesino se pone a hacer la comida tranquilamente y luego duerme una siesta. Felicity Benson, de treinta y un años, soltera. —Señaló el nombre en el tablón—. Todos la llaman Fliss. Vive en Kilburn, en el área metropolitana de Londres, y trabaja en Binary Star, la compañía productora de televisión. Al parecer va a encargarse del documental de Laurie Nattrass, el que trata, entre otras cosas, de Helen Yardley. El miércoles, hace dos días, abrió un sobre que le enviaron al trabajo y encontró dentro una tarjeta incomprensible para ella, con los dieciséis números que ya conocemos. Se la enseñó al señor Nattrass, que la tiró a la papelera de su despacho. Por desgracia, actualmente va camino de un vertedero municipal; la posibilidad de recuperarla es cero. La señorita Benson goza de buena salud y he pedido refuerzos para que se encarguen de que siga gozándola. Los de arriba me han dado largas, cosa que yo ya había previsto. Mientras arreglamos esto, la señorita Benson ha accedido a quedarse en casa de una amiga y a no estar sola más que lo justo para hacer sus necesidades, momentos en los que la amiga deberá estar cerca. —Se detuvo para respirar hondo—. Creo que esta joven está en peligro.

Nadie dijo lo contrario.

—Sin embargo, por hacer momentáneamente de abogado del diablo, creo que

aquí tenemos una variante al mismo tiempo que una conexión —prosiguió Proust—. La tarjeta es parte de una pauta conductual, pero la señorita Benson rompe el esquema porque no ha sido agredida ni asesinada, motivo por el que el comisario Barrow no ha autorizado la protección. Lógica curiosa por su parte, porque la protección, tal como yo la entiendo, es preventiva y se centra en el futuro. Puede que si la señorita Benson estuviera ya muerta, el comisario Barrow viera oportuno protegerla. —El Muñeco de Nieve se pasó la mano por la reluciente cabeza—. Esto es lo que hay por ahora. Sin descuidar las misiones ya asignadas, tenemos que investigar lo ocurrido en Wolverhampton: puede que nos toque la lotería y atrapemos al Pelón gracias a las cámaras de seguridad. Seguimos sin saber la procedencia de las tarjetas, el instrumento con que se escribió, la tinta. Es de máxima prioridad preparar algo para la prensa. Ah, y necesitamos un voluntario fotogénico para ponerlo delante de las cámaras. Será usted, sargento Kombothekra: la culpa es suya por tener el pelo limpio y una sonrisa de anuncio de dentífrico.

—¿Qué hay de la tercera mujer que saldrá en el documental de Nattrass? —preguntó Klair Williamson.

—Rachel Hines —dijo alguien.

—¿Ha contactado alguien con ella para comprobar si ha recibido los números? —preguntó Williamson.

Proust recogió sus carpetas y se dirigió a su despacho sin hacerle caso a la sargento.

—Uno de ustedes hará bien en explicarme, y rápido, qué pasa con Laurie Nattrass y Rachel Hines. Y háganlo esta vez con lógica. ¿Dónde están?

Muy astuto, se dijo Simon. Hacerlos a ellos responsables para él lavarse las manos: había sido tan embrollada la precipitada información que habían dado al Muñeco de Nieve que difícilmente habría podido presentarla este en la sesión de consultas. ¿Cómo iba a responder a la sargento Williamson con los pocos datos de que disponía? ¿Y de quién era la culpa? El selecto núcleo era también el pelotón de los chivos expiatorios.

—Yo ya he dicho todo lo que sé —dijo Simon—. Nattrass me dijo que Ray Hines estaba en Twickenham, Angus Hines dijo que estaba con unas amistades y Fliss Benson no sabía dónde estaba. Desde mi primera y última conversación con Nattrass no he vuelto a saber de él. No está en su casa ni en ninguno de sus despachos.

—¿Tiene más de uno? —Las cejas de Proust se arquearon.

—Oficialmente hoy es su último día en Binary Star, pero no está allí y parece que ha empezado a trabajar en otra empresa, Hammerhead —dijo Colin Sellers—. Tampoco está allí y no devuelve las llamadas. No podremos preguntarle por las amistades de Ray Hines hasta que lo encontremos. El exmarido nos dio una lista de amistades, pero ninguna que viva en Twickenham.

—Hemos eliminado a Angus Hines como posible asesino de Helen Yardley, señor —dijo Sam Kombothekra.

—Estaba en uno de sus siete despachos, ¿no?

—No, señor. El lunes tuvo día libre. Entre las tres y las siete de la tarde estuvo en un pub llamado Retreat, en Bethnal Green, con un tal Carl Chappell. Hablé con Chappell personalmente, señor, y lo confirmé.

—Mientras Judith Duffy comía con Rachel Hines en Primrose Hill. —Proust frunció los labios y la piel que le rodeaba la boca se le estiró—. ¿Por qué se le ocurriría comer con la persona cuyas mentiras pusieron en contra a doce jurados y a un marido, y la privaron de libertad durante cuatro años? ¿Y por qué la doctora Despreciable querría estar de palique con una mujer a la que cree una asesina? Uno de ustedes tendrá que hablar con ella. Puede que sepa algo del personal de Twickenham.

—¿Y sus dos hijas y sus maridos? —preguntó Simon.

—¿Nos precipitamos? No, yo creo que no —dijo el Muñeco de Nieve, respondiéndose él solo—. Los creo muy capaces de acusar a Helen Yardley y a Sarah Jaggard, ellas para decir que destruyó la vida de su madre, ellos para asegurar que acabó con la reputación de su suegra. Aunque solo fuera por eso, no podemos permitirnos pasar por alto una insinuación que nos hizo Laurie Nattrass. Si resultara ser cierta, nunca oiremos el final de la historia. Nunca se sabe. Uno de los yernos podría ser el Pelón. Y puestos a sospechar, cualquiera de ustedes. Respecto de seguirles la pista a Nattrass y a Rachel Hines, investiguen cualquier conexión, por tenue que sea: abogados, gente que ella conoció en la cárcel, amigos de él y contactos que tenga en los medios informativos. Y es de suponer que tengan parientes.

—Sí, señor —dijo Sam.

—Si esto es una venganza contra las personas responsables de la caída de Duffy, Laurie Nattrass y Rachel Hines estarán en la lista, al igual que Helen Yardley, Sarah Jaggard y Fliss Benson. —Proust arrugó la frente—. Sin embargo, Nattrass le dijo a Waterhouse que Benson había recibido los dieciséis números, no que los hubiese recibido él.

—Puede que al asesino solo le interesen las mujeres —sugirió Sellers—. En cuyo caso sería lógico que Ray Hines hubiera recibido otra tarjeta.

—Si nosotros no sabemos dónde está, es posible que tampoco lo sepa el remitente —dijo Sam—. Encontrarla es pues de capital importancia, antes de que la encuentre él.

—Podría tratarse de otra clase de venganza —dijo Gibbs, mirando a Simon—. Nada que ver con la caída de Duffy ni con Duffy, sino con las asesinatas de niños y las personas que las apoyan.

—¿Asesinatas de niños, agente? —El Muñeco de Nieve se puso en pie y rodeó la

mesa. Sam y Sellers, situados a la izquierda de Simon, se quedaron tan inmóviles como los participantes más competitivos en un juego de estatuas. Simon, para romper el hechizo, se apoyó en la otra pierna y bostezó ruidosamente—. ¿Asesinas de niños? —Gibbs recibió el aliento de Proust en la cara.

—Quiero decir desde el punto de vista del asesino. Yo no creo...

—¿Es usted el asesino?

—No.

—Entonces hable solo desde su propio punto de vista. Diga lo que piensa usted: mujeres acusadas de asesinato, mujeres injustamente condenadas por asesinato.

—Eso sería decir lo que piensa usted —murmuró Simon, en voz lo bastante alta para que Proust la oyera. «Si quieres problemas, yo te daré problemas. Vamos, tirano cabrón. No derroches tu hostilidad con alguien que no la va a aprovechar».

El inspector no apartaba los ojos de Gibbs.

—Elija usted todas las palabras que crea oportunas, agente, todas las que pongan de manifiesto que está usted con el bien y contra el mal. —Gibbs miraba al suelo con resentimiento.

—Usted ataca a una mujer, lo interrumpen, le deja los números en el bolsillo —dijo Proust con desenvoltura, como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo común—. Una semana después, mata usted a tiros a otra mujer y le deja los números en el bolsillo. Al día siguiente, manda los números por correo ordinario a otra mujer, a la que no agrede ni mata. ¿Por qué? ¿Qué hay en su cabeza? ¿Waterhouse?

—¿En mi cabeza, señor? ¿O se refiere a la del asesino? —«Elija todas las palabras que crea oportunas para poner de manifiesto su desdén por quienes la pifian, so Pelón».

—No quiero tener pesadillas, así que me inclino por lo segundo. —El Muñeco de Nieve sonrió mientras se sentaba en el borde de la mesa.

«¿Por qué se pasa por el sobaco lo que digo yo? ¿Por qué Gibbs lo saca de sus casillas y yo no puedo?». Simon no sabía si era favoritismo o menosprecio calculado. Recordó la advertencia de Charlie: «la muerte de Helen Yardley es de Helen Yardley, no de Proust. No encontrarás la respuesta correcta si haces la pregunta que no debes».

Sabiendo que Charlie se desilusionaría al verlo comportarse como un chiquillo, se esforzó por concentrarse en el trabajo.

—Fliss Benson está convencida de que Laurie Nattrass se ha escondido por

ella —dijo—. Probablemente es demasiado tonto para mencionarlo, pero... los dos estuvieron un rato juntos, en la cama, ayer por la tarde, en la casa de él. —Se preguntó si no habría sido preferible decir « follando ». ¿Habría sonado más natural?—. Hasta la fecha no habían tenido esta clase de contactos y ella piensa que él lo lamentó en seguida. Inmediatamente después empezó a tener una actitud distante y prácticamente la echó a la calle. Ella lo llamó varias veces después, pero sin resultado, y él no le ha devuelto las llamadas.

—Pero sí habría podido devolverle a usted las suyas, ¿no? —dijo Proust—. Seguro que se daba cuenta de que usted no quería hablarle de sus intenciones acerca de la señorita Benson.

—Bueno, él no... —Sellers se detuvo cabeceando.

—No nos tenga en ascuas, agente. Si usted acabara de echar de la cama a una mujer pegajosa y quisiera asegurarse de que no encuentra la forma de volver, ¿qué haría?

—Pues yo... yo apagaría el teléfono móvil, me iría al pub o me quedaría en casa de un colega y procuraría... bueno, me olvidaría de mirar los mensajes un par de días. Hasta que las cosas se hubieran tranquilizado. Quiero decir que yo normalmente no haría eso, normalmente yo me sentiría contento de que una mujer volviera en busca de más, pero... ella lo llamó varias veces desde ayer por la tarde, ¿no es eso? Esas mujeres son muy alborotadoras, de las que hacen que uno desee entrar en letargo; la sexualidad no vale aquí la pena.

—No creo que nuestra incapacidad para localizar a Nattrass tenga nada que ver con Fliss Benson y así se lo dije a ella —repuso Simon—. Pensé que debíamos tenerlo en cuenta, eso es todo. Más por lo que nos revela sobre Benson que por otra cosa. Ella parece convencida de que es por ella. Me la imagino obsesionada. Es un poco rara.

—Para saber qué piensa una persona hay que ser como ella, Waterhouse.

—Le pedí que interrumpiera todo lo relacionado con el documental hasta nuevo aviso y estuvo de acuerdo, pero... me pareció de esas personas que te dicen que sí en la cara y luego hacen lo que quieren cuando les das la espalda.

—¿Quieres decir mujeres? —dijo Sellers.

El Muñeco de Nieve le regaló una sonrisa tensa.

—No quiero que cada vez que vaya a entrevistar a alguien me digan que Benson y su cámara acaban de irse —dijo Simon—. He consultado la posibilidad de obtener un mandamiento judicial, pero me han dicho que no. El documental de Binary Star es sobre casos antiguos, no sobre el asesinato de Helen Yardley, así que no se puede hablar aquí de obstrucción a la justicia.

—Vamos a tener que confiar en la buena voluntad —dijo Sam Kombothekra.

—¿Buena voluntad? —Proust lo fulminó con la mirada—. Antes me fiaría yo del ratoncito Pérez.

—¿Qué quiere que hagamos con Paul Yardley, señor? —preguntó Sam.

—Hablen con él otra vez, pero con amabilidad. Recuerden quién es y lo que ha sufrido. Puede que haya olvidado, cosa que supongo que sería comprensible, dadas las circunstancias, pero necesitamos que nos diga por qué no llamó a los servicios de urgencia nada más encontrar el cadáver de Helen. Primero llamó a Laurie Nattrass por la línea directa de Binary Star, luego a su casa y acto seguido a su móvil. Y por último avisó a la policía.

—¿Olvidaría nadie que llamó tres veces a una persona, por muy apenado y conmocionado que estuviera, si la policía le pidiese que recordara todos sus movimientos? —preguntó Simon—. Ser amable está muy bien, pero lo que haya pasado Yardley es irrelevante si nos ha mentido y obstaculiza nuestra labor...

—Paul Yardley no es sospechoso —dijo Proust—. Estaba trabajando cuando murió Helen.

—Su coartada es un colega, o sea un compañero con el que ha trabajado durante años. —Simon se mantuvo firme. No solo por subrayar que disentía de Proust, aunque esa era una ventaja adicional—. Yardley intentó dar con Laurie Nattrass tres veces antes de avisarnos que su mujer yacía muerta en el suelo de la salita de su casa, ¿y no se le ocurrió mencionárselo a nadie? No me diga que no es una mala señal.

—¡Paul Yardley no es un embustero! —Proust golpeó la mesa con la palma de la mano—. ¡No me obligue a retirarlo de este caso, Waterhouse, porque lo necesito!

«Es verdad: me quiere para gritarme, no para invitarme a cenar».

—Quisiera entrevistar personalmente a Stella y a Dillon White —dijo Simon—. Creo que no podemos descartar así como así lo que dijo Dillon sobre el paraguas mojado y la lluvia.

—Sigue usted dale que dale, ¿eh? Sargento Kombothekra, por favor, explíqueme al agente Waterhouse por qué, en nuestra profesión, nos vemos a veces obligados a descartar detalles que sabemos irrelevantes, como ver llover en un día soleado o creer culpables a personas inocentes.

—¿Ha leído usted la transcripción de la entrevista que sostuvo Gibbs con Dillon? —preguntó Simon a Proust—. ¿Qué niño de cuatro años dice «lo vi más allá» para describir que vio a un hombre al otro lado de un estrecho callejón sin salida?

—Parecía... —Gibbs hizo una mueca—. ¿Qué es un oráculo?

—Se ha acabado la reunión —dijo el Muñeco de Nieve, con la actitud tajante que la mayor parte de la gente reservaría para cuando necesitara anunciar el fin del mundo—. Y créanme que no lo lamento.

—Señor, si pudiera...

—No, Waterhouse. Se acabaron para usted los ruegos y preguntas, por ahora y por siempre jamás.

Simon tuvo ganas de dar un puñetazo al aire en señal de triunfo. Ya era hora de que ocurriese: el fin del repelente amiguismo de Proust. Ya no habría más confidencias, ni más invitaciones; ni halagos ni petición de favores. Se había reinstaurado la hostilidad tradicional sin ambages y Simon se sentía más ligero por ello, capaz de moverse y respirar más libremente.

Su entusiasmo duró poco.

—¿Lleva su agenda encima, Waterhouse? —preguntó el Muñeco de Nieve a sus espaldas cuando ya salía del despacho—. A ver si lo arreglamos para que usted y el sargento Zailer vengan a tomar algo una noche, ya que mañana será imposible. Una lástima. Háblenlo entre ustedes y notifiquenme qué día les viene bien.

Viernes, 9 de octubre de 2009

Marchington House es una casa señorial. Su tamaño me deja boquiabierta. Estiro el cuello y contemplo embobada las columnas de la entrada, el arco de piedra que corona la puerta, las filas interminables de ventanas, tantas que no me atrevo a contarlas.

¿Qué hace una chica como yo entrando en un sitio como este? La casa en que me crie era la mitad de pequeña que el cobertizo que veo al final del jardín, más allá de lo que tiene todo el aspecto de un ojo amoratado en mitad de la hierba, una lona rectangular que imagino que cubre una piscina.

Casi me echo a reír al imaginar la reacción de los propietarios de Marchington House si les dijeran que tienen que pasar una noche en mi vivienda de Kilburn. «Antes la muerte, querida. Ve a la recocina del ala este y dile a la doncella que me traiga un frasquito de arsénico del armario de los venenos». Las manos se me tensan alrededor de la correa del bolso que llevo colgado del hombro. He traído todo lo que creo que voy a necesitar, pero ahora me doy cuenta de que no es suficiente. *Soy la persona menos indicada para hacer esto*. Que lleve encima una cámara que es el último grito en tecnología digital no significa que sepa qué hago aquí.

¿Por qué está Rachel Hines en este lugar? ¿La casa es de su familia? ¿De alguna amistad?

«Por favor, seamos amigos». De niña le decía eso a mi padre cuando había sido mala y estaba enfadado conmigo. Aunque sé que es de pena, daría cualquier cosa por que Laurie me dijese algo parecido. Sería un cambio muy de agradecer oírle decir: «Hola, soy Laurie Nattrass. Deje su mensaje y me pondré en contacto con usted».

He decidido no llamarlo ni pensar hoy en él. Hay cosas más importantes que me preocupan. Como quién me mandó la tarjeta de los dieciséis números y quién podría querer matarme. Además de las mentiras que he contado a la policía.

Ordeno a mis pies que avancen hacia la puerta principal de Marchington House. Estoy a punto de pulsar el timbre cuando me fijo en los círculos de piedra que lo rodean, semejantes a ondas en un agua tranquila. ¿Cuántos canteros trabajaron aquí? ¿Uno? ¿Una docena? Aspiro una bocanada de aire. Cuesta no sentirse inferior ante un timbre en el que parece que se ha empleado más tiempo y atención que en construir todas las casas en que he vivido hasta ahora.

«Es una casa demasiado buena para una mujer que...». La idea ha brotado sin

que haya podido impedirlo. La completo a regañadientes: para una mujer que mató a sus dos criaturas. ¿No es eso lo que creo? ¿O es que el artículo de Laurie me ha hecho cambiar de opinión?

Me dispongo a esperar un rato, pero Rachel Hines abre la puerta a los pocos segundos de pulsar yo el timbre.

—Fliss —dice—. Gracias por venir. —Me tiende la mano y se la estrecho. Lleva unos tejanos de pata de elefante, de color azul claro, y una camisa blanca de lino; encima lleva una cosa de lana de color granate, una especie de chal, pero con mangas y cuello. Va descalza. *Se siente en casa*.

—¿Preferiría que me calzara? —pregunta.

Noto que se me encienden las mejillas. ¿Cómo puede saber lo que pienso? ¿Es que le estaba mirando los pies?

—Con el tiempo he aprendido a descifrar el lenguaje corporal —añade sonriendo—. Llámelo instinto de supervivencia bien sintonizado.

—Entonces está usted menos nerviosa que yo —digo con rapidez, porque prefiero decírselo a callármelo y que ella lo adivine—. Ir sin zapatos refleja relajación, al menos es así en mi caso. Pero... no importa. Supongo que no tengo derecho a preocuparme. —*Cierra el pico, bobalicona*. Me doy cuenta de que me está manejando; mi confesión ha sido totalmente innecesaria.

—¿Así interpreta usted que esté descalza? Qué interesante. Lo primero que yo pensaría es: «hay calefacción en el subsuelo». Y acertaría. Qútese los zapatos y los calcetines y lo verá; es como sentir caricias de arena caliente. —Tiene la voz profunda y modulada.

—Estoy bien así —dijo con cierta rigidez. Si fuera paranoica pensaría que me viene tratando desde el principio con pequeñas argucias cuyo objeto es desestabilizarme. Y no sé por qué conjugo el verbo «pensar» en tiempo condicional, ya que es eso exactamente lo que pienso. *Paranoica*, sin embargo, es una palabra peyorativa; razonablemente cautelosa, eso es lo que soy.

Menos cuando mentiste a la policía.

—¿Ve como somos incapaces de pensar con libertad? —dice—. Para mí es importante que esta casa tenga calefacción en el subsuelo, más que para la mayoría de la gente. A usted le preocupa su nerviosismo, porque tal vez la vuelva ineficaz. En cosa de diez segundos las dos hemos utilizado el hecho de que voy descalza para fortalecer el cuadro mental que estamos decididas a seguir.

¿Facilita las relaciones esta charla? Es más difícil hablar con ella que con Laurie.

¿No decías que no ibas a pensar en él?

Retrocede para dejarme pasar.

—Estoy menos nerviosa que usted porque sé con toda seguridad que usted no es una asesina. Pero usted no podría decir lo mismo de mí.

Como no quiero responder a eso, me limito a mirar a mi alrededor. Lo que veo me deja sin aliento; un ancho vestíbulo con suelo de piedra blanca y zócalos del mismo material, tres veces más altos de cuantos he visto en mi vida. Allí donde miro hay algo hermoso: el poste de arranque de una escalera en forma de ocho, con los círculos superior e inferior vaciados en el centro de un modo que recuerda a Henry Moore y a Barbara Hepworth; la araña, que es como una cascada de lágrimas de vidrio azules y rosas y casi tan ancha como el techo; dos grandes óleos juntos que ocupan toda una pared, las dos de mujeres que parecen caer por el aire, con la boca negra y apretada y el pelo volando a su alrededor; dos sillas que parecen tronos, con ornamentado respaldo de madera y asiento de material titilante que recuerda la luz de la luna; la escultura del rincón, una figura humana con el tronco de piedra rosa sin desbastar y una cabeza de mármol blanco que no cesa de dar vueltas ni de verter agua, como si el agua fuera su cabello. Lo que más me impresiona es lo que solo puedo describir como una alfombra de cristal sumergido, un rectángulo de cristal transparente, con irregulares salpicaduras de oro y plata, empotrado en la piedra en el centro del vestíbulo, con una luz que sale de abajo.

Durante dos segundos bromeo conmigo misma diciéndome que no me conviene un interior tan rebuscado, que me parece vulgar y excesivo. Pero finalmente me rindo y admito la cruda verdad de que me dejaría cortar un brazo por vivir en una casa así o porque fuese de un amigo o pariente a quien no le importara compartirla conmigo. Por consejo de la policía he acordado pasar esta noche en casa de Tamsin y Joe, en el duro futón que tienen en la habitación del ordenador, con sus telarañas y sus ventanas repiqueteantes. Me odio por haber hecho la comparación. Oficialmente soy superficial e impresentable.

—No esté tan segura de que no sea una asesina —digo para demostrar que Rachel Hines no es la única persona capaz de hacer declaraciones inesperadas.

—Yo al menos sé que yo no lo soy —dice.

—Wendy Whitehead. —No había planeado mencionar este nombre tan pronto. No sé si estoy preparada para enterarme. Soy así de buena para averiguar la verdad: «por favor, no me diga nada, tengo demasiado miedo»—. ¿Quién es?

—Pensé que le gustaría tomar antes un trago...

—¿Quién es?

—Una enfermera. Bueno, lo fue. Ya no lo es.

Nos miramos fijamente. Al final digo:

—Tomaré un trago, gracias. —Si voy a ser la única persona que sabrá la verdad sobre la muerte de los hijos de Rachel Hines, exceptuando a la propia Hines, necesito prepararme.

Esto no está sucediendo.

La sigo hasta una cocina, peor organizada que el vestíbulo, pero también hermosa: suelo de roble, superficies blancas y curvas que parecen de alabastro, fregadero doble de cerámica, y en el suelo, a un lado, una franja de cristal verde por donde fluye el agua que corre hasta el otro extremo de la pared. Pegada a otra pared hay una cocina Aga de color crema, tres veces mayor que las que he visto hasta ahora. Puestos a decir las cosas bien, es un poquito más pequeña que un minibús. En el centro de la estancia hay una mesa de pino, grande, maltratada, con ocho sillas alrededor, y más allá un mostrador independiente, con forma de lágrima, con los curvos laterales pintados de rosa y verde.

Pegado a la pared que tengo más cerca hay un diván morado, sin respaldo, y al lado un taburete del mismo color. Los dos muebles parecían hechos para vivir juntos. Con el taburete en un extremo son como un gigantesco signo de exclamación. En la pared hay un calendario con los doce meses visibles y con un pequeño rectángulo para cada día. En la parte superior pone «La leche nuestra de cada día». ¿Un regalo navideño del lechero? Veo cosas escritas, pero no alcanzo a leerlas. Encima del sofá morado hay tres pinturas a base de rayas que ondulan cuando se miran. Me esfuerzo por leer la firma que hay al pie de la que tengo más cerca: Bridget no sé qué.

Por encima del minibús Aga hay una foto enmarcada de dos hombres jóvenes que bajan por un río en batea. Los dos son guapos: uno es moreno y tiene una bonita sonrisa, el otro es rubio y muy consciente de su atractivo. ¿Serán pareja? ¿Se conocieron en Cambridge y de aquí la batea? Si yo fuera la típica persona con prejuicios que saca conclusiones rápidas sobre los homosexuales y las decoraciones de interiores llamativas, seguro que ya estaría dando por sentado que esta es su casa.

—No hay ningún parecido de familia. Difícilmente vería usted tres hermanos más distintos —dijo Rachel Hines, señalando la foto con la cabeza y alargándome un vaso que contenía algo de color rosa oscuro—. Los dos varones monopolizaron la belleza. Y el encanto.

O sea que de maricones, nada. Pues claro que no. Los hijos de Marchington House habrían estudiado en Cambridge. Nada de institutos politécnicos con sexualidad a tope. Lo más probable es que Rachel Hines también fuera a Cambridge, o a Oxford. Los padres que instalan en la cocina una franja de cristal verde para que corra el agua quieren que sus hijos reciban la mejor educación posible.

Me pregunto dónde estarán los padres en cuestión. ¿En el trabajo?

—Que Marcella y Nathaniel muriesen no fue culpa de Wendy Whitehead. Traté de decírselo por teléfono, pero usted me colgó. Por favor, tome asiento.

¿No fue culpa suya? Siento la boca seca y doy un sorbo a la bebida, que resulta que es zumo de arándanos.

—Pero usted me dijo que los mató.

—Ella creía que los estaba protegiendo. Yo también, por eso dejé que lo hiciera.

Espero a que se explique, esforzándome por no hacer caso del escalofrío que me sube por la espalda. Me mira rápidamente, su serenidad parece tambalearse, parece atrapada, impotente.

—¿No se lo imagina? Ya le he dicho que es enfermera.

—He leído las notas de Laurie. No había ninguna enfermera en su casa cuando... Usted estaba sola con los pequeños, cuando murieron.

—Wendy puso a Marcella y a Nathaniel la primera vacuna contra el tétanos, la difteria y la tos ferina. Usted no tiene hijos, ¿verdad?

Niego con la cabeza. Vacunas. Habla de vacunas. Recuerdo haber leído algo en la prensa hace tiempo sobre unos hippies chiflados que se negaron a inmunizar a sus hijos y que prefirieron combatir las enfermedades con ginseng y aceite de pachulí.

—Cuando se vacuna a los niños, gritan. Hay que sujetarlos mientras les ponen la inyección, pero nadie piensa que se les esté haciendo daño. Toda madre piensa que cumple con una obligación. Una madre no hace comparaciones, no piensa en esas otras circunstancias en que se vacuna contra la voluntad del paciente, unas circunstancias horrendas...

La aparto de mi camino, me acerco a la mesa de la cocina y dejo el vaso. Me alegro de no haberme sentado.

—Me marchó. No debería haber venido.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Es que no está claro? —A duras penas reprimo mi decepción—. Se lo está inventando usted todo. En su juicio no se dijo nada sobre ninguna vacuna.

—Bien observado. ¿No me pregunta la razón?

—Se lo está inventando, ahora pretende decir que lo que les ocurrió a Marcella y a Nathaniel se debió a las vacunas que se ponen habitualmente en la infancia y quiere comparar esa experiencia con las inyecciones que ponen a los condenados a muerte.

—Usted no tiene la menor idea de lo que quiero decir porque no me deja acabar. Marcella nació dos semanas antes de tiempo, ¿lo sabía?

—¿Qué tiene que ver eso con lo sucedido?

—Si se marcha ahora, no lo sabrá.

Me inclino para recoger el bolso. Ahora que sé que no voy a hacer un documental sobre una asesina llamada Wendy Whitehead que casi salió bien librada, no veo ninguna razón para quedarme. Rachel Hines tiene que enterarse. ¿Qué mentira me contará a continuación?

—¿Por qué está tan enfadada conmigo? —pregunta.

—No me gusta que me mareen. No finja ahora que no ha estado jugando conmigo desde el primer telefonazo; primero insistió en ir a mi casa en plena noche, luego se va. Me llama y me dice que Wendy Whitehead mató a sus hijos, pero muy oportunamente omite mencionar lo de las vacunas...

—Usted me colgó el teléfono.

—Por su culpa he mentido a la policía. Me preguntaron si conocía su dirección y les dije que no. En teoría he dejado el trabajo en suspenso hasta que me den luz verde. No debería estar aquí. —El bolso me resbala por el hombro. Voy a cogerlo, pero cae al suelo—. Usted me envió las tarjetas y la foto, ¿verdad? Fue usted.

En su cara se pinta el desconcierto, pero el desconcierto es una expresión fácil de adoptar.

—¿Tarjetas? —dice.

—Dieciséis números formando un cuadrado. La policía piensa que quien las envió podría... agredirme o algo parecido. No lo dijeron de ese modo, pero sé que es eso lo que piensan.

—Vayamos por partes, Fliss. Háblémoslo con calma. Yo le juro que no le he enviado...

—¡No! ¡No quiero hablar con usted! Me voy de aquí ahora mismo y no vuelva a llamarme... quiero que me dé su palabra. Sea cual sea su juego conmigo, ya ha terminado. ¡Dígalo! Dígame que me dejará en paz.

—No se fía de mí, ¿verdad?

—¡Eso es decir poco! —Nunca he hablado a nadie con tanta mala baba, en toda mi vida.

—En ese caso, mi palabra no tiene ningún valor.

—¡Precisamente! —digo, echando a andar hacia la puerta de la calle. La mentira que conté a la policía carecerá de importancia si rectifico en seguida. Llamaré al agente Simon Waterhouse, le diré que Rachel Hines está en Marchington House, en Twickenham, y que estoy segura de que es la persona

que me envió los números. No sé por qué no se me ocurrió antes. Recibí la primera tarjeta el miércoles por la mañana. Fue el miércoles cuando recibí su primera llamada. ¿Recapacitó el jueves y preparó una lista? ¿Punto primero: abandonar los demás planes y dedicar todo el tiempo a marear a Fliss Benson?

—¡Fliss! —Me sujeta el brazo y tira de mí.

—¡Déjeme! —Me siento aturdida, me tiemblan las piernas, como si al tocarme me hubiera inyectado miedo puro en las venas. Recuerdo al agente Waterhouse diciéndome que no fuera a ningún sitio sola.

—¿Cree que los maté yo? —pregunta—. ¿Cree que maté a Marcella y a Nathaniel? Dígame la verdad.

—Es posible. No lo sé. Nunca lo sabré, no lo sabrá nadie, únicamente usted. Si tuviera que hacer conjeturas, basándome en lo poco que sé de usted, diría que sí, creo que es probable que lo hiciera usted. —Bueno, ya lo he dicho, y que te den por el culo, Laurie, si eres telépata y me has oído y ahora cabeceas de asco. Nunca te molestaste en preguntarme qué pensaba yo de tus protegidas. Helen, Sarah y Rachel. Mi opinión no cuenta. Cuenta tan poco como el polvo que pegamos ayer.

Rompo a llorar sin previo aviso. Dios mío, Dios mío, Dios mío. Me esfuerzo por dominarme, pero es inútil. Me siento como una persona que no sabe nadar y se acerca a una catarata. Ni siquiera siento la humedad de las lágrimas en mis mejillas y durante unos minutos estoy demasiado conmocionada por lo que hace mi cuerpo sin mi permiso para darme cuenta de que alguien me sujeta con fuerza y para comprender, porque no hay nadie más allí, que ese alguien es Rachel Hines.

—No voy a hacerle preguntas. Probablemente no querrá hablar.

Niego con la cabeza. Estoy sentada en el diván morado de la cocina, concentrada en dar sorbos al zumo de arándanos. Puede que cuando lo termine no me sienta tan en ridículo. Rachel está sentada a la mesa, en el otro extremo de la cocina, procurando mantenerse a una distancia prudencial. Como si las dos pudiéramos olvidar que la tía ha estado dándome la paliza la última media hora.

—Yo no le he enviado ninguna tarjeta con números —dice—. Ni fotografías. ¿Preguntó a los policías por qué pensaban que el remitente podía agredirla? Si está en peligro, tiene derecho a saber lo que pasa. ¿Por qué no...?

—No necesito que nadie me oriente en la vida —murmuro con acritud.

—Y si lo necesitara, no me contrataría a mí —dice, resumiendo lo que opino sobre ese tema—. Puedo explicarle por qué me marché el miércoles por la noche, pero temo ofenderla.

Me encojo de hombros. Me siento ya despreciada, humillada y aterrorizada;

que encima me ofendan no me hará ningún daño.

—No me gustó su casa —añade.

Levanto los ojos para comprobar que he oído bien.

—¿Qué?

—Tiene un aspecto desastroso. La pintura de los marcos de las ventanas está desconchada.

—No es mía. Yo vivo en el sótano en régimen de alquiler, eso es todo.

—¿Es bonito?

No puedo creer que estemos hablando en serio.

—¿El piso? No, no es bonito. Es... veamos... cinco millones de veces menos bonito que esta casa. Es pequeño y húmedo, y lo único que puedo permitirme.

—Me pregunto si estoy en condiciones de matizar: «lo único que podía permitirme hasta ahora». Pero ¿por qué molestarme? En cuanto Maya se enteró de la nueva opinión que tiene Rachel Hines sobre mí, por no hablar de la de Laurie, me quedaré sin empleo y probablemente sin casa. Incluso los pisos cochambrosos de Kilburn cuestan dinero.

—Al ver por fuera su casa, supe que no me iba a gustar por dentro. Me esforcé por decirme a mí misma que no importaba, que estaría perfectamente, pero comprendí que era inútil. Nos imaginé sentadas y hablando en una habitación deprimente, con carteles clavados con chinchetas al yeso de las paredes y una colcha encima del sofá para tapar las manchas, y... —suspira—. Sé que esto que digo es poco humano, pero quiero ser sincera con usted.

—No puedo quejarme. Yo la acusé de ser una asesina.

—No, no me acusó. Usted dijo que no lo sabía. Hay una gran diferencia.

Desvió la mirada, molesta por haber permitido que me obligara a expresar mi opinión.

—Desde que estuve en la cárcel, he... No soporto estar en un sitio que no sea...

—¿Una mansión despampanante? —digo con sarcasmo.

—Un entorno físicamente incómodo, cualquier medio desagradable... hace que me sienta físicamente mal —dice—. No acabé de acostumbrarme. La cárcel me cambió en muchos aspectos, pero eso fue lo primero que noté, la primera noche que pasé fuera. Angus y yo habíamos roto ya. No tenía casa donde ir, así que me fui a un hotel. —Aspira una profunda bocanada de aire, encogiéndole la barbilla.

«De solo tres estrellas, seguro». Pero no lo digo. Es demasiado fácil ser cruel con ella y sé que me divertiría mucho. No es culpa suya que me echase a llorar y me pusiera en evidencia.

—No me gustó la habitación que me dieron, pero me dije que no importaba. Solo iba a estar allí unas noches mientras encontraba un sitio más permanente. Tenía esas náuseas que parece que no se van a ir, como cuando te mareas yendo en coche, pero meforcé por superarlas.

—¿Qué le pasaba a la habitación? —pregunto—. ¿Estaba sucia?

—Es posible. No lo sé. —Detecto impaciencia en su voz, como si le hubiera hecho la misma pregunta cientos de veces y fuera incapaz de dar una respuesta—. Lo que más me molestaba eran las cortinas.

—¿Sucias? —insisto.

—No me acerqué para averiguarlo. Eran demasiado finas y demasiado cortas. En vez de colgar hasta el suelo llegaban solo hasta la base de la ventana. Era como si hubieran clavado dos pañuelos en la pared. Y colgaban de una asquerosa barra de plástico, sin sobrepuerta ni nada que la cubriera. Se podía ver la cuerda detrás de la parte superior de la tela. —Se estremece—. Eran asquerosas. Tenía ganas de escapar de allí gritando. Sé que parece una chifladura.

Solo un poco.

—En la pared había un cuadro de una urna de piedra, con flores alrededor de la base. Tampoco me gustaba. Tenía un aspecto desteñido. Los colores no pegaban. —Se frota el cuello, se pellizca la piel con los dedos—. Al principio no supe si me desagradaba porque era una urna cineraria, ya sabe, la relacionaba con la muerte, pero pensé que no. Marcella y Nathaniel no fueron incinerados, sino enterrados. —Habla con tanta naturalidad que me pone la carne de gallina. «Ya sabe, la relacionaba con la muerte». ¿Cómo puede decir eso la madre de dos niños muertos y quedarse tan tranquila?

—En cualquier caso, no podía hacer nada para impedirlo —prosigue, sin advertir mi reacción—. Habría podido pedir otra habitación sin necesidad de dar explicaciones, porque no tenía ninguna, hasta que abrí los grifos del cuarto de baño y no salió nada. No había agua. Me entró tanta alegría que me eché a llorar y corrí al teléfono: ya tenía una buena excusa y sabía que tendrían que trasladarme. Era una tontería, porque en el fondo no me importaba no tener agua, me habría bastado ir al minibar y utilizar una botella para cepillarme los dientes y lavarme la cara. Lo único que quería era alejarme de aquellas dichosas cortinas. —Me mira con una sonrisa titubeante—. Las de la nueva habitación eran más presentables. Seguían siendo cortas, pero por lo menos había una sobrepuerta que tapaba la barra y el tejido era más grueso. A pesar de todo... —Cierra los ojos. Espero con impaciencia que me cuente qué nuevos horrores la aguardaban en la nueva habitación: los trozos de uñas de los pies que el anterior ocupante había amontonado en la mesita de noche. Pensarlo me pone enferma; trato de borrar la imagen de mi

cabeza. «El jurado no tendrá en cuenta las recortaduras curvas, duras y amarillentas de las uñas de los pies».

—También allí había una pintura de una urna en la pared, la misma pared que en la otra habitación, la que quedaba enfrente de la cama. —Por la expresión obsesiva de su cara y su voz trémula cualquiera pensaría que recuerda una matanza. Puede que sea eso. Me doy cuenta de que he contenido el aliento.

Hay un largo intervalo hasta que vuelve a hablar.

—No era exactamente la misma pintura, como es lógico. Pero era una copia idéntica. Debía de haber una en cada habitación: clones que se disfrazan de arte. ¡Mierda asquerosa que se fabrica en serie!

¿De veras? ¿Se trata de eso?

—Entonces sentí náuseas, sentí literalmente ganas de vomitar. Recogí mis cosas y me marché con viento fresco, sin saber adónde iba. Paré un taxi en la calle y me oí recitar al conductor mi antigua dirección de Notting Hill.

—¿Fue a la casa de su exmarido? —¿Y por qué no a esta, a Marchington House?

—A casa de Angus. Sí. —Veo en sus ojos una expresión de lejanía—. Le dije que no podía quedarme en el hotel, pero no le expliqué por qué. Si le hubiera dicho que no había ninguna diferencia entre la habitación de un hotel y una celda de Geddarn Hall, no lo habría entendido.

—Pero... ustedes habían roto. Él creía que usted había...

—Matado a nuestros hijos. Sí, lo creía.

—¿Por qué acudió a él en tal caso? ¿Y por qué la dejó entrar? ¿La dejó entrar?

Asiente con la cabeza. Cuando veo que avanza hacia mí, me pongo tiesa, pero se limita a sentarse en el otro extremo del diván, para que siga habiendo entre nosotras una distancia cómoda.

—Podría explicarle por qué —dice—. Por qué me comporté como me comporté, por qué Angus se comportó como se comportó. Pero no tendría sentido fuera de contexto. Me gustaría contarle toda la historia, desde el principio, la historia que nunca he contado a nadie. La verdad.

No quiero oírla.

—Puede usted hacer su documental —dice, con energía renovada en la voz. No sé si me lo pide o me lo ordena—. No sobre Helen Yardley ni sobre Sarah Jaggard. Sino sobre mí. Sobre mí, sobre Angus, Marcella y Nathaniel. La historia de lo que sucedió en nuestra familia. Es mi única condición, Fliss. No quiero compartir la hora, las dos horas, el tiempo que dure, con nadie más, por muy digna que sea su causa. Siento parecer egoísta, pero...

—¿Por qué yo? —pregunto.

—Porque usted no sabe qué pensar de mí. Lo percibí en su voz la primera vez que hablé con usted: la incertidumbre, la duda. Necesito su duda; gracias a ella me escuchará usted con atención, porque usted quiere saber, ¿verdad? Casi nadie escucha. Laurie Nattrass, desde luego, no. Usted será objetiva. La película que hará no me retratará como víctima indefensa ni como asesina, porque no soy ninguna de las dos cosas. Usted enseñará al público quién soy realmente, quién es Angus, cuánto amábamos a Marcella y a Nathaniel.

Me pongo en pie, ahuyentada por la determinación que leo en sus ojos llameantes. Tengo que irme antes de que ella elija por mí.

—Lo siento —digo con firmeza—. No soy la persona más indicada.

—Sí lo es.

—No lo soy. Y usted no diría eso si supiera quién fue mi padre. —Bueno, ya lo he dicho. No puedo desdecirme ahora—. Olvídalo —murmuro, sintiéndome otra vez peligrosamente cerca del llanto. Eso es lo que me inquieta: mi padre, no Laurie. Nada que ver con Laurie y por eso ligeramente menos lastimoso. Un padre trágicamente fallecido es una razón más convincente para llorar que el amor no correspondido de un gilipollas sin remedio—. Me voy —digo—. No debería haber venido. —Recojo el bolso, como si tuviera realmente intención de marcharme. Pero me quedo donde estoy.

—A mí me da igual quién sea su padre —dice Rachel—. El primer jurado que pensó que yo era culpable, el juez que me condenó a dos cadenas perpetuas... Aunque creo poco probable que su padre sea la jueza Elizabeth Geilow. —Sonríe—. ¿Cómo se llama?

—Está muerto. —Vuelvo a sentarme. No puedo estar de pie y hablar de mi padre al mismo tiempo. Tampoco lo he intentado nunca. La verdad es que ni siquiera he hablado de eso con mi madre. ¿Verdad que es estúpido?—. Se suicidó hace tres años. Se llamaba Melvyn Benson. Probablemente no habrá oído hablar de él. —Aunque él había oído hablar de usted—. Era director de Servicios de Infancia de...

—Jaycee Herridge.

Doy un respingo al oír este nombre, aunque sé que es ridículo. Jaycee Herridge no mató a mi padre. La pequeña solo tenía veinte meses. Me siento atrapada, como si algo que se hubiese abierto se hubiera cerrado de pronto. No debería haber dicho nada. Después de años de contención y silencio, ¿por qué contárselo precisamente a Rachel Hines?

—¿Su padre fue el asistente social desacreditado que se suicidó?

Afirmo con la cabeza.

—Recuerdo que alguien habló de eso en la cárcel. Yo evitaba los noticiarios y

la prensa todo lo que podía, pero había muchas reclusas que se interesaban con mucha avidez por las desgracias de los demás: era una distracción como otra cualquiera.

Trago saliva. Me cuesta aceptar la idea de que el sufrimiento de mi padre haya servido para entretener a la bárbara población reclusa. Me da igual que esto signifique que tengo prejuicios; si son capaces de disfrutar con la desgracia de mi padre, solo se me ocurre que son basura que merece estar entre rejas. De ese modo estamos en paz.

—¿Fliss? Cuéntemelo.

Tengo la más extraña de las intuiciones: que siempre he sabido, en lo más hondo, que esto sucedería. Que Rachel Hines es exactamente la persona a quien quiero contárselo.

Le expongo los hechos con voz neutral. Jaycee Herridge fue ingresada veintiuna veces durante su primer año de vida, con lesiones que según sus padres se debían a accidentes: hematomas, cortes, hinchazones, quemaduras. Cuando tenía catorce meses, la madre la llevó al consultorio del médico con los dos brazos rotos, alegando que se había caído del cochecito de paseo y estrellado contra el suelo de cemento de un patio. El médico de cabecera conocía el historial y no se creyó la versión de la madre ni por un momento. Avisó a los Servicios Sociales, deseando haberlo hecho meses antes en vez de dejarse engatusar por las tazas de té y las mentiras de los padres de Jaycee, que siempre se esforzaban por tranquilizarlo cuando iba a su casa, dando muchos abrazos a la niña y haciéndole toda clase de fiestas.

La asistente social asignada al caso pasó los siguientes cuatro meses haciendo cuanto estaba en su mano por alejar a Jaycee de la casa de sus padres. Contaba con el apoyo de la policía y de todos los profesionales de la salud que habían tenido contacto con la familia, pero el departamento de servicios legales del ayuntamiento consideró que no había suficientes pruebas de malos tratos para recomendar que la niña quedase a cargo de las autoridades. Fue un error fatal por parte de un joven funcionario que debería haber sabido que en los tribunales de lo familiar no hay necesidad de demostrar la culpabilidad más allá de una duda razonable. Lo único que hacía falta era que un juez, basándose en un cálculo de probabilidades, llegara a la conclusión de que la niña iba a estar más segura al cuidado de las autoridades locales que con sus padres y, dadas la seriedad y cantidad de las lesiones verificadas, era lo que seguramente habría sucedido si el caso hubiera llegado al tribunal.

Como director de los Servicios de Infancia, mi padre debería haberse dado cuenta de este error, pero no fue así. Estaba sobrecargado de trabajo y con mucha tensión a causa de las montañas de expedientes que se acumulaban en su mesa. Y en cuanto vio en la cubierta del expediente la expresión «sin pruebas suficientes para tomar medidas» y debajo la firma del funcionario del departamento legal, no hizo más indagaciones. Jamás se le habría ocurrido quitarle una criatura a sus padres contra la recomendación del departamento, como tampoco que un funcionario que trabajaba en protección infantil fuera tan incompetente como para confundir las pruebas civiles con las criminales.

A causa de su infundada confianza y de la estupidez del funcionario, Jaycee quedó al cuidado de sus padres, que acabaron por matarla en agosto de 2005, cuando la pequeña tenía veinte meses. El padre se declaró culpable de matarla a puntapiés y fue condenado a cadena perpetua. La madre no fue acusada de nada porque fue imposible demostrar que estuviera implicada en los actos de violencia contra la niña.

Mi padre dimitió. El médico de cabecera de Jaycee dimitió. El funcionario municipal se negó a dimitir y finalmente fue cesado. Nadie recuerda hoy sus nombres y, aunque todos conocen el nombre de Jaycee Herridge, pocos podrán decir que los padres se llamaban Danielle Herridge y Oscar Kelly.

Mi padre no pudo perdonárselo. En agosto de 2006, una semana antes del primer aniversario de la muerte de la pequeña, ingirió treinta somníferos con una botella de whisky y no despertó. Debí de planearlo con mucha antelación. Había animado a mi madre para que pasase el fin de semana en casa de su hermana, para que no lo encontrase a tiempo y le salvara la vida.

Podría contar a Rachel Hines muchas más cosas. Podría contarle que el último año de vida de mi padre le estuve mintiendo a todas horas, fingiendo que no lo consideraba culpable de meter la pata de un modo tan trágico, cuando una voz gritaba en mi cabeza sin cesar: «¿Por qué no investigaste? ¿Por qué aceptaste la palabra de otro cuando estaba en juego una vida humana? ¿Qué clase de cretino inútil eres?». Siempre me he preguntado si mi madre fingía también o si se creía lo que repetía una y otra vez: que no había sido culpa de su marido y nadie podría decir nunca lo contrario. ¿Cómo podía creerse una cosa así?

Vuelvo al presente haciendo un esfuerzo. Tengo que terminar de explicarme para luego irme a toda pastilla.

—Lo que usted no sabe, porque es imposible que lo sepa, es que poco antes de matarse me habló de usted.

—¿Su padre le habló de mí?

—No solo de usted: de ustedes tres. Helen Yardley, Sarah Jaggard...

—Nosotras tres. —Rachel sonríe como si le hubiera dicho algo gracioso. Su sonrisa desaparece y se pone mortalmente seria—. Helen Yardley y Sarah Jaggard me importan muy poco —prosigue—. ¿Qué le dijo su padre de mí?

Me siento una sádica, pero después de llegar tan lejos, difícilmente podría negarme a responder.

—Pasamos aquel día fuera, él, mi madre y yo. Fue uno de los muchos viajes que mi madre preparó para animar a mi padre, después de la muerte de la niña. Que no sirvieran de nada y que saltara a la vista que mi padre había perdido la alegría no nos impedía intentarlo. Después de comer, mi madre y yo charlábamos con risas y bromas, como si todo fuera estupendamente. Mi padre leía el periódico. Traía un artículo sobre usted, sobre su caso. Creo que

se mencionaba lo de la apelación, que usted pensaba apelar o que podía hacerlo, no lo sé.

Probablemente fue Laurie quien lo escribió.

—Mi padre tiró el periódico y dijo: «Si Rachel Hines recurre y gana la apelación, no habrá esperanza».

Rachel aprieta los labios. Salvo esto, ninguna reacción.

—Estaba temblando. Hasta aquel momento no había mencionado el nombre de usted. Mi madre y yo no supimos qué decir. Se creó una tensión horrible. Las dos sabíamos... —Me detengo. No sé cómo decirlo sin que suene como un tiro a bocajarro.

—Ustedes sabían que si él estaba pensando en mí, entonces es que pensaba en los niños muertos.

—Sí.

—Y era peligroso para él pensar en eso.

—Dijo: «Si dejan que Rachel Hines salga de la cárcel, en este país no volverán a condenar a ningún progenitor que mate a una criatura. Todos los que trabajan en protección infantil podrían recoger sus cosas e irse a casa. Morirán más niños como Jaycee Herridge y nadie podrá hacer nada para impedirlo». Tenía una expresión en los ojos... no sé, de ferocidad, como si hubiera tenido una visión sobre el futuro y... —Y lo hubiera inducido a desear la muerte. No me atrevo a decirlo en voz alta. Estoy convencida, siempre he estado convencida de que mi padre se mató porque no quería estar en este mundo ni si liberaban a Rachel Hines ni cuando la liberasen.

—Su padre tenía razón —dice con voz amable—. Si todas las madres condenadas por haber matado a sus hijos recurren y ganan la apelación, el mensaje está claro: las madres no matan ni pueden matar a sus hijos. Y sabemos que eso no es verdad.

—Se puso a gritar. —Rompo a llorar otra vez, pero ahora no me importa—. «¡De pronto, todas son inocentes, Yardley, Jaggard, Hines! Las tres juzgadas por homicidio, dos condenadas, pero las tres inocentes. ¿Cómo es posible?». Me gritaba a mí, gritaba a mi madre, como si fuera culpa nuestra. Mi madre fue incapaz de soportarlo y salió corriendo del restaurante. Yo le dije: «Papá, nadie dice que Rachel Hines sea inocente. No sabes si piensa recurrir, y aun en el caso de que recurra, no sabes si ganará».

—Tenía razón. —Rachel se pone en pie, pasea sin tomar una dirección concreta. Odiaría mi cocina. Es demasiado pequeña para pasear de ese modo. Le entrarían náuseas—. Mi caso, en efecto, cambió la legislación. Al igual que su padre, los tres jueces que atendieron mi recurso no me vieron como a una persona concreta. Me vieron como a la número tres, después de Yardley y Jaggard. Todos nos metían en el mismo saco, las tres asesinas de niños. —

Arruga el entrecejo—. No sé por qué acabamos siendo famosas. En la cárcel hay muchas mujeres encerradas por matar niños, propios y ajenos.

Pienso en el artículo de Laurie. «Helen Yardley, Lorna Keast, Joanne Bew, Sarah Jaggard, Dorne Llewellyn... la lista es muy larga».

—¿Habrían anulado mi sentencia si Helen Yardley no hubiera sentado un precedente? Ella fue la primera que despertó el interés de Laurie Nattrass. Fue su caso el que hizo que Nattrass cuestionara la profesionalidad de Judith Duffy, gracias a lo cual me concedieron permiso para recurrir. —Se vuelve hacia mí con cara de irritación—. No tuvo nada que ver conmigo. Fueron Helen Yardley, Laurie Nattrass y JPCI. Ellos convirtieron el asunto en tema político. No se trató ya de casos individuales: el de Sarah Jaggard, el mío... No éramos personas concretas, éramos un escándalo nacional: víctimas de una médica malvada que quería encerrarnos para siempre. ¿Sus motivos? Maldad pura y simple, porque todos sabemos que algunos profesionales de la medicina son malas personas. Ah, todos sentimos debilidad por las historias de médicos corruptos y Laurie Nattrass es un brillante autor de historias. Por eso el ministerio fiscal aceptó negociar y me ahorraron un nuevo juicio.

—Porque el bosque impide a Laurie ver los árboles.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —Está de pie, inclinada sobre mí.

—Mi jefa, Maya, dijo que usted había dicho eso de él. Pensó que lo había dicho mal, pero usted quería decir exactamente lo que dijo, ¿verdad? Que Laurie la veía a usted como a una víctima injustamente acusada, no como a una persona concreta. Por eso quiere usted que el documental sea sobre usted sola, sin Helen Yardley ni Sarah Jaggard.

Rachel se arrodilla en el diván, a mi lado.

—No subestime nunca las diferencias que hay entre las cosas, Fliss; su vivienda en aquella horrible finca de Kilburn y esta casa; un buen cuadro y una urna impersonal fabricada en serie; la gente que solo es capaz de ver desde su estrecha perspectiva y la gente que ve la imagen general. —Vuelve a pellizcarse el cuello, la piel se le pone roja. Sus ojos brillan cuando los posa en mí—. Yo veo la imagen general. Creo que usted también.

—Hay otra razón —digo, aunque la taquicardia me avisa que no es aconsejable decirlo. «Aguanta firme». Ya lo he pensado, así que tengo que ver cómo reacciona—. Hay otra razón para que no quiera usted figurar en el mismo programa que Helen Yardley y Sarah Jaggard. Usted cree que ellas son culpables.

—Se equivoca. No lo creo, de ninguna de las dos. —Su voz está cargada de emoción cuando prosigue—. Se equivoca usted conmigo, tanto como he acertado yo con usted, pero usted recapacita y eso es lo que importa. Si no estaba convencida, lo estoy ahora: ha de ser usted, Fliss. Usted tiene que hacer el documental. La historia debe contarse y es necesario que se cuente ahora, antes de... —Se detiene, sacude la cabeza.

—Usted ha dicho que su caso cambió la legislación —replico, esforzándome por adoptar un estilo profesional—. ¿Qué ha querido decir?

Da un bufido de desprecio y se frota la punta de la nariz.

—Los jueces del tribunal de apelación decidieron, y escribieron en el veredicto para que no hubiera equívocos, que cuando una acusación se base únicamente en un testimonio médico de carácter polémico, dicha acusación no se verá ante un tribunal de lo criminal. Lo cual significa que ahora es prácticamente imposible condenar a una madre que está a solas con su criatura y la asfixia. En general no hay más indicios en los casos de ahogamiento. La víctima no opone resistencia, ya que es una criatura, y no hay testigos, dado que habría que ser muy imbécil para asfixiar a una criatura delante de otras personas.

O que estar muy desesperada, me digo. Tan desesperada que no importe quién pueda verlo.

—La predicción de su padre fue acertada. Mi apelación ha facilitado la tarea a las madres que quieren matar a sus hijos y eludir el castigo. Y no solo a las madres: también a los padres, a los cuidadores, a cualquiera. Su padre fue lo bastante inteligente para comprenderlo. Yo no. Yo no habría apelado si hubiera sabido las consecuencias que tendría. Yo ya lo había perdido todo. Ya no me importaba estar en la cárcel o fuera.

—Pero si es inocente...

—Lo soy.

—Entonces merece estar en libertad.

—¿Hará el documental?

—No sé si voy a poder. —Siento vibrar el miedo en mi voz y me desprecio por eso. ¿Traicionaré a mi padre si lo hago? ¿Traicionaré algo más importante si no lo hago?

—Su padre está muerto, Fliss. Yo estoy viva.

No debo nada a esta mujer. No lo digo en voz alta porque no es necesario. Pero creo que salta a la vista.

—Voy a volver con Angus —dice con toda tranquilidad—. No puedo esconderme aquí para siempre, sin que nadie sepa dónde estoy. Necesito vivir de nuevo. Angus me quiere, al margen de lo que haya ocurrido en el pasado.

—¿Él quiere que vuelva?

—Creo que sí, pero si me equivoco, querrá cuando yo... —Deja la frase sin concluir.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Cuándo usted qué?

Sábado, 10 de octubre de 2009

IMPORTANTE PISTA EN EL ASESINATO DE HELEN YARDLEY

La policía que investiga el asesinato de Helen Yardley, la mujer injustamente condenada que murió de un disparo en su casa de Spilling este lunes, confirmó ayer que tiene una pista. El retrato robot de más abajo, realizado por el dibujante de la policía, es de un hombre al que la brigada criminal de West Midlands desea interrogar en relación con una agresión sufrida recientemente por Sarah Jaggard, la peluquera de Wolverhampton absuelta en el juicio por el asesinato de la niña Beatrice Furniss, de seis meses, en julio de 2005. La señora Jaggard fue amenazada con un cuchillo el lunes 28 de septiembre, en una concurrida zona comercial de Wolverhampton. El sargento Sam Kombothekra, de la brigada criminal de Culver Valley, ha declarado: «Creemos que el hombre que agredió a la señora Jaggard podría ser el mismo que mató a la señora Yardley. Hay indicios que relacionan los dos incidentes». Helen Yardley pasó nueve años en la cárcel por el asesinato de sus dos hijos pequeños, aunque la sentencia fue recurrida y anulada en febrero de 2005. En un bolsillo del cadáver se encontró una tarjeta con los dieciséis números que reproducimos abajo. El agresor de la señora Jaggard dejó en su bolsillo una tarjeta exactamente igual.

El sargento Kombothekra pide a cualquiera que reconozca al hombre retratado abajo que se ponga en contacto con él o con cualquier miembro de su equipo. Ha dicho: «Garantizamos confidencialidad absoluta, no hay, pues, motivo para temer represalias, aunque creemos que este hombre es peligroso y se ruega encarecidamente que nadie se acerque a él en ninguna circunstancia. Es urgente localizarlo cuanto antes». El sargento Kombothekra ha solicitado asimismo información sobre los dieciséis números de la tarjeta: «Deben de significar algo para alguien. Si usted lo sabe, por favor, llame a la brigada criminal de Culver Valley».

Preguntado por los posibles motivos, el sargento Kombothekra ha declarado: «La señora Yardley y la señora Jaggard fueron acusadas de crímenes atroces pero declaradas inocentes, en el caso de la señora Yardley después de que las autoridades cometieran una irreparable injusticia. No podemos descartar la posibilidad de que el motivo del hombre que buscamos sea el deseo de castigar a ambas mujeres por creer que en realidad son culpables».

2	1	4	9
7	8	0	3
4	0	9	8
0	6	2	0



10-10-2009

—No sé si son los mismos números u otros. —Tamsin Waddington adelantó la silla y se apoyó en la pequeña mesa de cocina que había entre ella y el agente Colin Sellers. El agente percibía el olor del pelo de la mujer o al menos el de la sustancia dulzona que se hubiera puesto. Tuvo que reprimir el deseo de asir la larga cola de caballo que le colgaba por el hombro derecho, para comprobar si era tan sedosa como parecía—. Ni siquiera recuerdo que hubiera dieciséis números. Lo único que sé es que había números en una tarjeta, puestos en filas y en columnas, pero lo mismo habrían podido ser dieciséis que doce que veinte...

—Pero usted está segura de haber visto la tarjeta en la mesa del señor Nattrass el día 2 de septiembre —dijo Sellers—. Eso es ser muy exactos y hace más de un mes. ¿Cómo es que...?

—El 2 de septiembre es el cumpleaños de mi novio. Y aquel día estuve rondando por el despacho de Laurie mientras reunía fuerzas para pedirle que me dejara salir antes.

—Me pareció oír que no era su jefe. —Sellers dio un suspiro. Le sentaba fatal que las mujeres atractivas tuvieran novio. Creía sinceramente que él desempeñaría un papel más brillante, si le dieran la oportunidad. No conocer a los novios implicados no alteraba en absoluto la fe que tenía en su capacidad. Como cualquier hombre con vocación, Sellers se sentía frustrado cuando le impedían hacer lo que le apetecía.

—Bueno, no era exactamente mi jefe. Yo era su investigadora.

—¿Para la película sobre las muertes súbitas?

—Eso mismo. —Tamsin se acercó un poco más al agente por encima de la mesa, con intención de leer lo que apuntaba en su cuaderno. «Hembra cotilla». Si el agente hubiera sacado la lengua en aquel momento, le habría lamido el pelo—. Parece que Laurie nunca tenía ganas de irse a casa y me daba vergüenza confesarle que yo sí —dijo—. Vergüenza por haber hecho planes que no implicaban reparar injusticias, planes que a Laurie le importaban un pimiento. Estuve rondando su mesa como una idiota y así vi la tarjeta al lado de su BlackBerry. Le pregunté por ella porque era más fácil que pedirle lo que en realidad quería.

—Esto es importante, señorita Waddington, así que, por favor, sea lo más exacta posible. —«¿Me dejarías acariciarte el pelo mientras me chupas lo que tengo aquí abajo?»—. ¿Qué le dijo al señor Nattrass a propósito de la tarjeta y qué respondió él? —Durante unos segundos, Sellers tuvo la impresión de

haber sufrido un lapsus y haberle hecho la pregunta que no debía, la calificada X, pero comprendió que no. La chica no parecía molesta, no había salido corriendo de la habitación.

—Yo se la cogí. Él no pareció darse cuenta. Yo dije: «¿Qué es esto?». Él gruñó.

—¿Gruñó? —Era todo un suplicio. ¿No podía emplear palabras menos insinuantes?

—Laurie gruñe todo el tiempo... cuando sabe que se espera de él una respuesta, pero no ha oído lo que se le ha dicho. Le funciona con casi todo el mundo, pero a mí no es tan fácil engañarme. Agité la tarjeta delante de su cara y volví a preguntarle qué era. Laurie hizo algo típico de él: parpadeó como un topo que sale a la luz después de pasar un mes bajo tierra y dijo: «¿Qué es esa porquería? ¿Me la has mandado tú? ¿Qué significan esos números?». Le dije que no tenía la menor idea. Me la quitó de la mano, la rompió, lanzó los pedazos por el aire y volvió a su trabajo.

—¿Usted lo vio romperla?

—En ocho pedazos por lo menos. Los recogí y los tiré a la papelera. No sé por qué me tomé la molestia, Laurie no se dio cuenta ni me dio las gracias, y cuando por fin me decidí a preguntarle si podía irme más temprano, dijo: «No me jodas». Si hubiera sabido que los números eran importantes, habría... — Tamsin se interrumpió y chascó la lengua como si estuviera enfadada consigo misma—. Recuerdo vagamente que el primer número era un dos, pero no podría jurarlo. No volví a pensar en ello hasta que Fliss se presentó aquí anoche, toda descompuesta, y me contó lo de la tarjeta que le habían mandado y de un espía furtivo y anónimo que a lo mejor quería o no quería matarla.

—¿Dijo el señor Nattrass si la tarjeta se la enviaron al trabajo o a su casa?

—No, pero supongo que fue al trabajo. Dudo que se hubiera molestado en llevarla a la oficina si se la hubieran mandado a casa. No parecía darle la menor importancia, como si no significase nada para él.

—¿Está segura de eso? —preguntó Sellers—. La ira podría ser una razón para romper algo en pedazos.

—Sentía ira porque le hacían perder el tiempo, eso es todo. Francamente, yo conozco a Laurie. Por eso no fue para mí ninguna sorpresa lo que me contó Fliss, que cuando le enseñó la tarjeta que había recibido, él no le dijera que había recibido otra igual. Laurie no malgasta saliva con cosas que no considera importantes.

Sellers pensó que a pesar de todo era extraño que Nattrass no le hiciera ningún comentario a Fliss Benson. Lo más lógico habría sido que le dijera: «Qué curioso: yo recibí otra igual hace unas semanas». ¿Por qué callar... si no eres la persona que le ha enviado los dieciséis números a Benson? Una copia, vamos, después de haber roto la primera edición para despistar a Tamsin.

«Pero ¿despistar de qué, so tarado? El 2 de septiembre Helen Yardley todavía estaba viva. Nattrass no puede ser el asesino, tiene una coartada y no se parece en absoluto al hombre que describió Sarah Jaggard».

Todo el mundo tenía una coartada a prueba de bomba. Judith Duffy, aunque seguía negándose a conceder entrevistas, había dejado un mensaje en el buzón de voz de Sam Kombothekra explicándole su paradero durante el lunes. Había pasado la mañana con sus abogados y la tarde en un restaurante con Rachel Hines. A Sellers no acaba de entrarle en la cabeza, pero no parecía haber dudas al respecto: tres camareros habían confirmado que habían llegado a la una y no se habían ido hasta las cinco.

Las hijas y yernos de Duffy —Imogen y Spencer, Antonia y George— habían estado en las Maldivas. Habían salido de Gran Bretaña antes de que Sarah Jaggard fuese agredida y habían vuelto el miércoles, dos días después de la muerte de Helen Yardley. Sellers había entrevistado a los cuatro el día anterior, con lo cual se había quedado sin su tradicional curry nocturno de los viernes. No solía dejarse dominar por las emociones del trabajo, pero había empezado a sentirse crecientemente incómodo mientras oía las explicaciones de los cuatro, uno tras otro, en el sentido de que les importaba un carajo si no volvían a ver a Duffy. «No tiene corazón», dijo Imogen. «Destruyó la vida de mujeres inocentes para medrar en su trabajo. Más bajo no se podría caer». Antonia no se mostró tan maniquea. «Ya no volveré a sentir lo mismo por mamá», dijo. «Estoy tan enfadada con ella que no podría dirigirle la palabra en este momento. Quizá más adelante».

Para los dos yernos era un motivo de escándalo. Uno llegó al extremo de afirmar que se habría pensado dos veces lo de casarse con su hija si hubiera conocido sus antecedentes. «Mis hijos no dejan de preguntarme por qué sus compañeros de colegio se ríen de ellos, diciendo que su abuela aparece en todos los periódicos», dijo con voz indignada. «Uno tiene ocho años y el otro seis, y no lo entienden. ¿Qué puedo decirles?».

Sellers no había podido resistir la tentación de preguntarles, aunque no tenía nada que ver con la investigación, cómo se llevaban Duffy, sus hijas y sus yernos antes de que Laurie Nattrass llamara la atención del público sobre la falta de ética profesional de la médica. «Estupendamente», había dicho Imogen con voz trémula. Antonia había afirmado con la cabeza con más entusiasmo. «Antes de que estallara la pesadilla, éramos una familia normal».

El agente no habría soportado la idea de que sus hijos dijeran algún día algo parecido de él: que no tenía corazón, que no quisieran dirigirle la palabra. Si dejara a Stacey, ¿haría esta que Harrison y Bethany lo odiasen?

Suki —la mujer a la que venía viendo a espaldas de Stacey desde hacía casi diez años— pensaba que sí. Se lo había dicho muchas veces y él había terminado por creerla. Suki hablaba de Stacey como si la conociera mejor que Sellers, aunque ni siquiera la conocía de vista.

En cualquier caso, Suki no quería a Sellers para estar con él las veinticuatro horas del día. Lo quería solo a tiempo parcial. «Así no te quedarás sin mí ni sin tus hijos», le decía a menudo. Sellers estaba casi tan harto de Suki como

lo estaba de Stacey. Les habría dicho a las dos dónde podían irse si a cambio conseguía pasar una noche con Tamsin Waddington. Incluso se conformaría con una hora...

—¿Ha oído lo que le he dicho?

—Perdón.

—Entiendo que es usted un hombre, pero ¿no podría prestarme atención?

Sellers aventuró una sonrisa.

—Usted sería una buena inspectora —dijo.

—Que Laurie tenga problemas para comunicarse con los demás no tiene nada de sospechoso —dijo Tamsin—. Si le dijera a Fliss: «Qué interesante: también yo he recibido una tarjeta así, con dieciséis números, pero hace unas semanas», eso, ¿eh?, eso sí sería sospechoso. Una vez me dijo: «Dónde está ese café que he pedido» tres segundos después de habérselo dado. Le señalé la taza que tenía en la mano derecha y replicó: «¿Tú me has dado esto?». Lo derramó y tuve que llevarle otro.

Sellers, pese a todo, no estaba convencido. Natrass había omitido mencionar que le habían enviado los dieciséis números no solo a Fliss Benson, sino también a Waterhouse, durante la conversación telefónica que habían sostenido. Tenía que saber ya que la tarjeta era importante, si un policía preguntaba por ella. Waterhouse le había preguntado si últimamente había recibido correo fuera de lo normal, postal o electrónico, y Natrass había eludido la respuesta. Le habían descrito la tarjeta recibida por Fliss Benson y no había dicho nada sobre la que había recibido él. ¿Era esa la conducta de un hombre inocente?

—Estoy preocupada por Fliss. —La desafiante actitud de Tamsin sugirió a Sellers que haría bien en sentir lo mismo—. Leí el periódico esta mañana, ¿por qué cree que llamé a la policía? Sé que en el cadáver de Helen Yardley encontraron una tarjeta como la que recibieron Fliss y Laurie. Sé que agredieron a Sarah Jaggard y que el agresor dejó en su bolsillo una tarjeta con dieciséis números. Pero no tiene sentido. —Arrugó la frente.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Que en el caso de Helen Yardley y el de Sarah Jaggard la violencia se produjera antes. Las agredieron y les dejaron una tarjeta. Fliss y Laurie recibieron otras por correo postal, pero no han sido agredidos. Puede que no les hagan daño, porque en caso de que quisieran hacérselo, se lo habrían hecho ya, ¿no cree?

«Por ese motivo el comisario Barrow no autorizará la protección». Por eso y por el odio que sentía por el Muñeco de Nieve.

—Fliss no se encuentra bien —dijo Tamsin—. Creo que está muy asustada,

pero insiste en que no, y yo estoy casi segura de que hay algo que no me cuenta, algo que tiene que ver con la tarjeta. Los números. Esta mañana se fue sin decirnos adónde iba, ni a mí ni a Joe, y no tengo la menor idea de dónde estará ahora. Y...

—¿Y? —la invitó Sellers.

—Prometió a un policía con el que habló que no trabajaría en la película, pero ha seguido trabajando. Bueno, esto es delatarla —dijo con orgullo—. No me importa ser una chivata si eso la pone a salvo. Ayer estuvo viendo a Ray Hines.

—¿Dónde?

—En casa de sus padres, creo.

—¿De los padres de la señorita Benson?

—No, de Ray Hines.

Sellers se mordió el labio por dentro. Aquello no pintaba bien. Waterhouse iba a ponerse furioso.

—Ha hecho bien diciéndomelo. —Sonrió. Tamsin le devolvió la sonrisa.

«Vale, cielo mío, límpiame, ya está aquí el taxi. Son las cuatro de la madrugada, cielo mío, paga tú...».

Joder. Había vuelto la voz. Últimamente a Sellers le costaba olvidar lo que Gibbs pensaba de él cuando estaba cerca de una o varias mujeres; aquello minaba su confianza. Había oído su voz el sábado anterior por la noche, poco antes de comportarse como un memo total. Había sido como si Gibbs estuviera allí con él, susurrándole al oído. Incluso habría jurado que lo oía. La culpa tuvo que ser de la bebida, porque Gibbs no estaba cerca. Gracias a Dios. Empapado de whisky Laphroaig con Timothy Taylor Landlord, Sellers había querido ligar con una mujer que había visto por el ventanal de un restaurante cuando volvía a casa andando. Había entrado y le había hecho una proposición, sin reparar en que estaba acompañada por un joven y una pareja madura. La muchacha celebraba su cumpleaños —cumplía veintiuno— con su novio y sus padres, ella se lo había dicho varias veces, pero él no había hecho caso. Había seguido insistiendo para que se fuera con él a un hotel de los alrededores. Al final, el encargado del restaurante y un camarero lo habían sacado a rastras a la calle, le habían dicho que no volviera nunca más por allí y le habían dado con la puerta en las narices. Puestos a ello, puede que hubiera tenido más suerte si se lo hubiera propuesto a la madre.

—Si el señor Nattrass o la señorita Benson se ponen en contacto con usted...

—¿Buscarán a Fliss? —preguntó Tamsin—. Si no sé nada de ella pronto, me asustaré de veras. Twickenham... ahí es donde tiene que empezar a buscar.

—¿Por qué allí?

—Creo que es allí donde viven los padres de Ray Hines. Y estoy segura de que Fliss habrá vuelto allí hoy.

Sellers anotó en su cuaderno: «Ray Hines —padres— Twickenham».

—Ella es la siguiente, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Primero casi acuchillan a Sarah Jaggard, luego disparan a Helen Yardley. Ray Hines es la número tres, ¿verdad? Tiene que ser la siguiente.

En toda mi vida he estado más contenta, pensaba la sargento Charlie Zailer. Durante toda la mañana había sentido un júbilo continuo, aunque había estado sola en casa y la alegría —como había descubierto hacía poco, ya que hasta entonces no había experimentado nada parecido— le corría con más fuerza por las venas, poniéndole la carne más brillante bajo la piel, cuando estaba entre gente. Por eso había querido rodear el cuello de Sam Kombothekra con los brazos y cubrirlo de besos —platónicos— cuando el hombre había llegado para acompañarla al despacho de Proust y por eso ahora, mientras avanzaba junto a Sam por el pasillo de la sección de la criminal, escuchando las disculpas y protestas de inocencia masculinas, sentía que su felicidad llegaba al punto culminante. Allí estaba ella con su buen amigo, aquel día radiante, hablando, respirando el aire. No le importaba que la hubieran apartado del trabajo ni cómo se había hecho. Lo único que le importaba era el papel que tenía en el bolsillo.

Había planeado no contárselo a nadie más que a su hermana —era un secreto al fin y al cabo—, pero seguía esperando que Liv le devolviera la llamada, y ahora estaba allí, paseando con Sam... Bueno, era ella quien paseaba. Él avanzaba, mirando por encima del hombro cada pocos segundos, temeroso de que el Muñeco de Nieve lo fulminase si tardaba demasiado en recoger a Charlie. ¿A quién le importaba? ¿Y a quién le importaba lo que deseara Proust? Que esperase, que esperase todo menos la urgencia por revelar que le hervía por dentro. Habría preferido decírselo a Kate, la esposa de Sam; Kate habría sido la oyente ideal, mejor incluso que Liv; pero Kate no estaba allí.

—Simon me escribió una carta de amor esta mañana.

Sam se detuvo, se dio la vuelta.

—¿Qué? —Se había adelantado demasiado. Le costaba oír nada con claridad en los pasillos del sector más antiguo de la comisaría; había allí un gorgoteo incesante, algo relacionado con las cañerías. Según Simon, hacía el mismo ruido que cuando él era un niño, en la época en que el espacio ocupado por la comisaría había albergado una piscina cubierta. Parte del edificio seguía oliendo a cloro.

—Simon me escribió una carta de amor —repitió Charlie con una sonrisa—. La vi a mi lado, en la cama, cuando desperté.

Sam arrugó la frente.

—¿Va todo bien? ¿Tú y Simon no habéis... roto? ¿Él no ha...?

Charlie rio por lo bajo.

—Ya me explicarás cómo has deducido eso de lo que acabo de decirte. Todo va bien, Sam. Todo va perfecto. Me ha escrito una carta de amor. Como Dios manda.

—Ah. Bueno. —Sam parecía confuso.

—No voy a contarte lo que pone la carta.

—No, claro que no. —Si alguna vez hubo un hombre contento de salir de un atoladero...—. ¿Vamos? —Sam inclinó la cabeza hacia el despacho del Muñeco de Nieve—. Sea lo que sea, solucionémoslo cuanto antes.

—¿Por qué estás tan nervioso? Estoy acostumbrada a esto, Sam. Desde que dejé la brigada criminal, Proust se ha acostumbrado a frotar la lámpara y esperar que yo aparezca.

—¿Por qué no te llamó a ti? ¿Por qué me envió a mí para recogerte?

—No lo sé. ¿Importa acaso? —Ahora que Charlie se lo había dicho a Sam, la nota de Simon resultaba más auténtica. Tal vez no necesitase contárselo a Liv. Liv exigiría saber con exactitud qué decía. Charlie había visto lagunas en ella, una laguna grande en particular: la palabra *amor* brillaba por su ausencia.

«Lo siento en mi interior. Sé que no lo digo nunca, pero lo siento dentro de mí».

Charlie apreciaba la sutileza. Más que apreciarla, la adoraba. La nota de Simon era perfecta; eran las mejores palabras que habría podido elegir. Solo los sosos más groseros emplearían la palabra *amor* en una carta de amor. «Vuelvo a hacerlo», se dijo, «discutir con Liv en mi cabeza».

Liv le preguntaría si Simon había firmado la carta, si había puesto las equis de los besos al final. No y no. Preguntaría por la calidad del papel. Charlie tendría que decirle que era la punta de una hoja de un cuaderno rayado que tenía junto al teléfono. A ella le daba igual. Simon era un hombre, difícilmente utilizaría papel rosa perfumado con una cenefa de flores. Liv diría: «¿Le habría dado un infarto si hubiera utilizado toda la página en vez de una punta?». Y ella habría respondido: «Qué ovarios tienes. Llevamos comprometidos año y medio y aún no nos hemos ido a la cama, ni él me ha explicado por qué no, pero oye, ¿qué importancia tiene eso ahora que me ha escrito unas palabras en un papel?».

Puede que después de aquella noche ya no fuera necesario que Simon explicase por qué no quería relaciones sexuales. Hacía media hora había dejado un mensaje en el buzón de voz de Charlie, diciéndole que la vería después, que procuraría regresar lo antes posible. Había tenido que escribir la nota por alguna razón, ya que nunca había hecho una cosa así. Puede que hubiera llegado a la conclusión de que había llegado el momento.

Charlie había arrancado otro trozo de papel antes de irse al trabajo. Había escrito: «A propósito de la luna de miel: propongas lo que propongas estará bien, aunque sea pasar dos semanas en la Pensión Beaumont». A Simon le haría gracia. La Pensión Beaumont era una casa de huéspedes que había enfrente de la casa de los padres de él. Se veía desde la ventana del salón.

—No quiere hacerte favores —decía Sam—. Por eso me envió a recogerte. Para que te preguntes a ti misma si tienes problemas.

—Relájate, Sam. No he hecho nada malo.

—Yo solo digo lo que diría Simon si estuviera aquí.

Charlie se echó a reír.

—¿Me estás ladrando? Acabas de ladrarme. Me has ladrado en serio. ¿Te pasa algo?

El apodo de Sam, por gentileza de Chris Gibbs, que lo inventó, era Stepford, a causa de su carácter educado y complaciente. En cierta ocasión había admitido delante de Charlie que la parte que más detestaba de su trabajo era practicar detenciones. Ella le había preguntado por qué y él había respondido: «Ponerle las esposas a alguien me parece muy... muy brusco».

Sam se detuvo y se apoyó en la pared, dejando caer los hombros y dando un profundo suspiro.

—¿No te ha dado nunca la sensación de que te estás transformando en otro Simon? Por pasar demasiado tiempo tan cerca...

—Aún no tengo ganas de leer *Moby Dick* y menos aún de leerla dos veces al año, o sea que me veo obligada a decir que no.

—El otro día entrevisté a los Brownlee, la pareja que adoptó a la hija de Helen Yardley. Tienen una coartada que parece una armadura medieval... Mi intención no era dedicarles más tiempo.

—¿Pero? —preguntó Charlie.

—Cuando le dije a Grace Brownlee que era policía, lo primero que se le escapó fue: «No hicimos nada malo».

—Exactamente lo que yo he dicho hace un momento.

—No. Esa es la cuestión. Tú has dicho: «No he hecho nada malo». Ella dijo: «No hicimos nada malo». Básicamente las dos frases vienen a significar lo mismo, pero sé lo que Simon habría pensado si hubiera estado allí.

Charlie también.

—«No hemos hecho nada malo» significa «No recuerdo haber hecho nada que esté mal». «No hicimos nada malo» equivale a decir: «Lo que hicimos estuvo totalmente justificado».

—Exactamente —dijo Sam—. Me alegro de no ser el único.

—Ni la mente más fuerte podría resistir el efecto lavacerebros de Simon Waterhouse —dijo Charlie.

—Quise saber de qué se estaba defendiendo Grace Brownlee, así que anoche me presenté en su casa sin avisar. No me costó mucho tenderle un lazo dándole a entender que yo ya lo sabía.

—¿Y?

—¿Qué sabes sobre los trámites de adopción?

—¿Necesitas preguntármelo? —Charlie arqueó una ceja.

—Por lo general, si hay posibilidades de que un niño a cargo de las autoridades pueda volver con sus padres biológicos, esa es la opción que se favorece. Mientras el caso se considera, el niño puede estar con una familia de acogida. Si el tribunal de lo familiar falla contra la madre biológica, los Servicios Sociales se ponen a buscar unos padres adoptivos. Pero en algunos lugares, como Culver Valley, las autoridades tienen un procedimiento que se llama plan concurrente que aplican en ciertos casos. Es muy polémico, motivo por el que muchos ayuntamientos no lo tocarían ni con guantes. Algunas personas dicen que viola los derechos humanos de los padres biológicos.

—Deja que adivine —dijo Charlie—. Paige Yardley fue uno de esos casos especiales.

Sam asintió con la cabeza.

—Eliges una pareja que crees que sería ideal para adoptar a un niño concreto, consigues que la acepten en calidad de familia de acogida, que es un trámite más rápido y sencillo que el de la adopción y dejas al niño a su cuidado lo antes posible. En teoría había posibilidades de que Paige volviera con su familia biológica, pero en la práctica todos sabían que eso no iba a suceder. Solo cuando fue oficial, solo cuando dijeron a Helen y Paul Yardley que su hija ya no era suya, se declaró a los Brownlee padres adoptivos y adoptaron a la niña que ya vivía con ellos y con la que habían establecido un vínculo más fuerte que el que normalmente se esperaría en una situación de acogida, porque extraoficialmente los asistentes sociales les habían dado a entender que se la iban a quedar para siempre.

—¿Y no es eso también una violación de los derechos humanos de otros padres adoptivos posibles? —dijo Charlie—. Ha tenido que haber casos en que el tribunal de lo familiar sorprendiera a todo el mundo fallando en favor de la madre biológica. Los asistentes sociales dirían entonces a los padres de acogida: «Vaya, lo sentimos, pero resulta que no podéis adoptar a esta criatura».

—Grace Brownlee dijo que les explicaron repetidas veces que no había garantías, así que en teoría sabían que las cosas podían no salir como esperaban, para que no se quejaran luego de que los habían engañado, pero hubo insinuaciones muy convincentes de que saldrían como esperaban y de que Paige sería pronto su hija legal. Era una niña en una situación muy especial, por ser la única superviviente de una prole cuya madre había sido sospechosa de asesinato. Los Servicios Sociales estaban decididos a hacer cuanto pudieran por ella y pensaron que los Brownlee eran los padres ideales. Los dos abogados, de clase media, ingresos elevados, casa grande y agradable...

—¿Aros en la nariz? ¿Serpientes tatuadas? —dijo Charlie. Al ver el desconcierto pintado en la cara de Sam, añadió—: Estoy bromeando. La gente es muy previsible, ¿verdad? ¿No sería fantástico conocer a un abogado respetable, aunque fuera uno solo, con una serpiente tatuada? —Dejó escapar una risa aguda—. No me hagas caso, estoy enamorada.

—Los Brownlee fueron elegidos a dedo —dijo Sam—. En principio iban a pasar por todos los requisitos y formalidades que se exigen a todas las familias que aspiran a la adopción. Un día los invitaron a una reunión y les dijeron que había una niña disponible; seguía habiendo formalidades que cumplir, pero eran simples formalidades. La buena noticia, les dijeron, era que no tendrían que esperar a que concluyeran los trámites legales: lo único que tendrían que hacer era solicitar ser padres de acogida y al cabo de pocas semanas tendrían a su futura hija viviendo con ellos. Sebastian Brownlee estuvo dispuesto, pero Grace seguía abrigando dudas. Es menos engréida que su cónyuge, más cauta. Detestaba la táctica del guiño y el codazo cómplice.

—¿Eso es entonces lo que significaba el «No hicimos nada malo»?

Sam movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Incluso después de que todo el asunto fuera oficial y estuviera sancionado por la justicia, Grace vivía con el temor de que algún día les quitaran a Paige, o Hannah, como se llama ahora, por culpa de los apaños de trastienda que se llevaron a cabo en su momento. Por mucho que la tranquilizara su marido, no acababa de convencerse de que todo estuviera en regla.

—¿Y cabe esa posibilidad? Me refiero a que les quiten a Paige.

—No es posible. El plan concurrente no es ilegal. Como tú misma has dicho, el fallo, técnicamente, puede favorecer a la madre biológica, en cuyo caso, las familias que aspiran a la adopción tienen que aguantarse, cosa que saben desde el principio.

—En cierto modo tiene lógica —dijo Charlie—. Quiero decir que, por el bien de la criatura, lo mejor es colocarla cuanto antes con los padres adoptivos.

—Es una barbaridad —dijo Sam con vehemencia—. La madre biológica piensa todo el tiempo que ella tiene preferencia. Helen Yardley debió de creer que ella y Paul tenían muchas posibilidades de quedarse con Paige: sabían que sus hijos habían fallecido de muerte natural y creían que serían tratados con imparcialidad. ¡Vana esperanza! Desde el comienzo, los Servicios Sociales y Grace y Sebastian Brownlee, dos extraños, sabían que Paige acabaría en el seno de la nueva familia. Grace se ha sentido culpable de eso desde entonces y no se lo reprocho. Así no se trata a las personas. No es justo, Charlie.

—Puede que no, pero hay un montón de cosas que no son justas y un buen porcentaje de ese montón se acumula en nuestra bandeja de asuntos pendientes. ¿Por qué te afecta tanto?

—Me gustaría fingir que mis motivos para sentirme una mierda son nobles y altruistas, pero no lo son —dijo Sam. Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. No debería haberle dicho nada a Simon. ¿En qué estaría pensando?

—Me he perdido —dijo Charlie.

—Había algo que no entendía: cómo podían los asistentes sociales estar tan seguros de que Paige Yardley no iba a volver con Helen y Paul. Quiero decir que no era un caso típico. Me imagino a una autoridad local, al tanto de los largos historiales de malos tratos y negligencias que se producen en el seno de algunas familias impresentables que dicen que no volverá a repetirse, pero que lo echan todo a perder y cometen más y peores tropelías. Que los niños de estas familias sean alejados de sus madres podría parecer una buena solución, pero Helen Yardley no era así. Si no era culpable de asesinato, entonces era totalmente inocente. Si sus hijos murieron por el síndrome de la muerte súbita infantil, cosa que aún no se había resuelto en el juicio y que en consecuencia nadie podía dudar, entonces Helen no había hecho nada malo, ¿no te parece? Entonces, ¿por qué arriesgarse a gestionar la adopción mediante el plan concurrente? Eso es lo que yo me preguntaba.

Sam dejó escapar el aliento lentamente.

—Lo cual —prosiguió— pone de manifiesto lo ingenuo que soy. Y luego dicen que se es inocente hasta que se demuestra lo contrario. Grace me dijo que los asistentes sociales sabían que Helen había matado a sus hijos y tenían amigos en el hospital que lo sabían con toda certeza, que habían estado presentes cuando Helen había ingresado a sus dos pequeños por los episodios de paro respiratorio. Una asistente social llegó a decirle a Grace que había hablado con muchos médicos, uno de los cuales era Judith Duffy, y que todos le habían dicho que Helen Yardley era, y aquí cito textualmente, «la clásica víctima del síndrome de Munchausen por poderes».

—Puede que lo fuese —dijo Charlie—. Puede que matara a sus hijos.

—Eso no es justo, Charlie. —Sam se alejó de ella. Charlie iba a seguirlo

cuando el hombre giró sobre sus talones y regresó—. Se anuló su sentencia. Ni siquiera había pruebas suficientes para un nuevo juicio. No debería habérsela juzgado la primera vez. ¿Hay algo más demencial que someter a juicio a una mujer cuando no hay pruebas sólidas de que se ha cometido un delito? No importa si lo cometió o no; hablo del elevado porcentaje de probabilidades de que no hubiera delito. He visto el sumario que manejó el ministerio fiscal. ¿Sabes cuántos médicos disintieron de Judith Duffy, alegando que era totalmente posible que Morgan y Rowan fallecieran por causas naturales?

—Tranquilízate, Sam.

—¡Siete! Siete médicos. Por fin, transcurridos nueve años, Helen limpia su nombre y un cabrón la mata, y aquí me tienes, en teoría investigando su asesinato, tratando de hacerle un poco de justicia, por su familia, por su recuerdo, ¿y qué hago yo? Escuchar a Grace Brownlee, que me cuenta que cierta supervisora del centro de encuentros afirmó haber visto a Helen tratando de asfixiar a Paige delante de ella.

—Leah Gould —dijo Charlie.

Sam la miró sin comprender.

—¿Cómo...?

—Estoy leyendo *Nada más que amor*. Simon quería que la leyera, pero es demasiado soberbio para decírmelo. Por suerte, leo sus pensamientos.

—Se supone que también yo he de leer ese libro. —Sam había puesto cara de culpable—. Proust no fue tan soberbio y nos lo recomendó.

—Y no te hace gracia.

—Procuro evitar los libros que harán que quiera suicidarme.

—Pues creo que te sorprendería —dijo Charlie—. Está lleno de héroes valientes y dignos de imitación: entre ellos el Muñeco de Nieve, aunque te cueste creerlo; Laurie Nattrass; Paul, su fiel columna conyugal. Y un abogado, su defensor... no recuerdo su nombre.

—¿Ned Vento?

—Ese. Tenía una colega, Gillian no sé qué, que por lo visto trabajó con la misma energía en favor de Helen, pero hasta ahora no ha aparecido revestida de atributos heroicos. Tengo la impresión de que Helen Yardley prefería a los hombres.

—Eso no la convierte en asesina —dijo Sam.

—Yo no he dicho eso. Digo solo que se regodea con la atención que recibe de sus valientes paladines masculinos. —Una clásica víctima del síndrome de

Munchausen por poderes. ¿No consistía este síndrome en llamar la atención?

Había otra cosa que molestaba a Charlie en *Nada más que amor*: en varias ocasiones, en el primer tercio del libro, Helen Yardley afirmaba que no había matado a sus dos criaturas; que habían muerto a causa del síndrome de la muerte súbita. Si Charlie no se equivocaba, y no lo creía probable, la muerte súbita infantil era un síndrome que describía la muerte de un niño que no podía explicarse de otra manera, así que le parecía curioso que Helen afirmase que sus hijos habían muerto por aquello, como si fuese un diagnóstico médico firme. Era tan absurdo como decir: «Mis pequeños murieron a causa de una causa que desconozco». ¿No sería más probable que una madre cuyos hijos hubieran fallecido de muerte súbita buscase una explicación plausible en vez de presentar la falta de explicación como si fuera una solución y no un misterio? ¿O es que Charlie oía en las páginas de *Nada más que amor* una siniestra música de fondo que no estaba allí?

—¿Qué no deberías haberle dicho a Simon? —preguntó.

—Nada de esto. Estaba enfadado porque los Servicios Sociales habían traicionado a los Yardley y me estaba desahogando, pero no tiene nada que ver con el asesinato de Helen y debería haber tenido la boca cerrada, sobre todo en lo referente a Leah Gould. Simon agitó en mis narices un artículo del *Observer* en el que se decía que Gould confesaba haberse equivocado: que no había presenciado un ahogamiento frustrado, que su reacción había sido exagerada y que lamentaba mucho haber contribuido a un error de la justicia...

—Deja que adivine —dijo Charlie—. Cuando le dijiste a Simon que Grace Brownlee citaba el testimonio de Leah Gould como prueba de la culpabilidad de Helen Yardley, se consumió de impaciencia por hablar con ella.

—Si Proust averigua que me sustituyó, mi vida no valdrá nada —dijo Sam con desánimo—. ¿Qué puedo hacer? Le dije a Simon que no, que rotundamente no, pero no me hizo caso. Dijo: «Quiero que Leah Gould me mire a los ojos y me cuente lo que vio». Debería decirselo a Proust...

—Pero no se lo dirás —dijo Charlie con una sonrisa.

—Pues debería. Se supone que estamos investigando el asesinato de Helen Yardley, no algo que pudo ocurrir o no ocurrir hace trece años en el centro de encuentros de los Servicios Sociales. Simon está más preocupado por descubrir si Helen Yardley era culpable de asesinato que por averiguar quién la mató. Si Proust se huele aunque sea una débil brisa, y acabará oliéndola, porque siempre la huele...

—Sam, yo no defiendo a Simon solo porque sea Simon, pero... ¿desde cuándo desestimás la historia personal de la víctima de un homicidio? Helen Yardley tenía un pasado muy dramático en el que Leah Gould, por lo que parece, desempeñó un papel crucial. Alguien debía hablar con ella. ¿Y qué, si fue hace trece años? Cuanto más averigües sobre Helen Yardley, mejor, ¿no crees? Sobre lo que hizo o no hizo.

—Proust dejó claro cuál ha de ser nuestra postura colectiva: que es tan inocente e inmerecedora de lo que le ocurrió como cualquier otra víctima de asesinato —dijo Sam, con las mejillas encendidas—. Por una vez estoy de acuerdo con él, pero no es asunto mío. Nunca es asunto mío. Simon va de aquí para allá como vendaval, haciendo lo que le da la real gana y yo ni siquiera puedo esperar controlarlo. Lo único que se me permite es sentarme y observar cómo los acontecimientos se me escapan cada vez más.

—Hay algo que preocupa a Simon más de lo que le preocupa saber si Helen Yardley fue o no una asesina de niños y más de lo que le preocupa averiguar quién la mató —dijo Charlie, insegura de si debía contárselo a Sam—. Es Proust.

—¿Proust?

—También él estuvo aquel día en el centro de encuentros. A Simon solo le interesa lo que vio Leah Gould porque quiere saber qué vio el Muñeco de Nieve: quiere saber si presencié un asesinato frustrado y mintió porque deseaba proteger a una mujer que él ya había declarado inocente. Simon solo va detrás de Proust. —Charlie admitía para sí que estaba asustada de lo lejos que podía llegar Simon. Estaba demasiado obsesionado para comportarse racionalmente. Había estado en vela casi toda la noche, rugiendo de ira porque Proust había vuelto a invitarlos a cenar. Parecía convencido de que el Muñeco de Nieve quería torturarlo imponiéndole su amistad, sabiendo que Simon no toleraba una relación de aquella índole. A Charlie le había parecido una exageración, pero cuando había expresado en voz alta sus dudas, las fantasías paranoicas de Simon se habían disparado: Proust había ideado una nueva e inteligente forma de humillarlo, de arrebatarle las fuerzas. ¿Cómo se puede contraatacar cuando lo único que hace el otro es decir: «Cenemos»?

Fácilmente, le había respondido Charlie, muerta de sueño; dile: «Disculpe, pero preferiría no tener que cenar con usted. No simpatizo con usted, nunca simpatizaré y no quiero ser su amigo».

Sam Kombothekra se frotó el puente de la nariz.

—Esto se pone peor —dijo—. Si Simon le va buscando las cosquillas al Muñeco de Nieve, yo voy a tener que buscar otro empleo.

—¿Dónde está Waterhouse? —Fue lo primero que preguntó Proust. Estaba levantando una torre con sobres encima de su mesa.

—Se ha ido a Wolverhampton, a entrevistar otra vez a Sarah Jaggard —dijo Sam. Lo había preparado con antelación, era evidente. Charlie se esforzó por no sonreír—. No me dijo que quisiera ver a Waterhouse, señor. Usted solo mencionó a la sargento Zailer.

—No quiero verlo. Quiero saber dónde está. Son cosas distintas. Entiendo que va usted a acelerar el caso, ¿no, sargento Zailer? ¿Sabe quién es Judith Duffy? —Proust enganchó el índice en el pulgar y lo soltó con fuerza para golpear la torre de sobres. La torre se tambaleó pero no cayó—. Hasta hace poco una respetada especialista en salud infantil, últimamente una paria, a punto de

ser expulsada de la profesión médica por falta de ética profesional... ¿conoce los datos básicos?

Charlie asintió con la cabeza.

—El sargento Kombothekra y yo le agradeceríamos que hablase usted con ella por nosotros. Así queda todo entre parias.

Charlie se sintió como si se hubiera tragado una bola metálica. Sam emitió un ligero gruñido. Proust lo oyó, pero se hizo el sordo.

—Cabe la posibilidad de que Rachel Hines sea la próxima víctima de nuestro asesino. Esta mujer se ha esfumado en el éter y no me extrañaría que Duffy conociese su paradero. Las dos comieron juntas el lunes. Quiero saber por qué. Por qué una madre desconsolada celebraría una bonita comida íntima con la médica corrupta cuya infame declaración la metió en el trullo.

—No tengo ni la menor idea —dijo Charlie—. Y estoy de acuerdo, es extraño.

—Muy oportunamente, la coartada de la una es la coartada de la otra en el caso del asesinato de Helen Yardley —dijo Proust—. Duffy no hablará con nosotros, al menos voluntariamente, y he estado acariciando la idea de traerla aquí involuntariamente, pero creo que esto es mucho mejor. —Se adelantó y tamborileó con los dedos en la mesa, como si tocara el piano—. Creo que usted podría convencerla para que hable con usted, sargento. Para establecer un vínculo. Si da resultado, le dirá más a usted de lo que nos diría a nosotros. Usted sabe lo que es ser infamada por la prensa y ella también. Usted sabe cómo abordarla. Usted es hábil con la gente.

«¿Y en qué es hábil usted?».

Paria, infamar... eran solo palabras. No tendrían ninguna influencia sobre Charlie si ella no dejaba que la tuvieran. No tenía por qué recordar los acontecimientos de 2006 si ella no quería. Recientemente había renunciado a recordar, y con fuerza creciente.

—No tienes por qué hacerlo, Charlie. No tenemos ningún derecho a pedírtelo.

—Cuando dice «nosotros», el sargento Kombothekra se refiere a mí —dijo Proust—. Su reprobación cae como un diluvio de confeti, ligero cual una pluma, fácil de sacudir.

—No sabía nada de esto —dijo Sam con la cara como un tomate—. No tiene nada que ver conmigo. No puede usted tratar a la gente de este modo, señor.

Charlie pensó en todo lo que había leído sobre Judith Duffy: se había ocupado más de los hijos de los desconocidos que de los propios; había subcontratado niñeras y canguros para que cuidaran de sus niñas, para poder dedicarse a su trabajo día y noche; cuando se divorció, había tratado de desplumar a su exmarido, a pesar de que ella ganaba un dineral...

Charlie no se había creído nada. Sabía por experiencia cómo pisoteaban los medios la reputación de las personas.

—Lo haré —dijo. El Muñeco de Nieve tenía razón: si lo intentaba, seguro que podía convencerla de que hablara con ella. No sabía por qué quería hacerlo, pero accedió. Decididamente.

Sábado, 10 de octubre de 2009

Cuando salgo del metro mi móvil se pone a zumbiar. Un mensaje de voz. Creyente a machamartillo en la ley de Murphy, espero que sea de Julian Lance, abogado de Rachel Hines, diciéndome que cancela la reunión para acudir a la cual he recorrido ya medio Londres. Pero no. Es de Laurie. Lo adivino en seguida porque lo primero que oigo es su respiración. No jadeante, no amenazadora: solo él con su ritmo pulmonar, tratando de recordar qué botón ha apretado, qué quería decir y a quién. Al final oigo la grabación de su voz: «Te he conseguido ya la última versión de mi artículo de la *British Journalism Review*, el que habla de Duffy. Sí». Hay una pausa, como si esperase una respuesta. «¿Quieres que nos veamos o algo parecido? Así podré entregártelo». Otra pausa. «¿Fliss? ¿Estás ahí?». Rumor de aire expulsado entre unos dientes apretados. «Está bien, te lo mando por correo electrónico».

«¿Estás ahí?». No, so tarado, no estoy. ¿Cómo voy a estar disponible si estás hablando a un buzón de voz? ¿Cómo es posible que Laurie Nattrass, receptor de todos los honores y aplausos que el mundo concede a un periodista de investigación, no entienda el mecanismo básico de las telecomunicaciones del siglo XXI? ¿Imagina que estoy mirando el móvil con mueca de asco, mientras escucho su voz sin querer responderle?

¿Es esta su forma de decir que lo siente por tratarme como un trapo? Tiene que serlo. Es absurdo debatir si debo perdonarlo; ya lo he hecho.

Escucho el mensaje ocho veces antes de devolverle la llamada. Cuando suena el pito de su buzón de voz digo: «Me encantaría que nos viéramos o algo parecido, para que puedas entregármelo». Habría podido ser una perfecta tomadura de pelo, una combinación de insinuación e indiferencia; pero en el último instante la cago echándome a reír como una hiena. Entonces me entra el pánico y pongo fin a la llamada, dándome cuenta demasiado tarde de que si hubiera esperado unos segundos, el buzón de voz me habría permitido repetir el mensaje.

—Joder —murmuro, mirando la hora. Tendría que haber estado en el Covent Garden Hotel hace cinco minutos. Acelero el paso, sorteando el río de consumidores que llena la acera, fulminando con la mirada a los que van cargados con grandes bolsas en los costados, semejantes a murciélagos con las alas desplegadas, expresamente puestas allí para tropezar conmigo. Me sienta bien estar en la calle, con algo que hacer, rodeada de gente. Hace que me sienta vulgar y corriente, demasiado corriente para que me ocurra nada malo o digno de atención.

Esperaba que Julian Lance vistiera traje, pero el hombre que avanza hacia mí

cuando abro la puerta del hotel lleva pantalón vaquero, un jersey de cremallera encima de una camisa de rayas y con el cuello abierto, y calza mocasines con flecos. Tiene la cara cuadrada y bronceada, y el pelo blanco y muy corto. Podría tener cualquier edad entre los cincuenta y unos bien cuidados sesenta y cinco.

—¿Fliss Benson? La he reconocido —dice sonriendo al ver que lo miro inquisitivamente—. Tiene usted cara de «voy a hablar con el abogado de Ray Hines». Le ocurre a todo el mundo, la primera vez.

—Gracias por atenderme en sábado. —Nos damos la mano.

—Ray dice que usted es la elegida. La habría atendido en plena noche, incluso me habría perdido la comida del domingo, cualquier cosa. —Tras aclarar lo mucho que apreciaba a su cliente, Lance procede a inspeccionarme, recorriéndome de pies a cabeza con ojos rápidos. No me he preocupado por adecentarme. Visto esta mañana como para ir al juzgado, como si fuera yo la encausada.

Dejo que Julian Lance me guíe hacia una mesa con dos sillas libres que hay al fondo del salón. En la tercera silla hay una mujer con muchas horquillas en un pelo teñido de rojo que además lleva gafas de montura roja. Tiene delante un cuaderno de anillas en el que escribe unos garabatos grandes y con muchas curvas. No sé si sugerir a Julian Lance que nos sentemos en otra parte, en un rincón más discreto, pero en aquel momento la señora pelirroja levanta la cabeza y me sonrío.

—Hola, Fliss —dice—. Soy Wendy, Wendy Whitehead.

—¿Sabe quién es? —me pregunta Lance.

Asiento con la cabeza, esforzándome por mantener la calma. «No es una asesina», me digo para no olvidarme.

—Ray dijo que quería usted saber algo de vacunas y Wendy es la experta, así que se me ocurrió invitarla, para que pudiera usted matar dos pájaros de un tiro.

—Muy amable, muchas gracias.

Tomo asiento entre los dos, sintiéndome completamente perdida. Lance me pregunta qué quiero tomar. Tengo la mente en blanco; no se me ocurre el nombre de ninguna bebida y menos aún ninguna que pudiera apetecerme. Por suerte, se pone a enumerar clases de café y de té, y mi cerebro recupera el movimiento. Pido un Earl Grey. Se aleja para hacer el pedido y me deja sola con Wendy Whitehead.

—Así que Ray le contó que yo puse a Marcella y a Nathaniel las primeras vacunas, ¿no es eso? —dice.

—Sí. —Sus únicas vacunas.

Sonríe.

—Sé lo que le contó: «Wendy Whitehead mató a mis hijos». Quería que usted escuchase, eso es todo. Cuando se está en el centro de la atención pública, como estaba Ray, nadie escucha. Mucha gente piensa que debería ser al revés. De pronto, el nombre de una se vuelve familiar, aparece en toda la prensa sensacionalista, en todos los noticiarios de televisión, y la gente cree que todo el mundo está pendiente de cada palabra que dice una, que está deseoso de oír lo que una tiene que decir. Pero no es verdad. La gente saca conclusiones basándose en informaciones a medias, opina a favor o en contra y se pone a hablar de una, a contar anécdotas cada vez más estrafalarias, cualquier cosa con tal de animar las aburridas veladas de las urbanizaciones periféricas: «Me han contado que hizo esto, he oído que hizo aquello». Y la pequeña historia de una, la historia real, se queda en mera distracción, se pierde en medio del alboroto que quiere la gente. Hay demasiadas falsedades con las que competir y desaparece.

Ojalá estuviese yo grabando lo que oigo. ¿Me lo repetiría más tarde, si se lo pidiera con amabilidad? ¿Lo diría delante de la cámara?

—Rachel me contó...

—Llámela Ray. No le gusta el nombre de Rachel.

—Me contó que las vacunas fueron la causa de la muerte de sus pequeños.

—Las vacunas que les puse yo. —Wendy Whitehead afirma con la cabeza.

—¿Está de acuerdo? ¿Fue eso lo que mató a Marcella y a Nathaniel?

—¿En mi opinión? Sí. Obviamente, no pensaba así en su momento... no soy más asesina de niños de lo que es Ray. Si lo hubiera sabido...

Julian Lance se sienta y nos indica con la mano que continuemos. Tengo la impresión de que se conocen bien. Están cómodos juntos. Soy yo la que se siente incómoda.

—En cualquier caso, ya no soy enfermera. Han pasado muchos años desde que administré neurotoxinas a un niño. Los últimos cuatro años he trabajado de investigadora para un bufete. No el de Julian —añade al advertir que lo miro—. Trabajo para una firma especializada en reclamaciones por daños y perjuicios resultantes de la administración de vacunas.

—Marcella Hines fue prematura, nació dos semanas antes de plazo —dice Julian Lance—. En teoría, a los niños hay que darles la primera vacuna a las ocho semanas, la segunda a las dieciséis...

—Todo eso ha cambiado —le dice Wendy Whitehead—. Se ha adelantado otra vez a dos, tres y cuatro meses. —Se vuelve hacia mí y prosigue—: Primero fue a los tres, a los seis y a los nueve meses, luego a los dos, a los cuatro y a los seis. Cuanta menos edad tiene un niño cuando se le vacuna, si tiene una

reacción negativa, más cuesta demostrar que estaba destinado a desarrollarse con normalidad.

—Biológicamente, Marcella tenía solo seis semanas cuando recibió las primeras vacunas —dice Lance—. Ray pidió consejo y su médico de cabecera le dijo que procediera como si Marcella fuera una niña normal de ocho semanas, y eso hizo Ray. Inmediatamente después de ponérsele la inyección, la niña se indispuso.

—Bueno, no inmediatamente. Fue unos veinte minutos después. Yo lo vi personalmente. —Wendy Whitehead continúa la historia—. Después de administrar una vacuna, siempre pedíamos a los padres que esperasen media hora antes de volver a casa con la criatura, para poder comprobar que todo había ido bien. Cinco minutos después de salir de mi habitación, Ray volvió con Marcella en brazos, diciendo que pasaba algo anormal, que la niña no respiraba bien. Yo no supe qué quería decir. La niña respiraba, yo no detectaba ningún problema, y no estaba sola en la habitación, había allí otra madre con otra criatura. Pedí a Ray que aguardase y cuando terminé con la otra paciente, indiqué a Ray que volviera a entrar con la niña. Iba a examinar a Marcella cuando la niña tuvo un ataque. Ray y yo vimos que la niña se doblaba y se retorció, sin que pudiéramos hacer nada... Discúlpenme. —Se lleva la mano a la boca.

—Marcella murió menos de cinco horas después —dice Lance—. A Ray y a Angus se les dijo categóricamente que la vacuna DTP-Hib no había sido la causa de la muerte.

—Todos los médicos con los que hablaron les dijeron: «No sabemos por qué murió su hija, pero sabemos que no fue debido a la vacuna DTP-Hib». «¿Y cómo lo saben?». «Lo sabemos y ya está, porque nuestras vacunas son seguras, porque no matan».

—Que ocurriera entonces tuvo que ser una coincidencia, les decían —dice Lance.

—Patrañas —dice Wendy Whitehead con vehemencia—. Aunque Marcella no hubiese sido prematura, aunque no hubiese habido antecedentes de problemas inmunológicos en la familia de Angus Hines...

—La madre de Angus padece lupus, ¿no? —pregunto. Recuerdo vagamente haberlo leído en alguna parte, tal vez en el artículo de Laurie.

—Exacto. Y hay casos de muerte súbita infantil en otras ramas de la familia, lo que sugiere la existencia de un problema inmunológico de origen genético. Sí, esas vacunas son seguras cuando no se tiene en cuenta a los niños vulnerables, pero es que hay niños vulnerables. Quise informar al servicio YellowCard de la muerte de Marcella...

—El servicio YellowCard existe para informar a la MHRA [Agencia Reguladora de Medicamentos y Productos para la Salud] de los posibles efectos secundarios de cualquier medicamento —explica Lance. No tengo ni pajolera idea de lo que es la MHRA; tomo nota mental para consultarlo más tarde.

—... pero mis colegas me presionaron para que no lo hiciera. Mi jefe insinuó que podía quedarme sin empleo si seguía adelante. Les hice caso, aunque no habría debido. Supongo que quería creerles; si tenían razón y la muerte de Marcella cinco horas después de la inyección fue una casualidad, entonces no era culpa mía, ¿verdad? No era yo la responsable de lo que le había pasado a la niña. Hice lo que me aconsejaron y meforcé por olvidarlo. Suena a debilidad y cobardía, y eso es lo que fue, pero... bueno, si los demás te dicen con mucha seguridad que algo es de toda confianza, acabas creyéndolo. Durante las semanas y meses que siguieron vacuné a otros niños que reaccionaron normalmente; gritaban un poco, pero estaban bien, y desde luego no se morían; y me convencí de que no habría beneficiado a nadie alertando a YellowCard de la muerte de Marcella. Ray y Angus se echarían la culpa a ellos mismos y lo que menos quiere nadie es que haya publicidad negativa sobre las inoculaciones, para que los padres no las eviten. La inmunidad de la colectividad tiene que preservarse a toda costa: eso era lo que pensaba entonces.

»Cuando Ray me llamó al trabajo cuatro años después para decirme que tenía otra criatura y para que la aconsejara sobre si vacunarla, abrí la boca para decirle que la vacuna DTP-Hib era completamente segura, pero no me salieron las palabras. Le dije que la decisión era suya, que yo no quería decantarme ni por una cosa ni por otra. Me preguntó si cabía la posibilidad de que en algunas familias hubiera una tendencia a reaccionar negativamente a las vacunas.

—Algunos estudios han demostrado que sí —Julian Lance inclina la cabeza hacia mí como asintiendo con lentitud. ¿Se está preguntando por qué no tomo notas? ¿Lo critica? Hay algo en él que hace que me sienta como si estuviera haciendo algo mal. Y ahora que lo pienso, me siento así casi todo el tiempo; quizá no tenga nada que ver con Lance.

«Algunos estudios han demostrado». ¿No es eso lo que se dice cuando, básicamente, no hay ninguna prueba rigurosa? ¿No es un poco como escribir «Se ha sugerido que...» en un ejercicio de un curso preuniversitario cuando no se sabe quién lo ha dicho, pero se quiere dar la impresión de que la opinión que se quiere defender tiene una base sólida?

—Ray tenía un miedo atroz a que le pasara algo a Nathaniel, después de lo sucedido a Marcella —dice Wendy—. Quería que se hiciese lo más conveniente para el pequeño, pero no sabía a qué carta quedarse. ¿Debía ponerle la misma vacuna que ella sabía que había matado a su hija, aunque docenas de profesionales le habían asegurado que no, o debía evitarla, arriesgándose a que Nathaniel muriese de difteria o de tétanos? La probabilidad de que el pequeño contrajera estas enfermedades era muy pequeña, pero Ray estaba, comprensiblemente, muy paranoica y muy histérica. Le aconsejé que se tomara todo el tiempo del mundo antes de decidirse y hablé con todos los expertos en inmunización que pude. Esperaba en privado que decidiera no vacunar al niño, entre otras cosas por razones egoístas, porque sabía que era muy probable que tuviese que ser yo la encargada de administrarla. Lo ridículo era que si me hubieran preguntado, habría dicho a pesar de todo que las inyecciones eran completamente

seguras, que todos los niños debían vacunarse a los dos, cuatro y seis meses, tal como el gobierno aconsejaba; habría dicho eso, pero no me lo creía, en el fondo no me lo creía.

Llega un camarero con una bandeja: mi té, un café para Lance, otro para Wendy.

—Al final, Ray y Angus decidieron vacunar a Nathaniel, pero más tarde —dice Lance, reanudando la historia—. Un amigo médico en quien confiaban les había dicho que para fortalecer el sistema inmunológico de un niño, incluso una semana de más podía ser de una gran importancia. Los niños eran más fuertes cada día que pasaba y su sistema mucho más resistente. Ray y Angus encontraron lógica la explicación, les pareció una solución razonable, así que esperaron hasta que Nathaniel tuvo once semanas. El pequeño no había nacido prematuramente y, aunque los padres sentían algún temor, esperaban que reaccionase bien. El amigo médico los había convencido de que dejar al niño sin vacunar era irresponsable y peligroso.

Wendy Whitehead vuelve a llevarse la mano a la boca.

—Pero Nathaniel no reaccionó bien —digo.

—Veinte, veinticinco minutos después de ponerle yo la inyección, sufrió convulsiones, igual que Marcella —dice Wendy, parpadeando para contener las lágrimas—. Luego se reanimó un poco y nos dijimos: «Por favor, Señor», pero murió una semana después. Ray y yo sabíamos qué lo había matado, pero no pudimos conseguir que nadie lo respaldase. Notifiqué a YellowCard la muerte de Nathaniel, pero desestimaron la información en seguida. —Deja escapar una risa amarga y gutural—. Ni siquiera Angus quería reconocer que la causa de la muerte de las dos criaturas era evidente, aunque tiene ya madurez suficiente para confesar que fue la culpa lo que lo hizo ponerse de parte de los médicos, culpa por haber permitido que vacunaran a sus hijos, culpa porque el problema inmunológico procedía de su familia...

—Sin duda sabrá que Angus no apoyó a Ray cuando fue condenada por homicidio premeditado —dice Lance. Es una pregunta presentada como afirmación.

Asiento con la cabeza.

—Sus problemas conyugales empezaron mucho antes de que la condenaran, incluso antes de que la acusaran. Angus estaba furioso con ella y con Wendy, por aferrarse a una verdad que él no estaba preparado para aceptar. —Lance da un sorbo al café—. Cuando la policía se presentó en su casa, él y Ray estaban ya muy cerca de separarse.

Espero. Al principio educadamente, luego, al cabo de unos segundos de silencio, dejando que se manifieste mi incredulidad. Lance y Wendy ponen cara de haber dicho todo lo que tenían que decir.

—No lo entiendo —digo, por si se trata de una prueba y están esperando a

que señale lo que falta en su exposición de los hechos—. Si se sospechaba que la muerte de ambos niños tenía una causa común, aunque dicha causa estuviera rodeada de polémica, ¿por qué no se mencionó en el juicio? He consultado la transcripción del proceso y allí no hay nada.

—Lo intentamos —dice Lance—. Wendy estaba dispuesta a declarar...

—Dispuesta, preparada y deseosa —dice Wendy, moviendo la cabeza afirmativamente.

—... pero nos dijeron de manera terminante que no hablásemos de una posible reacción negativa de la vacuna DTP-Hib.

—¿Quién lo dijo? —pregunto.

—Los cuatro testigos estrella de la defensa. —Lance sonríe—. Cuatro peritos médicos muy respetados, todos dispuestos a decir que no había indicios de malas artes en el caso de las dos muertes infantiles, ninguna prueba médica de que no pudieran deberse por igual a causas naturales que a algo más siniestro. Cada cual por su lado, me dijeron claramente que si el abogado defensor susurraba siquiera la palabra *tiomersal*, se atuviese a las consecuencias. Yo no podía correr ese riesgo, no podía permitir que el jurado oyese que nuestros propios testigos calificasen de embuste nuestra información. No habría ayudado a Ray de ninguna de las maneras.

Apenas doy crédito a mis oídos. No quiero creerlo; es demasiado monstruoso.

—Pero... —Ray Hines fue a la cárcel por homicida. Pasó encerrado cuatro años.

—Sí —dice Wendy—. Yo pensaba lo mismo.

—Pero habría otros peritos médicos que...

—Me temo que no. —Lance arruga el entrecejo—. Lo intenté, puede creerme. Casi todos los médicos tienen miedo de hablar de los efectos perjudiciales de la vacuna. Y quienes lo hacen, ven ya su futuro profesional destruido.

—Busque usted durante un par de horas en Internet y se enterará de lo que le sucedió al doctor Andrew Wakefield y sus colegas —dice Wendy. Una vez más, Lance se inclina hacia delante y mira la mesa con toda intención, seguro que para darme a entender que debería estar tomando notas. Como si fuera a olvidarlo. Estoy convencida de que cuando cumpla ochenta años, aún seré capaz de repetir palabra por palabra lo que estoy oyendo.

—Cuando el doctor Wakefield se atrevió a sugerir que valía la pena investigar la posible relación entre la vacuna triple vírica, el autismo regresivo y una forma específica de desarreglo intestinal, muchas personas poderosas se dedicaron a destruir su credibilidad y su futuro profesional. Lo acosaron hasta echarlo literalmente del país —dice Wendy.

Todo esto está muy bien, pero yo no estoy preparando un documental sobre el doctor Andrew Wakefield.

—¿Qué es el tiomersal? —pregunto.

—Básicamente, mercurio —dice Lance—. Una de las sustancias más tóxicas que existen, por si se le ocurre consumirlo por vía intravenosa. Estuvo presente en las vacunas DTP-Hib hasta 2004, año en que se retiró de la circulación.

Presente en la que se administró a Marcella en 1998 y en la que se puso a Nathaniel en 2002.

—Como es lógico, no se retiró porque fuese una neurotoxina altamente reactiva. No, el tiomersal era totalmente seguro: tal fue la versión oficial a la que se aferraron casi todos los médicos. ¿Por qué lo retiraron entonces? Por razones que no tuvieron que ver con su peligrosidad. —Wendy habla tan aprisa que tengo que prestarle toda mi atención—. Pasó lo mismo con la vacuna celular contra la tos ferina, la que se administraba en la vacuna compuesta DTP; la P de esta sigla es por la bacteria *Bordetella pertussis*, causante de la tos ferina. También se ha retirado la vacuna que inoculaba células de esta bacteria y ahora se administran vacunas que contienen cadenas moleculares, no células, por eso se llaman acelulares y son menos peligrosas. Y la vacuna contra la polio, que se administra oralmente al mismo tiempo que la DTP-Hib, ahora está compuesta por poliovirus muertos en vez de por poliovirus atenuados. Pero busque a alguien que admita que estos cambios se han hecho porque las antiguas fórmulas eran demasiado reactivas; tropezará con un muro de piedra.

—Se le enfría el té —me dice Lance.

«No toques la taza». Contengo mi natural tendencia a hacer lo que me dicen y digo:

—Me gusta el té frío.

—¿Por qué ese cambio de táctica, si me permite que se lo pregunte? Me refiero a Binary Star.

No sé de qué habla este hombre. Y creo que se me nota en la cara.

—Hablé hace unos meses con su colega Laurie Nattrass —prosigue— y quise contarle todo lo que acaba de oír usted. No quiso saber nada.

—Laurie trabaja ahora para otra empresa. Si voy a hacer un documental sobre Ray, necesito enterarme de todo.

—Mi corazón se llena de gozo por oírla hablar así —dice Lance—. Seguro que hará usted un trabajo excelente. Ray sabe juzgar a las personas. Hizo bien en rehuir a Nattrass. Es un hombre cobarde que se une a las causas que están de moda. No corre ningún riesgo haciendo un documental sobre Judith Duffy, la

médica a la que todos disfrutan odiando. Quiere destruir a Duffy más de lo que quiere ayudar a Ray y dejó claro que no tocaría ni con guantes un escándalo sanitario internacional que afectara a gobiernos, empresas farmacéuticas...

—Tampoco lo tocó usted ni con guantes cuando Ray fue a juicio —digo—. Si Laurie es un cobarde, también lo es usted.

Durante un par de segundos, mientras se queda mirando el café, pienso que va a levantarse e irse. Pero no.

—Es un poco distinto —dice con tranquilidad—. Si yo hubiera corrido el riesgo y fracasado, Ray habría recibido dos cadenas perpetuas por homicidio.

—Fue eso lo que le cayó de todos modos —señalo.

—Es verdad, pero...

—Las mujeres como Ray, Helen Yardley y Sarah Jaggard representan causas de moda, como ha dicho usted, porque hombres como Laurie consiguen que sus problemas aparezcan en primera plana. Judith Duffy no fue la médica a la que todos disfrutan odiando hasta que Laurie la denunció públicamente.

Lance se pasa la lengua por la parte interior del labio de abajo.

—No voy a discutirlo —dice al final.

—He leído un artículo que escribió Laurie sobre el caso de Ray. Dice que usted le aconsejó que fingiera que sufría depresión posparto y casi la arrojó por una ventana, para que el jurado creyera que padecía inestabilidad mental.

—Eso no es verdad.

Esperé a que se explicara, pero siguió callado.

—¿Le dijo Laurie que tenía miedo de meterse con el tema de las vacunas? —pregunto. No puedo creerlo, por muchos gobiernos y empresas farmacéuticas que hubiera por medio. Laurie se habría enfrentado a cualquiera—. ¿O más bien le dijo que solo podía hacer un documental a la vez? Harían falta cuatro horas para hacer justicia a todo el asunto de las vacunas y para contar la historia de las tres mujeres y la historia de cómo las jodió Judith Duffy. Un documental tiene que tener un solo hilo conductor.

—Su lealtad es conmovedora, Fliss —dice Lance—, pero yo sigo convencido de que Natrass es un hombre que solo ve lo que quiere ver. Tenía un batallón de médicos preparados para echar lodo sobre Duffy. ¿Cómo cree que habrían reaccionado si se hubiera introducido el tema de las vacunas? Se habrían ido corriendo a la otra punta del país. Russell Meredew, el niño mimado del Colegio General de Médicos... —Se echa a reír—. Se habría meado encima ante la sola idea, y Natrass lo sabe.

—¿Tiene a Meredew en su punto de mira? —me pregunta Wendy Whitehead.

—He de hablar con él, sí.

—No crea una sola palabra de cuanto diga. Es probablemente el pediatra menos querido del país. No hay nada que le guste más que declarar contra sus colegas en las audiencias del Colegio General de Médicos. Es el perito al que han pedido que evalúe a Duffy.

—¿Qué? —No puede ser cierto. ¿Confundo a Meredew con otro médico? No, no lo confundo—. Los dos prestaron declaración en el juicio de Ray, ¿no? Ella por el ministerio fiscal, él por la defensa.

—Sí. —Lance parece resignado.

—Pero... la acusación de falta de ética profesional contra Duffy se refiere directamente al juicio de Ray. ¿No hay ahí un conflicto de intereses?

—Muy pequeño —dice Wendy—. Es curioso, ¿verdad?, que eso no se le ocurriera al Colegio General de Médicos, ni a Meredew, que se embolsará contento lo que le den.

«Russell Meredew: un hombre por cuya honradez pondría yo la mano en el fuego». Así es como lo describe Laurie en su artículo.

—Hay algo que creo que debo contarle, si es que Ray no se lo ha contado ya —dice Lance—. Ella y Judith Duffy se han hecho amigas. Aunque no lo parezca, se apoyan mucho mutuamente.

Amigas. Ray Hines y Judith Duffy. Hundo la cara en el té para ganar un poco de tiempo.

—También Ray y Angus son ahora buenos amigos, o quizá algo más que eso —acabo diciendo.

—Ray es suficientemente lista para saber que el perdón, el suyo y el de otros, es el único camino para progresar —dice Lance.

No podría demostrarlo, pero tengo la impresión de que Lance sabe lo de su hijo. Ray me corrigió cuando lo llamé así. «Solo hace ocho semanas que estoy embarazada», dijo. «Aún no es una persona. Muchos embarazos se interrumpen antes de las doce semanas y si sucede con este, no quiero pensar que habré perdido otro hijo».

—No juzgue a Ray, Fliss —dice Wendy—. Seguro que piensa que si estuviese usted en su lugar, no querría saber nada del marido que la traicionó, pero nunca se sabe; podría sorprenderse de sí misma.

Habría puesto en la repisa de mi chimenea muñecos de cera de Angus Hines, Judith Duffy y cualquiera que hubiese dicho alguna vez que las vacunas eran buenas; y les habría clavado alfileres salpimentados previamente con cianuro.

Pero no quise confiar el secretito a Lance ni a Wendy.

—Ray no culpa a Duffy del veredicto que obtuvo —dice Lance—. Se culpa a sí misma y creo que es justo.

¿Realmente ha dicho lo que he oído?

¿De qué lado está aquí cada cual?

—El episodio de la ventana que ha mencionado usted antes, el que Laurie Natrass aprovechó para mentir sobre mí en un artículo...

—Laurie podrá tener muchos defectos, pero mentir no es uno de ellos.

Julian Lance ladea la cabeza y me mira por debajo de sus blancas cejas como si yo fuera la idiota más grande que se ha sentado a una mesa con él.

—Yo no le dije a Ray que cambiara su versión de los hechos. Hasta que fuimos a juicio, yo solo había oído una: que estuvo fuera del domicilio conyugal nueve días porque Angus daba por sentado su papel familiar, porque esperaba que ella se ocupara totalmente de Marcella y que además hiciese las faenas domésticas. Cuando volvió, encontró a la madre de él en la casa y se encaramó a la ventana para huir de su suegra, que era una marimandona. Además, quería fumar un cigarrillo y no quería que el humo llegara hasta Marcella. —Lance hace una seña al camarero para que traiga la cuenta—. Yo temía que el jurado malinterpretara este episodio, pero no había forma de desdecirse, sabíamos que el fiscal lo sacaría a relucir. Casi me dio un infarto cuando Ray subió al estrado y se puso a contar una versión diferente sobre trances posparto y pérdidas de memoria. No solo era mentira; era una mentira que la hacía parecer exactamente la típica mujer capaz de matar a dos niños.

—¿Cómo sabe que era mentira? —pregunto—. ¿Y si la falsedad estaba en la primera versión? A mí me suena a falsa. —¿Por qué no se me ocurriría esto cuando leí el artículo de Laurie? ¿De veras una madre cariñosa abandonaría a su niña pequeña durante nueve días para hacer hincapié en el reparto equitativo de las labores domésticas y el cuidado de los hijos?

Julian Lance y Wendy Whitehead se miran.

—Conozco a Angus Hines —dice Lance—. Y Wendy también. Habría cumplido su papel con justicia. Él dice que lo cumplió, que Ray no tenía de qué quejarse.

—¿Entonces?

—La mentira de Ray no consistió en eso solo —dice Wendy—. Ray había contado a la policía y a Julian que había pedido una ambulancia por teléfono cuando se dio cuenta de que Marcella no respiraba, pero en el juicio sostuvo que había llamado primero a Angus y luego a los servicios de urgencia. El problema es que no hubo constancia de que llamase a Angus.

—No lo llamé —dice Lance para que no haya dudas. Yo capto el mensaje. ¿Se cree que soy tan idiota? Me parece que voy a tener que leer la transcripción del juicio de principio a fin. Hasta el momento me he limitado a mirarlo por encima.

—También mintió en el caso de Nathaniel —dice Wendy—. La enfermera evaluadora llegó inmediatamente después de que Ray viera el estado del niño y pidiese una ambulancia; hablamos de segundos después, no de minutos; y Ray no la dejó entrar, se la quedó mirando por la ventana con cara inexpresiva. Aparte del hecho de que la enfermera no tenía ningún motivo para mentir, hubo testigos: vecinos que oyeron a la pobre mujer pidiendo que la dejara entrar y preguntando a Ray si se encontraba bien.

—En el juicio, Ray declaró que dejó pasar a la enfermera inmediatamente —prosigue Lance—. Sabemos que no es verdad. Transcurrieron entre diez y quince minutos hasta que le abrió la puerta.

Siento la mirada de ambos sobre mí.

—Pues no lo entiendo —digo, levantando los ojos de la taza.

—Nosotros tampoco —dice Wendy con una sonrisa.

—Hay algo por medio, algo que Ray no nos contará a nosotros —dice Lance—. Ese algo es hasta cierto punto responsable de que mintiera tan palmariamente y con tanta frecuencia en el juicio. Ha estado a punto de admitirlo en un par de ocasiones.

—No ha contado a nadie la razón —dice Wendy—. Ni a Judith Duffy ni a Julian ni a su familia. Creo que ni siquiera se la ha contado a Angus. Yo me he resignado a quedarme sin saberla. Todos nos hemos resignado.

—Yo creo que quiere contársela a usted, Fliss —dice Lance. La seriedad de su voz es inequívoca—. Usted es la persona que ella ha elegido para que conozca la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Espero que esté preparada. Yo no sé si lo estaría.

Solo cuando ve que me acerco y me saluda con la mano, me doy cuenta de que el hombre que está delante de mi casa está esperándome. Mi primera impresión es que es policía. Mientras hablaba con Lance y Wendy he recibido sendos mensajes de dos policías de la brigada criminal de Culver Valley: de un sargento llamado Sam Kombothekra y de un agente que responde al nombre de Colin Sellers. Los dos querían hablar conmigo inmediatamente y el sargento Kombothekra dice que no hable con nadie ni haga nada relacionado con el documental: dos órdenes por el precio de una. Tamsin me ha dejado también un mensaje para que la llame en cuanto pueda y sin perder un instante. No he hecho caso de ninguno de los tres mensajes. No quiero hablar con nadie que quiera impedirme hacer lo que tengo que hacer.

Aflojo la marcha cuando el hombre avanza hacia mí y repaso las cuatro cosas que sé sobre mis derechos civiles. ¿Puede obligarme a no trabajar si quiero

trabajar? ¿Puede obligarme a que lo acompañe a la comisaría? ¿Retenerme contra mi voluntad? Laurie lo habría sabido. «Tú también, si leyeras algo más que la revista *Heat*», me diría Tamsin. Y ahora que lo pienso, qué fácil es adivinar lo que casi todo el mundo diría casi todo el tiempo. Por eso quiero a Laurie. Está lleno de detalles torcidos, pero al menos es imprevisible. No como Maya, que siempre te dirá: «¿Qué olor? ¿Humo? Eso es que alguien está quemando algo en la calle». O Raffi: «Lo sé, lo sé: un deshumidificador. Me encargaré de eso, Fliss, te lo prometo».

Por eso no quiero que me pare nadie los pies antes de hablar otra vez con Ray Hines: no sé lo que va a decirme y quiero averiguarlo. Sí, estoy en peligro, pero no como la policía piensa, por unas tarjetas y una fotografía. Estoy en peligro de no ser nunca parte de nada importante, de que mi insulsa vida se acabe sin que nadie se entere ni se interese. Y ahora tengo una oportunidad para conseguir que eso no ocurra.

Conforme me acerco, la cara del hombre empieza a parecerme conocida. Recuerdo quién es unos segundos antes de que lo deduzca: Angus Hines. Lo reconozco por las fotos de los archivos de Laurie.

—Ya me preguntaba cuánto tiempo iba a estar de acampada delante de su casa —dice. Es casi atractivo y su cabeza ganaría si fuera un poco más tridimensional. Tiene una cara chata y cuadrada que me hace pensar en los muñecos de los ventrílocuos. Cuando vuelve a abrir la boca casi espero oír un chasquido—. Ray me dijo que fue usted a ver a Julian Lance. ¿Qué tal le ha ido? ¿Le ha resultado útil? —No se le ocurre presentarse. Evidentemente piensa que debo conocer su identidad y lo mucho que importan sus opiniones.

Quiero dar media vuelta y alejarme, y no solo por lo que ya sé de él, nada que ver con ninguna idea que haya podido acariciar sobre construir un muñeco que se le parezca, para clavarle alfileres. Habla como si mandase en mí, con viveza y presuntuosidad.

Al ver que no hago nada por responderle, añade:

—Voy a serle sincero, Fliss. No estoy totalmente contento con su... intromisión en la vida de Ray, así que le diré lo que le dije a ella: ese documental no es solo sobre ella. Es también sobre mí, sobre mi familia. Me importa realmente, lo mismo que a Ray: la primera historia pública de nuestras vidas y la verán millones de personas en todo el país, en todo el mundo, quizá. Puede que Laurie Natrass no sea el hombre indicado para hacerlo, pero eso no significa que lo sea usted. Me preocupa que mi mujer confíe en usted solo porque se la recomendaron.

—Yo no soy un hombre y ella es su exmujer.

—Me preocupa aún más oír que ella la describe diciendo que es usted «objetiva». Porque no lo es, ¿verdad que no? Ray me contó lo de su padre.

Puede que en este punto sea conveniente un acercamiento conciliatorio. Aunque podría socavarlo un secreto y violento desprecio.

—¿Ha pensado en alguna otra persona para hacer la película? —pregunto.

—No. Esa no es la cuestión. Ni nada de esto es culpa suya. Ray debería haber...

—Precisamente por lo de mi padre voy a ser más objetiva que nadie —digo.

—¿Cómo es eso?

No quiero hablar de esto en la calle, pero la otra solución es invitarlo a entrar en mi casa y decididamente no quiero.

—Mi padre cometió un error profesional, un descuido que le costó la vida a un niño. Acabó costándole la vida también a él y destruyendo la de mi madre, y desde luego no mejoró la mía. Si de pronto me veo trabajando en una película en que se habla de muertes infantiles, ¿no cree que haré todo lo que pueda por presentar bien los hechos?

—No, no lo creo —dice Hines, al parecer sin preocuparse en absoluto si me molesta o no—. Lo malo de esa psicología barata es que puede usted darle el sesgo que se le antoje. Su padre no quería que Ray apelara; pensaba que si salía bien librada, las asesinatas de niños de todas las latitudes cometerían las peores fechorías y sus crímenes quedarían impunes. Pero Ray apeló y ganó. Fue reivindicada, mientras que él murió en el descrédito. ¿Me está diciendo que a pesar de eso no desea usted que Ray vuelva a ser culpable en el documental?

—Eso es lo que le estoy diciendo, sí.

—Vamos, Fliss. —Sonríe con tristeza, como si se preocupase por mí y temiera por mi salud. Su actitud me asusta—. Puede que piense que es usted objetiva, pero...

—¿Cree usted que me conoce mejor de lo que me conozco yo?

¿Qué otra cosa puedo decir en mi defensa? Porque es que es eso: una defensa. Se me ataca a la luz del día delante de mi casa. Que utilice solo palabras no quiere decir que no me ataque. Concentro toda la confianza que me queda y replico:

—No quiero ser como mi padre. Cuando dijo lo que dijo sobre Ray, sentí odio por él. Él quería que Ray siguiera en la cárcel por el efecto que su puesta en libertad tendría en otras personas: no tenía nada que ver con la propia Ray. —Tengo frío. Quiero entrar en mi casa. Me da la impresión de que todos los vecinos están escuchando con la oreja pegada a la pared, afirmando con la cabeza porque siempre parece que tengo algo de lo que avergonzarme y ahora saben lo que es—. Mi padre no dijo que creyera que Ray era culpable o inocente, no creo que supiera absolutamente nada, ni de ella... ni de la muerte de sus hijos. Fue el mismo error que cometió con Jaycee Herridge: hacer suposiciones y pasar por alto los detalles. Si hago el documental, serán los detalles lo único que me preocupe, sean cuales fueren y salga al final la

película que salga, porque soy mejor que mi padre. Necesito demostrarme a mí misma que no soy como él y me trae sin cuidado parecer una hija desnaturalizada y desleal.

—Muchas personas creen que lealtad significa suspender el sentido crítico y dejar de pensar por uno mismo —dice Angus Hines. Saca un pañuelo del bolsillo y me lo tiende.

¿Estoy llorando? Sí, parece que sí. Genial.

—No, gracias —digo. «Prefiero que me seque la cara el viento a aceptar nada de ti».

—Ha dicho usted antes que de pronto se ve trabajando en un documental en que se habla de muertes infantiles. ¿No fue una elección suya?

—No, al principio no. No quería tener nada que ver con el proyecto. Laurie Nattrass me llamó a su despacho el lunes, me dijo que dejaba la empresa y me puso sobre los hombros su película sobre las muertes súbitas sin preguntarme si me interesaba.

Angus Hines se guarda el pañuelo en el bolsillo y cabecea.

—No sé si se engaña o me está mintiendo, pero las cosas no sucedieron así. Es imposible.

¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo?

—¿Qué dice? Yo no...

—Su padre se suicidó en 2006. Usted empezó a trabajar en Binary Star en 2007. —Me sonrío con suficiencia—. Trabajo para un periódico. Soy hábil averiguando cosas.

Cualquiera pensaría que es el tipo aquel que descubrió el escándalo del Watergate. No sé bien en qué consistió el escándalo del Watergate, solo que fue algo vergonzoso relacionado con Richard Nixon, por eso no se lo digo.

—Creía que era solo un fotógrafo —digo, subrayando lo de «solo». No tengo nada contra los fotógrafos y sé que Hines es algo con más categoría en *London on Sunday*, pero en este momento deseo soltarle cualquier cosa que le revuelva el estómago.

Saca la billetera y me alarga una tarjeta comercial.

—Puesto que es usted tan cuidadosa con los detalles, no se confunda con los míos. —Editor Gráfico. Qué pasada—. Usted sabía que Laurie Nattrass estaba en la junta directiva de Binary Star y debía de conocer su relación con Helen Yardley, con JPCI, con mi mujer. Usted no acabó trabajando con él por casualidad, ¿verdad que no?

No lo soporto. Paso por su lado y me dirijo a mi casa mientras busco las llaves en el bolso. Entro y me vuelvo para cerrar. Angus Hines está prácticamente debajo de mi dintel, tan cerca que casi me toca.

—La conversación ha terminado —digo. ¿Cómo se atreve a entrar en mi domicilio sin que lo inviten? Quiero utilizar la puerta de palanca, pero el tipo pesa demasiado—. Está bien —digo, indicándole con la mano que pase delante de mí. Vuelve a sonreír, como para recompensarme por entrar finalmente en razón.

Se dirige a la sala y se detiene por el camino para mirar lo que he puesto en las paredes del vestíbulo. Con el mayor de los sigilos, salgo al exterior, cierro la puerta y echo la llave.

Corro hacia la calle principal más aprisa que nunca. Detengo un taxi y doy al conductor la dirección del trabajo. Necesito un ordenador y en el de la oficina trabajaré tan bien como en el de casa. Como es sábado, espero que no haya nadie.

Ay, Dios mío, ay, Dios mío, ay, Dios mío. Acabo de encerrar en mi casa al editor gráfico de un gran periódico.

El taxista me mira por el espejo retrovisor con expresión expectante. Solo le veo los ojos, pero me basta. Como no tengo coche propio, paso mucho tiempo en taxis y tengo la intuición más aguda que el colmillo de un tigre. Y me da en la nariz que este tipo está deseando decirme algo sobre la excelente biografía de los gemelos Kray que está leyendo. Gracias a los taxistas de Londres lo sé prácticamente todo del tipo al que le ampliaron la sonrisa con un cuchillo; y no quiero saber más cosas. Como medida preventiva, saco el móvil y llamo a Tamsin.

—¿Fliss? —Su voz suena como si hubiera perdido toda esperanza de volver a oír la mía—. ¿Dónde estás?

Estoy en un tris de decirle: «En Somalia».

—Camino de la oficina. Tranquilízate. Estoy bien.

—Puede que lo estés ahora, pero cuanto más tiempo...

—Quiero que hagas algo por mí —la interrumpo—. No estás ocupada, ¿verdad?

—Depende de lo que entiendas por ocupada. Acabo de bajarme una especie de examen de la página web del MI6.

—¿Qué?

—Tengo que hacerlo en un minuto, según las indicaciones. Si apruebo, tendré más probabilidades de conseguir un empleo de agente operativo de inteligencia; es así como se llama oficialmente el empleo.

—¿Quieres decir una espía? —No puedo contener la risa y, cuando empiezo, no acabo. Tengo a un editor gráfico encerrado en mi casa y mi mejor amiga quiere ser espía.

—Guárdame el secreto, ¿quieres? En la página web pone que no hay que decírselo a nadie. —Emite un ruido desdenoso—. Parece un poco irreal, ¿no crees? No pueden referirse a nadie, nadie.

—No. Seguro que quieren decir que puedes contárselo a cualquiera que te caiga bien, siempre que no lleve una camiseta de al-Qaeda.

—¿Estás llorando?

—Más bien me estoy riendo, pero sin muchas ganas.

—Pues te estoy hablando totalmente en serio, Fliss. Estuve hablando con un policía que me dijo que yo sería una buena inspectora, y me puse a pensar y a pensar...

—¿Por qué hablaste con un policía?

Tamsin da un gruñido.

—Sé que va contra tus principios, pero compra un periódico y léelo. Y cuando lo hayas leído, ven corriendo a mi casa para que yo no te pierda de vista.

—Tam, necesito que vayas tú a la mía. ¿Conservas las llaves que te di?

—Estarán por alguna parte. ¿Por qué?

—Pues... tú ve a mi casa y abre la puerta. Deja que salga Angus Hines y vuelve a cerrar. En eso consiste la misión. No tardarás. Yo corro con los gastos: gasolina, taxis, metro, lo que sea; incluye una opípara comida en la minuta, en el restaurante que prefieras. Por favor, dime que sí.

—¿Podrías rebobinar hasta lo de dejar salir a Angus Hines? ¿Qué hace Angus Hines en tu casa?

—Entró, yo no lo quería allí, no conseguí que se fuera, así que me fui. Lo dejé encerrado para que no me siguiera y no quería hablar con él. Es un chulo hipócrita y con ínfulas. Me dio miedo.

—¿Encerraste a Angus Hines en tu casa? Ay, Señor, Señor. ¿No es eso... detención ilegal o algo parecido? ¿Secuestro? Fliss, pueden meterte en la cárcel por encerrar a una persona contra su voluntad. ¿Qué te pasa?

Aprieto el botón de «fin de llamada» y apago el teléfono. Si quiere ponerlo en libertad, que vaya y lo saque de allí. Si no, que los dos se queden donde están y se diviertan criticándome.

Me entran ganas de preguntarle al taxista si los gemelos Kray encerraron alguna vez en su casa a un editor gráfico, y si de ser así, qué les pasó por haberlo hecho. Pero el taxista está hablando también por teléfono, así que no me queda otra solución que reflexionar.

Sí, yo sabía que Laurie trabajaba en Binary Star cuando solicité el empleo. Sí, estaba al tanto de la relación que tenía con Helen Yardley y con JPCI. Y sabía que se proponía sacar de la cárcel a Ray Hines. No, ni por un momento se me ocurrió que acabaría presionada por él para que me hiciera cargo de una película sobre errores judiciales relacionados con madres acusadas de matar niños. Si hubiera sido así, habría corrido hasta llegar a Sebastopol; mi padre ya había muerto cuando empecé a trabajar en Binary Star, pero mi madre no.

Mi madre sigue con vida. Se le romperá el corazón si hago un documental en el que Ray Hines aparece como inocente. Aunque mi padre se equivocara al decir lo que dijo sobre ella aquel día en el restaurante, mi madre verá las cosas de otro modo. Quedará desolada.

Antes me bastaba pensar en esto para estar segura de que no quería hacer el documental.

Entonces, ¿por qué me pongo a trabajar para Binary Star, con Laurie Natrass?

¿Acaso esperaba, allá en enero de 2007, encontrarme en la situación en que estoy ahora?

Si llamo al hijo de mi casa y le cuento esto a Angus Hines, ¿quedará satisfecho y me dejará hacer la película? Oculto el rostro entre las manos. Ay, Dios mío. ¿Qué he hecho? Debería decirle al taxista que dé media vuelta y regrese a Kilburn, pero no me atrevo. No quiero volver a estar cerca de Angus Hines nunca más.

El taxi se detiene delante de las oficinas de Binary Star. Pago y bajo del vehículo. La puerta de la calle no está cerrada, lo que quiere decir que hay alguien dentro. Cruzo la doble puerta de cristal y me doy de bruces contra Raffi.

—¿Una Felicity en sábado? —dice, con las manos en las caderas y expresión de incredulidad burlona en la cara—. Yo veo visiones.

—¿Tú... tú trabajas normalmente los sábados?

—Sí. —Se dobla por la cintura y me susurra al oído—. A veces trabajo incluso el Día de Descanso del Señor. Pero no se lo digas a Él. —Me pregunto si Raffi tiene miedo de algo, de algo de cuya insignificancia se esfuerza por convencerse. ¿Por qué otra razón pasaría una persona el fin de semana en el trabajo? Llego a la conclusión de que estoy proyectando en él mi estado de ánimo. Raffi parece normal.

—A partir de ahora voy a tener que trabajar muchos fines de semana —le

digo, aparentando agobio y profesionalidad. Frunce los labios sin dejar de mirarme. «También yo debería pensar así, dada la cantidad que vamos a tener que pagarte». ¿Me está inculcando estas palabras en el cerebro o es que me he vuelto paranoica? En cualquier caso, me siento como si hiciera girar un revólver en el índice de cada mano y llevase una camiseta en cuya pechera pusiese: «Persevera y cumple».

—Es toda una sorpresa verte en el despacho —dice Raffi—. Ahora que lo pienso, había un par de sorpresas para ti en el despacho de Maya la última vez que miré. —Antes de que tenga ocasión de preguntarle a qué se refiere, desaparece dejando tras de sí una estela de portazos.

La puerta del despacho de Maya está cerrada; del tirador cuelga un rótulo que dice: «Estoy reunida». Oigo su voz y la de otras personas. Todos marcianos adictos al trabajo. ¿No saben para qué se inventaron los sábados? ¿Por qué no se tiran en el sofá en pijama y se ponen a ver la repetición de los últimos capítulos de algún programa de televisión?

Alguien dice en voz alta: «Se lo agradezco». Me pregunto qué será «lo». ¿Un cigarrillo? ¿Se trata de una reunión secreta de la Sociedad que Agradece Fumar en el Trabajo? Llego a la conclusión de que sean cuales fueren las sorpresas que Maya me tiene reservadas, pueden esperar.

En el despacho que ahora es mío, de Laurie o de nadie, según el punto de vista del interesado, veo algo en el suelo, una cosa que parece un pequeño robot plateado. Tardo unos segundos en leer la etiqueta que tiene pegada y descubro qué es: un deshumidificador. El corazón se me hunde hasta la región intestinal. Hace una semana me habría llenado de alborozo, pero ahora no. La oportunidad lo es todo. Raffi sabe que en teoría este es mi nuevo despacho y sabe que no tiene problemas de condensación. ¿Es el deshumidificador una forma de indicarme que volveré pronto al viejo y húmedo despacho al que pertenezco?

Cierro la puerta y enciendo el ordenador. Laurie me ha enviado un e-mail que dice: «Adjunto artículo corregido» y, debajo, «Enviado por el servicio inalámbrico de mi BlackBerry». El BlackBerry ha puesto al mensaje más palabras que Laurie y eso que nunca ha estado en la cama conmigo. La cosa me haría gracia si no estuviera tan nerviosa.

No veo ningún artículo adjunto al mensaje. Por suerte, Laurie me ha enviado otro —seguramente desde su portátil, después de darse cuenta de que no podía adjuntar con el BlackBerry el artículo en cuestión—, esta vez sin palabras, solo con el documento. Lo abro y le doy con el ratón a «imprimir». Busco en el bolso la tarjeta comercial de Angus Hines. Le envío un e-mail, respondiendo a la última pregunta que me hizo lo más exhaustiva y sinceramente que puedo. Le explico que hui porque me resultaba demasiado difícil responderle cara a cara. Le cuento lo doloroso que me resulta pensar en mi padre y que tiendo a evitarlo. No le pido disculpas por haberlo encerrado ni le pregunto si sigue en mi casa o se las ha apañado para salir.

Aparte de los dos mensajes de Laurie, el único de interés que hay en mi bandeja de entrada es del doctor Russell Meredew. «Hola, Fliss», empieza.

¿Qué clase de saludo es ese? ¿No es este hombre un Oficial de la Orden del Imperio Británico? Compruebo los ficheros: en efecto, lo es. Supongo que habría podido ser peor. «Fliss, tía, ¿qué pasa contigo?». Leo el resto de su e-mail. «He hablado con Laurie, que me cuenta que tiene usted intención de incluir en la película entrevistas con Judith Duffy. Él cree que es una mala idea y yo también. Si me da un telefonazo, le explicaré por qué. No le estoy diciendo cómo ha de hacer su trabajo —por favor, ni se le ocurra pensarlo—, pero se corre cierto peligro en querer ser ecuánime cuando más vale pájaro en mano que una embustera patológica volando, si pillá usted la indirecta. Creo de todos modos que deberíamos hablar por teléfono antes realizar la entrevista que acordamos el otro día. Mi disposición a aparecer en su proyecto depende en parte del carácter del mismo, como espero que usted comprenda. Con mis mejores deseos, Russell Meredew».

En otras palabras, no escuches la opinión de mi enemiga: límitate a creer en mi palabra si digo que es malvada.

Pulso la opción de «borrar» mientras le hago una mueca a la pantalla y llamo otra vez a casa de Judith Duffy, y cuando se pone el contestador automático prácticamente suplico un encuentro. Le explico que no estoy ni a favor ni en contra de ella, que simplemente quiero oír lo que tenga que decir.

Estoy a punto de recoger la nueva versión del artículo de Laurie y marcharme del despacho cuando oigo voces que se acercan por el pasillo.

—... o que llamen ellos, por favor, insista en que es muy importante que nos llamen ellos.

—Así lo haré. —Esta es Maya.

—Por su propia seguridad, deben entender que toda actividad relacionada con el documental debe cesar hasta nuevo aviso. Será una medida provisional.

—Y si encuentra la dirección de Twickenham que le dio Rachel Hines...

—Ya le dije que no la tengo —dice Maya—. Se la di a Fliss.

—... o si la recuerda...

—No es probable que la recuerde porque no le memoricé. Creo que estaba pensando en otra cosa cuando la apunté, y la entregué sin mirarla. Si quiere, deme una lista de las calles de Twickenham y veré si me suena algún nombre, pero aparte de eso...

—Está bien —dice el hombre de voz más potente, con fuerte acento de Yorkshire. La reconozco por el mensaje que me dejó: es el agente Colin Sellers—. ¿Podríamos echar un rápido vistazo al despacho de Fliss Benson antes de irnos?

—¿A cuál?

—¿Es que tiene más de uno?

—Se está trasladando al antiguo despacho de Laurie, pero no sé si habrá terminado la mudanza. Y Laurie no ha vuelto para recoger sus cosas.

—Entonces veamos los dos.

—El antiguo despacho de Laurie está aquí mismo. Sígueme.

Quiero gritar: «¿Es que ya no se estilan las órdenes de registro?». Me levanto de un salto de la silla giratoria y me agacho detrás de la mesa, pero cuando veo las cuatro patas de madera me doy cuenta de que el cuerpo inferior no llega hasta el suelo. *¡Lo sabía! Mierda, mierda, mierda.*

Se aproximan los pasos. Me levanto de un salto, corro hasta el deshumidificador y lo vuelco. Lo levanto y le doy la vuelta para que la parte más ancha quede de cara a la puerta del despacho; me siento con la espalda pegada a él, las rodillas encogidas y los brazos alrededor de mis pantorrillas, negándome a escuchar la voz que resuena en mi cabeza y que dice: «¿De qué sirve esto? No te verán cuando miren por el vidrio de la puerta, pero ¿y qué? Maya los dejará pasar, entonces te verán y quedará claro que te escondes de ellos».

¿Hay alguna forma de fingir que estoy sentada así porque hoy me siento especialmente húmeda? Estoy sudando a chorros; tal vez eso haga convincente la mentira.

Oigo al hombre de voz más baja que dice:

—¿Qué es eso? ¿Un calefactor eléctrico?

—Nunca los había visto tan grandes —dice Sellers.

Hundo la barbilla en el pecho. No conocía esta habilidad mía: formar una pelota con el cuerpo mientras estoy sentada. Tal vez deba aprender yoga. *¿Qué vas a decir cuando abran, entren y te vean?*

—Lo siento, chicos, ¿no preferirían empezar por el antiguo despacho de Fliss? Me temo que voy a tardar un rato en encontrar las llaves del de Laurie. Como siempre olvida las suyas y usa las de repuesto, luego las deja en los sitios más inverosímiles.

Gracias a Dios. Mi alivio dura medio segundo, hasta que recuerdo que lo único bueno de mi antiguo despacho era que desde allí veía este, ya que están a la misma altura, patio por medio. Podría tenderme en el suelo, al pie de la ventana, de ese modo no me verán los policías, pero si pasa Maya, me verá por el cristal de la puerta. Con los dientes apretados y murmurando tacos de terror entre ellos, corro un metro el deshumidificador y le doy la vuelta para que la parte ancha quede ahora de cara a la ventana. ¿Se darán cuenta los policías de que se ha movido o imaginarán que tiene los cuatro lados iguales?

Es el único sitio en que puedo sentarme sin ver vista desde ningún punto estratégico. Adopto nuevamente la postura esférica y espero durante una eternidad el regreso de las voces de los policías. ¿Y qué haré cuando regresen? ¿Tengo algún plan de fuga? Las preguntas me acribillan el cerebro: demasiadas mariposas alrededor de una única bombilla, tantas que la cubren por completo y tapan toda la luz. ¿Por qué me molesto en fingir que puedo salir bien librada de esta aventura y qué sentido tiene? ¿Por qué Tamsin me dijo que leyera un periódico? ¿Por qué amo tanto a Laurie cuando ni siquiera debería gustarme? ¿Por qué no soporto la idea de que el agente Sellers me haya dicho que no vuelva a hablar con Ray hasta nueva orden? ¿Por qué la busca la policía? ¿Creen que ella mató a Helen Yardley?

¿Es esa la historia que quiere contarme?

Rumor de pasos. Y otra vez el vozarrón del agente Sellers, primero lejano pero acercándose. Me acerco en cuclillas a la ventana y trato de abrirla. Es como si la pintura hubiera pegado las junturas. ¿He visto alguna vez a Laurie con la ventana abierta? ¿Me he fijado alguna vez en algo que no sea su cuerpo —la pelusa de sus brazos, sus tobillos enfundados en calcetines negros— durante las horas que he pasado espiándolo desde el otro lado del patio?

Ociosa pregunta .

Empujo, doy enviones, apoyo todo el peso de mi cuerpo en la ventana, murmurando: «Ya está, ya está, ya está», como si ya hubiera cedido: un viejo truco que a veces me ha funcionado en otras situaciones. Pero entonces aparece un resquicio y —¡alabado sea Dios!— se abre. Salgo y estoy a punto de tenderme pegada a la pared cuando me acuerdo del bolso. Jodeeeeer.

Trato de pasar otra vez al interior del despacho por la estrecha abertura. ¿Por qué me cuesta tanto entrar? No puedo haber engordado en tres segundos. Con lo que estoy sudando, lo que me sorprende es no haberme dejado por los suelos la mitad de mi masa corporal. Cuando por fin lo consigo, me quedo helada de terror. Los policías y Maya están al otro lado del tabique, a unos segundos de la puerta. Oigo un tintineo de llaves. Recojo el bolso y no sé si me cuelo o me tiro por la ventana. Oigo un desgarrón cuando toco las losas del patio. Hostia, cómo duele. Me pongo de rodillas y recupero un trozo de tela que formaba parte de mi camisa de una astilla que sobresale del marco de la ventana.

Oigo girar la llave en la cerradura. No queda tiempo. Tiro de la astilla y empujo la ventana. No se cierra del todo. Por fuera no llego al pestillo y menos con Maya y los dos policías que entran ya en el despacho, así que hago lo único que puedo hacer: tenderme de costado contra la pared, al pie de la ventana. Observo las habitaciones del otro lado del patio. Estoy a salvo: todas están vacías.

—Es un deshumidificador, sargen —dice el agente Sellers. Luego el más callado es el que manda.

—¿Qué opinas de Maya Jacques? —pregunta este.

¿Es que ya no está Maya con ellos? ¿Y qué coño hace que no vigila a dos policías que andan sueltos por mi despacho?

—Buen cuerpo, bonito pelo, fea de cara —dice Sellers. Y un carácter asqueroso, estoy por decirles desde lo que eufemísticamente procuro creer que es mi refugio del patio. Entre las losas crecen hierbajos. Uno casi me roza la nariz. Tiene las hojas manchadas de tierra y polvo blanco: restos de la pintura de la ventana. Ya siento frío. No tardaré en congelarme.

—Creo que sabe la dirección de Twickenham. Se quejó demasiado.

—¿Por qué no nos la daría?

—Laurie Nattrass desprecia a la policía: prácticamente lo confiesa en un periódico al menos dos veces a la semana. ¿Cree que él nos diría dónde está Ray Hines?

—Probablemente no —dice Sellers.

—Es verdad. La protege. En cualquier caso, así lo entiende él. Creo que haríamos bien en dar por sentado que todos los de Binary Star piensan del mismo modo. Mira esto.

¿Qué? ¿Qué están mirando?

—Un mensaje reciente de Angus Hines.

No, no, no. Casi lanzo un aullido. He dejado en pantalla la bandeja de entrada de mi correo electrónico. Este es el momento en que la policía averigua que he encerrado a un hombre en mi casa. Y es cuando echo a andar hacia la cárcel.

—Interesante.

—¿Lo has abierto, sargen? Vive peligrosamente, ¿eh? Violación de la correspondencia y todo eso.

—Creo que me he apoyado en el ratón por error. «Apreciada Fliss, le mando dos listas que tal vez le interesen. Una es de todas las mujeres y algunos hombres contra quienes Judith Duffy ha presentado pruebas en juicios criminales. La otra es de todas las personas contra quienes ha declarado en juicios de lo familiar. Todas, absolutamente todas las personas que figuran en las dos listas fueron acusadas de malos tratos físicos y en muchos casos de matar a uno o varios niños. Puede que también le interese saber que en otros veintitrés casos la doctora Duffy declaró en defensa de uno o los dos progenitores, alegando que, en su opinión, no había habido malos tratos».

—¿Y?

—Es todo. «Un cordial saludo, Angus Hines».

¿Es todo? ¿Nada sobre la retención ilegal en mi piso del sótano? Reprimo un profundo suspiro de alivio. Porque tendría que haber dicho que es un sótano, ¿no? No había pensado en eso. Encerrar a otros seres humanos nunca es de buena educación, pero cuando hay sótanos por medio, entonces sabes que se trata de un monstruo. *Maravilloso. Sencillamente maravilloso*.

—Treinta y dos en la lista criminal, cincuenta y siete en la de tribunales de lo familiar —dice Sellers. Oigo un silbido que supongo que significa: «Es mucha gente».

—Las actas de los tribunales de lo familiar son confidenciales. ¿De dónde habrá sacado los nombres?

Buena pregunta, pero no es la principal que parpadea en mi cabeza. ¿Por qué me ha enviado las dos listas sin más explicaciones? ¿Es su forma de decir que quiere que haga el documental? Puede que por haberlo encerrado haya comprendido que tengo clase e iniciativa. *Sí, seguro que es eso*.

Puede que le haya dado los nombres la misma Judith Duffy. Sin duda esta lleva un registro de las personas contra quienes ha prestado declaración en los juzgados. Ella y Ray son amigas ahora, Ray y Angus son más que amigos... Cierro los ojos con fuerza, llena de frustración. Acumulo datos, pero no hago progresos. Cada cosa nueva que averiguo es como una pista que no conduce a ninguna parte.

—La leche —dice Sellers.

¿Qué? ¿Qué?

—Más correo entrante. Le he dado con el ratón y...

—Querrás decir que te has apoyado sin querer. ¿Y?

—Mira esta foto.

—¿Es...?

—Es la mano de Helen Yardley. Esos son sus anillos, el de boda y el de compromiso.

—Sujeta una tarjeta con los dieciséis números y... ¿qué hay detrás de la tarjeta? ¿Un libro?

Noto los latidos de mi corazón en los oídos y en la garganta. Me alegro de que la hayan encontrado ellos y no yo. Espero que la borren, así no tendré que verla.

—*Nada más que amor* —dice Sellers—. Es su libro. ¿Has visto la dirección del remitente? hilairante@yahoo.co.uk. Ha escrito mal «hilarante».

—Reenvíalo a tu dirección y ciérralo.

—¿Crees que es él, sargen?

—Lo creo —dice el más callado—. Esa foto se hizo en la sala de Helen Yardley, ¿ves el papel pintado del fondo? Pienso que la hizo el lunes, antes de matarla. Quienquiera que sea, quiere que Fliss Benson sepa lo que ha hecho. Es como si estuviera... no sé, fanfarroneando o algo parecido.

No sé si estoy más tranquila o asqueada. La idea de que un asesino piensa en mí y se ha comunicado ya conmigo cuatro veces me incita a meterme en una ducha de agua hirviendo y quedarme allí durante horas. Pero si está fardando delante de mí, si quiere que yo sea su público, entonces es poco probable que quiera hacerme daño. Ojalá sea esto último.

Oigo que remueven papeles. Mis archivos.

—Sargen, aquí hay mucho material sobre Yardley, Jaggard y Hines. Tenemos que llevarnos todo esto, y el ordenador de Benson. Y el de Nattrass, aunque tengamos que forzar la puerta de su casa para entrar.

—Me has adivinado el pensamiento. Hablaré con Proust.

Doy por hecho que no se refieren al novelista francés, dado que murió hace muchos años.

—Necesitamos una orden judicial, cuanto antes. No creo que ningún juez nos la niegue. Helen Yardley está muerta, Sarah Jaggard fue agredida y Ray Hines ha desaparecido y probablemente esté en peligro hasta que demos con ella. El principal nexo entre las tres es el documental.

—¿Sabemos dónde estuvo Benson el lunes?

¿El lunes? Me recorre el espinazo un escalofrío que no tiene nada que ver con el tiempo cuando entiendo a qué se refieren. Helen Yardley fue asesinada el lunes. Es lo único que se me ocurre para no levantarme de un salto y gritar: «Estuve aquí, en el despacho. Estuve trabajando todo el día».

—Deja los papeles como los has encontrado —dice el moderado sargento—. Indicaré a Maya Jacques que cierre este despacho y no deje entrar a nadie ni tocar nada.

Por fin se van. Minutos después oigo el taconeo de los pasos de Maya y el rumor de una llave en la puerta. Ya está. Todo el mundo va a dejar en paz mi despacho por el momento; todo el mundo menos yo. Me quedo donde estoy y cuento hasta cien antes de moverme. Vuelvo a entrar y cierro la ventana. Para mí ha sido lo más parecido a unas vacaciones en el campo, pienso mientras me sacudo la ropa para quitarme de encima las briznas de hierba, la tierra y el polvo.

Con mano trémula borro el mensaje de «hilairante» sin abrirlo; la policía ya ha tomado posesión de él, por lo cual me alegro mucho. Imprimo el mensaje

de Angus Hines y me guardo el papel en el bolso, con el artículo de Laurie. Como una tonta, pues he olvidado que han cerrado con llave, quiero abrir la puerta del despacho y no puedo. Ironías del destino: me han encerrado. ¿No hay una cosa llamada síndrome del cautiverio? Pues eso es lo que me pasa a mí, a mí y a Angus Hines. Sospecho que no le falta razón a toda esa gente cargante que dice que «donde las dan las toman».

Abro con la llave, cierro y vuelvo a echar la llave. Salgo de la oficina por la ruta turística, la que no pasa cerca del despacho de Maya, y paro otro taxi. Doy al conductor la dirección de mi casa. Si veo un coche desconocido estacionado fuera y que seguramente será de la policía, le diré al taxista que no se detenga, pero si todo está despejado, comprobaré si mi piso sigue estando de una pieza: si no hay ventanas rotas ni cristales en la moqueta ni rayas en las paredes. *Ni una enfadada Tamsin sentada en el sofá, esperándome para echarme un sermón.*

Mañana tendré que volver a la oficina y hacer copias de todo lo que tengo en los ficheros antes de que se los lleve la policía. Maya no estará: el domingo es el día que tiene manicura y pedicuro. Puede que Raffi vuelva a saltarse el Día de Descanso del Señor, como él lo llamó, pero es poco probable que se interese por lo que hago. Si soy diligente, podré fotocopiarlo todo en cinco o seis horas. Solo de pensarlo me muero de cansancio.

Y una vez que lo hayas copiado todo, ¿dónde lo dejarás? ¿Dónde te esconderás? ¿En casa de Tamsin y Joe? ¿En la mía? Si la policía está tan deseosa de encontrarme como parece, será inevitable que vaya a los dos sitios.

Creo que tomé la decisión hace ya rato, pero solo ahora me permito reconocerlo. Marchington House. Iré allí. A Ray no le importará. Hace menos de una semana que la conozco, pero sé que no le importará. Tiene que haber allí habitaciones libres, espacio de sobra para mí y las cajas de papeles fotocopios. Tiempo de sobra para hurgar en la documentación generada por Laurie y Tamsin, en busca de... ¿de qué? ¿De algo que Laurie pasó por alto porque el bosque le impidió ver los árboles?

Me siento agotada, pero estoy demasiado tensa para dormir, incluso para quedarme mirando por la ventana. Necesito hacer algo productivo. Saco del bolso el artículo de Laurie y lo leo. Me detengo al llegar a una frase que no pega:

A pesar de no haber matado nunca a nadie, la doctora Duffy ha sido responsable de destruir la vida de docenas de mujeres inocentes cuyo único delito fue estar en el lugar y el momento menos indicados, precisamente cuando moría uno o varios niños: Helen Yardley, Sarah Jaggard, Dorne Llewellyn... la lista es muy larga.

Tres nombres no forman una lista muy larga. ¿Por qué Laurie no incluyó más, para demostrar lo que afirmaba? En la primera versión había más, estoy segura. Voy a la última página. Con mucha prudencia, o tal vez porque los responsables del periódico se lo aconsejaron, Laurie ha suprimido la insinuación de que Rhiannon Evans pudo matar a su hijo Benjamin porque es

una prostituta de clase baja y en ese medio es algo habitual. Eliminar esto tiene su lógica, pero ¿por qué reducir la lista de víctimas de Judith Duffy, una lista que en teoría es muy larga?

Busco en el bolso el artículo original, pero no lo encuentro. Debo de habérmelo dejado en casa. Tengo otra idea: el e-mail de Angus Hines. Lo saco y repaso los nombres que se citan. Dos me llaman la atención: Lorna Keast y Joanne Bew. No he tenido otro medio de conocer estos nombres que no significan nada para mí. La primera vez que los vi fue en el artículo de Laurie, junto con el de Helen Yardley y Sarah Jaggard. Los vi allí, no me lo estoy imaginando.

Lorna Keast y Joanne Bew figuraban en el primer borrador. ¿Por qué han desaparecido?

De «Nada más que amor»

de Helen Yardley, con la colaboración

de Gaynor Mundy

5 de noviembre de 1996

Durante el juicio no hubo ningún día que se pudiera considerar alegre, pero el peor fue el 5 de noviembre. Fue entonces cuando me vi cara a cara por primera vez con la doctora Judith Duffy, que apareció para prestar declaración para el ministerio fiscal. Por increíble que parezca, no la había visto hasta entonces, aunque afirmó saber mucho de mí y de mi familia. No obstante, sabía qué clase de persona era. Ned y Gillian me habían advertido. Es la típica mujer que se alegra de declarar que una madre afligida cometió dos asesinatos sin siquiera molestarse en hablar con ella ni en conocerla previamente. Por el contrario, el doctor Russell Meredew, uno de los muchos héroes de esta historia y el principal perito que declaró para la defensa, había pasado varios días con Paul y conmigo, nos entrevistó en profundidad y compiló con esmero y dedicación lo que llamaba su «dosier». Cuando lo hubo terminado bromeábamos diciendo que era tan gordo como una enciclopedia. A propósito, el doctor Meredew quiso presentar el dosier al juez Wilson durante el proceso y la asombrosa respuesta de Wilson fue: «No esperará que lea todo eso, ¿verdad?».

Observé atentamente a la doctora Duffy cuando subió al estrado y por primera vez desde el comienzo del juicio sentí verdadero miedo. Había en ella algo que me daba escalofríos. Hasta el momento había imaginado que cuando terminase aquella ridícula farsa volvería a casa con Paul. Que recuperaríamos a Paige y viviríamos felices para siempre. No tenía la menor duda porque era inocente. Yo lo sabía, Paul lo sabía y el jurado también lo sabría. Ned me había asegurado que cuando Russell Meredew explicara, con su amable pero incontestable estilo, que era totalmente posible que Morgan y Rowan hubieran fallecido de muerte natural, por nada en el mundo me condenarían por homicidio.

Pero cuando la mirada de Judith Duffy se cruzó con la mía por primera vez, sentí como si me hubieran asestado un puñetazo en el estómago. No vi en ella el menor rastro de compasión. Su testimonio fue altanero y arrogante. Parecía la clásica persona que haría lo posible por meterme en la cárcel de por vida simplemente porque podía, para demostrar que tenía razón. Yo no lo sabía entonces, pero luego me enteré de que Paul había experimentado lo mismo al verla, y también Ned y Gillian.

Hablando con sinceridad, fue una auténtica tortura estar allí sentada, impotente, oyéndola describir lo que según ella había hecho yo a mis queridos Morgan y Rowan para producirles las lesiones que tenían, según ella. La oí decir al jurado, muchos de cuyos miembros lloraban, que yo había envenenado a mis hijos con sal, que los había asfixiado repetidas veces con intención de que fueran al hospital para ser yo el principal centro de atención.

En mi vida había oído yo nada tan ridículo. Si hubiera querido llamar la atención, me decía, habría salido a la calle disfrazada de Minnie Mouse, habría bailado un cancan desnuda en mi jardín: cualquier cosa divertida e inofensiva. Pero *jamás, jamás* habría matado a mis pequeños.

Cuando oí decir a la doctora Duffy que había fracturas en el cráneo de Rowan, quise gritar: «¡Miente usted! ¡Nunca he hecho daño a mis hijos! Los adoraba, por ellos no sentía nada más que amor».

Nunca olvidaré cómo terminó la declaración de la doctora Duffy. Está dolorosamente grabada en mi cerebro para siempre. Cuando leí la transcripción del juicio, vi que coincidía casi palabra por palabra con lo que recordaba.

Rudgard: La señora Yardley cree que Morgan y Rowan fueron víctimas del síndrome de muerte súbita infantil. ¿Qué tiene que decir a eso?

Duffy: Aparte del hecho de que es muy insólito que en una misma familia haya dos casos de muerte súbita...

Rudgard: Perdona que la interrumpa, doctora, pero sería de desear que nos centráramos en la familia Yardley, no en otras que haya conocido usted en su vida profesional. No entremos en el juego de las estadísticas. Todos sabemos lo poco fiables que son las estadísticas cuando se aplican a un caso concreto: carecen de sentido. ¿Es posible, en su opinión, que Morgan y Rowan fueran víctimas de este síndrome?

Duffy: Yo diría que es tan improbable que es casi imposible. Lo que es altamente probable es que haya una causa común detrás de ambas muertes y que esa causa sea forense, no médica.

Rudgard: Entonces, en su opinión, ¿Morgan y Rowan Yardley fueron asesinados?

Duffy: Mi opinión es que las dos criaturas murieron a causa de lesiones no accidentales, sí.

Yo estaba deshecha en lágrimas mientras Judith Duffy contaba tranquilamente estas mentiras sobre mí. A pesar de la angustia que me embargaba, ni yo ni Paul comprendimos entonces el daño que iban a hacernos con aquella expresión, «tan improbable que es casi imposible». Ned, que tenía muchos años de experiencia en tribunales, supo inmediatamente lo peligroso que era que el jurado oyese aquellas palabras. No importaba que unos segundos antes hubiera oído decir al gran Ivor Rudgard, consejero de la reina, que no había que fiarse de las estadísticas en casos como el mío, porque no fue esto lo que quedó fijo en sus mentes. No fue tan memorable ni tan impresionante como la fórmula mágica de la doctora Duffy para entrever culpabilidad donde no la había: «tan improbable que es casi imposible».

Cuando el defensor Reuben Merrills se levantó para repreguntar a la doctora Duffy, Ned me dedicó una de sus brillantes sonrisas esperanzadoras: «No se

preocupe, Merrills es el mejor defensor del mundo: la hará pedazos». No puede negarse que hizo lo que pudo:

Merrills: Dejemos este punto claro: ¿sostiene usted que no es posible que fallezca de muerte natural más de un niño nacido de los mismos padres y en el mismo medio familiar?

Duffy: Yo no he dicho...

Merrills: Porque podría citarle varios casos de familias que han tenido más de una muerte súbita, sin el menor indicio de lesiones provocadas.

Duffy: Utiliza usted una terminología confusa. Muerte natural y muerte súbita no son el mismo fenómeno. En una familia con el gen de la hemofilia, es muy probable que más de un miembro fallezca por causas debidas a la hemofilia. Eso es muerte natural. Pero muerte súbita es una expresión que se aplica cuando no se puede encontrar ninguna explicación para el fallecimiento.

Merrills: Muy bien, entonces digamos muerte súbita. ¿Es posible, en su opinión, que haya más de una muerte súbita en el seno de una sola familia?

Duffy: Desde luego que sí.

Merrills: Para aclararnos: dice usted que *desde luego* es posible que en el seno de una familia haya más de un niño que sea víctima del síndrome de muerte súbita infantil.

Duffy: Es posible, sí.

Merrills: Sin embargo, hace muy poco afirmó usted lo contrario.

Duffy: No, no lo afirmé. Yo dije que...

Merrills: Usted dijo que el hecho de que Morgan y Rowan Yardley fallecieran de muerte súbita era «tan improbable que es casi imposible».

Duffy: Yo quise decir que...

Merrills: Usted declaró, y los miembros del jurado lo recordarán, que el hecho de que hubiera dos casos de muerte súbita en el seno de la familia Yardley era «tan improbable que es casi imposible».

Duffy: No, yo no dije eso.

Merrills: Bien, doctora Duffy, estoy seguro de que el jurado estará tan perplejo como yo, porque todos se lo oímos decir. No hay más preguntas.

Mientras escuchaba esto, mi corazón retumbaba como los cascos de un caballo encabritado. Gracias a Dios, pensé. Ahora el jurado se dará cuenta de que Judith Duffy es una embustera monstruosa. ¿Cómo podría tomar nadie en serio su opinión cuando Reuben Merrills la ha pillado mintiendo de un modo

tan descarado? Pero mi optimismo se vino abajo cuando miré a Paul y a Ned y vi que los dos arrugaban la frente. Descubrí más tarde que estaban seriamente preocupados por el «efecto repetición» en el jurado. Aunque Merrills había demostrado en seguida que Duffy era una embustera manifiesta, había repetido dos veces la afirmación de que era tan improbable que Morgan y Rowan falleciesen de muerte súbita que era casi imposible. Ned me explicó después que repetir algo era muy eficaz para que la gente lo creyese. «El contexto de la repetición importa menos que lo que se repite», dijo. Tiene razón. Yo era una ingenua. Una y otra vez, el jurado oía la frase «tan improbable que casi es imposible». Yo no lo sabía el 5 de noviembre, pero iba a pasar nueve años de mi vida en la cárcel a causa de esas seis palabras pronunciadas por la doctora Duffy, una mujer que no me había oído a mí pronunciar ninguna.

24 de octubre de 2004

El 24 de octubre llegó a la cárcel una periodista del *Daily Telegraph* para entrevistarme. Paul decía bromeando que apenas había ya espacio para sus visitas, dado que me había vuelto famosa. Así es como me llamaba el personal de prisiones: «la famosa de la casa». Todos me apoyaron de un modo conmovedor en Geddham Hall. Todos sabían que era inocente, lo cual fue un cambio saludable en relación con Durham, donde era odiada y agredida. Sabía que era a Laurie a quien tenía que agradecer que la gente hubiera cambiado de actitud. Había organizado una campaña maravillosa en mi favor e incluso me habían dicho que mi encantador y cauteloso Ned había dicho que podía ganarse el recurso que se presentaría en febrero. Laurie había hecho maravillas en el mundo exterior y JPCI era cada vez más fuerte.

Yo me sentía muy frustrada, porque era poco lo que podía hacer dentro, pero Laurie se portaba de un modo heroicamente tranquilizador y no dejaba de decirme que todos sabían que JPCI era una creación de los dos. Ardía en deseos de salir y ayudar a las mujeres que estuvieran en una situación tan terrible como la mía, mujeres a las que el sistema judicial hubiera decepcionado y abandonado. Eran muchísimas y sentía amor y piedad por todas. Había oído decir que Rachel Hines iba a venir pronto a Geddham. Su caso era casi idéntico al mío: una madre inocente injustamente condenada por la muerte de sus dos hijos. Hacía poco se le había negado la posibilidad de presentar recurso y sufría mucho por ella.

Lo que sí podía hacer en la cárcel era escribir y me di cuenta de que me gustaba. Al principio accedí a llevar un diario porque Laurie me lo pidió, pero después de empezar ya no podía estar sin él. Le dije a la periodista del *Daily Telegraph* que esperaba publicar algún día un libro sobre mi vida y todo lo que me había pasado. La periodista asintió, como si fuera un deseo totalmente comprensible y previsible. No me pareció que entendiera lo mucho que significaba para mí. Ella escribía sin duda todo el tiempo en razón de su trabajo, pero yo no había escrito nada desde que dejé los estudios. Parecía buena persona y le enseñé mis primeras tentativas. «Apuesto a que mi estilo es horroroso», le decía bromeando.

«Este poema es brillante», dijo. «Realmente bueno». Tuve que echarme a reír. Habría podido decir igualmente: «Sí, Helen, tu estilo es horroroso». El poema

era lo único que había elogiado entre todo lo que yo había escrito. Y mira por dónde, el poema no era mío. Lo había encontrado en una antología de versos que estaba en la biblioteca de la cárcel, y como me pareció hermoso, lo copié en la primera página de mi cuaderno, para inspirarme. Lo escribió una mujer llamada Fiona Sampson y se titula «Fondeadero»:

Aquellas mujeres que ayunaban en sus celdas

vaciaban un cerebro laberíntico

de toda gota azucarada de sentido;

hacían del cráneo una concha de plata

donde el amor podía vivir como un cuclillo.

¿Preguntaba alguien lo que hacía ella

para alejarse de cómo vivimos,

fuera de tamaño dedicación? ¿Liberándose

del abigarrado mundo, como para adaptarse

al deseo de un amante celoso?

Lo que aletea todavía es un pájaro: apareció

por casualidad o por un desenfrenado designio

de gracia, un sabor de algo dulce.

El yo vaciado, un espacio de tan limpio en blanco.

No estaba totalmente segura de lo que significaba el poema, pero sí que desde el momento en que lo leí, significó para mí el mundo y pasó a ser una de mis posesiones más preciadas. Casi me daba la impresión de que se había escrito pensando en mí. Trataba de mujeres en celdas y yo estaba en una, por entonces al menos. Sobre todo me gustaba el último verso, porque me parecía lleno de esperanza. Pensé que era eso lo que la autora trataba de expresar: que incluso cuando estás encerrada y te lo han quitado todo, aún tienes esperanza. La esperanza es el pájaro que aún revolotea, «apareció por casualidad o por un desenfrenado designio de gracia, un sabor de algo dulce». Y como lo has perdido todo, en tu vida vacía que es ahora «un espacio de tan limpio en blanco», una esperanza que de otro modo podría parecer pequeña y frágil se vuelve repentinamente gigantesca, dulce y poderosa, porque es lo único que hay allí.

Todas las noches yacía en la cama de la celda, llorando por mis niños perdidos e imaginando aquellas alas de esperanza que se agitaban en la oscuridad que me envolvía.

10-10-2009

—Me van a inhabilitar y eso ya no tiene vuelta de hoja —dijo Judith Duffy—. Ocurrirá aunque me defienda, y como yo no...

—¿Nada? ¿Ni siquiera alguien que hable en su favor?

Charlie procuró que su comentario pareciera más de curiosidad que de reproche. Llevaba hablando con Duffy alrededor de diez minutos, pero ya se había percatado de lo criticacona que era normalmente. Mientras sus interlocutores hablaban, ella se divertía burlándose de su ropa, su amaneramiento y su idiotez, mentalmente, claro, y por eso mismo de manera inofensiva. Y la cuestión era que ahora empezaba a darse cuenta, y no sin ruborizarse, de la poca experiencia que tenía en el arte de escuchar a los demás con la actitud que ella probablemente creía idónea, es decir, sin la secreta esperanza de que segundos más tarde su mala fe encontrase algo en lo que hincar el diente.

Y ya que hablamos de ropa, la que Judith Duffy llevaba puesta era un poquito rara. Cada prenda, tomada individualmente, era irreprochable, pero el conjunto no pegaba: una blusa con encaje blanco, una rebeca morada sin forma definida, una falda gris hasta la rodilla que podía ser la mitad de un traje chaqueta, pantis negros y zapatos planos de color negro con un lazo grande que habría sentado mejor a una mujer más joven. Charlie no acababa de saber si Duffy se había propuesto vestir aquella mañana con elegancia o con informalidad: bajo ninguno de los dos aspectos había conseguido un look satisfactorio.

Charlie había logrado entrar en casa de Duffy apelando a lo que las dos mujeres tenían en común. Había necesitado más sinceridad de la que había previsto y había terminado casi por convencerse de que ella y la sosa y remilgada doctora eran almas gemelas que compartían algo parecido a la marginación social, hasta el extremo de que condenar a Duffy era ya como condenarse a sí misma, y Charlie estaba harta de hacer esto. Había dicho basta hacía aproximadamente un año.

—Para consternación mía y de mi abogado, no; ninguna defensa en absoluto —dijo Duffy—. Y ninguna apelación. No quiero discutir con nadie de nada; no con el Colegio General de Médicos, no con Russell Meredew. Y menos con Laurie Nattrass. El apetito de ese hombre por demostrar que tiene razón es insaciable. Cualquiera que tenga un encontronazo con él corre peligro de pasarse veinte años litigando. —Sonrió. Estaban sentadas en sendas butacas de mimbre sin cojines, en un invernadero de paredes verdes y suelo de baldosas verdes. Por lo que había visto Charlie, la casa de Duffy conjugaba matices del verde en todos los ambientes. Lo que se veía en la parte de atrás

era un jardín largo, limpio y sin una sola planta, solo césped y arriates pelados, y más allá de una valla baja de madera, un jardín de idénticas dimensiones pero con arbustos y flores que finalizaba en un invernadero que parecía un duplicado del de Duffy.

—Cuando empezó mi impopularidad me dio por contar mi caso a todo el que quería escucharme. Me costó más de dos años comprender que defenderme sola hacía que me sintiera peor.

—Hay algo autodestructor en eso de querer convencer a los demás de que una no es tan mala como piensan —dijo Charlie—. Yo siempre he tenido tendencia a decir: «Que os den a todos por el culo; seguro que no estaréis peor que yo». —No pidió disculpas por su lenguaje. Si los jubilados tenían derecho a un pase de autobús gratis, ser marginado daba derecho a soltar tacos.

—Yo no soy ni buena ni mala, soy como soy. —Duffy se envolvió en la rebeca—. Igual que todo el mundo. Todos sentimos dolor, todos aliviamos sufrimientos y todos los causamos sin darnos cuenta. Y casi todos, en algún momento de la vida, los causamos deliberadamente, unos más y otros menos.

—No quisiera parecer una listilla, pero... si usted luchara por su empleo y su reputación en la vista del Colegio de Médicos, no traicionaría sus principios.

—Un veredicto del Colegio General de Médicos no cambiará mi forma de ser, como tampoco la cambiará la opinión pública —dijo Duffy—. Ni la desdicha. Por eso he desistido.

—Entonces ¿ya no le importa lo que la gente piense de usted?

Duffy levantó la cabeza para mirar el cristal que había encima de su cabeza.

—Si digo que es así, parecerá que desprecio a la humanidad y eso no es cierto, de ningún modo. Pero... poquísimas personas están en condiciones de formarse una opinión coherente sobre mí. La mayoría no sabe ver más allá de las cosas que dicen que he dicho y hecho.

—¿Y no es eso lo que es toda persona? —preguntó Charlie—. ¿La suma de todo lo que dice y hace?

—Usted no cree realmente eso, ¿verdad? —Judith Duffy parecía ahora una médica preocupada. Charlie casi esperaba que sacara el bolígrafo y el talonario de recetas y le prescribiera algún fármaco que cambiara las opiniones. «Por su propio bien, querida».

—Para ser sincera, soy demasiado superficial para haber pensado en ello, así que no fingiré que tengo una respuesta.

—¿Qué es lo mejor que ha hecho usted en su vida?

—Pues el año pasado... bueno, creo que salvé la vida de tres personas; más o

menos.

—Correré un tupido velo por delante de su modesto «más o menos» —dijo Duffy con animación—. Usted salvó tres vidas.

—Habría que matizar eso —dijo Charlie con un suspiro. No era un recuerdo que le gustara evocar—. Un compañero y yo salvamos a dos personas, aunque la persona que iba a matarlas, acabó matando...

—No maticemos tanto —dijo Duffy sonriendo—. Usted salvó vidas.

—Supongo que sí.

—También yo he salvado vidas, docenas de vidas. No sé el número exacto, pero muchos niños no habrían llegado a adultos si no hubiera convencido yo a los tribunales de que los apartaran de familias que los habrían matado. ¿Qué mayor regalo puede hacerse que el de prolongar la vida cuando una persona está amenazada? Ninguno. Usted y yo hemos hecho ese regalo más de una vez. ¿Nos convierte eso en las mejores personas del mundo?

—Espero que no, señora —dijo Charlie riendo—. Si yo fuera lo mejor que puede ofrecer el mundo, tal vez tuviera que hacer turismo espacial.

—No nos definimos por nuestras hazañas más de lo que nos definimos por nuestros errores —dijo Duffy—. Somos lo que somos ¿y quién sabe en realidad lo que eso significa?

—Diga eso por Helen Yardley. Usted pensaba que mató a sus hijos.

—Y lo sigo pensando.

—Pero ella no se reducía a eso, de acuerdo con su teoría, ¿no? Fue lo peor que hizo, pero ella no se reducía a ese acto.

—No, es verdad. —La voz de Duffy se volvió más vigorosa—. Y desearía que hubiera más personas que lo comprendieran. Las madres que matan a sus hijos no son malvadas, no son monstruos. Más que nada están atrapadas en sus pequeños infiernos mentales, infiernos de los que no pueden escapar y de los que no pueden hablar con nadie. A menudo ocultan esos infiernos con tanta habilidad que convencen al mundo de que son felices y normales, incluso a las personas que tienen más cerca. —Se removió en la silla—. Supongo que no ha leído la autobiografía de Helen Yardley, *Nada más que amor*.

—Voy por la mitad del libro.

—¿Se ha fijado de cuántas personas dice que son ciegas y estúpidas por no saber, con solo mirarla, que ella no mató a sus niños, porque ninguna filicida estaría tan angustiada y afligida como ella? ¿Porque cualquiera podía darse cuenta de lo mucho que amaba a sus hijos?

Charlie asintió con la cabeza. Tampoco le había impresionado el argumento la primera vez que se lo habían señalado. La réplica en que pensó fue: «¿Es que no se puede fingir la aflicción?».

—Las madres que asfixian a sus hijos suelen quererlos y mucho, tanto como las madres a quienes jamás se les ocurría hacerles daño, aunque sé que es una idea difícil de aceptar. Por lo general están consternadas y son sinceras al sentirse así. Están destrozadas, su vida se ha hecho añicos, exactamente igual que la de una madre inocente cuya criatura muere de meningitis. Olvide los casos polémicos: hablo por las muchas mujeres que he conocido en el desempeño de mi trabajo y que admiten haberse sentido tan desesperadas que aplastaron la cara del niño con una almohada, o lo arrojaron bajo las ruedas del tren, o por el balcón. Con muy escasas excepciones, estas mujeres están desoladas por la desaparición de la criatura. Quieren morir después, no encuentran ninguna razón para seguir viviendo.

—Pero... —¿Se había perdido algo Charlie?—. Fueron ellas quienes causaron esa desaparición.

—Sí, y eso empeora las cosas.

—Pero... ¿por qué no se abstienen de matar entonces? ¿Creen que quieren que el niño muera y se dan cuenta demasiado tarde de que no es así?

Judith Duffy sonrió con tristeza.

—Está usted atribuyendo a esas mujeres un nivel de racionalidad que no tienen. Lo hacen porque sufren y no saben qué otra cosa hacer. Su comportamiento ha sido generado por ellas, por su sufrimiento, y no tienen recursos internos para atajarlo. Cuando una persona está mentalmente enferma, no siempre está en condiciones de pensar: «Si hago esto, ocurrirá esto otro». Estar mentalmente enferma no es lo mismo que estar loca, dicho sea de paso.

—No —dijo Charlie, que no quería pasar por palurda. Para sí, sin embargo, pensaba: «A veces no hay diferencia. Las dos podrían pasearse por las tiendas desnudas y gritando que los extraterrestres se nos llevan los órganos vitales».

—Las madres que matan a sus hijos merecen nuestra compasión, tanto como las madres cuyos niños fallecen de muerte natural —dijo Duffy—. Sentí auténtico estímulo cuando la jueza Elizabeth Geilow, en sus observaciones finales, preguntó si a las mujeres como Ray Hines y Helen Yardley hay que aplicarles el Código Penal. En mi opinión, no. Lo que piden a gritos es comprensión y ayuda.

—Pero usted declaró contra ellas. El papel de usted fue fundamental para las acusaciones que las mandaron a la cárcel —dijo Charlie.

—Yo no declaré *contra* Ray, *contra* Helen ni *contra* ninguna —la corrigió Duffy—. Como perito en un juicio criminal, me preguntaron por mi opinión sobre lo que causó la muerte de los niños. Si yo creo que la causa es la violencia

ejercida por un progenitor o una persona cuidadora, lo digo así, pero yo no estoy *contra* nadie cuando expongo mi punto de vista. Al decir la verdad tal como yo la veo, trato de hacer lo que es mejor para todos. Las mentiras no benefician a nadie. Estoy de parte de las mujeres acusadas tanto como de parte de todos los niños asesinados o en peligro.

—No creo que las mujeres lo vean de ese modo —dijo Charlie con irritación. «Para que luego hablen de tener en cuenta los dos puntos de vista».

—Naturalmente que no. —Duffy se remeti6 el pelo gris acerado detrás de las orejas—. Pero también tengo que pensar en los niños, indefensos e igualmente merecedores de compasión.

—¿No está diciendo *más* merecedores?

—No. Aunque si me preguntara para qué creo yo que estoy aquí, le diría que para salvar y proteger a los niños. Es mi prioridad número uno. Verá, por mucha compasión que sienta por una mujer como Helen Yardley, me aseguraré de que no mate a otra criatura, si es posible.

—¿Se refiere a Paige?

Duffy se puso en pie.

—¿Por qué me da la sensación de que me estoy defendiendo?

—Lo siento, no pretendía...

—No, no se trata de usted. ¿Le apetece más té?

A Charlie no le apetecía, pero intuía que la médica necesitaba un poco de tiempo para aclarar sus ideas y afirmó con la cabeza. ¿Había hablado con demasiada brusquedad? Simon se habría reído y replicado: «¿No lo haces siempre?».

Mientras Duffy trasteaba en la cocina, Charlie miró los libros del pequeño estante que había en un rincón del invernadero. Una biografía de Daphne Du Maurier, unas cuantas novelas de Iris Murdoch, nueve o diez volúmenes de una tal Jill McGown, totalmente desconocida para Charlie, clásicos rusos, tres libros de recetas vegetarianas y *Por siempre* ... No, no podía ser. Cruzó la estancia para cerciorarse de que no veía visiones. No las veía. Judith Duffy tenía un ejemplar de *Por siempre en mi corazón* de Jade Goody. Para que luego hablen de gustos eclécticos.

—La inventiva de los Yardley con los nombres es una de las causas de mis problemas —dijo Duffy al volver con las dos tazas de té—. En un informe que escribí me referí a su hijo varón Rowan con un pronombre femenino. Solo he conocido a dos Rowan en mi vida y eran mujeres, así que supuse que el hijo de Helen también lo era. Laurie Nattrass ha sacado mucho partido de mi equivocación, como también ha explotado a conciencia mi falta de interés personal por la familia Yardley, a diferencia de Russell Meredew, que

prácticamente se instaló en su casa en cierto momento. Nunca he hablado con Helen ni con Paul, no me entrevisté con ellos.

—¿Lo lamenta? —preguntó Charlie.

—Lamento no tener tiempo para el contacto personal, pero la realidad es que... —Duffy se interrumpió—. Estoy otra vez a la defensiva.

—No tiene por qué. No la estoy atacando.

La médica apretó los labios.

—La realidad es —repitió, esta vez con menos vehemencia— que yo era la perito más buscada del país hasta que Laurie Nattrass me declaró madre de todas las maldades, y no tuve tiempo de conocer a todas las familias. Tuve que delegar eso en otros que esperaba que tuvieran experiencia suficiente para prestar a progenitores como los Yardley y los Hines la ayuda que necesitaran. Mi misión como perito no era reunirme y conocer a la familia, sino analizar muestras por el microscopio, inspeccionar las diapositivas que me daban y encontrar la lógica de lo que veía. En el caso de Rowan Yardley, analicé tejido pulmonar y un cráneo fracturado: las dos muestras me las entregó el patólogo pediatra que hizo la autopsia. No solicité inspeccionar los genitales de la criatura, de aquí mi error sobre su sexo.

Duffy se apartó el pelo de la cara.

—Debería haber sabido que era un varón —añadió—. Debería haberlo comprobado y lamenté profundamente no haberlo hecho, pero... —Se encogió de hombros—. Por desgracia, eso no invalidó lo que vi por el microscopio: un claro indicio de que, en el curso de su breve vida, Rowan Yardley había sufrido varias tentativas de ahogamiento. Por muchas veces que me hubiera sentado en la cocina de los Yardley y por mucho que hubiera charlado con ellos no habría desaparecido aquel indicio de obstrucción respiratoria antinatural. Ni la fractura craneal.

Charlie dio un sorbo al té y se preguntó si habría algo con que compararlo en la práctica policial. Por ejemplo, si paseando por Winstanley Estate viera a un adolescente con sudadera de capucha golpear y arrojar al suelo a una anciana, insultarla y salir corriendo con su bolso, indicio inequívoco y con testigo presencial de que se había cometido un delito... ¿Había estado así de segura Judith Duffy en el caso de Helen Yardley? ¿Declararon los médicos de la defensa algo equivalente a: «No le estaba robando, estaba ensayando una obra escolar sobre ladrones»?

—Por si sirve de algo, y como no hablé con ella en ningún momento tal vez diga usted que no sirve de mucho, creo que Helen Yardley escapó de su pequeño infierno antes de morir —dijo Duffy—. La experiencia por la que pasó le dio una finalidad en la vida. Su labor en favor de otras mujeres, eso creo que fue sincero. Creía firmemente en la inocencia de ellas, de Sarah Jaggard, de Ray Hines, de todas. Le vino bien ser famosa, la perfecta mártir convertida en heroína. Le dio algo que necesitaba: atención, reconocimiento. Creo que realmente deseaba hacer el bien. Por eso fue tan eficaz como abanderada de

Charlie percibió dignidad y admiración en la voz de la médica y se sintió incómoda.

—Siempre es difícil analizar una por una las motivaciones de una persona —dijo Duffy—, pero si tuviera que hacer hipótesis, diría que el deseo de Helen de ser inocente estimuló su convencimiento de que otras mujeres lo eran, otras como ella. Lo paradójico es que si todas hubieran sido culpables, la campaña de Helen les habría venido como anillo al dedo. Por creer en su bondad básica, probablemente las ayudó a perdonarse a sí mismas por lo que hubieran hecho.

—¿Está usted diciendo...?

—¿Que todas son culpables? No. Lo que digo, y lo que individuos como Laurie Nattrass no quieren tener en cuenta, es que las probabilidades de que una muerte infantil inesperada e inexplicable sea un asesinato son muchísimo más numerosas ahora que antes, proporcionalmente. Hace cincuenta años había al año 3000 muertes súbitas infantiles en el Reino Unido. Poco a poco, conforme se subsanaba el problema del alojamiento, la cantidad se redujo a un millar al año. Luego, con las campañas antitabaco, con la disminución de los dormitorios compartidos y la campaña que indujo a los padres a acostumar a los niños a que durmieran boca arriba, la tasa de muertes súbitas infantiles se redujo a 400 al año. Pero los pequeños infiernos mentales... —Duffy volvió la cabeza para mirar hacia la cocina, como si su propio infierno privado estuviera por allí—. Probablemente hay ahora los mismos que había antes, si no más, lo que significa otros tantos adultos inclinados a hacer daño a los niños.

—Lo que significa que, proporcionalmente, hay más muertes no naturales —dijo Charlie. Tenía sentido.

—Yo diría que sí. Aunque, como no estoy especializada en estadísticas, no sé si eso es lo mismo que decir que hoy es más probable que hace cincuenta años que una muerte súbita registrada sea un homicidio. Las estadísticas pueden ser útiles cuando nos fijamos en las poblaciones, pero pueden tergiversar los datos horribilmente cuando queremos aplicarlas a los casos individuales. Soy muy exacta cuando hablo de estas cosas, por eso me exaspera que los necios me confundan. —Duffy parecía más resignada que enfadada—. ¿Ha oído usted alguna vez mi célebre frase, «tan improbable que es casi imposible»?

Charlie asintió con la cabeza.

—Más que ninguna otra cosa, es lo que va a sentenciar mi suerte en el Colegio General de Médicos —prosiguió Duffy—. ¿Cómo pude decir yo algo tan impreciso y tendencioso sobre las probabilidades de que dos hermanos fallezcan de muerte súbita sin tener pruebas estadísticas sólidas en que apoyarme? Muy sencillo: es que no lo dije. Traté de explicar a qué me refería, pero el abogado de Helen Yardley no me dejó hablar. La pregunta que se me formuló fue, literalmente: «¿Es posible, en su opinión, que Morgan y Rowan

fueran víctimas del síndrome de muerte súbita infantil?». Fue a esa pregunta a la que yo respondí con las palabras por las que ahora se me odia a escala universal, pero yo no estaba hablando de las probabilidades de dos muertes en una misma familia. Sobre esto habría dicho que sería poco común que dos niños de la misma familia fallecieran de muerte súbita, pero totalmente posible si había alguna predisposición médica en la familia: una característica genética, un historial de arritmias... —Judith Duffy se inclinó hacia delante—. Cuando dije «tan improbable que es casi imposible», quise decir *dado lo que he visto por el microscopio* : nada que ver con la cantidad de muertes súbitas por familia. Había analizado detalladamente la ficha de los dos niños y encontrado en ambos casos indicios de muerte no natural que me parecieron irrefutables: repetidas tentativas de ahogamiento, intoxicación por sal, fractura craneal bilateral... Russell Meredew alega que un niño puede fracturarse el cráneo cayéndose de un sofá; yo lamento discrepar. Para que Morgan y Rowan tuvieran la lesión que vi y no hubiera sido infligida... —Arrugó el entrecejo y se echó a reír a la vez, como si tratara de entenderlo nuevamente—. Es tan probable como que un hueso sobresalga del codo sin estar roto el brazo, tan improbable, sí, que es casi imposible.

Charlie se preguntó de manera automática si no existiría algún síndrome raro que permitiera que un hueso sobresaliera del codo sin estar roto. ¿Un encogimiento de la piel? ¿Un agujero en el músculo?

—Estar segura no me da por fuerza la razón, naturalmente —añadió Duffy—. En mi campo laboral la humildad es tan importante como la compasión. Cometí errores graves: al principio dije, en el caso de Rowan Yardley, que no había que confiar en los análisis de sangre. Pero luego, cuando descubrí que también Morgan tenía en sangre un índice salino muy elevado, y miré el cuadro sintomático general, cambié de opinión. Tomado individualmente, el alto índice de sodio en el suero tal vez pudiera explicarse, pero... Además, cuando lo dije, no sabía si los niveles de sal en la sangre de Rowan eran elevados o no. Otro error que cometí fue aceptar lo que me dijo un amigo mío que es patólogo, que la muerte de Marcella Hines tenía que tener causas naturales, porque él conocía a Angus Hines y los Hines eran «una familia estupenda».

Charlie se dio cuenta de que Duffy parecía más desenvuelta hablando de los errores que había cometido que de las equivocaciones cometidas con ella.

—Cuando Nathaniel Hines apareció en mi mesa de autopsias cuatro años después, me entró pánico. Había bajado la guardia que solía mantener alta y dado por buena... la palabra de Desmond, el patólogo, cuando no habría tenido que hacerle caso, y ahora había otro niño asesinado por haber concedido a Ray Hines y a Desmond el beneficio de la duda. Lo que más había temido, y supongo que por eso deseé ser crédula, era precisamente lo que había acabado por suceder. Adopté una actitud sobreprotectora, excesivamente cautelosa, y el resultado fue... —Su voz se apagó y su mirada resbaló hacia el vacío, a espaldas de Charlie.

—¿El resultado fue? —la incitó Charlie con amabilidad.

—Que cometí un error terrible en el caso de Ray. Ella no mató a ninguno de

sus hijos, pero dije al tribunal que sí. La culpa la tuvo en parte mi actitud defensiva. —Duffy sonrió—. Yo estaba muy a la defensiva. Cuando murió Nathaniel Hines, los medios movilizados contra mí por Laurie Nattrass venían acosándome desde hacía algún tiempo. Estaba decidida a no dejarme atrapar por él. Decir que Nathaniel Hines fue víctima del síndrome de muerte súbita cuando tenía dudas habría parecido una derrota. Supongo que deseaba demostrar al mundo que las madres podían ser un peligro muy real para los niños y no algo que yo había inventado por maldad ni porque disfrutase destruyendo la vida de la gente. Pero tenía dudas; sabía de muy buena fuente que Ray había sufrido depresión posparto y que había estado a punto de saltar por una ventana. ¿Y si me decantaba por las causas naturales y los Hines tenían otro niño que acababa igualmente muerto?

—Usted y Ray almorzaron juntas el lunes —dijo Charlie. Al ver la cara de sorpresa de Duffy, añadió—: Es una de las razones por las que estoy aquí. El inspector encargado de investigar el asesinato de Helen Yardley considera extraño que las dos pasaran juntas cierto tiempo.

—Es extraño si se mira el mundo desde un punto de vista limitado y limitador —dijo Duffy.

—Bueno, así es nuestro inspector.

—Lo crea o no, Ray y yo somos ahora buenas amigas. Me puse en contacto con ella cuando salió de la cárcel a través de su abogado.

—¿Por qué? —preguntó Charlie.

—Para disculparme. Para admitir que había sido muy poco objetiva en su caso. Fue ella quien sugirió el encuentro. Quería contarme la verdad sobre la causa de la muerte de sus criaturas. Creía que había sido la vacuna DTP-Hib en ambos casos. Después de escucharla durante media hora, me sentí inclinada a creerlo yo también.

—Pero...

—Sus abogados no presentaron esta información en el juicio porque todos sus peritos amenazaron con desmentirla y, faltos de peritos médicos que afirmaran que era la posible causa de la muerte, habrían pasado por idiotas. Paradójicamente, si hubieran acudido a mí, me habría pensado dos veces lo de considerar asesinato la muerte de Marcella y Nathaniel. Por lo menos creo que lo habría hecho —se corrigió Duffy—. Quiero creer que habría abierto los ojos entonces.

—Pero los abogados de Ray no acudieron a usted porque usted era la mala de la historia, la que buscaba pruebas para la parte contraria.

Duffy asintió con la cabeza.

—La madre de Angus Hines tiene lupus. En su familia extensa hay todo un historial de muertes súbitas. Eso sugiere un problema inmunológico

hereditario. Además, una testigo de confianza vio que tanto Marcella como Nathaniel sufrieron un ataque casi inmediatamente después de vacunárseles. Los efectos secundarios de la vacuna, sobre todo los ataques, habrían explicado todas las cosas que vi: el edema cerebral, la hemorragia...

—Debió haberse dicho en el juicio. Aunque pensarán que todos los médicos lo desmentirían.

—Sí, estoy segura de que Julian Lance tuvo razón en eso; es el abogado de Ray. Todo el mundo admite en teoría que un pequeño porcentaje de niños reaccionan mal a una vacuna y en algunos casos mueren, incluso hay un departamento de la administración para indemnizar a los afectados por los efectos secundarios de las vacunas, pero cuando estos aparecen, todos, según mi experiencia, cierran filas y dicen: «No fue la vacuna, la vacuna era segura, había sido probada y comprobada». —Duffy sonrío de súbito—. ¿Sabe?, cuando vi a Ray después de ser puesta en libertad, me dio las gracias por preocuparme por sus hijos hasta el punto de no ceder a las presiones a que se me sometió, las presiones de Laurie Nattrass; por no decir que murieron de muerte natural si no era eso lo que yo creía. Eso me dijo, a pesar de que fue a la cárcel por culpa de mi declaración.

—¿Sabe dónde está Ray ahora? —preguntó Charlie.

—No sé la dirección —dijo Duffy, dándose unos golpecitos en las rodillas. Charlie malinterpretó el ademán durante un segundo y lo tomó por una invitación a sentarse en su regazo—. Me da la sensación de haber hablado demasiado de mí misma —prosiguió Duffy—. Me gustaría saber algo de usted.

—Ya le dije que caí en desgracia.

—Siento que tuviera usted que gritar los detalles a través del buzón de mi puerta —dijo Duffy—. ¿No quiere explayarse al respecto? ¿Ha hablado alguna vez del problema? No me refiero a los hechos desnudos, sino al impacto emocional...

—No —dijo Charlie con voz cortante.

—Pues debería.

—¿Aunque no quiera?

—Especialmente si no quiere. —Duffy parecía alarmada, como si la resistencia a hablar de traumas pretéritos fuera un síntoma de enfermedad mortal—. Guardarse para sí un daño emocional, sea cual fuere, es un gran error. —Se levantó a medias de la silla y acercó esta a Charlie antes de sentarse de nuevo—. Tuvieron que transcurrir dos años para que me atreviese a hablar del juicio de Sarah Jaggard. Tuvieron que conducirme al juzgado en un furgón blindado y luego me escoltaron hasta una puerta trasera. Yo sabía ya que era imposible que la condenaran. En 2005 mi nombre era conocido por todos, y no en el buen sentido, gracias a Laurie Nattrass. Mi intervención en el juicio como testigo de cargo bastaba para garantizar la absolución de Jaggard. La

gente me insultaba en la sala de autos y los miembros del jurado me miraban como si desearan verme muerta...

La interrumpió un fuerte timbrazo: era el timbre de la puerta.

—No pienso abrir. No espero a nadie. Prefiero hablar con usted y escucharla.

Charlie titubeó. ¿Accedería a contarle a aquella mujer, prácticamente una desconocida, cómo se había sentido durante los últimos tres años? ¿Debía contárselo?

—No, vaya a abrir —dijo.

Duffy pareció decepcionada, pero no discutió. Cuando se fue, Charlie se levantó y se puso la cazadora rápidamente, no fuera que cambiase de opinión. Recogió el bolso y echó a andar hacia la cocina. Oyó a Duffy en el vestíbulo diciendo con voz amable pero firme: «No, gracias» y «De verdad, estoy segura. Gracias».

Charlie salió al vestíbulo en el mismo instante en que sonó el disparo, vio la pistola, vio a Duffy caer de espaldas, su cabeza estrellándose contra los peldaños sin alfombrar.

El hombre del umbral se volvió y apuntó a Charlie con el arma.

—¡Al suelo! ¡No se mueva!

—No podría haberlo visto, ¿no cree? Ella era inocente todo el tiempo. —Leah Gould alzó la voz para que la oyeran por encima de los ruidos de la cafetería. Se había citado allí con Simon, ya que quedaba enfrente de su trabajo, al otro lado de la calle. Gould hacía siete años que no trabajaba en Servicios Sociales. En aquella época había pedido la baja por maternidad y cuando su hija fue a la guardería, encontró un empleo de recepcionista en una empresa maderera, donde seguía trabajando.

—Solo usted sabe lo que vio —dijo Simon.

—Pero ¿por qué iba a asfixiar a su hija si no mató a sus dos niños? No lo habría hecho, ¿no cree? O es una asesina o no lo es, y si hubiera sido culpable no habrían anulado sus sentencias o lo que fuese.

—¿Por qué dice eso?

Leah Gould mordió la tostada de queso con cebolla mientras meditaba la pregunta. Simon se moría de hambre. En cuanto se quedara solo, pediría algo de comer. Detestaba comer delante de desconocidos.

—Es como dice Laurie Nattrass: los tribunales harán cualquier cosa con tal de no admitir que se equivocaron. Solo lo admiten cuando se ven obligados a ello, cuando el error es tan gordo que no pueden negarlo.

—O sea que como Helen Yardley ganó el recurso, tuvo que ser inocente.

Leah Gould asintió con la cabeza.

—Y antes del recurso, ¿qué pensaba usted?

—Bueno, pensaba que era culpable. Decididamente.

—¿Cómo es eso?

—Por lo que le vi hacer. —Otro bocado a la tostada.

—Querrá decir por lo que no le vio hacer.

—Sí, eso. Pero yo pensaba que lo había visto. Solo después me di cuenta de que era imposible.

Por culpa del hambre canina que sentía, la impaciencia de Simon crecía más de lo normal.

—¿Sabe algo de los tres jueces que estudiaron la apelación de Helen?

Leah Gould lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿A santo de qué voy a saber yo nada sobre ningún juez?

—¿No conoce ni siquiera sus nombres?

—¿Por qué tendría que conocerlos?

—Sin embargo, confía usted en ellos más de lo que confió en sus ojos.

Leah Gould lo miró parpadeando.

—¿A qué se refiere?

A Simon le habría gustado quitarle la tostada de la mano y haberla arrojado al otro extremo del establecimiento.

—Las condenas de Helen Yardley se revocaron porque se consideraron basadas en pruebas poco sólidas. Lo cual no equivale a decir que Yardley sea inocente. Los jueces que estudiaron el recurso no pensaron por fuerza que Yardley fuese inocente de asesinato, aunque es posible que sí. Es posible que lo pensara uno, o dos, o los tres; puede que sus opiniones coincidieran, puede que tuvieran opiniones diferentes. —Era inútil seguir por aquel camino—. Lo que a mí me interesa es lo que cree usted, de acuerdo con lo que usted vio.

—Yo creo que quiso abrazar a la niña, como ella misma dijo.

Allí faltaba algo. Leah Gould no había dado ninguna muestra de pesar.

—El testimonio que prestó usted en el juicio fue decisivo para la acusación —dijo Simon—. Usted afirmó haber visto que Helen Yardley quiso asfixiar a su hija. Le preguntaron si pudo haberse tratado de un abrazo, del abrazo de una madre angustiada a la que van a separar de la única criatura que le queda y que se aferra a la niña; y usted dijo que no.

—Porque fue eso lo que me pareció entonces.

¿Era la culpa una emoción que solo sentían las personas inteligentes?

—No fui solo yo —prosiguió la mujer—. Había un policía allí. Él también lo vio.

—¿Giles Proust?

—No recuerdo su nombre.

—Se llamaba Giles Proust. Disintió de usted en el juicio. Él declaró que lo que vio aquel día fue un abrazo normal y corriente.

Leah Gould negó con la cabeza.

—Yo lo miraba a él, no a Helen Yardley. Él miraba a la madre y a la niña. Fue entonces cuando supe que pasaba algo. Vi que la expresión del hombre cambiaba, me miró a mí, como si no pudiera hacer nada y quisiera que yo lo impidiese. Y entonces miré a Helen y a la niña y... vi lo que vi. Y lo impedí.

—¿Impidió usted una tentativa de ahogamiento? ¿Quitando a Paige Yardley de brazos de su madre?

Los labios de Leah Gould se tensaron con malestar.

—¿Quiere marearme? Ya le he dicho que no es eso lo que creo *ahora*. Le estoy contando lo que pensé *entonces*.

—¿Y usted pensó *entonces* que el sargento Proust vio lo mismo que vio usted?

—Sí.

—En ese caso, ¿por qué sostuvo él lo contrario en el juicio? ¿Por qué declaró que solo vio un abrazo?

—Tendrá que preguntárselo a él. —Ni la menor curiosidad en la cara de la mujer, ni siquiera un parpadeo interesado.

—Supongo que si se equivocó al interpretar lo que hacía Helen Yardley, también pudo equivocarse en relación con Giles Proust. Puede que interpretara mal la mirada que le dirigió; puede que él estuviera pensando en lo que iba a tomar con el té aquella noche.

—No, porque parecía petrificado. Yo me dije: ¿qué clase de policía es si se asusta tan fácilmente? —Cabeceó y en su boca volvió a dibujarse una mueca

de malestar—. Quiero decir que debería haberlo impedido. No debería haber esperado a que lo hiciera yo.

—Aunque usted crea ahora que no hubiera nada que impedir —le recordó Simon.

—Exacto —admitió la mujer con una expresión de incertidumbre que duró poco. Se introdujo en la boca la última punta de la tostada.

—En ese caso, ¿por qué cree que Proust pareció tan asustado?

—Tendría que preguntárselo a él. —Ñam, ñam, ñam.

Simon le dio las gracias y se fue. Jamás se vio a un hombre más deseoso de huir. Encendió el móvil. Sam Kombothekra le había dejado un mensaje. Simon le devolvió la llamada desde el coche.

—¿Cómo te ha ido con Leah Gould? —preguntó Sam.

—Es una masa bovina que consume espacio.

—¿Nada útil entonces?

—No —mintió Simon. Se sentía como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Había conseguido exactamente lo que esperaba. Leah Gould había cambiado de opinión porque ya no se llevaba creer que Helen Yardley fuera una asesina, así de sencillo. Simon estaba seguro de que Gould había visto a Helen asfixiando a Paige y de que Proust lo había visto también.

Proust debió de enamorarse del papel de madre afligida que interpretaba Helen en el primer encuentro. Creía que la mujer era inocente y él siempre tenía razón: si algo sabía de sí mismo era eso, más que ninguna otra cosa. Y tenía que seguir estando en lo cierto, aunque presenciara el intento de asesinato de la tercera criatura de Helen. Sus ideas preconcebidas le impidieron tomar las medidas que había que tomar; estaba maniatado, tan maniatado como por culpa suya estuvieron desde entonces cuantos lo rodeaban. Con una mirada de desesperación cargó sobre los hombros de Leah Gould la responsabilidad de salvar la vida de Paige Yardley y luego reanudó la comedia: la inocencia de Helen, su propia certeza. Proust mintió en el juicio, pero se convenció a sí mismo de que hacía todo lo contrario.

En el fondo de su corazón sabía la verdad. Si no había visitado a Helen en la cárcel ni una sola vez, como afirmaba Laurie Natrass...

En el fondo de su corazón tenía que darse cuenta del lamentable error que había cometido. ¿Temía que volviera a ocurrir en una situación igual de comprometedora? ¿Por eso necesitaba que todos fingieran que tenía más vista que un lince?

Saber todo esto —saber que el Muñeco de Nieve no sabía que él sabía— había cambiado el equilibrio de fuerzas entre ellos, al menos en la cabeza de Simon.

Ya no se sentía mancillado ni amenazado por la invitación a cenar. Charlie tenía razón: podía decir con toda sencillez que no quería cenar con Proust. También podía aceptar, presentarse con una botella de vino y contarle a Lizz Proust la verdad sobre el hombre con el que se había casado.

Tenía ahora la sartén por el mango. No importaba que no pudiera demostrar sus deducciones; sabía que podía destruir al Muñeco de Nieve cuando quisiera.

—¿Vienes ya para aquí entonces? —preguntó Sam, sacando a Simon de su fantasía de victoria.

—Sí, en cuanto me tome un bocata.

—Gibbs habló con Paul Yardley.

—Pobre cabrón.

—¿Gibbs?

—Yardley. Primero pierde tres críos, luego le matan a la mujer y ahora Gibbs se pone a tirarle de la lengua.

—Ahora admite que llamó a Laurie Nattrass antes de pedir una ambulancia. Al parecer, Nattrass le dijo que dijera que pidió la ambulancia antes.

—¿De veras? —dijo Simon con aire pensativo.

—No pedir la ambulancia inmediatamente es mala política, le dijo. Convenció a Yardley de que haríamos todo lo posible por cargarle la muerte de Helen. «La pasma siempre empapela al marido si puede y en el caso de usted se muere de ganas».

—¡La madre que lo parió!

—Gibbs pensó que Yardley le decía la verdad —dijo Sam—. Nattrass no es idiota; debió de comprender que comprobaríamos las llamadas del teléfono de Yardley.

—¿Crees que le dijo a Paul Yardley que mintiera porque quería que sospecháramos de él? Le dice a Yardley: «Diga tal y cual y no sospecharán de usted», mientras para su sayo pensaba: «Di tal y cual y sospecharán de ti».

—No sé. —Sam parecía cansado—. Lo que sí sé es que mientras hablaban, Yardley contó a Nattrass lo de la tarjeta que había encontrado en el cadáver de su mujer, sobresaliendo del bolsillo. Y espera a oír esto: Sellers habló con Tamsin Waddington, la amiga de Fliss Benson, y le dijo que Nattrass también había recibido los dieciséis números; Waddington vio la tarjeta en la mesa de Nattrass el 2 de septiembre, un mes antes de que mataran a Helen Yardley. Nattrass dijo que no tenía ni idea de quién se la había mandado.

—¿Qué? —Simon se descargó sobre el volante y accionó el claxon sin querer. Murmuró «Perdón» a dos mujeres que pasaban y que lo fulminaron con la mirada—. Entonces, cuando Paul Yardley llamó a Nattrass y le contó lo de la tarjeta hallada en el bolsillo de su mujer...

—Nattrass habría tenido que correr al teléfono y llamarnos a nosotros, asustado por la posibilidad de ser la siguiente víctima del asesino, sí. Aunque no temiera por él mismo, cuando descubrió que Fliss Benson había recibido una tarjeta igual, habría debido...

—Ya hablé con Benson de la tarjeta —dijo Simon—. La llevó al despacho de Nattrass, se la enseñó y le preguntó si sabía qué significaba. No es posible que le contase a Benson lo de la tarjeta que encontró Paul Yardley en el cadáver de Helen, Benson no lo mencionó y creo que lo habría hecho. Y ahora que lo pienso, Nattrass tampoco tuvo que hablarle de la tarjeta que había recibido él, porque Benson me lo habría dicho igualmente...

—¿Eso crees? —dijo Sam con desánimo—. Empieza a preocuparme el papel de Fliss Benson en esta historia. No la localizamos, no sabemos si tiene coartada para el lunes...

—Si Benson es la asesina, yo soy Barack Obama.

—Sellers y yo estuvimos esta mañana en su despacho. Tenía abierta en la pantalla de su ordenador la bandeja de entrada de su correo electrónico. Mientras estábamos allí, le mandaron una foto de la mano de Helen Yardley sujetando una tarjeta como las otras, con los mismos números, ordenados del mismo modo, y un ejemplar de *Nada más que amor*.

—¿Qué? —Primero una tarjeta, luego una foto de otra tarjeta...

—Tú mismo dijiste que Benson era una tía rara —dijo Sam—. ¿Crees que pudo enviarse ese material a sí misma?

Simon lo meditó unos segundos.

—No.

—He hablado por teléfono con Tamsin Waddington —dijo Sam—. Le preocupa la posibilidad de que Benson pierda el sentido de la realidad, así lo ha dicho ella. Benson la llamó para contarle un cuento sobre que había encerrado a Angus Hines en su casa y para decirle que fuera con una llave de repuesto para dejarlo salir. Cuando Tamsin llegó, media hora después, la casa estaba vacía; Angus Hines no estaba por ninguna parte, no había ventanas rotas, todo estaba como siempre. Hines no pudo abrir ninguna ventana para salir, ya que Tamsin las encontró todas cerradas con pestillo, cosa que solo pudo hacerse desde dentro. Benson, al parecer, también afirmó haber estado en Twickenham, en casa de los padres de Rachel Hines.

—¿También los encerró?

—Los padres de Rachel Hines no viven en Twickenham, nunca han vivido allí. Acabo de hablar con ellos. Viven en Winchester.

—O sea que Laurie Nattrass y Fliss Benson encabezan ahora nuestra lista de «más buscados», junto con el retrato robot de un skin que necesita urgentemente un dentista. ¿Hemos intensificado los esfuerzos para dar con ellos?

—Yo sí.

—Hago otra cosa que tengo que hacer y vuelvo flechado —dijo Simon.

—El bocata, ¿no? —Sam parecía receloso—. Por favor, confírmame que hablas de comerte un bocata.

—Entonces son dos cosas —dijo Simon y pulsó el botón de fin de llamada.

Diez minutos después estaba sentado en un sofá hecho con bolsas de bolitas de poliestireno en el número 16 de Bengoe Street, tomándose un refresco amarillo y viendo una carrera de caballos con Dillon White, el niño de cuatro años. Hasta el momento sus tentativas de trabar conversación habían sido infructuosas; el niño no había dicho ni pío. A Simon se le ocurrió entonces que no había probado a hablar de caballos.

—Ya habías visto esta carrera, ¿verdad? —preguntó.

Dillon asintió con la cabeza. La madre había comentado que era una grabación, la carrera predilecta de Dillon entre la larga lista de grabaciones que guardaba. «Porque su caballo favorito siempre gana», había añadido la madre riendo.

—Me pregunto quién ganará —dijo Simon.

—*Artículo Determinado*.

—¿Tú crees? Tal vez no.

—En esta gana siempre.

—A lo mejor es diferente en esta ocasión.

El niño negó con la cabeza. No le interesaban ni Simon ni sus extrañas ideas, de modo que no apartaba los ojos de la pantalla.

—¿Qué es lo que te gusta de *Artículo Determinado*? —¿No era eso lo que había dicho Proust? «Esfuércese más, Waterhouse». ¿Por qué es tu favorito?

—Es vegetariano.

Simon no sabía qué respuesta esperaba, pero no era aquella.

—¿Tú eres vegetariano?

Dillon White negó con la cabeza sin dejar de mirar la carrera.

—Soy feo.

¿Feo en el sentido de carente de belleza? No, no podía referirse a aquello. ¿No seguían todos los caballos de carreras el mismo régimen alimenticio? ¿No eran todos herbívoros?

Stella White llegó con una caja grande de cartón y la dejó a los pies de Simon.

—Es mi caja de la fama —dijo—. Hay aquí mucho material sobre JPCI y sobre Helen, espero que le sea útil. Garbancito, ya te dije que no eras feo, no se dice así. Eres blanco. O rubicundo, si te da por ser pedante.

—Ha dicho que *Artículo Determinado* era vegetariano —le susurró Simon por encima de la cabeza del pequeño, sintiéndose como un chivato.

Stella elevó los ojos al techo. Se puso de rodillas para quedar a la misma altura que Dillon.

—¿Garbancito? ¿Qué significa vegetariano? Sabes lo que significa, ¿no?

—De piel negra.

—No, no significa eso. ¿Recuerdas que mamá te lo explicó? Vegetariano significa que no come carne.

—Ejike es vegetariano y tiene la piel negra —dijo Dillon con voz monocorde.

—Es muy moreno y sí, es vegetariano, no come carne, pero eso no significa que todas las personas de piel morena se abstengan de comer carne. —Stella miró a Simon—. Si no se le habla de caballos no escucha. —Se puso en pie—. Lo dejo solo con él, si no le importa. Grite si necesita un intérprete.

Simon optó por darle un respiro al chico y dejó que viera la carrera en paz durante unos minutos. Sacó un puñado de recortes de la caja de cartón y se puso a mirarlos. No le costó reconstruir la historia de Stella: le habían diagnosticado cáncer terminal a los veintiocho años. Pero en vez de deprimirse y esperar a la Parca, se había puesto a entrenar para ser una deportista de talla mundial. Había participado en maratones y en triatlones, y practicado el senderismo; había afrontado toda clase de retos físicos; y recaudado centenares de miles de libras para instituciones benéficas, como JPCI.

En mitad del montón encontró un artículo sobre la relación de Stella con Helen Yardley: cómo se habían conocido, lo mucho que confiaban en su amistad. Había una foto de las dos juntas: Helen sentada en el suelo a los pies de Stella y esta apoyada en el hombro de aquella. El titular era: «Dos mujeres extraordinarias». Debajo de la foto se había insertado una cita de Helen en un

recuadro, separado del texto principal: «Saber que Stella no estará aquí siempre hace que la aprecie más. Sé que siempre estará conmigo incluso cuando no esté entre nosotros». Más abajo había otro recuadro con una cita de Stella: «He aprendido de Helen muchas cosas sobre el amor y la valentía. Creo que mi espíritu seguirá viviendo a través del suyo».

Solo que no era Stella White la que había muerto, sino Helen Yardley.

—Entonces, ¿te gusta *Artículo Determinado* porque tiene el pelaje negro? —preguntó Simon.

—Me gusta la piel negra. Me gustaría tener la piel negra.

—¿Y el hombre que viste delante de la casa de Helen el lunes, cuando ibas a salir para la escuela? ¿Te acuerdas?

—¿El hombre del paraguas mágico? —preguntó Dillon, todavía con la mirada fija en los caballos.

Así que ahora era mágico.

—¿Qué es un paraguas, Dillon? —Si los vegetarianos eran negros y los blancos eran feos...

—Lo que se pone encima de la cabeza para que no moje la lluvia.

—¿Era negro el hombre del paraguas mágico?

—No. Feo.

—¿Lo viste delante de la casa de Helen Yardley el lunes por la mañana?

El niño asintió con la cabeza.

—Y más allá. En el salón.

Simon se inclinó hacia él.

—¿Qué significa más allá?

—Más que infinito —dijo el niño sin vacilar—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, noventa y nueve, cien, mil, el infinito, más allá. ¡Hasta el infinito y más allá! —Lo último tenía que ser una frase oída en algún programa; Dillon lo había dicho como si imitara a alguien.

—¿Qué es el infinito? —preguntó Simon.

—El número más grande del mundo.

—¿Y más allá?

—Un número de días más grande aún.

Días .

—*Artículo Determinado* va a ganar. —La cara de Dillon se iluminó—. Mira.

Simon obedeció la orden. Cuando terminó la carrera, Dillon buscó el mando a distancia.

—Podemos verla otra vez desde el principio —dijo.

—Dillon, esta carrera que acabamos de ver, ¿cuándo la ganó *Artículo Determinado* ? ¿Ha sido hoy?

—No. Más allá.

—¿Quieres decir hace mucho tiempo? —dijo Simon. Lamentaba que Dillon tuviera solo cuatro años; lo habría invitado a una jarra de cerveza. Con mucha delicadeza le quitó el mando a distancia de la mano. Dillon lo miró por vez primera desde que estaba allí.

—El hombre que viste el lunes delante de la casa de Helen Yardley, no era la primera vez que lo veías en casa de Helen, ¿verdad? Lo habías visto antes, hace mucho tiempo. Más allá. La primera vez que lo viste llovía, ¿verdad? Entonces llevaba el paraguas mágico. No fue el lunes.

Dillon levantó y bajó la cabeza con energía: estaba de acuerdo.

—Lo viste en el salón. ¿Había alguien más allí, en el salón?

Otro movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Quién?

—Tía Helen.

—Muy bien, Dillon. Me estás ayudando un montón. Lo estás haciendo estupendamente. Lo estás haciendo tan bien como *Artículo Determinado* cuando ganó la carrera.

La cara del niño se iluminó. Sonrió de oreja a oreja.

—Quiero a *Artículo Determinado* . Cuando sea mayor me iré a vivir con él.

—¿Estaban solos tía Helen y el hombre, en el salón?

—No.

—¿Quién más había?

—Tío Paul. El otro hombre. Y una señora. Y mamá y yo.

—¿Cuántas personas en total?

—Todos nosotros. —Dillon asintió con solemnidad.

Simon miró a su alrededor con la esperanza de ver algo que lo ayudase. Entonces tuvo una idea:

—Una: tía Helen —dijo—. Dos: el hombre del paraguas...

—Tres: el otro hombre —continuó Dillon, hablando con rapidez—. También tenía un paraguas, pero no era mágico, por eso lo dejó fuera. Cuatro: tío Paul; cinco: la señora; seis: mamá; siete: yo.

—El otro hombre y la señora... ¿qué sabes de ellos? ¿Cómo eran?

—Eran feos.

—¿Qué era mágico en el paraguas mágico? ¿Por qué era mágico?

—Porque venía del espacio exterior y quien lo abría podía pedir un deseo y ese deseo se cumplía. Y cuando la lluvia goteaba en la alfombra, se volvía una alfombra mágica que volaba al espacio cuando uno quisiera y volvía cuando uno quisiera.

—¿Eso es lo que te contó el hombre?

El niño asintió con la cabeza.

—Ese hombre, ¿tenía... tenía pelo en la cabeza?

—Vegetariano.

—¿Pelo castaño? ¿Tenía los dientes raros?

Dillon fue a decir que sí, pero se detuvo y movió la cabeza en sentido negativo.

—Puedes decir no si la respuesta es no —dijo Simon.

—Quiero ver la carrera otra vez.

Simon le devolvió el mando a distancia y fue en busca de Stella. La encontró en la parte trasera de la casa, en el cuarto de la lavadora, planchando y canturreando. Estaba delgada, pero no parecía encontrarse mal, no como se espera que esté una persona con cáncer terminal.

—¿Recuerda haber estado con Dillon en casa de los Yardley hace algún tiempo? —le preguntó—. Estaban presentes Helen y Paul, usted y Dillon, otros

dos hombres y otra mujer. Llovía. Los dos hombres tenían paraguas.

—Íbamos allí muy a menudo. —Stella arrugó la frente—. La casa siempre estaba llena. Todo el mundo quería estar cerca de Helen. La gente acudía en manada para verla.

—¿Muy a menudo?

—Nos reunía al menos dos veces a la semana, por lo general con otras personas: familiares, amigos, vecinos. En realidad, todo el mundo. Era más o menos una casa franca.

Simon se esforzó por ocultar su decepción. Había esperado que la ocasión descrita por Dillon permanecería fija en la memoria de Stella; tendría que haber caído en la cuenta de que no todo el mundo era tan insociable como él. Simon no recordaba haber visto nunca a siete personas juntas en su casa; ni una sola vez. Tres había sido lo máximo: él y sus padres. La idea de que un vecino cruzase su puerta lo inquietaba hasta el punto de hacerle perder el sueño. No tenía problemas para estar con otra gente en un pub; pero eso era diferente.

—¿No recuerda a nadie que hubiera conocido en casa de Helen y que le hubiera dicho a Dillon que su paraguas era mágico?

—No —dijo Stella—. No me extrañaría que fuera una invención de Dillon. A mí me suena a fantasía de un niño de cuatro años, no a cosa que pudiera decir un adulto.

—No se lo inventó —dijo Simon con impaciencia—. Se lo dijo un hombre, el mismo que vieron delante de la casa de Helen el lunes por la mañana, el mismo que mató a Helen. Necesito que deje usted la plancha y me prepare una lista de todos los hombres que recuerde haber conocido en casa de los Yardley, absolutamente todos, aunque solo se enterase usted del nombre de pila, aunque solo recuerde el aspecto con vaguedad.

—¿En los últimos... cuánto tiempo? —preguntó Stella.

¿Cuántos días eran más allá?

—Desde que recuerde —dijo Simon.

Charlie no sabía cuánto tiempo llevaba tendida boca abajo en la cocina de Judith Duffy. Lo mismo podían ser diez minutos que treinta que una hora. Cuando se ponía a especular sobre el tiempo, el tiempo parecía combarse, doblarse, trazar un bucle. El asesino de Duffy estaba junto a ella, con las piernas cruzadas, con la pistola apoyada en su cabeza. Estaba ilesa, se repetía, no estaba herida, no estaba muerta. Si quisiera matarla, ya lo habría hecho. Lo único que tenía que hacer era no mirarlo. Era lo único que le había dicho el asesino: «No me mire. Si quiere seguir con vida, no levante la cabeza».

No le había prohibido hablar. Charlie se preguntó si valía la pena arriesgarse.

Oyó unos pitidos. El hombre llamaba a alguien por teléfono. Charlie esperó a oír su voz.

Nada. Luego, más pitidos.

—Responde, joder —murmuró el hombre. Un chasquido indicó a Charlie que el hombre había lanzado el móvil contra la pared. Vio el aparato por el rabillo del ojo: había rebotado y caído junto al zócalo. Oyó gritos y el nudo que sentía en el estómago se tensó. Si aquel tipo perdía la cabeza ella podía pasarlo mal: lo más probable era que la matara, deliberadamente o por casualidad.

—Tranquilícese —dijo con toda la amabilidad que pudo. También ella estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. ¿Cuánto iba a durar aquella situación? ¿Cuánto duraba ya?

—No debería haber hecho lo que he hecho —dijo el hombre con acento de los barrios bajos de Londres—. No se lo merecía.

—¿Judith Duffy no merecía morir? —Porque tal vez se hubiese referido a Helen Yardley. *Jaque*. Simon habría dicho *jaque*.

—Cuando se va demasiado lejos ya no se puede regresar. —El hombre aspiró con fuerza por la nariz—. Hizo todo lo posible. Lo mismo que usted.

Charlie sintió una contracción estomacal. ¿Cuándo había hecho ella todo lo posible? No entendía nada y necesitaba entender, porque la comprensión podía salvarle la vida.

El hombre murmuró una disculpa. Charlie tragó algo que le supo a bilis, pensó que era bilis porque pensó que el hombre iba a dispararle.

No disparó. Se puso en pie, se alejó. Charlie levantó la cabeza y lo vio sentarse en la escalera, junto al cadáver de Judith Duffy. Exceptuando la calvicie, solo se parecía un poco al retrato robot que había visto en el periódico: su cara tenía otra forma. No obstante, Charlie estaba segura de que era él.

—Cabeza abajo —dijo el hombre, sin inflexión en la voz. No parecía estar pensando en Charlie. Esta tuvo la impresión de que al asesino ya no le importaba lo que hiciese ella. Bajó la cabeza un poco y pudo ver que el hombre sacaba una tarjeta del bolsillo del pantalón y la dejaba sobre la cara de la muerta.

Los números.

Al ver que volvía donde estaba ella, se dobló para apartarse, pero lo único que quería el hombre era el teléfono. Cuando lo recuperó, echó a andar hacia la puerta de la calle. Charlie cerró los ojos con fuerza. Era difícil de soportar el sentirse tan cerca de la libertad y la seguridad. Si todo se torcía ahora, si el

hombre regresaba...

Oyó un portazo. Charlie levantó la cabeza. El hombre se había ido.

TERCERA PARTE

Lunes, 12 de octubre de 2009

—Si hubiera sabido que Marcella iba a morir con ocho semanas, no la habría abandonado ni un solo segundo —dice Ray—. Pensaba que la tendría el resto de mi vida, que íbamos a estar juntas años y años. Pero solo estuve con ella ocho semanas. Cincuenta y seis días: parece menos cuando se dice así. Y hay que descontar nueve días durante los que ni siquiera estuve en casa. Me alejé de mi pequeña cuando solo tenía dos semanas. Me he odiado a mí misma por aquello durante años. Perdón, ¿he de mirarla a usted o a la cámara?

—A la cámara —le digo.

Se mira las uñas.

—Siempre se encuentra un motivo para odiarse si se tiene esa tendencia. Pensaba que me sentiría mejor si me perdonaba, pero... ayer mismo volví a odiarme, cuando me enteré de lo que le pasó a Judith. Y hoy no me siento especialmente afectuosa conmigo. —Se esfuerza por sonreír.

—¿Mató usted a Judith Duffy? —pregunto—. Porque si no la mató, entonces su muerte no es culpa suya.

—¿No? La gente la odiaba por mi culpa. No solo por mi culpa, es verdad, pero... he aportado mi granito de arena, ¿no cree?

—No, no lo creo. Hábleme de cuando se alejó de Marcella. —Intuyo que trata de escurrir el bulto; es más cómodo hablar de Judith Duffy.

Da un suspiro.

—Tengo miedo de que me juzgue usted. ¿No es ridículo? No me turbó en absoluto cuando nos conocimos y me dijo que creía que yo había matado a mis hijos.

—Usted sabía que no los había matado, así que mi opinión no la afectó. Pero ahora va a hablarme de algo que sí hizo.

—Yo trabajaba en una pequeña empresa: PhysioFit. Tenía mucha clientela. Y todavía la tiene, aunque ya no pertenezco a la casa. Había clientes individuales y además ofrecíamos fisioterapia a las empresas. Por poner un ejemplo con la empresa en que trabaja usted, Binary Star. Pongamos que su jefa piensa que todos ustedes pasan demasiado tiempo encorvados sobre el teclado de los ordenadores. Entiende que esa postura es perjudicial, todos se quejan de dolores de espalda, la oficina es un semillero de oclusiones vertebrales. La jefa decide introducir un programa de fisioterapia para todos

los empleados de Binary Star. Lo primero que hace es invitar a varias compañías a que presenten sus programas y precios.

—¿Compañías como PhysioFit?

—Exactamente. Suponiendo que esto hubiera ocurrido hace años, cuando yo trabajaba en la casa, mi colega Fiona y yo habríamos ido a las oficinas de Binary Star y habríamos dado una charla informativa que habría durado dos o tres horas. Fiona habría hablado de la parte económica del asunto, las condiciones del contrato y todas esas cosas que a mí me interesaban muy poco. Una vez terminado su papel, habría sido mi turno y habría hablado de la fisioterapia propiamente dicha: qué supone, qué condiciones son particularmente útiles, que no es solo el último recurso para los dolores crónicos, sino algo que también tiene valor preventivo. Habría hablado de las posturas correctoras, de osteopatía craneal, que era mi especialidad, y de la insensatez de creer, como creen muchas personas, que una máquina puede ser tan eficaz como un ser humano cuando se trata de servicios fisioterapéuticos. Es imposible que lo sea. Cuando pongo las manos en el cuello de una persona, siento... —Se interrumpe y me sonrío con timidez—. Perdón. Casi olvido que no estoy ofreciendo mis servicios a su empresa. —Vuelve a mirar a la cámara—. Creo que todos se habrán hecho una idea.

—Parece que ese trabajo le entusiasma —digo—. Yo la contrataría.

—Me encantaba. No entendí por qué tuve que renunciar por el hecho de ser madre. Cuando supe que estaba embarazada de Marcella, lo primero que hice fue reservar una plaza en una buena guardería local. Empezaría a ir cuando tuviera seis... seis meses. Perdón.

—No pasa nada. Tómese su tiempo.

Ray forma un tubo con las manos y respira por él.

—Me pareció una buena solución: seis meses en casa con la pequeña y luego volvería a la clínica. —Se vuelve otra vez para mirarme—. Muchas mujeres vuelven al trabajo cuando sus criaturas tienen seis meses. —Le señalo la cámara—. Al día siguiente de dar a luz apareció Fiona por el hospital para hacerme una visita. Me llevó una caja de galletas en forma de pato cubiertas de un baño rosa; además me dio una buena noticia para PhysioFit: nos habían pedido una sesión informativa para los directivos de una compañía suiza con oficinas en todo el mundo, varias de las cuales estaban en el Reino Unido. Iba a ser un contrato monstruo, de esos que nos iba a permitir pasar del ámbito nacional al internacional y estábamos realmente interesadas. Y encima lo conseguimos. Teníamos competencia, pero nos prefirieron a nosotras. Perdón, me estoy adelantando.

—No hay problema. Todo esto se reordena luego, así que no se preocupe por la cronología.

—Quisiera ver la versión definitiva antes de que se emita —dice Ray inmediatamente.

—Desde luego.

Parece tranquilizarse.

—La dirección de la compañía estaba en Ginebra. Fiona tenía que ir allí, para conocer e interesar a los jefes. «Es una pena que estés de baja por maternidad», dijo. «He oído tu discursito miles de veces y podré repetirlo palabra por palabra, pero no será lo mismo que si estuvieras conmigo». Tenía razón. No sería lo mismo sin mí. Yo tenía más don de gentes que ella y esta sesión informativa iba a ser muy importante para PhysioFit. No soportaba la idea de no estar presente. No acababa de convencerme de que mi presencia no era decisiva para decidir el éxito o el fracaso.

Adivino lo que va a venir. Ray fue a Ginebra. Es evidente que fue. Pero ¿por qué las mentiras? ¿Por qué no contó a Julian Lance la historia que me está contando a mí? ¿O en el juicio?

—Pregunté a Fiona cuándo era la reunión. Me dijo la fecha. Faltaban tres semanas. Marcella no tendría ni un mes cuando Fiona partiera para Suiza. Yo... esta es la parte que tal vez no entienda usted. Pensará que debería haber sido franca y decir lo que quería hacer; haber dicho: «Perdonen todos, sé que acabo de tener una niña, pero es que debo hacer un viaje por motivos laborales... abur y hasta pronto».

—¿Angus se habría disgustado?

¿Se habría disgustado tanto como yo cuando averigüé cómo se había escapado de mi casa? Cuando volví, encontré una nota de Tamsin pegada al frigorífico: «Ni rastro de Angus Hines en la casa, a menos que esté en alguna habitación secreta que desconozco. ¡LLÁMAME!».

No la llamé. Tampoco me atrevía a ponerme en contacto con Angus para preguntarle cómo había salido sin romper cristales ni hacer un agujero en la pared. Me enteré esta misma mañana, cuando volví para recoger ciertas cosas que me hacían falta y me di de narices con Irina, la asistente, que además prepara un doctorado en King's. «¿Cómo se te ocurre dejar encerrado a tu amigo?», preguntó. «Eso no está bien, Fleece. Estaba tan avergonzado que me llamó para decirme lo ocurrido».

Corrí al cajón donde guardo tarjetas comerciales, bombillas de repuesto, menús de comida para llevar y paños de cocina (no tengo mucho espacio en casa y he de aprovechar todo el que hay). La tarjeta de Irina estaba allí —«Compañía de Servicios y Trabajos Domésticos»—, encima de un ordenado montón que no estaba tan ordenado la última vez que lo había visto.

Llamé a Angus y le dejé un mensaje diciéndole que tenía que hablar con él cuanto antes. Cuando me llamó, le grité por haber registrado los cajones de mi cocina y le pregunté por qué había mentido a Irina. ¿Por qué le había dicho que me había olvidado completamente de él y lo había dejado encerrado por equivocación? ¿Por qué no había roto una ventana para salir, como cualquier persona normal habría hecho? Me dijo que no quería ponerme en evidencia,

dando a entender a la asistenta que yo era de las mujeres que encerraban a los hombres en casa. «No sé por qué te enfadas tanto», añadió. «He tratado de comportarme civilizadamente. Supuse que no te gustaría que rompiera una ventana». Le dije que no era esa la cuestión y me cabreaba que diera a entender que Irina se habría despedido en el acto si él, caballerosamente, no le hubiera ocultado mi mal carácter. La conversación con Angus hizo que me pusiera nerviosa y paranoica. Me esforcé por no imaginármelo repasando metódicamente mis tarjetas y devolviéndolas una por una al montón hasta dar con la de Irina.

No he hablado con Ray de todo esto. No creo que lo haya hecho Angus tampoco.

—Mi plan, al principio, era hablarlo con franqueza —dice Ray a la cámara—. No era ni siquiera un plan, era simplemente lo que tenía que hacer. Aquella noche me fui del hospital con Marcella y volví a casa. Abrí la boca una docena de veces para contárselo a Angus, pero no me salieron las palabras. Se habría quedado helado. No es que no me apoyara en mi trabajo; lo hacía. Estaba de acuerdo en que volviese a trabajar cuando Marcella tuviera seis meses, peroirme a Suiza cuando la niña tenía tres semanas era otra historia. Sé exactamente lo que me habría dicho. «Ray, acabamos de tener una criatura. He solicitado un mes de baja sin sueldo porque quiero estar con ella. Pensé que ibas a hacer lo mismo». Además, estaban las cosas que no me habría dicho pero que de todos modos había oído ya: «¿Qué te sucede? ¿Tan desnaturalizada eres como esposa y madre que vas a sacrificar el precioso tiempo familiar para irte en viaje de negocios? ¿No crees que deberías repasar tus prioridades?». —Ray da un suspiro—. Tenía estas discusiones en mi cabeza, una y otra vez. «Pero Angus, es que es muy importante». «¿Y mi trabajo? He pedido un mes de baja, pero supongo que eso no es importante, ¿verdad?». «No es eso, es que si perdemos este contrato, será un desastre». «Pues que se encargue Fiona; ella es perfectamente capaz de resolverlo sola. Además, no sería ningún desastre. PhysioFit está en alza, ya habrá otros clientes. ¿Por qué este te importa tanto?». «Porque es importante y estoy decidida a ir, aunque no pueda convencerte». «Y si la semana siguiente, o la otra, se presenta otra oportunidad laboral igualmente importante, también estarás decidida a irte, ¿verdad?».

—¿Estaba en lo cierto? —pregunto.

Ray asiente con la cabeza.

—Yo estaba obsesionada con PhysioFit. Por eso iba viento en popa, porque todos y cada uno de los detalles me importaban. Sentía tanta pasión y tanto entusiasmo que la compañía tenía que prosperar, no había más remedio. Angus no entendía lo que era eso. Nunca había tenido un negocio propio. Sí, se tomó un mes libre cuando nació Marcella, pero ¿y qué? ¿Iba el periódico a vender menos números porque no apareciesen las fotos de Angus? Pues claro que no. No sé, a lo mejor sí —se desdice—. La diferencia es que Angus trabajaba únicamente para ganar dinero. No vive ni siente en las venas su trabajo, como yo. Su pasión en la vida era yo. Y Marcella y Nathaniel. —Al llegar aquí se detiene y queda en silencio.

—Entonces, ¿no le contó en ningún momento lo de Suiza? A pesar de lo cual, usted fue, ¿no es eso?

—Sí. Llamé a Fiona al día siguiente y le expliqué que me iba con ella, pero que no le dijera una palabra a nadie. Se rio de mí, me llamó chiflada. Puede que tuviera razón.

Pienso en mí, en el hecho de que me escondo de la policía para estar segura de que hago mi trabajo sin interrupciones.

—No me asustaba decírselo solo a Angus. Estaban también mi madre y la suya, que se estaban comportando como abuelas superserviciales. Si hubiera sido sincera, habría tenido con ellas la misma discusión. La idea de ver sus caras de preocupación, de que llenaran mis oídos con las cosas que yo debía y no debía hacer... ah, me entraban ganas de encogerme debajo del edredón y no salir nunca de allí. Quería estar con mi pequeña, no perder el tiempo escuchando lo equivocada que estaba y lo idiota que era, y replicando. Mi madre y la madre de Angus eran encantadoras, pero también son dadas a saber lo que es bueno para aquellos por quienes se interesan. Cuando unen fuerzas es una pesadilla.

Procuro que no se note hasta qué punto hace esta historia que me sienta sola. Mi madre llega a extremos insospechados para no comentar nada de lo que hago, temerosa de ofenderme. Si le pregunto por lo que le gusta ver en la tele, se estremece como un conejo que ha oído un escopetazo y dice con voz de pito: «Lo que te apetezca a ti, decide tú», como si fuera una dictadora fascista capaz de cortarle la cabeza si dice *Taggart* en vez de *Ven a cenar conmigo*.

—Conforme pasaban los días me daba cuenta de que tenía que trazar un plan, y rápido —dice Ray a la cámara—. Fiona me había reservado los pasajes de avión. Yo ya había mentido a todo el mundo sobre lo doloroso que me resultaba dar el pecho. Era coser y cantar, para mí y para Marcella, pero, previendo mi marcha, yo fingía que era una tortura para poder acostumbrarla al biberón. Necesitaba una tapadera para estar tres días fuera de casa sin escándalos. Me estrujé los sesos, pero no se me ocurrió nada en absoluto, hasta que un día comprendí que era eso: la respuesta era nada.

Espero. Es de locos, pero siento la tentación de volverme hacia la cámara y preguntarle su opinión. «¿Cómo puede ser nada la respuesta? ¿Sabes de qué habla esta mujer?».

—¿Quiere oír mi brillante plan? —dice Ray—. Primera fase: empezar a comportarme como si estuviera ensimismada y aturdida. Conseguir que todos especulen sobre lo que puede estar pasándome. Segunda fase: preparar una bolsa de repente y cuando me preguntan adónde voy, repetir: «Lo siento, tengo que irme, no puedo explicarlo, tengo que irme». Tercera fase: Ir a un hotel próximo a la casa de Fiona, porque la casa de Fiona es el primer sitio donde Angus buscará, así que no puedo quedarme allí. Estar en el hotel unas cuantas noches, llamar a casa regularmente para tranquilizar a todos diciendo que estoy bien. Cuando me pregunten dónde estoy, negarme a dar

esa información. Decir que no puedo volver a casa todavía. Fase... ya no sé por cuál voy.

—La cuarta.

—Cuarta fase: irme a Ginebra. Hacer la sesión informativa con Fiona. Conseguir el contrato. Quinta fase: volver a Londres, hospedarme en otro hotel. Llamar a casa, decir que me siento ya mejor. En vez de responder con monosílabos, trabar conversación con Angus. Preguntar por Marcella. Decir que la echo de menos, que ardo en deseos de volver a verla. Es verdad; no puedo. Iría corriendo a mi casa si pudiera, pero ha de hacerse por etapas. Todos sospecharían si de repente me comportara otra vez con normalidad... bueno, con la normalidad de siempre, que, ahora que lo pienso... —Sonríe con tristeza—. Sexta fase: después de un par de noches de recuperación gradual, volver a casa. Decir que no quiero hablar sobre por qué me fui ni dónde estuve. Lo único que quiero es estar con mi familia y seguir con mi vida de siempre. Séptima fase: cuando mi suegra me sermonee sin piedad exigiendo lo que ella llama «una explicación como Dios manda», subirme a la ventana del dormitorio y fumarme un cigarrillo sentada en el alféizar, gozando de saber que ya no tendré miedo de nada. Porque me habré demostrado a mí misma que soy libre y que en lo sucesivo haré lo que quiera. —Ray me mira—. Egoísta, ¿verdad? Pero era egoísta cuando nació Marcella. No sé si serían las hormonas o qué, pero de repente me sentí más egoísta y egocéntrica de lo que me había sentido en toda mi vida. Sentía... una especie de *urgencia*, sentía que debía hacer lo que quisiera, cuidar de mí misma, de lo contrario dejaría de ser yo.

—Si usted realmente creía necesario ir a Suiza, Angus debería haberla dejado —digo.

—Octava fase: cuando un policía, pensando que me salva la vida, tire de mí para apartarme de la ventana y un psiquiatra diga a mi madre y a mi suegra que hay que dejarme en paz por el bien de mi salud mental, se me presentará la oportunidad para mejorar a pasos agigantados. Un par de días más y volveré a estar radiante de alegría y con ganas de hacer cosas. Me habré salido con la mía. Me he tranquilizado, el pánico posparto ha desaparecido y lo único que quiero ahora es pasar una buena temporada con mi marido y mi dulce y preciosa hija. Mi marido estará emocionadísimo: ha estado muy preocupado, temía haberme perdido. Y aquí estoy ya: otra vez en casa y suya. Comienzan las celebraciones. —Pero no está precisamente alegre.

—¿No habría sido más sencillo decir la verdad y encajar las críticas?

Ray niega con la cabeza.

—En principio se diría que sí, pero no es verdad. Era más sencillo hacer lo que hice, mucho más sencillo. Debía de serlo, porque fui capaz de ponerlo en práctica; en cambio fui incapaz de contar la verdad. —Se mordisquea la cara interior del labio—. Al hacerlo como lo hice, eludía las responsabilidades. Una zombie que no sabe lo que hace despierta la compasión, mientras que una empresaria de éxito que arrincona a su niña recién nacida para ampliar el negocio solo despierta condenas. Angus lo entiende. Es curioso, no lo habría

entendido en su momento, pero ahora sí.

—¿Ahora lo sabe?

Ray asiente con la cabeza.

Situación interesante. Angus no sabe que su mujer está en Marchington House, tampoco sabe todavía que está embarazada; en cambio, Ray le ha contado su plan de ocho fases para volverlo medio loco de preocupación. ¿Qué clase de relación tienen estos dos?

—Echo de menos a Fiona —dice Ray con voz serena—. Todavía está al frente de PhysioFit. Ahora tiene otra socia. Antes del juicio le escribí suplicándole que no contara a nadie lo de Suiza y no lo contó. Creía que yo lo había hecho; creía que yo era culpable, igual que todo el mundo.

—¿Cuándo le contó a Angus lo de Suiza? —pregunto.

—¿Recuerda que le hablé de un hotel donde me alojé cuando salí de la cárcel?

—¿El que tenía urnas pintadas en todas las habitaciones?

—Cuando me fue imposible seguir allí, fui a ver a Angus, a nuestra casa de Notting Hill. Fue entonces cuando llegamos a un acuerdo. Me gustaría... me gustaría que Angus estuviera aquí, mientras le cuento estas cosas —dice—. Me gustaría que lo contáramos los dos juntos, porque fue entonces cuando todo entró en crisis y cuando las cosas finalmente empezaron a irnos mejor.

Intento que parezca que me alegro por ella.

—No quiero que se enfade con él por habérselo puesto a usted difícil, Fliss. Es muy protector conmigo y no siempre trata bien a los demás. —El tono de Ray sugiere que se trata de un estilo de vida lícito que se ha elegido voluntariamente y no de un defecto de carácter—. Tampoco yo, imagino. Todos hacemos lo que tenemos que hacer, ¿no le parece? Mentí a mis abogados, mentí a Laurie Nattrass, mentí en el juicio... ¿era eso justo?

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué contó dos mentiras distintas sobre los nueve días de ausencia? ¿Por qué mintió sobre el tiempo que dejó usted en la calle a la enfermera evaluadora y sobre la primera llamada que hizo, a Angus o para pedir la ambulancia?

Mi móvil zumba. Un mensaje. Recojo el bolso, convencida de que no es de Laurie. Después de hacer oídos sordos a las veinte llamadas que le he hecho en los dos últimos días no es probable que haya decidido que mi número de la suerte es el veintiuno. «Por favor, que no sea él».

—Mentí en el juicio porque... —empieza Ray.

—Tengo que irme —digo, mirando el móvil. Allí, en la diminuta pantalla del aparato, están todas las pruebas que necesito. No sé qué hacer con ellas.

Pulsar un botón las borraría, pero de mi teléfono, no de mi mente.

—Parece que es alguien importante —dice Ray.

—Laurie Nattrass —digo con voz neutral, como si fuera un nombre cualquiera.

12-10-2009

Tenían a una especialista en perfiles.

Además tenían a siete agentes del 17.^o Grupo de Investigación Criminal de Londres, ninguno de los cuales parecía contento de que lo hubieran destinado a Spilling. Simon se sentía incómodo teniendo cerca a aquellos hombres; la única experiencia que había tenido con agentes de la Policía Metropolitana, el año anterior, había sido completamente negativa.

La especialista en perfiles —Tina Ramsden, licenciada, máster y doctora en no se sabía cuántas cosas— era pequeña y musculosa, de piel bronceada y pelo rubio hasta los hombros. Simon pensó que tenía aspecto de tenista profesional. Parecía nerviosa y su sonrisa era casi de disculpa. ¿Estaría a punto de confesar que no tenía ni pajolera idea? Simon, en cambio, tenía unas cuantas.

—Yo siempre presento mis perfiles diciendo que no hay soluciones fáciles —dijo Ramsden—. En el presente caso hay que subrayarlo especialmente. —Se volvió hacia Proust, que estaba apoyado en la cerrada puerta de la atestada sala de la brigada criminal con cara de encontrarse tan desplazado como un personaje del cuento de «Los tres osos»: «¿Quién ha estado en mi sitio?»—. Me disculparé por adelantado, porque no sé si voy a ser de mucha ayuda con los detalles externos que podrían permitirles localizar a esta persona. No quisiera comprometerme con el grupo de edad, el estado civil, origen étnico, antecedentes sociales y educativos, ocupación...

—Permita que me comprometa yo por usted con algunos aspectos —dijo Proust—. El Pelón ha sido visto por dos testigos: Sarah Jaggard y nuestra propia sargento Zailer. Sabemos que tiene entre treinta y cuarenta y cinco años, es blanco y tiene la cabeza afeitada. Sabemos que tiene acento de los barrios bajos de Londres. Sobre la forma de la cara hay ciertas discrepancias...

—No he querido tener en cuenta las declaraciones de los testigos oculares —dijo Ramsden—. Un perfil es inútil si se crea alrededor de datos conocidos. Hay que fijarse en los delitos y en nada más.

—¿Podría ser un skin blanco y barriobajero de treinta y nueve años? —preguntó Proust.

—A propósito de la edad, la raza, la ocupación, la formación, si es soltero o tiene una relación larga, es decir, los detalles externos, como he dicho, no quisiera comprometerme —repitió Ramsden—. En cuanto al carácter, podría ser un solitario o muy sociable en apariencia.

—No resulta especialmente útil saber que podría ser cualquiera, doctora Ramsden —dijo el Muñeco de Nieve—. Nos han sugerido más de trescientos nombres desde que la fea jeta del Pelón profanó la prensa del sábado, y alrededor de un centenar de teorías estrafalarias sobre los dieciséis números, a cual más ridícula.

—¿Quiere saber lo que puedo decirles sobre este hombre? Lo más chocante que hay en él es las tarjetas que envía y que deja en los escenarios de sus delitos. Dieciséis números, los mismos, en el mismo orden, en todos los casos, dispuestos en cuatro filas de cuatro. —Ramsden dio media vuelta y señaló el tablón que tenía detrás—. Si miramos las que dejó en los cadáveres de Helen Yardley y Judith Duffy, y la que se encontró en el bolsillo de Sarah Jaggard cuando fue agredida, vemos que a nuestro hombre le gusta ser cuidadoso y coherente. Cada vez que aparece, por ejemplo, el número cuatro, vemos que está escrito exactamente del mismo modo. Lo mismo cabe decir del número siete, lo mismo de todos los números. La distancia entre los dígitos es también muy parecida, da la impresión de que los escribió midiendo las distancias entre ellos con una regla graduada. La disposición filas/columnas nos dice que valora el orden y la organización. Detesta la idea de hacer algo al azar, está orgulloso del cuidado que pone en las tarjetas, por eso utiliza cartulina cara y de gran calidad. Aunque por desgracia para ustedes, de venta en multitud de comercios.

Se oyeron unos cuantos gruñidos procedentes de la garganta de los pobres cabrones que habían pasado días enteros comprobando el último dato.

—La obsesión por el orden podría significar que es militar —dijo Chris Gibbs—. Recordemos que mata con un arma propia del ejército estadounidense.

—Podría significar que es militar —admitió Ramsden—. También podría significar cárcel, internado, cualquier institución. Incluso cabría la posibilidad de que fuera un sujeto que ha crecido en una familia caótica e inestable, y que ha reaccionado contra su medio volviéndose muy controlado. No es inusual: el muchacho cuyo dormitorio reluce como los chorros del oro, pero que vive en una pocilga donde la vajilla vuela y los padres se gritan... Pero, como digo, no quiero hablar de rasgos externos porque no estoy segura de ellos. Con lo único que quiero ser concreta es con su modo de pensar en esta etapa.

—Ha dicho usted «muy controlado» —dijo Simon desde el fondo de la sala—. Suponiendo que tenga familia y amistades, ¿no cree que se habrán fijado en ese aspecto? A veces, el modo de pensar se extiende hasta los rasgos externos.

—Ajá. Gracias, agente...

—Waterhouse. —A Simon le molestaban muchas cosas, pero en los puestos más altos de la lista figuraba el decir su nombre delante de grupos numerosos. Su único consuelo era que nadie lo sabía.

—No he dicho que fuera muy controlado —dijo Ramsden con cara de

satisfecha de sí misma—. He dicho que tal vez proceda de una familia práctica y emocionalmente caótica.

—Y que nuestro hombre pudo haber reaccionado contra su medio volviéndose muy controlado. —Simon sabía lo que había oído.

—Sí —dijo Ramsden, haciéndole con la mano una seña que a él le pareció de espera—. Yo diría que es probable que en algún momento fuera un maniático del control que supo poner orden en su vida. Pero el control se le escapa. Esto es lo más curioso de este individuo. Hace todo lo que puede por tener el dominio de la situación, se aferra a la ilusión de que es él quien manda, pero no es así. Pierde el contacto con el mundo real, con su lugar en ese mundo, posiblemente con su cordura. Las mismas tarjetas que revelan su minuciosidad y su amor por el orden, revelan al mismo tiempo su irracionalidad e incoherencia. Fijémonos bien: mata de un tiro a Judith Duffy y a Helen Yardley, y deja una tarjeta en ambos cadáveres. Agrede a Sarah Jaggard con un cuchillo, no con una pistola, a la luz del día, en una calle concurrida, no en casa de la víctima, no la mata y le deja una tarjeta en el bolsillo. Además, envía tarjetas a dos productores de televisión a los que no agrede ni mata, y luego, a una productora, le manda una foto de la mano de Helen Yardley, mano que sostiene una tarjeta y un ejemplar del libro de la víctima.

Ramsden recorrió la sala con los ojos para comprobar si todos se daban cuenta de lo que estaba diciendo.

—Él cree que tiene un plan muy bien pensado, pero nosotros vemos que está dando palos de ciego en todas direcciones, sin ningún sentido, imaginando que lo tiene todo controlado cuando lo único que hace es correr sin parar hacia el descontrol. Su trayectoria mental es como la de un carrito de supermercado que baja por una pendiente pronunciada, adquiere velocidad mientras avanza, pero sus ruedas se tuercen en un sentido y en otro; y ya saben ustedes lo que son los carritos de supermercado, lo difíciles que son de gobernar.

Algunos rieron. Simon no. No iba a fiarse de las conclusiones de Tina Ramsden solo porque hubiera ido al supermercado.

—Cree que es un tipo astuto por presentarse con un cuadrado de números que nadie parece capaz de descifrar —prosiguió Ramsden—, pero cabe la posibilidad de que los números no signifiquen nada. Podría estar loco o ser simplemente idiota perdido. Es posible que tenga una vena nihilista: quiere malgastar el tiempo de la policía obligándolos a ustedes a ir detrás de un significado que él sabe que no está allí. O bien, y sé que esto no es muy útil, sé que da la impresión de que digo que cualquier cosa es posible, es muy inteligente y la serie de números es significativa y contiene una clave o de sus intenciones o de su identidad. —Ramsden se detuvo para respirar—. Pero aunque así sea, la elección de los destinatarios de la tarjeta sugiere que la parte de su cerebro que sabe de qué va todo está en proceso de ser arrollada por la parte equivalente al carrito de supermercado que corre cuesta abajo.

Simon abrió la boca, pero la experta en perfiles estaba embalada.

—Sarah Jaggard y Helen Yardley: sí, el vínculo está claro. Las dos fueron juzgadas por asesinato. Pero ¿Judith Duffy? No solo no tiene nada en común con Jaggard y Yardley, sino que es su polo opuesto: su oponente en una conocida polémica. ¿No puede decidir nuestro hombre de parte de quién está? ¿Y qué hay de Laurie Nattrass y Felicity Benson? Están relacionados con las tres mujeres mencionadas por su trabajo, pero aparte de eso no hay ningún terreno en común. Ni Nattrass ni Benson están personalmente implicados en ningún caso de asesinato.

—Permítame contradecirla —dijo Proust—. Resulta que la señorita Benson está personalmente implicada. Esta mañana hemos averiguado que su padre perdió el empleo en los Servicios Sociales por un lío que tuvo por resultado la muerte de un niño. Y el hombre se suicidó.

—Ah. —Ramsden pareció un poco azorada—. Bueno, vale, entonces Benson está relacionada con las muertes infantiles a través de su trabajo y de su vida personal. En cierto modo, eso corrobora mi argumento. Que básicamente no hay ninguna estructura visible. Estas personas no tienen nada en común.

—¿Habla usted en serio? —preguntó Simon—. Puedo hacerle ver la estructura con una sola frase: nuestro hombre envía tarjetas a personas relacionadas con el documental de Binary Star y con los tres casos que se comentan en él: Yardley, Jaggard, Hines.

—Bueno, sí, en cierto modo tiene usted razón —admitió Ramsden—. Esos casos están grabados en su mente, no lo niego. Puestos a ello, yo diría que puede ser alguien que ha sufrido un serio trauma emocional por culpa de este asunto. Puede que haya perdido un hijo, o un hermano, o un nieto, o que haya quedado afectado por alguna muerte súbita, por culpa de la cual se haya obsesionado por personas como Helen Yardley y Judith Duffy. Pero matar a las dos cuando, como digo, son polos opuestos en función de lo que representan... no tiene lógica ni explicación racional. Y lo más preocupante de los asesinatos al estilo del carrito de supermercado cuesta abajo es que aumentan la velocidad antes de hacerse pedazos.

—Siento interrumpirla, pero... —Simon esperó a ver si el Muñeco de Nieve lo hacía callar. No lo hizo callar—. Habla usted como si la relación del asesino con la película de Binary Star fuera puramente temática: es un pariente afectado y por eso se ha obsesionado con los tres casos.

—Yo solo he dicho que *podría* ...

—La conexión tiene que ser más fuerte y más cercana —dijo Simon—. No sé desde cuándo ni hasta qué punto conoce usted los hechos, pero Laurie Nattrass envió el martes un e-mail a todas las personas relacionadas con el documental, médicos, enfermeras, abogados, policías, las mujeres afectadas y sus familias, personal de la BBC y de JPCI. A las tres de la tarde del martes, alrededor de cien personas recibieron el e-mail en el que Nattrass decía que Fliss Benson iba a ser la productora ejecutiva de la película. Hasta ese momento, Benson no tenía absolutamente ninguna conexión con estos casos. Quien le envió la tarjeta debió de ser una de las personas que recibieron el

mensaje de Natrass. Él o ella leyeron el e-mail, prepararon inmediatamente una tarjeta para Benson y se la mandaron por correo a Binary Star, donde Benson la recibió el miércoles por la mañana.

—Doctora Ramsden, todos los destinatarios del e-mail de Natrass tienen coartadas que los eximen de uno o de los dos homicidios —dijo Proust. Habría sido lo mismo si hubiera levantado los brazos y gritado: «Escúcheme a mí, no le haga caso a él»—. Todos sin excepción. Y a menos que el agente Waterhouse piense que Sarah Jaggard y la sargento Zailer han urdido un plan para despistarnos, cosa que no voy a ser tan ingenuo de descartar, dado que tiene cierta propensión a ser obstinado, no tenemos ninguna necesidad de molestarnos con eso de «él o ella». Sabemos que el Pelón es un hombre.

—Sí —dijo Simon—, y sabemos que mató a Duffy y agredió a Jaggard, pero no sabemos si es quien envía las tarjetas y no sabemos si es quien mató a Yardley.

—Pero suponemos que sí, ¿verdad? —dijo la sargento Klair Williamson.

—Verdad —dijo Proust con firmeza.

—Yo no —replicó Simon—. Dillon White vio el retrato robot de la policía y dijo que no, que no era el hombre de...

—Aviso: el agente Waterhouse va a hablarnos de un paraguas mágico —soltó el Muñeco de Nieve.

—Hay dos personas implicadas en estos homicidios —teorizó Simon como si hablase de un hecho comprobado. Si se equivocaba, ya se preocuparía después por lamentarlo—. Una es el Pelón. La otra podría ser un hombre o una mujer, pero digamos «él» para facilitar las cosas. Es quien organiza todo, es el cerebro que está detrás de la operación: listo, controlador y quien tiene la sartén por el mango. Es quien envía las tarjetas, sabe qué significan los dieciséis números y nos desafía dándonos a entender que solo lo atraparemos si somos tan listos como él.

—O sea que ahora tenemos un calvo y otro que no tiene un pelo de tonto —dijo Colin Sellers riendo.

—El Cerebro podría haber contratado los servicios del Pelón —dijo Simon—. También cabe la posibilidad de que el Pelón le guarde lealtad por la razón que sea, que le deba algún favor o favores. Cuando el Pelón dijo: «Cuando se va demasiado lejos ya no se puede regresar» se refería al control que el Cerebro tiene sobre él. El Cerebro, autor y remitente de las tarjetas, es la persona a quien el Pelón llamó en casa de Judith Duffy después de matarla. Quería instrucciones sobre lo que hacer con Charlie, si debía matarla o no.

—Si estás en lo cierto, con coartada o sin ella, cualquiera que recibiese el martes el e-mail de Laurie Natrass podría ser el remitente de las tarjetas —dijo Sam Kombothekra—. O cualquiera de Binary Star, cualquiera a quien Natrass o Benson contaran que Benson iba a hacer de productora ejecutiva.

—Yo me inclino a creer que el Cerebro tiene una coartada sólida para el sábado, cuando mataron a Duffy, pero no para el lunes —dijo Simon—. Creo que cuando el Pelón agredió a Sarah Jaggard y fue interrumpido por una viandante, el Cerebro decidió encargarse personalmente de Helen Yardley. Luego, cuando llegó el momento de liquidar a Duffy, le dio al Pelón otra oportunidad. Puede que en el ínterin lo hubiera adiestrado un poco mejor.

—Presento mis más humildes disculpas en nombre del agente Waterhouse —dijo Proust. Tina Ramsden empezó a mover la cabeza y abrió la boca para decir algo, pero el Muñeco de Nieve se lo impidió con su creciente entusiasmo por su tema favorito: la inutilidad de Simon—. No hay ningún fundamento para creer que en estas agresiones estén implicadas dos personas. ¿Un niño de cuatro años que dice cosas sin sentido y el hecho de que el Pelón llamara a alguien por teléfono? Puede que llamara a su novia para decirle que quería salchichas rebozadas para cenar. Habría podido llamar a cualquier persona por cualquier motivo. ¿No lo cree usted también, doctora Ramsden?

Ramsden asintió con la cabeza.

—Cuando las personas se encuentran en situaciones de peligro, buscar seguridad es un impulso normal.

—Lo que hay que oír —dijo Simon—. O sea que el tipo está en el vestíbulo de Judith Duffy con un cadáver delante, tiene inmovilizada a Charlie a punta de pistola ¿y de pronto se toma un respiro para llamar a un amigo porque quiere serenarse oyendo una voz conocida? —Se echó a reír—. Vamos, anda, esto no es serio.

—Yo no estoy convencido de que haya aquí una pérdida de control o una serie de actos irracionales —dijo Chris Gibbs, poniéndose en pie—. Haya dos culpables o uno solo, ¿cómo sabemos que todo lo ocurrido hasta la fecha no forma parte de un plan? Solo porque Helen Yardley y Judith Duffy hayan sido asesinadas...

—Lo cual sugiere con mucha fuerza que el asesino no sabe de qué lado está o quizá que ha llegado a un punto en el que ya solo recuerda nombres y no qué defienden o representan —dijo Tina Ramsden. Simon simpatizaba con su deseo de ser útil. Interrumpía cuando le parecía oportuno y no parecía ofenderse cuando no se estaba de acuerdo con ella.

—De una cosa no se sigue necesariamente la otra. —Gibbs miró a su alrededor en busca de apoyo—. Pongamos que el asesino es Paul Yardley...

—¿El mismo Paul Yardley que tiene coartada para el lunes y el sábado, que no tiene acento barriobajero y sí mucho pelo en la cabeza? —preguntó Proust—. Y hablando de pelo en la cabeza, Gibbs, veo que aún lo conserva usted. ¿No le dije que se la afeitara?

Simon deseaba que Gibbs prosiguiera con su teoría y no quedó defraudado.

—Pongamos que Yardley no estuviera tan convencido de la inocencia de

Helen, que no fuera una columna tan firme como se nos ha hecho creer; puede que tuviera dudas, aunque no las expresara. La mayoría de los hombres en su situación... digámoslo claramente, en el fondo no lo sabía. No estaba totalmente seguro. Lo único que sabe es que su vida está hecha pedazos; primero pierde a sus dos hijos, luego su mujer va a la cárcel, luego los Servicios Sociales le quitan a su hija. Levantarse por las mañanas todos los días tuvo que ser una auténtica prueba para él, pero mientras Helen sigue en la cárcel, se fija una meta y esa meta es sacarla de allí. Cuando por fin sale Helen, Paul se queda sin objetivo. Ella se carga de actividades, con Laurie Nattrass, con JPCI. ¿En qué piensa Yardley día tras día mientras está por ahí, arreglando techos?

—¿En impostas y sofitos? —sugirió Sellers riendo por lo bajo.

—Vaya al grano, Gibbs —dijo el Muñeco de Nieve con cansancio.

—¿Y si Yardley es un perturbado? ¿Y si empieza a convencerse de que alguien debe pagar por todos sus sufrimientos? ¿De quién es la culpa? Tal vez de Helen, si mató a sus hijos. ¿De Duffy? Por su culpa, Yardley perdió a su mujer durante nueve años.

—¿Y Sarah Jaggard? —preguntó Simon.

—Sarah Jaggard no fue asesinada —dijo Gibbs—. Ni siquiera resultó herida. Puede que el plan fuera ese. Puede que la agrediera para despistarnos, para ampliar el radio de las sospechas y que pasáramos del caso de Helen Yardley a otros casos parecidos.

—A ver si lo he entendido —dijo Proust, alisándose las solapas de la chaqueta—. Dice usted que Paul Yardley mató a su mujer y a Judith Duffy porque quería castigar a una de las dos por haber echado su vida a perder, ¿y no estaba seguro de cuál tenía la culpa?

Gibbs asintió con la cabeza.

—Sí, podría haber sido así, aunque hay otra forma de exponerlo: no como una opción, no como o una o la otra, sino que culpa a los dos por igual: a Helen por la pérdida de los dos chicos y a Duffy por la pérdida de Helen y de su hija.

Simon se dijo que las dos posibilidades eran igual de inverosímiles, pero se alegraba de que Gibbs las hubiera expuesto. Que no se dijera que sus colegas carecían de imaginación.

Tina Ramsden sonreía.

—Parece que tiene usted aquí un pelotón de expertos en perfiles psicológicos —dijo a Proust—. ¿Seguro que quiere que me quede? Debo decir que no estoy de acuerdo con la hipótesis de que hay dos personas en acción. —Miró a Simon y se encogió de hombros a modo de disculpa—. Y estoy totalmente segura de que estamos ante un proceso de irracionalidad creciente. El remitente de las tarjetas como elemento racional y controlado no se sostiene,

porque su forma de repartirlas no sigue una pauta regular: unas veces las manda por correo postal, sin violencia, o por correo electrónico, en forma fotográfica; otras veces las deja en los bolsillos de víctimas de homicidio.

—Si supiéramos lo que significan los números acabaríamos por identificarlo —dijo Simon—. Es un desafío. Envía tarjetas a personas a quienes juzga con su mismo nivel intelectual, personas que cree que son suficientemente inteligentes para descifrar la clave. —Al ver que Sellers abrió la boca, Simon levantó la mano para impedirle hablar—. ¿Vas a decir que Helen Yardley era cuidadora de niños y Sarah Jaggard peluquera, que no eran muy brillantes intelectualmente, desde el punto de vista del Cerebro, a pesar de lo cual recibieron una tarjeta?

Sellers movió la cabeza en sentido afirmativo.

—No. No recibieron ninguna, Helen Yardley y Sarah Jaggard no recibieron tarjetas. Judith Duffy tampoco recibió ninguna. —Simon se quedó escuchando el rumor que producía la confusión reinante en la sala en aquellos momentos—. Yardley, Jaggard y Duffy no estaban destinadas a ser destinatarias de las tarjetas. En cualquier caso, Duffy estaba muerta cuando recibió la suya. Esas tres tarjetas eran para nosotros, para la policía. Nuestra misión es averiguar qué ocurre, ¿no? El trabajo de Laurie Nattrass y Fliss Benson consiste en desenterrar la verdad que hay debajo de los tres errores judiciales. —Había acaparado ya la atención general—. Hemos de investigar las dos cosas por separado, la violencia y las tarjetas. En la primera categoría tenemos a dos mujeres asesinadas y a otra amenazada con un cuchillo, las tres conectadas por casos de presuntos asesinatos. En la otra categoría tenemos cinco tarjetas, tres dejadas para la policía, de manera indirecta, y dos enviadas a cineastas: cinco tarjetas destinadas a personas que el Cerebro parece creer con inteligencia suficiente para entender su clave cifrada. No hay nada irracional en todo esto —prosiguió Simon, dirigiéndose ahora a Tina Ramsden—. En mi opinión, todo resulta muy lógico y con esto quiero decir que Fliss Benson y Lauri Nattrass no corren ningún peligro, no más peligro que cualquiera de nosotros. La elección de las víctimas en la categoría de la conducta violenta también tiene sentido: Helen Yardley y Sarah Jaggard fueron elegidas por un motivo, aunque no el más evidente. El Cerebro quería indicarnos que lo habíamos subestimado. Por eso la siguiente víctima fue Judith Duffy y no Ray Hines. —Simon estaba convencido de tener razón en este punto—. Nosotros lo obligamos a actuar. Nuestro colega Sam fue citado el sábado en todos los periódicos de tirada nacional; según sus palabras, partíamos de la hipótesis de que el asesino era un justiciero que agredía a mujeres culpables que desde su punto de vista habían escapado a la acción de la justicia. Pero su motivación no es esa y ese mismo día nos lo demostró matando a Judith Duffy; y digo «el asesino» para no repetir que pudo ser también «la asesina», recuérdenlo.

—Sexista —se oyó murmurar a una mujer.

—Puede que para matar a Duffy no tuviera en realidad más motivo que darnos a entender que estábamos equivocados en cuanto a sus razones —prosiguió Simon—. Así como es minucioso, y escribe siempre los cuatros y los siete del mismo modo, también es objetivo, o eso cree él: no quiere que lo

malinterpretemos y quiere que lo sepamos. Probablemente es alguien que asocia el espíritu justiciero con la idiotez extrema: con el proletario mugriento que consume prensa amarilla y es partidario de la mano dura. Seguramente no le gustó el simbolismo que estaba en juego porque es un tipo inteligente, y si se me permite especular, yo diría que pertenece a la clase media. Quiere que pensemos que la justicia que administra, personalmente o por mediación del Pelón, es exactamente eso: justicia noble, no sucia venganza. Al matar a las abanderadas de los dos ejércitos en pugna, Helen Yardley y Judith Duffy, nos está diciendo que es justo e imparcial.

Todos se miraron. Nadie quería ser el primero en reaccionar. Proust estaba con los brazos cruzados, mirando al techo, formando con la barbilla y el cuello un ángulo de casi ciento ochenta grados. ¿Estaría meditando?

—Bien, si nadie más quiere intervenir, lo haré yo —dijo Tina Ramsden al cabo de diez segundos de silencio. Levantó sus notas para que todos las vieran, las rompió por la mitad y rompió a su vez las dos mitades resultantes—. No saben ustedes lo irritante que es hacer esto después de pasarme casi toda la noche en vela, tratando de ordenar todos los datos. Pero si no obro con sinceridad, no les seré útil. Me rindo ante el superior análisis del agente Waterhouse.

—¿Ante su qué? —dijo Proust.

Ramsden miró a Simon.

—Prefiero su perfil al mío —dijo.

—¿Crees que su plan era levantarte en brazos y pegarte un buen polvo? —dijo Olivia Zailer con animación. Lo había dejado todo para correr a Spilling y auxiliar a su hermana. Dado el trance por el que había pasado Charlie, se cercioró antes de que no tuviera ninguna lesión que necesitara intervenciones de urgencia.

—Ni idea, chica —dijo Charlie—. Lo único que sé es que me dejó una carta de amor; bueno, un papelito de amor; y me dijo que el sábado volviera lo antes posible.

—Pero la siguiente vez que te vio, no hizo el menor movimiento. —Olivia arrugó la nariz como si estuviera decepcionada.

—La siguiente vez que me vio fue poco después de que el asesino de Judith Duffy me hubiera puesto una pistola en la cabeza. Todavía estaba demasiado temblorosa para recordar que teníamos una cita más o menos sexual y Simon estaba más interesado por hacerme preguntas sobre el hombre que llaman el Pelón.

Liv dio un bufido.

—Su equilibrio vida/trabajo es como un balancín con un rinoceronte de hormigón en un extremo. A pesar de todo, te dejó una bonita carta; eso ya es un gran paso adelante, ¿no?

Charlie asintió con la cabeza. Las dos estaban en su cocina, sentadas a la mesa, tomando té, aunque Liv había llevado una botella de champán rosado. «Para celebrar que no te pegaran un tiro», había explicado.

El sol brillaba como si no hubiera diferencia entre el verano y el invierno; Charlie había tenido que bajar la persiana de la cocina. Desde que Simon le había escrito aquellas diecisiete palabras, el sol había brillado casi constantemente, aunque cada vez que ponía las noticias locales veía grandes nubes grises en el cielo de Culver Valley. Charlie se fiaba de sus sentidos; era la gente de la tele la que se equivocaba.

—Casi no te he hablado de la carta de amor —dijo.

—¿Qué? —Nada horrorizaba más a Olivia Zailer que la idea de que no le contaran algo.

—Pensé que la encontrarías ridícula; ni siquiera era un papel como Dios manda; la palabra *amor* brillaba por su ausencia...

—¡Por favor! ¿Qué clase de criatura desalmada crees que soy?

—Tuvimos una pequeña polémica por la luna de miel —añadió Charlie. ¿Estaba tan acostumbrada a pelearse con Olivia que necesitaba darle algo de carnaza, para que ella pudiera adoptar su habitual postura defensiva?—. Los padres de Simon tienen miedo a los aviones, así que empezó diciendo que no teníamos que salir del Reino Unido.

—Por favor, dime que los padres de Simon no van a ir de luna de miel con vosotros.

—¿Bromeas? Les entra taquicardia si se alejan hasta el final del jardín. No, tienen miedo de que vuele Simon. Su madre le dijo que no dormiría ni comería durante medio mes si sabía que iba a subir a «un aeroplano de esos». Así los llama ella.

—Esa tía es más tonta que Abundio —dijo Olivia con irritación.

—Lo malo es que lo dice en serio. Simon sabe que no comerá ni dormirá hasta que vuelva sano y salvo, y saber que a su regreso podría encontrarse con una calavera marchita donde antes estaba su madre es aguarnos la fiesta. Aunque puestas a decirlo todo, no creo que apreciara la diferencia. —Charlie se interrumpió para verificar su nivel de culpabilidad: cero—. Yo no quería pasar mi luna de miel en un hostel de Rawndesley, cosa que mi suegro sugirió muy seriamente...

—¡Increíble!

—... así que llegamos a una solución negociada. Simon accedió a ir a cualquier lugar que estuviese a menos de tres horas de avión y yo accedí a mentir a sus padres y fingir que íbamos a la costa sur de Inglaterra, a Torquay, que está suficientemente cerca para que se queden tranquilos y

suficientemente lejos para que Simon pueda decir a su madre, con la conciencia tranquila, que no podrá regresar para la comida del domingo.

—Supongo que Kathleen y Michael saben que los coches también sufren accidentes —dijo Liv.

—Ah, pero es que vamos a Torquay en tren. —Charlie no pudo contener la risa —. Porque la gente muere en las autopistas. Es realmente ridículo. Simon va en coche todos los días, pero como esta vez va a aventurarse lejos de la zona protectora de su mamá...

—La gente también muere en accidentes de tren —señaló Olivia.

—Pues no se lo digas a Kathleen o nos veremos obligados a pasar los quince días de luna de miel en su habitación de invitados.

—Entonces ¿adónde vais?

—A Marbella, que está casi a tres horas de avión. A dos horas y cincuenta y cinco minutos.

—Pero... —Olivia entornó los ojos—. Puestos a mentir a Kathleen y a Michael, podríais ir a cualquier sitio: a Mauricio, a Santa Lucía...

—Ya le dije todo eso a Simon, ¿y sabes qué respondió? Adivina adivinanza.

Liv cerró los ojos, apretó los puños y murmuró:

—Espera, no me lo digas, no me lo digas... —Parecía tener seis años. Charlie envidiaba a su hermana por aquella forma suya de disfrutar de la vida sin complicaciones—. ¿Que sería alejarse demasiado por si su madre se ponía enferma de repente y había que volver en seguida? No me extrañaría que Kathleen recurriese a una estratagema así.

—Caliente, caliente, pero la verdad es más demencial aún: que cuanto menos tiempo pase volando, menos probabilidades habrá de que muera en un accidente aéreo y menos en consecuencia de que sus padres lo pillen en una mentirijilla.

—Lo cual, evidentemente, es lo peor que puede ocurrir cuando te matas en un accidente aéreo —dijo Liv riendo por lo bajo.

—Evidentemente. Sin necesidad de consultar las estadísticas y pasando totalmente por alto el hecho de que casi todos los accidentes aéreos se producen al despegar o al aterrizar, Simon ha llegado a la conclusión de que los vuelos cortos son más seguros que los largos.

—¿No podrías convencerlo? Quiero decir: ¿*Marbella*?

—Bueno, encontré en Internet un chalecito precioso. Es...

—Pero tendréis que volar hasta Málaga. El avión estará lleno de gente con «amor» y «odio» tatuados en los nudillos y que se dedicará a gritar «Oggie, oggie, oggie». —Liv se estremeció—. Si el vuelo ha de durar menos de tres horas, ¿qué te parecen los lagos italianos? Podríais ir a Milán...

—¿Eso es mejor?

—Joder, claro —dijo Liv—. Nada de tatuajes y mucho lino.

Charlie había olvidado la tremenda cursilería de su hermana.

—Pensaba que nos reprochabas la mentira, no el punto de destino —dijo—. Por una parte me apetece mandarlo todo a paseo y hacer que la mentira sea verdad. Me gusta Torquay y no quiero que haya nada negativo ni complicado que nos estropee la luna de miel. En un mundo ideal, me gustaría estar en condiciones de contar la verdad.

—Y puedes contarla, a todos menos a Kathleen y a Michael. No creo que se crucen ni hablen con nadie. —Olivia abrió la cremallera de su bolso y sacó cuatro libros con el lomo agrietado—. Los he traído para ti. Espero que me lo agradezcas, porque me lo han deformado y es de Orla Kiely. —Pinchó el lateral del bolso con el dedo índice—. No sabía cuánto tiempo estarías de baja, pero supongo que bastarán.

—Me reincorporo mañana. —Al ver la expresión alicaída de su hermana, añadió inmediatamente—: Me los llevaré de todos modos. Gracias. Los leeré en Marbella.

Olivia puso su peor cara de maestra de escuela.

—¿No piensas leer novelas hasta julio del año que viene?

—¿Son buenas? ¿Son de las que has comentado tú? —preguntó Charlie. Cogió una. En la cubierta se veía una mujer de expresión aterrorizada que huía de una mancha oscura e irreconocible. Liv solía regalarle novelas sobre mujeres que acababan abandonando a las inútiles y habitualmente psicóticas parejas con quienes habían malgastado su vida, para perderse en el crepúsculo con hombres mejores—. Yo tengo un libro que quiero que leas —añadió. Señaló con la cabeza el ejemplar de *Nada más que amor* que había en la mesa.

—¿Memorias amargadas? —Olivia se lo acercó deslizándolo sobre el tablero y luego se limpió los dedos en el pantalón con mucho teatro—. ¿Lo has comprado después de reservar los pasajes a Málaga?

—No me digas que no —le dijo Charlie—. Han estado cerca de matarme, tienes que ser complaciente conmigo. Siento curiosidad por saber qué impresión te produce Helen Yardley, si te parece una auténtica víctima de un error judicial o una persona que está representando un papel.

—¿Por qué? ¿Piensas que pudo haber matado a sus hijos? ¿No había resultado que no los mató?

Resultar. Liv tenía problemas para diferencia la vida real de la ficción. Abrió el libro al azar, por el centro, y se lo acercó a la cara. El efecto óptico tuvo algo de surrealista, como si llevara la contracubierta de *Nada más que amor* como un antifaz. «Hola, me llamo Olivia y vengo a esta fiesta disfrazada de memorias amargadas».

—Hay signos de admiración, no en los diálogos, sino en el texto narrativo —dijo con expresión horrorizada. Pasó otra página—. ¿De veras quieres que yo...?

Charlie le quitó el libro. Las manos le temblaban y el temblor se le extendió por todo el cuerpo.

—Dios mío, no me lo puedo creer. —Pasaba las páginas lo más aprisa que podía—. Vamos, vamos —murmuraba entre dientes.

—Lo estaba leyendo yo —protestó Liv.

La adrenalina que corría por las venas de Charlie le agarrotaba y aflojaba los dedos al mismo tiempo. No podía coordinarlos bien y acabó pasando demasiadas páginas a la vez. Volvió atrás y por fin encontró la página que estaba buscando. Era aquello. Tenía que ser aquello.

Al ponerse en pie derribó la silla.

—Perdona —gritó por encima del hombro, recogió las llaves del coche y salió corriendo de la casa. Cuando cerró de un portazo se le ocurrió que seguramente se parecía a la mujer asustada de la cubierta de la novela que le había llevado Liv y de cuyo título ya no podía acordarse. Su cerebro, por el momento, solo tenía espacio para un título.

Nada más que amor . Nada más que amor . Nada más que amor .

Lunes, 12 de octubre de 2009

Hora y media después de salir de Marchington House me encuentro delante del Planetarium, según las instrucciones que he recibido. No sé si Laurie se retrasa o si ya no tiene ganas de verme y no se ha molestado en informarme del cambio de planes; lo único que sé es que no está allí. Transcurren veinte minutos y empiezo a preguntarme si su intención era que nos viéramos dentro. Vuelvo a mirar el mensaje de texto que me ha enviado y que, como es habitual en él, rebosa ternura e intimidad: «Planetarium, 2 tarde. LN».

Estoy a punto de moverme y buscarlo dentro cuando veo que avanza hacia mí, cabizbajo, las manos en los bolsillos. No levanta los ojos hasta que no tiene más remedio.

—Lo siento —murmura.

—¿Por llegar tarde o por no hacer caso de mis llamadas?

—Las dos cosas.

Lleva una camisa rosa que parece nueva. Por lo que sé, Laurie jamás ha vestido de rosa. Tengo ganas de enterrar la cara en su cuello y oler su piel, pero no estoy aquí para eso.

—¿Dónde has estado? —le pregunto.

—Por aquí y por allá. Paseemos. —Señala con la cabeza la calle que tenemos delante y se pone en marcha.

Voy tras él.

—Por aquí y por allá es no decir nada. —Mi corazón se ha endurecido y mi voz también—. Llamé esta mañana a la oficina de JPCI: hace días que no saben nada de ti. He estado en tu casa más de cinco veces: no has aparecido. ¿Dónde estabas?

—¿Y dónde estabas tú? —replica—. En tu casa no.

—¿Has estado allí? —«No te atrevas a hundirte, Felicity. Esto ha de hacerse»—. Estaba con Ray Hines en Twickenham, en casa de sus padres.

Laurie da un bufido desdeñoso.

—¿Eso te dijo? Los padres de Ray viven en Winchester.

Repaso las conversaciones que hemos sostenido. Suponía que Marchington House era de sus padres por la foto que vi en la cocina, la de los dos hermanos navegando por un río. Puede que la casa sea de un hermano.

—Yo he acampado en casa de Maya —dice Laurie.

—¿Maya? —O sea que no soy la única que miente a la policía. Cuando los agentes le preguntaron si sabía dónde se encontraba Laurie, Maya se olvidó de mencionar que se había mudado a su domicilio.

A Maya la chifla el rosa.

—¿Hay algo entre vosotros? —le pregunto sin poder contenerme.

—¿Es eso lo que tan urgentemente tenías que contarme? —Laurie se detiene en seco y me vuelve hacia mí—. Escucha, no te debo nada, Fliss. Te di una oportunidad en el trabajo porque pensé que la merecías. Fin de la historia. El otro día pegamos un polvo, ¿vamos a complicarnos la vida por eso?

—¿Por el polvo? No, claro que no. Pero hay un par de cosas que sí pueden complicárnosla. Tres cosas, para ser exactos: tres complicaciones. Una para desayunar, otra para almorzar y la última para cenar.

—¿Qué cosas?

—Sigamos andando —digo, tomando la dirección de Regent's Park. Sé lo que esto significa: que nunca más podré volver por esta zona—. ¿Has leído la prensa? Resulta que la tarjeta que me enviaron... ¿recuerdas que te la enseñé y que tenía unos números? Quien mató a Helen Yardley y a Judith Duffy dejó en los cadáveres sendas tarjetas exactamente iguales. He hablado con Tamsin. Sé que tú recibiste otra. La vio en tu mesa mucho antes de que mataran a Helen Yardley.

—¿Y?

—¿Por qué no lo dijiste cuando te enseñé la tarjeta que me mandaron y te pregunté por lo que podía significar? ¿Por qué no dijiste: «Yo también he recibido una como esa»?

—No sé —dice Laurie con impaciencia.

—Yo sí. Tú sabías lo de la tarjeta encontrada en el cadáver de Helen, ¿verdad? Debías de saberlo, es lo único que lo explica. No sé cómo te enteraste, pero lo sabías. Yo creo que te lo dijo Paul Yardley y que te asustaste. Pensaste que quien enviaba las tarjetas se había decidido a matar. Y si habían matado a Helen, tú podías ser el siguiente. Tú, Helen y JPCI tenéis defensores leales, pero también os habéis ganado enemigos. Ayer encontré varios sitios web contrarios a JPCI y en todos se afirma que habéis creado un clima de terror que disuade a médicos y pediatras. Que casi todos tienen miedo de declarar en los juicios por presuntos malos tratos, por si los perseguís y destruíis como hicisteis con Judith Duffy. —Laurie no replica, se limita a andar junto a mí,

cabizbajo. Me alegro de no verle la cara—. Te entró miedo. No veías la forma de proseguir con tu afán de justicia si para ello tenías que pagar un precio personal, por ejemplo que quisieran matarte. Solo te importas tú, ¿verdad? Necesitabas poner tierra por medio en seguida, distanciarte de toda la polémica de los asesinatos de niños, por eso anunciaste que dejabas Binary Star, que te ibas a Hammerhead. Por cierto, he estado charlando sobre ti con personal de Hammerhead. Sé cuándo te hicieron aquella oferta que no podías rechazar: hace más de un año. Y es curioso que decidieras aceptarla un día después de que mataran a Helen Yardley. —Me detengo para darle la oportunidad de confirmar o negar lo que digo. Sigue callado—. Enviaste e-mails a todo el mundo para decir que yo iba a ocuparme de la película. Me elegiste a mí porque si tenías razón y la próxima víctima del asesino iba a ser la persona que hiciera el documental, era mejor que fuera alguien prescindible como yo, alguien que de todos modos no valía nada. —Sigo andando, esta vez con furia. Quién diría que la ira tiene efectos aeróbicos—. Naturalmente, habrías podido acudir a la policía. Contar lo de la tarjeta que habías recibido, decir que era la misma que la hallada en el cadáver de Helen. Y cuando te enseñé la mía, pudiste haberme alertado del peligro en que estaba. Salta a la vista por qué no hiciste ni una cosa ni otra. No podías arriesgarte a que otros sumaran dos y dos y dedujeran que tú estabas en la agenda del asesino, y que abandonaste bruscamente la película sobre los presuntos asesinatos de niños como quien pasa una patata caliente. La gente podía enterarse de que tenías miedo. El gran Laurie Nattrass, ¡asustado! Imagínate si se hubiera filtrado a la prensa. Por eso había que despedir a Tamsin. Era la única persona que sabía que tú habías recibido los números, ya que había visto la tarjeta en tu mesa.

—El despido de Tamsin no fue cosa mía —replica Laurie, lo cual me obliga a preguntarme si es lo único que puede desmentir—. Raffi dijo que estábamos saturados, que teníamos que reducir gastos...

—Y sugeriste el nombre de Tamsin para el sacrificio —concluyo por él—. Mi mejor amiga.

Estamos ya en Regent's Park. Pensaría que es hermoso si Laurie y yo no sostuviéramos la conversación más desagradable del mundo.

—Yo tenía una mejor amiga —dice con voz monocorde—. Se llamaba Helen Yardley. Y no te elegí para hacer la película porque pensara que eres prescindible y no vales nada; eso es paranoia tuya.

«Te elegí porque te quiero. Te elegí porque la película es importante para mí, y tú también lo eres».

—Pensé que serías fácil de dirigir. Como la película me importa, pensé que no pondrías objeciones a hacerla como quiero que se haga.

Ah. Pues qué bien.

—Pero tienes complejo de inferioridad —añade. Y hace que suene a enfermedad asquerosa, a estado psíquico del que debería avergonzarme. Yo habría dicho que es bueno que algunos seres humanos tengamos dudas sobre

nosotros mismos. ¿No somos las personas como yo el contrapeso de las personas como Laurie?

—¿Y por qué no me lo explicaste? —digo—. Cuando te enseñé la tarjeta, ¿por qué no me contaste...?

—No quería que te preocuparas.

—Tú estabas preocupado, tanto como para...

—¿Tenemos que analizarlo y sacarle las tripas a todo? —me interrumpe—. Ya has conseguido lo que pretendías, ponerte en un plano moral superior.

Busco en el bolso y saco la última versión de su artículo para la *British Journalism Review*.

—Lo he leído. —Se lo pongo bruscamente en el pecho. No lo sostiene y las páginas caen a tierra. Ninguno de los dos se agacha para recogerlas—. Me ha parecido mejor que la primera versión. Quitar ciertos nombres de la lista ha sido un buen gesto.

Laurie arruga el entrecejo.

—¿Qué lista?

—Esa que es muy larga.

—¿De qué coño estás hablando?

—«La doctora Duffy ha sido responsable de destruir la vida de docenas de mujeres inocentes cuyo único delito fue estar en el lugar y el momento menos indicados, precisamente cuando moría uno o varios niños: Helen Yardley, Lorna Keast, Joanne Bew, Sarah Jaggard, Dorne Llewellyn... la lista es muy larga». ¿No te suena?

Laurie vuelve la cabeza.

—Hay un problema y es que en esta última versión —me agacho a recoger las páginas— la lista no es muy larga. En esta versión, la lista se limita a tres nombres: Helen Yardley, Sarah Jaggard y Dorne Llewellyn. No dirijo ninguna revista, pero creo que la primera lista era mejor. Si quieres evocar las docenas de mujeres inocentes cuya vida ha sido destruida por Duffy, cinco nombres cumplen mejor ese cometido que tres. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te han limitado el espacio?

Laurie ha echado a andar hacia el lago.

—¿Por qué lo preguntas si ya lo sabes?

Lo oigo porque el viento me ha traído sus palabras. Corro para alcanzarlo.

—Has eliminado a Lorna Keast y a Joanne Bew. Keast era una madre soltera de Carlisle con trastornos de personalidad. Asfixió a su hijo Thomas en 1997 y a su hijo George en 1999. Judith Duffy testificó contra ella y fue declarada culpable en 2001. Cuando anularon las sentencias de Helen Yardley, echaste tanto cieno sobre Duffy que la Comisión para la Revisión de Casos Criminales se vio obligada a intervenir y se puso a estudiar casos parecidos. En marzo de este año... y sospecho que fue después de que escribieras el primer borrador de tu artículo sobre «La médica que mentía»... en marzo, digo, se concedió a Lorna Keast autorización para recurrir, autorización denegada hasta entonces. Se conoce que la faceta sincera de su personalidad estaba en primer término aquel día, porque quedó hecha polvo cuando los abogados le dijeron que había una posibilidad de salir en libertad. Había insistido en su inocencia hasta aquel momento, pero cuando le dijeron que a lo mejor salía pronto, confesó que había asfixiado a sus hijos. Alegó que quería quedarse en la cárcel, quería ser castigada por lo que había hecho. No quiso que la acusaran de infanticidio, que fue una de las posibilidades que le plantearon después de haber confesado, y que habría recibido una condena menos dura: quería que la castigaran por asesina.

—Lo que tus búsquedas en Internet no te habrán contado es que, además de estar loca de remate, Lorna Keast es una de las mujeres más imbéciles que arrastran los nudillos por la superficie de este planeta —dice Laurie—. Aun en el caso de que fuera inocente, que la declararan culpable y la encerrasen puede haber bastado para creerse homicida y merecedora de estar en la trena. —Me lanza una rápida mirada de desprecio—. También es posible que prefiriese la seguridad de la vida carcelaria a tener que pelear por su descerebrado yo en la jungla de asfalto.

—O que fuera culpable —digo.

—¿Y qué si lo era? ¿Hacía eso menos peligrosa a Judith Duffy? Claro que quité el nombre de Keast de la lista; no quiero que la gente lea el artículo y piense que si Duffy tuvo razón en su caso, cabe la posibilidad de que también la tuviera en los restantes. No la tenía en los casos de Helen, Sarah Jaggard, Ray Hines, Dorne Llewellyn... —Me coge el brazo y me da la vuelta para ponerme frente a él—. Alguien tenía que pararle los pies, Fliss.

Me suelto de su presa.

—¿Y Joanne Bew?

—A Bew le concedieron autorización para recurrir.

—Toma ya. Rebobina un poco, anda. ¿Por qué la encerraron? —La boca de Laurie se tensa y forma una delgada línea—. ¿Tendré que contar la historia para los dos? Joanne Bew mató a su hijo Brandon...

—Pulsa el avance rápido un poco, anda —dice imitándome—. Hubo un segundo juicio y fue absuelta.

—Entonces ¿por qué borraste su nombre del artículo? Probablemente es el

mejor ejemplo del daño que los peritos irresponsables pueden hacer: primero la condenan por el testimonio tendencioso de una médica, luego la vuelven a juzgar y la absuelven cuando la médica en cuestión ha sido denunciada por el maravilloso Laurie Nattrass. Vamos, hombre, es la perfecta chica de calendario de JPCI. ¿No? ¿Por qué no, Laurie?

Tiene los ojos clavados en el lago, como si fuera la masa de agua más fascinante del mundo.

—Joanne Bew, antigua encargada de lo que hoy es el pub Retreat de Bethnal Green, mató a su hijo Brandon en enero de 2000 —digo—. Estaba borracha perdida y en una fiesta cuando lo hizo. Hubo un testigo, Carl Chappell, que también estaba muy borracho. Chappell fue al lavabo y pasó por delante de la puerta del dormitorio donde Joanne había dejado durmiendo al pequeño Brandon, de seis semanas. Miró por casualidad dentro de la habitación y vio a Joanne arrodillada en la cama, con un cigarrillo en una mano y con la otra apretando la boca y la nariz del niño. Vio que mantenía la mano inmóvil y apretada durante cinco minutos.

—Como bien dices, también él estaba como una cuba. Y tenía antecedentes por agresiones físicas...

—En el primer juicio de Joanne, celebrado en abril de 2001, Judith Duffy fue testigo de cargo. Dijo que había indicios claros de ahogamiento.

—Y ese fue el único motivo por el que el jurado creyó a Chappell —dice Laurie—. Su declaración coincidió con la opinión de una respetada perito médica.

—Hubo muchas otras personas que declararon también contra Joanne. Amigos y conocidos dijeron que nunca llamaba a Brandon por su nombre; se refería a él llamándolo «La equivocación». Warren Gruff, novio de Joanne y padre de Brandon, dijo que maltrató al niño desde el primer día; que a veces, cuando se ponía a gritar de hambre, ella se negaba a darle leche y probaba a alimentarlo con patatas fritas o pollo rebozado.

—Era una madre desnaturalizada. —Laurie se encoge de hombros y echa a andar—. Eso no quiere decir que lo matara.

—Cierto. —Lo alcanzo, voy al mismo paso que él. Me imagino cogiéndolo del brazo y casi me echo a reír. Seguro que lo consideraría una ofensa; me encantaría ver su reacción. Siento la tentación de hacerlo, solo para demostrarme a mí misma que tengo ovarios—. Pero Bew era ya una asesina convicta y confesa, ¿no? —No veo la menor sorpresa en su cara. Sabía que yo lo sabía y piensa que es eso, que es mi as en la manga. Por eso no está preocupado—. Ella y Warren Gruff ya habían pasado una temporada entre rejas por matar a Zena, hermana de Bew. La mataron a puñetazos y patadas en la cocina de Gruff a raíz de una disputa familiar y se echaron las culpas mutuamente. En el primer juicio de Bew, el de 2001, no se habló de la muerte de Zena, tal vez se pensó que podía influir en el jurado. A mí no me entra en la cabeza. Quiero decir que el hecho de que una mujer mate a golpes a su hermana y sea una madre desnaturalizada, como tú has dicho, no significa que haya matado a su hijo. Sin embargo, y sin necesidad de recordar la

inoportuna anécdota de Zena, los doce jurados creyeron que Bew era una asesina.

—¿Has visto alguna vez un juicio criminal? —dice Laurie con desdén.

—Sabes que no.

—Pues deberías asistir a alguno. Mira a los jurados cuando prestan juramento. Pocos llegan a leer el texto del juramento de corrido y sin tropezar con las palabras. Algunos ni siquiera saben leer.

—¿Y los jurados que absolvieron a Joanne Bew en el segundo juicio, el de mayo de 2006? ¿Estos no eran idiotas? A estos sí les dijeron que Bew había estado en la cárcel por matar a su hermana. Lo que no sabían era que ya había sido condenada por matar a Brandon. No sabían que era un segundo juicio.

—Eso es...

—Normal. Lo sé. —Camino cerca de Laurie, todo lo cerca que puedo sin tocarlo. Él se aparta, para ampliar el espacio que nos separa—. Judith Duffy no declaró contra Bew la segunda vez —prosigo—. Gracias a ti, ningún fiscal que necesitase un perito se habría acercado a ella en mayo de 2006. Lo que me pregunto es si el jurado habría creído a Carl Chappell si hubiera vuelto a declarar que vio a Bew asfixiar a Brandon.

—No les dieron la oportunidad de creerle ni de no creerle —dice Laurie—. Chappell modificó su declaración alegando que aquella noche estaba tan borracho que no habría recordado ni su nombre, por no hablar de lo que vio o no vio.

—A los borrachos se los reconoce a la legua, ¿verdad? —Estoy ya muy cerca, muy cerca del final del largo peor momento de mi vida—. La nariz hinchada con los capilares rotos. Es el candidato ideal para un sonado cambio de imagen, ¿no te parece? *Diez años más joven*.

Laurie se detiene.

Sigo adelante, hablando sola. No me importa si me oye o no.

—No veo ese programa desde que no lo presenta Nicky Hambleton-Jones, ¿te lo puedes creer? No es lo mismo sin ella.

—¿Has conocido a Chappell? —Laurie está a mi lado otra vez—. ¿Cuándo?

—Ayer. Vi en Internet un artículo que decía que era cliente habitual del Retreat, que antes se llamaba Dog and Patridge, así que me dejé caer por allí y pregunté si lo conocían. Pocas personas sabían quién era, pero una me indicó en qué agencia de apuestas podría verlo a primera hora de la mañana de hoy. Así lo he conocido. ¿También tú lo conociste allí, cuando le ofreciste dos mil libras por modificar su declaración, una declaración llena de mentiras

que aseguraría el veredicto de inocencia para Joanne Bew y otro punto para ti en tu batalla contra Judith Duffy?

—Escucha, lo que...

—Chappell no estaba cuando apareciste, pero le dejaste una nota que confiaste a un tercero, que te prometió entregársela. Y se la entregó.

—No puedes demostrar nada de eso —dice Laurie—. ¿Crees que Carl Chappell guarda notas de hace años, por si la British Library quiere comprarle los archivos algún día? —Se echa a reír, complacido con su chiste. Recuerdo que Tamsin me contó hace unos meses que la British Library había pagado una obscena cantidad de dinero por los papeles de Laurie. Me pregunto cuánto pagaría por una larga carta mía en la que explique con pelos y señales lo que pienso de él. Puede que uno de estos días llame por teléfono para averiguarlo.

—Chappell no guardó la nota —digo—, pero recuerda lo ocurrido y recuerda dónde lo citaste. Ojalá lo hubieras esperado en el Museo de Madame Tussaud, o en la National Portrait Gallery, o aquí mismo, a orillas del lago de Regent's Park. —Laurie debe de pensar que todo esto me divierte. Pero odio cada segundo que estoy viviendo—. ¿Qué mensaje le dejaste? ¿Se parecía al que me enviaste a mí? —Saco el móvil del bolso y se lo pongo delante de la cara—. ¿Era «Planetarium, 2 tarde. LN»? ¿«Estimado Sr. Chappell, reúname conmigo en la puerta del Planetarium, hay allí dos mil libras para usted»?

—¿Crees que le di dos de los grandes por mentir? ¿De veras crees que hice eso, pagar a un hombre por fingir que no vio un asesinato que vio?

—De veras creo que lo habrías hecho —digo—. Creo que hiciste lo que tenías que hacer, que pareciera que Joanne Bew era otra mujer inocente encarcelada por culpa de Judith Duffy.

—Gracias por el voto de confianza —dice—. La verdad, por si te interesa, es que Carl Chappell no presenció nada la noche que murió Brandon. Era colega de Warren Gruff, el padre del niño. Gruff lo incitó a que mintiera en el primer juicio de Joanne Bew. Había dicho claramente que esperaba que Chappell volviera a mentir en el segundo juicio, cosa que Chappell, que no pensaba por sí mismo, estaba dispuesto a hacer. Yo le pagué para que dijera la verdad.

Me esfuerzo por recordar lo que me ha dicho Carl Chappell. «Me dio dos de los grandes por decir que no había visto nada». ¿He juzgado mal a Laurie? ¿Acabo de hacerlo víctima de lo mismo que lo acuso de hacer con Judith Duffy: inventar cualquier historia que necesite con tal de condenarlo?

—Los dos de los grandes cubrieron sus necesidades de jugador, pero no amortiguaron el miedo que tiene a Gruff, que es un granuja —dice Laurie—. Localízalo si puedes y pregúntale cuánto le pagué de mi propio peculio por prometerme que no mataría a palos a Chappell si cambiaba su declaración.

—¿Cuánto le pagaste? —pregunto.

Laurie me hace una seña para que me acerque. Doy un paso hacia él. Me busca la mano, la cierra alrededor de mi móvil. Forcejeo para no soltarlo. Fracaso.

—¿Qué ganas con esto? —digo. Podrá borrar el texto que me envió, pero no el recuerdo que guardo de él. Y siempre podré decir a quien quiera que Laurie me citó en el Planetarium, lo mismo que a Carl Chappell y probablemente también a Warren Gruff.

—Nada —dice—. Nada en absoluto. —Echa a correr hacia el lago como un lanzador de disco y lanza mi móvil al agua.

12-10-2009

—Olivia tenía el libro abierto. —Charlie representó la postura para que Proust la viera. Simon y Sam también miraron, aunque ya habían oído una versión resumida de lo ocurrido—. Yo estaba sentada al otro lado de la mesa y creo que miraba la contracubierta. No era consciente de lo que tenía delante; estaba perdida en mis fantasías y cuando me di cuenta me dije: «Oye, eso me suena».

—Todos los libros publicados tienen un ISBN, es decir, un número de trece dígitos, impreso en la contracubierta y en la página de créditos —explicó Simon—. El ISBN de *Nada más que amor* de Helen Yardley es 9780340980620, que son los últimos trece dígitos de nuestro cuadrado numérico. En la foto que enviaron por correo electrónico a Fliss Benson, además de verse la tarjeta, se veía el libro, para ayudarla a establecer la conexión.

—Los tres primeros dígitos de las tarjetas, 2, 1 y 4, creemos que se refieren a una página —completó Sam.

—Tiene que ser eso —admitió Charlie—. ¿Qué otra cosa podría significar? —Dejó en la mesa *Nada más que amor*, abierto por la página 214.

El Muñeco de Nieve dio un respingo como si le hubieran puesto delante un plato de babosas.

—Es un poema —dijo.

—Léalo —dijo Simon—. Y los párrafos de arriba y de abajo. Lea toda la página. —¿Cuánto tiempo empleaban en meter prisa a Proust en cada caso? El problema era su rigidez: le gustaba que le explicaran las cosas con formalidad y por etapas, aclarándole cada paso lógico que se daba. No era de extrañar que Charlie no hubiera querido esta vez formar parte del comité de entrega. «¿Es que no podéis explicárselo vosotros?», había dicho con un gruñido. «Cada vez que tengo que explicarle algo, me siento como si me hicieran una prueba de voz para recitar historias infantiles en la tele».

Simon observó al Muñeco de Nieve mientras este leía: todo un estudio de compresión de la frente a cámara lenta, en la que los surcos del frunce se acentuaban de manera creciente. Al cabo de unos segundos, la cara del inspector había encogido unos centímetros.

—«Lo que aletea todavía es un pájaro: apareció / por casualidad o por un desenfundado designio / de gracia, un sabor de algo dulce. / El yo vaciado, un espacio de tan limpio en blanco». ¿Querría decirme alguien qué significa

esto?

—No estoy segura de que el significado importe, desde nuestro punto de vista —dijo Charlie—. En la misma página hay una referencia a una periodista del *Daily Telegraph* que fue a Geddhams Hall para entrevistar a Helen Yardley. Creemos que lo significativo es eso...

—Localícela —dijo Proust.

—Ya lo hemos hecho, señor —dijo Sam—. Geddhams Hall tiene un registro de...

—¿La tienen ya? ¿Por qué no me lo ha dicho entonces, sargento? ¿Qué objeto tiene una información ya pasada si se olvidan de informarme a mí?

—La periodista se llamaba Rahila Yunis, señor. Todavía trabaja para el *Telegraph*. He hablado con ella por teléfono, le he leído la página doscientos catorce del libro. Al principio se mostró reacia a hacer comentarios. Cuando la presioné, dijo que no era exacto el recuerdo que guardaba Helen Yardley de la entrevista que sostuvieron en Geddhams Hall. Helen tenía anotado en su cuaderno, o su diario, o lo que fuera, uno de sus poemas favoritos, pero Rahila Yunis dijo que no era el del «espacio de tan limpio en blanco». Tenía que consultar sus notas de entonces, pero piensa que el poema que Helen Yardley tenía apuntado en el cuaderno, y que afirmaba que le gustaba mucho, era uno titulado «El microbio».

—Solo hemos encontrado un poema con ese título —dijo Charlie—. Es de Hilaire Belloc.

—Hilaire —dijo Simon—, como en hilairante@yahoo.co.uk.

—¿Van a obligarme a leer otro poema? —preguntó Proust.

—Lo leeré yo —dijo Charlie.

El microbio es tan pequeño

que ni siquiera se detecta,

pero mucha gente paciente espera

verlo con un microscopio.

La articulada lengua que tiene debajo

de cien extrañas filas de dientes,

sus siete empenachadas colas

con preciosas manchitas rosas y moradas

que forman un dibujo compuesto

de cuarenta franjas diferentes,
sus cejas de un verde delicado...
Nada de esto se ha visto todavía,
pero los científicos, que deben de saberlo,
nos aseguran que ha de ser así:
¡Oh, no dudemos nunca jamás
de lo que nadie sabe con seguridad!

Simon hacía serios esfuerzos para no reír. Charlie había leído el poema como si sus oyentes tuvieran cinco años. El Muñeco de Nieve parecía asustado.

—Permítame —dijo.

Charlie le entregó el papel. Mientras Proust leía en silencio, movía los labios como si pronunciara para sí lo de «no dudemos nunca jamás». Al final dijo:

—Me gusta. —Su voz reflejaba sorpresa.

—Y a Helen Yardley, según Rahila Yunis —dijo Sam—. No es difícil entender por qué. Donde dice «científicos», léase «médicos». Por lo visto pensaba en Judith Duffy. Duffy no podía estar segura de que Morgan y Rowan habían sido asesinados, porque no lo fueron. Y pese a ello, no dudó nunca jamás.

—Me gusta. —Proust asintió con la cabeza y devolvió el papel a Charlie—. Es un poema como debe ser. El otro no.

—No estoy de acuerdo —dijo Simon—. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es por qué a Rahila Yunis le costó hablar en primera instancia. ¿Por qué no dijo, cuando Sam le hubo leído el pasaje, que Helen Yardley había mentido? ¿Y por qué mintió Yardley en el libro? ¿Por qué fingió que el poema del que habló con Rahila Yunis era «Fondeadero» de Fiona Sampson y no dijo que se trataba realmente de «El microbio» de Hilaire Belloc?

Proust no dijo nada. Seguía musitando para sí lo de «no dudemos nunca jamás».

—¿Por qué no estamos ahí dentro? —Colin Sellers había tratado de leer los labios de Simon, Sam, Charlie y Proust.

—Porque estamos aquí fuera —dijo Chris Gibbs.

—Solo Waterhouse se permitiría el lujo de llevar a su novia.

Gibbs dio un bufido.

—¿Por qué? ¿Quieres llevar a todas tus novias a visitar al Muñeco de Nieve? No habría en el despacho espacio suficiente para todas.

—¿Qué tal van las pesquisas sobre el Pelón? —preguntó Sellers, que no esperaba conseguir que cambiaran de conversación tan pronto.

—Regular —dijo Gibbs—. Entre los nombres que he recibido hasta el momento, solo dos se han repetido más de veinte veces. —Se puso en pie—. Me voy a Bethnal Green, a Valingers Road número ciento treinta y uno, a interrogar a uno: Warren Gruff, exmilitar. Lo vengo diciendo desde el principio, ¿no? Militar británico.

—¿Y el otro?

—¿Qué otro?

—El otro nombre que han citado más de veinte veces —dijo Sellers con impaciencia.

—Ah, ese. —Gibbs sonrió—. En realidad, ese aparece más veces aún que el de Warren Gruff: treinta y seis menciones, por encima de las veintitrés de Gruff.

—Entonces ¿por qué...?

—¿Por qué no investigo primero al tipo de las treinta y seis menciones? Porque no conozco ni su apellido ni su dirección. Solo hay un nombre de pila: Billy. Treinta y seis personas han llamado diciendo que el Pelón se llama Billy, pero no saben nada más de él.

—¿Lo sabe el sargen? Necesitamos...

—¿Localizar a Billy? —lo interrumpió Gibbs de nuevo—. Es lo que voy a hacer en Valingers Road número ciento treinta y uno, Bethnal Green. —Se echó a reír al ver la confusión de Sellers—. Warren Gruff; Billy. ¿No lo pillas? Piensa en apodos y cosas parecidas. Me sorprende que seas policía, joder.

Sellers cayó en la cuenta finalmente.

—Billy Goat Gruff —dijo.

Lunes, 12 de octubre de 2009

—¿Ray?

Lo malo de Marchington House es que, a causa de sus dimensiones, es absurdo gritar el nombre de nadie. Mejor resultado daría llamarla al móvil, pero el mío yace en las profundidades del lago de Regent's Park y no me sé su número de memoria.

Miro en el salón, en la sala de estar, en la cocina, en la salita, en el cuarto de la lavadora, en los dos estudios, en la sala de juegos, en la sala de música y en el gabinete, pero no veo el menor rastro de ella. Me dirijo a las escaleras. En las tres plantas de la casa hay en total catorce dormitorios y diez cuartos de baño. Empiezo por la habitación de Ray, que está en la primera planta. No está allí, pero veo la chaqueta de Angus, la que llevaba cuando me abordó delante de mi casa. Veo también, encima de la cama, una abultada bolsa de lona negra con el logotipo «London on Sunday» impreso en pequeñas letras blancas.

Forcejeo con el gusanillo de la conciencia durante medio segundo y abro la cremallera de la bolsa. Dios mío, la de cosas que veo dentro: pijama, cepillo de dientes, afeitadora eléctrica, hilo dental, cuatro pares de calcetines enrollados, calzoncillos modelo boxeador... Vuelvo a cerrar la bolsa a toda prisa. No tengo palabras para expresar lo mucho que no quiero ver los calzoncillos de Angus Hines.

Genial. Mi prisionero ha venido para quedarse, el hombre al que grité por haber tenido la decencia de no romperme una ventana. Tendré que verlo otra vez y me moriré de vergüenza. Así debieron de sentirse los defensores de la discriminación racial en Sudáfrica cuando empezó todo aquello de la verdad y la reconciliación, y ellos tuvieron que estar horas explicando a Nelson Mandela lo bajo que habían caído en la escala humana. Bueno, creo que es eso lo que ocurrió. Estoy acariciando la idea de olvidarme de la revista *Heat* y suscribirme a algo más serio, para ampliar mi cultura general: *The Economist* o *National Geographic*.

Abro la cremallera lateral de la bolsa de Angus tras llegar al convencimiento de que no puede contener ropa interior. No creo que haya distribuido sus calzoncillos a partes iguales por todos los compartimentos. Me llevo una sorpresa cuando veo dos *deuvedés*, los dos de programas de Binary Star que he producido yo: *Odio después de la muerte* y *Yo me corto*. O sea que Angus está investigando mis méritos. La verdad es que *Odio después de la muerte* es lo mejor que he hecho en mi vida y espero que la vea. Era un culebrón en seis partes sobre odios y peleas familiares que duraban generaciones. En algunos casos, los padres, en su lecho de muerte, arrancaban a los hijos la promesa de

continuar la guerra, de odiar por ellos incluso después de muertos, de odiar a los hijos de sus enemigos, y a los hijos de los hijos.

«Enfermos. Enfermos hasta el extremo de querer transmitir la ira y el rencor a otros, enfermos hasta el extremo de ser fieles a esos sentimientos».

Ya no estoy enfadada con Laurie. No lo odio ni le deseo ningún mal. Lo que deseo es que... no me permito pensarlo. No tiene sentido.

Mientras vuelvo a guardar los *deuvedés* en la bolsa de Angus oigo pasos. Parece que suenan en el descansillo de arriba, pero cuando voy a investigar, no veo a nadie.

—¿Hola? —digo. Compruebo los dormitorios de la segunda y tercera plantas, pero no veo ningún signo de vida. Puede que me lo haya imaginado. Decido volver a mi habitación, meterme en la cama y desahogar con la cara en la almohada el llanto que reprimo desde lo de Regent's Park.

Abro la puerta y doy un grito cuando veo a un hombre junto a mi cama. No parece sobresaltado. Sonríe como si para mí debiera ser normal verlo allí.

—¿Quién eres? ¿Qué haces en mi habitación? —Sé quién es: el hermano de Ray, el moreno de la foto de la cocina. Viste un jersey deportivo con cuello de pico y unos pantalones con más cremalleras que tejido. Nunca lo he entendido: ¿por qué querrá nadie encoger y estirar los pantalones por diversos puntos durante el día? ¿Qué público se busca: gente cuyas pantorrillas solo se mueven por horas?

—La pregunta debería ser al revés —dice el hermano de Ray, todavía sonriendo—. Eres tú quien está en mi habitación.

—Ray dijo que era una habitación para invitados.

—Y lo es. Es mi habitación de invitados. Esta es mi casa.

—¿Marchington House es tuya? —Me acuerdo de lo que Laurie dijo sobre que los padres de Ray vivían en Winchester—. Pero...

—¿Te habían dicho otra cosa?

—Discúlpame, es solo que... Eres muy joven. Debes de tener mi edad.

—¿Y eso cuánto es?

—Treinta y uno.

—Entonces soy más joven que tú. Yo tengo veintinueve.

Siento la proximidad de un ataque de falta de tacto.

—¿Cuándo conseguiste el dinero para comprar una casa como esta? ¿En la

facultad, entre un examen de latín y un partido de cróquet? ¿O es que aprovechaste las horas de castigo? —No paro de decir tonterías, pero es que aún me dura el susto de habérmelo encontrado en mi habitación. ¿Por qué me esperaba escondido? ¿Cómo se atreve a ser propietario de Marchington House? ¿Ha abierto mi maleta? ¿Ha mirado mi ropa interior mientras yo miraba la de Angus Hines?

—¿Cróquet y latín? —Se echa a reír—. ¿Es eso lo que aprendiste en la universidad?

—No, nos enseñaban guerra de pandillas y apatía —le suelto—. La verdad es que solo fui a un instituto nacional de barrio.

—Yo también.

—¿En serio?

—En serio. Y no tengo dinero, exceptuando lo que valga esta casa. La heredé el año pasado de mi abuelo. Dirijo una empresa de limpiacristales. Y no vivo aquí; aún sigo en un piso alquilado de Streatham. Esta casa es demasiado grande para mí y la decoración me parece demasiado... femenina. Mi abuelo era decorador de interiores.

—¿Solo tú? —pregunto—. Quiero decir si la heredaste tú solo.

—Los seis nietos heredamos una propiedad por cabeza —dice como si le diera vergüenza—. Mi abuelo era muy rico. No sé qué relacionado con diamantes.

—Ah, qué bien —digo—. Yo tengo suerte: mis abuelos viven todavía. Uno hace no sé qué relacionado con un huerto y el otro no sé qué relacionado con sentarse en una silla y esperar a palmarla. Mira, Ray me dijo que podía quedarme y...

—Y quieres que me vaya de tu habitación. Mi habitación. Nuestra habitación.

Eso es: ha hurgado entre mis bragas y ahora me hace una insinuación clarísima.

—Al parecer se espera que te eche de aquí a patadas —dice.

—¿Echarme a patadas?

—Exacto. No te preocupes, no pienso hacerlo. No veo por qué tengo que cumplir los deseos de su señoría.

Su señoría ... Angus Hines. Como si lo viera.

¿Por eso no están aquí ni él ni Ray? ¿Demasiado asustados para hacer el trabajo sucio? ¿Han visto *Odio después de la muerte*, les ha parecido un horror y ya no tienen fe en mí?

—¿Tu familia es rica? Si no te importa que te lo pregunte...

Me importa, pero después de habérselo preguntado yo a él, no tengo derecho a decirle que sí me importa.

—No. Son pobres. Bueno, corrientes, lo cual en la práctica significa pobres.

—¿Y eso?

—¿Qué sentido tiene poseer *un poco* de dinero? —digo enfadada.

—Eres muy rara, Fliss Benson. ¿No te lo habían dicho nunca?

—No.

—Yo detestaba los estudios —dice, como si el siguiente tema de conversación tuviera que ser ese—. Mis padres habrían podido enviarnos a todos a Eton, no había problema. Habríamos podido vivir el sueño del cróquet-y-latín, pero en vez de eso fuimos a Cottham Chase y todos los días teníamos que pelear para obtener el dudoso título de gallitos del colegio.

—¿Tú lo conseguiste? —Eton es un colegio secundario para chicos. Ray no habría podido ir a Eton.

—No. Lo cual fue un gran alivio. Las responsabilidades del gallito eran una pesadez: se esperaba que le dieras una paliza a todo el que se cruzaba en tu camino. No habría tenido tiempo libre.

—¿Por qué vuestros padres no os enviaron a un sitio mejor si podían permitírselo?

—Pensaron que enviándonos al estercolero local contribuían a la igualdad global. —Vuelve a sonreírme como si fuéramos los mejores amigos—. Ya sabes cómo son.

No tengo ni la menor idea de lo que dice.

—Escucha, sobre eso de echarme de aquí...

—Ya te he dicho que no voy a hacerlo.

—¿Y por qué no los echas a ellos? —digo—. No soy yo quien causa el problema. Si hubiera una votación popular, como en *Gran Hermano*, seguro que me quedaba.

—¿Quiénes son ellos? —Parece sorprendido.

—Ray y Angus.

—¿Quieres que le diga a Ray que se vaya?

—Quiero que le digas a Angus que se vaya.

—¿Angus es su exmarido?

Mi lema es: nunca te fíes de un hombre con demasiadas cremalleras en los pantalones.

—No finjas desconocer el nombre del ex de tu hermana —le digo con cara de enfado—. Aunque no sé ya hasta qué punto es un ex.

—¿Mi hermana? —Se echa a reír—. Perdona, pero ¿te refieres a Ray Hines?

Lo miro con incredulidad.

—¿A qué otra persona podría referirme?

—Ray no es mi hermana. ¿De dónde has sacado eso? Ray es una persona a quien permito quedarse temporalmente en una casa de mi propiedad.

Esto no tiene sentido.

—Hay una foto tuya en la cocina, navegando por un río.

—Sí, el río Cam. Con mi hermano, mi hermano el simpático, no el idiota que usa y tira a hermosas mujeres a las que debería tratar mejor.

¿De qué habla?

—Yo me quedé mirando la foto y Ray dijo: «No hay mucho parecido de familia, ¿verdad? Estos dos monopolizaron toda la belleza». O algo equivalente. Pero si usted no es hermano de Ray...

Por primera vez desde que empezamos a hablar se pone furioso.

—¿Quién soy entonces? —dice para completar mi frase—. Si se lo digo, me odiará usted en el acto, y será culpa de *él*, como siempre.

Se va antes de que yo pueda decir nada. Corro detrás de él gritando: «¡Espera!» y «¡Detente!», y otras cosas absurdas y sin sentido que se dicen a quienes dan media vuelta y se alejan a toda pastilla. Bajo el último tramo de peldaños a tiempo de oír que cierran de golpe la puerta de la calle. Miro por la ventana y lo veo alejarse en un coche con capota de lona, probablemente sin cremalleras, como los bajos de sus pantalones.

Entro como una tromba en la cocina, descuelgo la foto de la pared para mirarla mejor, como si en ella estuviera la explicación de lo que ocurre. Mis dedos rozan un papel que hay en la parte de atrás. Le doy la vuelta. Es una etiqueta; una punta se ha despegado y doblado. En ella veo escrito: «Hugo y St. John de paseo en batea, Cambridge, 1999». El corazón me da un vuelco magistral. *Hugo. St. John*.

Laurence Hugo St. John Fleet Nattrass. Su señoría .

Corro por la casa como una demente, jadeando, abriendo cajones. No me importa cuánto tiempo tarde, pero tengo que encontrar algo, algo mejor que lo que tengo, algo que me demuestre lo que ya sé.

Lo encuentro en un aparador del gabinete. Mejor dicho, *los* encuentro: álbumes de fotos. En la primera página hay una foto de un cuarentón mofletudo que fuma en pipa. La cojo y le doy la vuelta: «Fleet, 1973», no pone nada más. *El padre de Laurie* . Luego me fijo en una foto de un niño sonriente sentado delante de una silla en una postura parecida a la del loto. La vuelvo y leo la menuda caligrafía: «St. John Hugo Laurence Fleet Nattrass con ocho meses, 1971». Sin duda es el hermano rubio de la foto de la batea, más joven que Laurie y mayor que... Luego el Cremalleras es Hugo.

¿He de entender que Fleet Nattrass solo conocía tres nombres masculinos, además del suyo? ¿Es propio de familia pija dar a todos los hijos el mismo nombre, en diferente orden?

«No hay mucho parecido, ¿verdad?». Ray creía que yo estaba al tanto de que ella se alojaba en casa del hermano de Laurie. Suponía que Laurie me lo había dicho.

Quien quiere que me echen no es Angus Hines. Es Laurie.

Suena el teléfono de la casa. Me subo a la mesa a gatas y descuelgo, esperando que sea Ray.

Es Maya.

—Fliss —dice. Parece cortada, como si deseara que no hubiera respondido. No necesito preguntarle cómo sabía dónde encontrarme. Oigo su respiración.

—Deja que te saque del apuro —digo—. Sintiéndolo mucho, no tienes más remedio que despedirme. ¿Estoy en lo cierto?

—Bastante —dice y cuelga.

Estoy sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, cuando se abre la puerta de la calle y entran Ray y Angus.

—Hola, Fliss —dice Angus con cara de estar en otro planeta. No da la impresión de recordar que lo dejé encerrado en mi casa. Si le sorprende encontrarme allí, a sus plantas, no lo da a entender. Aprieta el brazo de Ray y añade—: Bajo en seguida —y se va hacia las escaleras como si tuviera algo importante que hacer.

—¿Le has dicho que estás embarazada? —pregunto a Ray. La maleta de Angus en la habitación de arriba solo puede significar una cosa. Hasta hace muy poco, ni siquiera sabía dónde estaba su exmujer—. ¿Se ha puesto contento?

—Los dos tenemos dificultades para sentirnos contentos, pero... sí, le ha gustado la perspectiva.

—¿Volvéis a estar juntos entonces? ¿Regresarás a Notting Hill? —Lo que quiero, de un modo más bien infantil, es que me diga que se va, pero porque sé que yo me tengo que ir. No puedo quedarme en casa del hermano de Laurie. «¿Qué te crees, idiota? ¿Que alguien como tú puede vivir en un lugar como este toda la vida?»—. ¿Se viene Angus a vivir aquí también?

La sonrisa de Ray desaparece y me doy cuenta de que está muy cansada.

—No. No vamos a vivir juntos.

—¿Por qué no?

—Dejemos eso para la película —dice—. Todo forma parte de la misma historia.

—¿Le has dicho a Angus que el niño podría ser de Laurie y no suyo? —pregunto, sin hacer nada por bajar la voz. Doy por sentado que Ray y Laurie se han acostado juntos en algún momento. ¿Por qué no iba a intentarlo con ella? Se acostó conmigo para convencerme de que no entrevistara a Judith Duffy delante de la cámara; se metió en la cama de Maya para evitarme a mí y a la policía, o quizá para que el remitente de las tarjetas no supiera dónde encontrarlo. Es indudable que acostarse con Ray era parte de su campaña para convencerla de que interviniese en la película: primero le ofreció su cuerpo, luego el refugio de Marchington House. Debió de enfurecerse al ver que el tiro le salía por la culata.

Desde el punto de vista de Ray, ¿por qué no iba a acostarse con Laurie? A los cuarenta y dos años aún podía tener hijos. Si lo tenía con Laurie y no con Angus, ya no habría problema genético por el que preocuparse.

Me coge del brazo y me conduce al gabinete. Cierra la puerta y dice:

—Por favor, no lo llares niño. No es un niño, todavía no. Y no hay ningún «podría». Es de Laurie. Angus se hizo una vasectomía mientras yo estaba en la cárcel. Quería asegurarse de que nunca más pasaría por la amarga experiencia de perder otro hijo.

—Pero...

—Le he contado la verdad —dice Ray—. ¿Crees que ya no estoy harta de mentiras? ¿De veras piensas que iba a empezar mi nueva vida, y la de Angus, con una mentira?

—¿Se lo dirás a Laurie?

—Laurie Nattrass no significa nada para mí, Fliss. Quiero decir a nivel personal.

«Afortunada tú».

—Puedo no contarle algo y no sentirlo como una mentira, no en el sentido que tendría si mintiese a mi marido. —Parece caer en la cuenta de una omisión—. Vamos a volver a casarnos —aclara.

«¿Y no vais a vivir juntos?».

—¿Sentirá por el hijo de Laurie lo mismo que sentiría si fuera suyo? —pregunto.

—Eso no lo sabe —dice Ray—. Ni yo tampoco. Pero no podemos contar con la opción de «si fuera suyo». Es lo único que tenemos, nuestra única oportunidad de ser... bueno, supongo que una familia, aunque inusual. ¿Se lo vas a decir a Laurie?

—No. —No le contaré lo del embarazo de Ray ni le contaré a nadie que sobornó a Carl Chappell y a Warren Gruff. No pienso hacer nada en relación con Laurie. No quiero destruir la vida de nadie, ni la de Laurie, ni la de Ray, ni la de Angus.

—¿Puedo pedirte otro favor? —dice.

—¿Qué? —Si la memoria no me falla, no le he hecho ninguno hasta la fecha.

—No le digas a Angus que lo sabes. Se le haría más cuesta arriba si supiera que otras personas están al tanto.

«¿Qué ha pasado con la decisión de que se acabaron las mentiras?». No lo digo en voz alta porque quedaría ridículo, incluso pensarlo resulta ridículo. Si nadie volviera a mentir jamás, la vida se volvería imposible.

Ray señala la cámara con la cabeza.

—¿Empezamos?

—Antes necesito llamar por teléfono —digo—. ¿Por qué no preparas algo de beber?

Cuando sale de la habitación, me acerco al teléfono de anticuario que hay en la mesa del rincón y llamo a Tamsin. No parece contenta de oír mi voz.

—Solo para recordarte el protocolo —dice—: en teoría se abandona a las amigas cuando se tiene otro novio, no cuando se pierde la chaveta. Y en caso de perderla, se te permite pasar con las amigas tanto tiempo como pasabas antes, a condición de que recuerdes poner cara de idiota y las llames por el nombre de personas que fallecieron hace años.

—Por favor, no me digas que tienes ya otro empleo —digo.

—¿Empleo? —Lo dice como si hubiera olvidado ya lo que es.

—¿Crees que sería muy difícil que tú y yo nos estableciéramos por nuestra cuenta?

—¿En calidad de qué?

—De lo que somos: gente que hace programas de televisión.

—¿Quieres decir fundar una productora propia? No tengo ni idea.

—Averígualo.

Oigo un largo y ruidoso bostezo.

—Es que no sé cómo se averigua una cosa así, te lo digo sinceramente.

—Encuentra la forma —digo, y le cuelgo para que se entere de que hablo en serio. Seguro que el MI6 se enfrentaría así a aquella actitud perezosa y poco cooperadora. Todo irá bien, me digo para convencerme. Tiene que ir bien.

Solo me falta ya explicar a Ray y a Angus que después de todo no va a ser Binary Star la firma que haga la película.

12-10-2009

—Entonces, ¿estamos seguros de que Warren Gruff es el Pelón? —preguntó Simon a Sellers.

—Yo sí. —Charlie miraba la fotografía granulada que aparecía en la pantalla del ordenador—. Ese es el hombre que vi.

—Yo también estoy seguro —dijo Sellers—. Gruff ha sido militar, estuvo en Iraq durante la primera guerra del Golfo. Y mirad esto. —Se inclinó sobre la mesa, recogió un artículo que había impreso y derribó la lata de Coca-Cola light—. Joder —murmuró cuando el líquido se derramó sobre el teclado.

—Jamás creí que llegaría a verlo —dijo Charlie—. Colin Sellers a régimen.

—Es del *Sun*, junio de 2006 —dijo Sellers—. ¿Qué régimen?

Simon cogió el artículo y se puso a leer.

—¿Has oído hablar de Joanne Bew? —preguntó a Charlie.

—No. ¿Quién es?

—Fue condenada por matar a su hijo Brandon, volvieron a juzgarla y fue absuelta. Gruff era su novio y el padre de Brandon. No se puso muy contento cuando la absolvieron. Según él, la madre asfixió al hijo, y si ella lo demanda por decirlo, le trae sin cuidado. Por lo que parece, maltrató a Brandon desde el día que nació. —Simon hizo una mueca y dejó el artículo en la mesa—. Puedo pasarme sin los deprimentes detalles.

—¿Sugieres que necesito adelgazar? —preguntó Sellers a Charlie, tapándose la barriga con mano protectora—. Pero si soy todo músculo. Por lo menos antes lo era.

—Perdona, chico, lo he supuesto al ver la Coca-Cola light.

—Era lo único que quedaba en la máquina —replicó el otro—. Sabe a mierda.

—Su novia mató a su hijo y escapó sin castigo —dijo Simon, más para sí que para los demás—. Ha sido militar, quizá haya matado antes. Seguramente ha matado. ¿Le resultaría fácil al remitente de las tarjetas, el Cerebro, ganarlo para su causa? Imagino que sí cuando las víctimas son Sarah Jaggard y Helen Yardley, mujeres que, al igual que Joanne Bew, según Gruff, mataron a sus hijos y quedaron sin castigo. Pero ¿qué pasa cuando el Cerebro decide convertir a Judith Duffy en su siguiente objetivo? Duffy declaró contra Joanne

Bew en el primer juicio: eso pone en el artículo. Es de creer que Gruff simpatizaría con Duffy...

—Lo cual explica lo que me dijo a mí —dijo Charlie, completando la idea—. Que Duffy no merecía morir, que había hecho todo lo que había podido. Se refería a que había hecho lo posible por encerrar a Joanne Bew, ¿no creéis?

—También dijo que tú hiciste todo lo posible —le recordó Simon—. Seguramente se refería a la policía en general.

—Hay que pensar entonces en que el Cerebro podía ejercer alguna clase de presión sobre él —dijo Charlie—. Si Gruff no quería matar a Duffy, pero la mató de todos modos...

—Gruff había agredido a Sarah Jaggard y consiguió la pistola para el asesinato de Helen Yardley. Lo que te dijo fue exacto: estaba metido en aquello y ya no podía retroceder, el Cerebro se había asegurado de que... — Simon se detuvo a mitad de frase al ver que se acercaba Sam Kombothekra.

—Que tome Coca-Cola light y no esté hecho un pellejo no son motivos para creer que estoy a régimen —murmuró Sellers a Charlie. Ladeó la cabeza para mirarse la barriga desde otro ángulo.

—Creo que tenemos una pista sólida sobre el paradero de Ray Hines. —Sam parecía emocionado—. Laurie Nattrass tiene un hermano, Hugo, que tiene una casa en Twickenham. No vive allí, vive en Streatham, por eso ha costado tanto descubrirlo, pero... ¿Simon?

Charlie chascó los dedos delante de su cara.

—Despierta. Sam quiere decirte algo.

Simon se volvió hacia Sellers.

—¿Qué estabas diciendo? Sobre la Coca-Cola light. Repítelo, por favor.

Sellers se cansó de encoger el estómago y dio un suspiro.

—Que tome Coca-Cola light y haya engordado un poco no son motivos para creer que estoy a régimen.

—Eso es. —Simon giró sobre sus talones para mirar a Charlie. La miró como si hubiera olvidado que Sellers y Sam estaban allí también—. Eso es. De una persona delgada podemos creer que toma una bebida light porque le gusta, pero de un gordo que toma una bebida light...

—¿Gordo? —Sellers estaba indignado.

—O sea que la cortada es un camelo.

—¿Qué coartada? —preguntó Sam.

—Necesito hablar otra vez con Dillon White. —Las palabras de Simon brotaban mientras la máquina de su cerebro adquiría velocidad—. Y con Rahila Yunis.

—¿La periodista que entrevistó a Helen Yardley en la cárcel? —preguntó Charlie.

—Quiero que me cuente por qué eliminó la parte más importante del reportaje sobre su visita a Geddhams Hall. Ya sé por qué, pero quiero oírsele decir a ella. Sam, necesito fotos: Laurie Nattrass, Angus Hines, Glen Jaggard, Paul Yardley, Sebastian Brownlee.

Sam asintió con la cabeza. Habría podido señalar que, como jefe del equipo, era a él a quien le correspondía encargar aquello; pero tuvo el detalle de callarse.

—¿La coartada de *quién* es un camelo? —preguntó Charlie, sabiendo que sus probabilidades de obtener una respuesta en aquel instante eran infinitamente menores que las de Colin Sellers.

—Sellers, ve a la dirección de Twickenham —dijo Simon, moviendo los ojos de un lado a otro mientras recomponía toda la historia en su cabeza—. Si encuentras allí a Ray Hines, no la pierdas de vista.

Lunes, 12 de octubre de 2009

—Sospeché de mí desde que la policía se presentó en casa por primera vez —dice Ray a la cámara. Asiento para indicarle que continúe y me cuente todo lo que pueda antes de que llegue Angus. Me temo que no será tan franca con él escuchando—. Su actitud hacia mí cambió, se volvió horriblemente frío y distante, pero tampoco quiso perderme de vista. Se mudó a una de las muchas habitaciones vacías que teníamos en una época en que esperábamos llenarlas de niños... —Se interrumpe—. ¿Sabes que queríamos tener un montón?

—No.

—Angus tiene cinco hermanos. Queríamos por lo menos cuatro. —En este punto enmudece.

—No quería perderte de vista —digo para estimularla.

—Me... vigilaba. Como si le hubieran dicho que espíara todos mis movimientos e informase de ellos. En mis momentos más paranoicos me preguntaba si sería así. No era verdad, naturalmente. La policía habría imaginado, y ciertamente imaginó, que Angus y yo permaneceríamos unidos. Me vigilaba estrechamente por razones propias, no por indicación ajena. Trataba de reunir pruebas de mi culpabilidad o de mi inocencia.

—¿No creyó que Marcella y Nathaniel tuvieran una reacción adversa a la vacuna?

Ray niega con la cabeza.

—No se lo reprocho. Todos los expertos dicen que las vacunas son seguras y no estuvo presente cuando las dos criaturas tuvieron los ataques. Solo Wendy y yo vimos lo que sucedió. Por lo que Angus sabía, yo era una asesina que había convencido a Wendy de que mintiera.

—Eras su mujer —le recuerdo—. Debería haber sabido que nunca habrías matado a tus niños.

—Puede que hubiera reaccionado de manera positiva de no ser por la depresión que afirmé sufrir. Fingí para irme a Suiza con Fiona. Por culpa de mi comedia dudó de todo lo que creía saber de mí. Y no se lo reprocho porque fue culpa mía. No se lo reproché ni siquiera entonces, aunque... —La voz se le quiebra y mira al techo como temerosa de que Angus haga aparición en cualquier momento. «No puede tenerle miedo y menos si planea volver a casarse con él».

—Empecé a sentirme aterrorizada ante él —dice—. No me dirigía la palabra... eso era lo peor. Yo no cesaba de preguntarle si creía que había matado a Marcella y a Nathaniel y él no respondía. Lo único que decía era: «Solo tú sabes lo que has hecho, Ray». Se mostraba tan impenetrable, tan espantosamente... *tranquilo*. No podía creer que estuviera tan sereno cuando nuestra vida se estaba desmoronando: yo acusada de asesinato, quizá condenada a ir a la cárcel. Al pensar en aquellos días creo que sufrió una especie de trauma. Estoy segura de que fue eso. Nadie cree que sea posible enloquecer con toda tranquilidad, pero es posible. Y eso es lo que le sucedió a Angus. No sabía que el dolor lo haría pedazos, creía estar en plena posesión de sus facultades y que reaccionaba del modo que suponía más lógico: a mí me acusaban de homicidio, así que su misión era vigilarme y tomar nota de mi conducta para estar seguro de si había o no una base real para acusarme; estoy segura de que es así como él se lo planteaba.

—Cuando dices «tomar nota»... ¿Te refieres literalmente a ponerlo por escrito?

—Yo acabé por desesperarme, cuando se negó categóricamente a tener comunicación conmigo. Registré la habitación en que dormía y encontré todo aquel... horrible material en un cajón, un cuaderno en el que describía mi conducta, y multitud de páginas de artículos que había bajado de Internet, sobre la importancia de las vacunas y los infames exhibicionistas que alegaban que eran peligrosas...

—¿Qué escribió de ti en el cuaderno? —pregunto.

—En realidad, nada interesante. «Desayuno 8 mañana: un Weetabix. Se sienta en el sofá llorando, una hora». Cosas por el estilo. Yo no hacía prácticamente nada en aquella época, nada excepto llorar, responder a las interminables preguntas de la policía y tratar de hablar con Angus. Cierta día que no podía resistir su silenciosa mirada le dije: «Si un jurado me declara inocente, ¿te convencerás de que digo la verdad?». Se echó a reír de un modo horrible... —Ray se estremece—. Nunca olvidaré aquella risa.

«Y sin embargo, quieres casarte con él por segunda vez».

—Dijo: «¿En serio esperas que base mi juicio en las opiniones de doce desconocidos, la mayoría de los cuales probablemente no tiene estudios? ¿Crees que Marcella y Nathaniel significan tan poco para mí?». Perdí la cabeza entonces. Le grité que en ese caso nunca lo sabría, ya que no me creía a mí ni creería a un jurado. Con mucha calma me respondió que me equivocaba. Otro día me dijo que lo sabría. «¿Cómo?», le pregunté, pero no me lo dijo. Y se alejó. Cada vez que le hacía esa pregunta, me daba la espalda. —Se pinza la parte superior del puente de la nariz y a continuación mueve la mano como si de pronto se acordase de la presencia de la cámara—. Por eso mentí en el juicio —añade—. Por eso empecé a comportarme del modo más incoherente que pude, contradiciéndome cada vez que tenía la oportunidad. No sabía cuál era el plan de Angus, pero sabía que tenía uno y que debía huir de él... y de lo que se propusiera en relación conmigo.

Asiento con la cabeza. Lo sé todo sobre la necesidad de huir de Angus Hines. Vuelvo al momento en que giré sobre mis talones y lo vi detrás de mí en la puerta de mi casa...

A todo esto, ¿dónde está? ¿Qué hace arriba para tardar tanto?

—No podía soportar un día más con él —dice Ray—. Se había convertido en un... un *ser* aterrador, ya no era mi marido, ya no era el hombre al que amaba. La cárcel iba a ser una bagatela en comparación con el horror de seguir viviendo con *aquello*; por lo menos en la cárcel nadie trataría de matarme, porque eso era lo que temía de Angus, de manera creciente. Tan desquiciado me parecía.

—Mentiste para que el jurado pensara que no eras de fiar.

—Para que se me considerase una embustera, sí. Sabía que si el jurado pensaba eso, me declararía culpable. Entiéndelo, ya no me importaba dónde me tocaría vivir. Lo había perdido todo: el marido, los hijos. Y mi casa... mi casa era peor que el infierno. No podía respirar allí, no podía dormir, no podía comer. La cárcel iba a ser un descanso, al menos eso pensaba entonces. Y lo cierto es que lo fue. Lo fue realmente. Ya no estaba asustada todo el tiempo ni sometida a vigilancia. Era libre de dedicarme a lo único que deseaba: pensar en paz en Marcella y en Nathaniel. Echarlos de menos en paz.

—Pero hiciste que el mundo creyera que los habías matado. ¿No te molestó eso?

Ray me mira de un modo extraño, como si le hubiera hecho una pregunta absurda.

—¿Por qué tenía que molestarme? Yo sabía la verdad. Y las únicas tres personas cuya opinión me habría importado... habían desaparecido. Marcella y Nathaniel habían muerto, y en cuanto al Angus que amaba... sentía que había muerto también con ellos.

—Entonces, cuando viste lo que le pasaba a Nathaniel, cuando dijiste que dejaste entrar inmediatamente a la enfermera evaluadora...

—Yo sabía perfectamente que no fue así. La dejé esperando en la puerta por lo menos diez minutos, tal como declaró ella en el juicio.

—¿Por qué?

No responde en seguida. Cuando lo hace, su voz es un susurro:

—Nathaniel estaba muerto. Sabía que la enfermera lo advertiría en cuanto entrase. Sabía que lo diría en voz alta. Yo no quería que estuviera muerto. Cuanto más tiempo esperase fuera la enfermera, más tiempo podría yo engañarme a mí misma.

—¿Quieres que hagamos un alto? —pregunto.

—No. Gracias, pero prefiero continuar. —Acerca la cara a la cámara—. Angus bajará en seguida. Espero que hablar de lo que sucedió lo ayude a recuperarse. Recibí ayuda psiquiátrica en la cárcel, pero Angus no se ha sincerado nunca con nadie. No estaba preparado, pero ahora sí lo está. Por eso es tan importante este documental, que no es solo una forma de contarle y explicarle... —Apoyó las manos en su vientre.

«El niño». Con él es con quien Ray quiere hablar, no conmigo, no con los televidentes. Con su hijo. La película es el regalo que hace al niño, la historia de la familia.

—También Angus mintió —prosigue Ray—. Cuando me declararon culpable, dijo a la prensa que había tomado una decisión antes de que se pronunciara el veredicto: que dijera lo que dijese el jurado, culpable o inocente, no lo creería. Yo sabía que eso era mentira y Angus sabía que yo lo sabía. Estaba desafiándome de lejos, recordándome su desprecio por un jurado analfabeto y su promesa de que algún día averiguaría por sus propios medios si yo era culpable o no. Sabía que yo entendería el mensaje oculto tras su declaración oficial. Pero mientras yo estuviera en la cárcel, no podría llegar hasta mí.

—¿Te visitó?

—Me negué a verlo. Me daba tanto miedo que cuando Laurie Nattrass y Helen Yardley se interesaron por mí, deseé que me dejaran en paz. Se necesitó mucha terapia para convencerme de que no debía estar entre rejas, dado que no era una asesina.

—Si querías ir a la cárcel y quedarte allí, ¿por qué no te declaraste culpable?

—Porque era inocente. —Da un suspiro—. No defraudé a mis hijos mientras dije claramente que no los había matado. La gente tenía la posibilidad de creerme. Si hubiera dicho que era culpable, habría traicionado su recuerdo al fingir que había habido un momento en que había deseado su muerte. No me importó mentir acerca de otras cosas, pero no podía subir al estrado y decir bajo juramento que había deseado que mis queridos hijos murieran. Además, declararme culpable habría sido contraproducente. Habría recibido una sentencia menos severa, quizá una acusación menor: homicidio involuntario en vez de asesinato. Habría estado en la calle al cabo de cinco años, al cabo de menos por lo que sé, y en ese caso habría tenido que enfrentarme a Angus.

—Pero cuando saliste, cuando abandonaste el hotel de las urnas pintadas, volviste con él, a Notting Hill. ¿Ya no te daba miedo?

Afirma con la cabeza.

—Me daba más miedo vivir el resto de mi vida aterrorizada. Me reservara Angus lo que me reservase, quería afrontarlo de una vez. Cuando abrió la puerta y me hizo pasar, pensé sinceramente que podía no salir viva de allí.

—¿Pensaste que te mataría y a pesar de eso fuiste a verlo?

—Lo quería. —Se encoge de hombros—. Mejor dicho, lo había querido y todavía amaba a la persona que había sido antes. Y él me necesitaba. Se había vuelto loco, tan loco que no se daba cuenta de lo mucho que me necesitaba, aunque yo me daba cuenta. Yo era la única persona en el mundo que amaba a Marcella y a Nathaniel tanto como Angus, ¿cómo no iba a necesitar me? Pero sí, pensé que podía matarme. Lo que me había dicho seguía resonando en mi cabeza: que algún día averiguaría si yo era culpable o no. ¿Cómo podía averiguarlo si no me creía a mí ni a un jurado? En lo único que yo pensaba era en que me diría que iba a morir, que no tenía escapatoria. Puede que entonces yo confesara, si es que había algo que confesar. Tal vez planeara torturarme o... —Cabecea—. Se piensa en toda clase de cosas horribles, pero tenía que descubrirlo. Tenía que saber qué había planeado.

—¿Y? ¿Quiso matarte?

Se abre la puerta.

—No, no quise matarla —dice Angus.

—No, no quiso matarme —repite Ray—. Lo cual fue una suerte para mí, porque si lo hubiera intentado, lo habría conseguido.

«No. Esa respuesta no es válida. Quiso matarla. Debió de quererlo, porque...». Se enciende una luz en mi cabeza: las tarjetas. Los dieciséis números. Y las fotografías, la mano de Helen Yardley...

Me vuelvo hacia Angus.

—Siéntese junto a Ray y mire a la cámara cuando hable, no a mí —le digo—. ¿Por qué me mandó aquellas listas por correo electrónico? Me refiero a las listas de las personas contra las que declaró Judith Duffy en tribunales de lo criminal y lo familiar.

Arruga la frente, insatisfecho de que pasemos de un tema a otro.

—Creí que estábamos hablando de lo que ocurrió cuando Ray volvió a casa.

—Ya hablaremos de eso, pero antes quiero que me explique por qué me envió aquellas listas. A la cámara, por favor.

Mira a Ray y esta asiente con la cabeza. Veo que Ray tiene razón: Angus la necesita.

—Pensé que le sería útil comprobar a cuántas personas había acusado Judith Duffy de matar o agredir deliberadamente a sus hijos —dice.

—¿Por qué? ¿Por qué tenía que serme útil? —Angus mira fijamente a la cámara—. No quiere decírmelo. Usted piensa que yo debería ser capaz de adivinarlo. Pues lo siento mucho, pero no soy capaz.

—¿No es evidente? —dice.

—No.

—Díselo, Angus.

—Supongo que conoce usted aquella frase pegadiza que hizo famosa a Judith Duffy: «tan improbable que es casi imposible».

Le digo que sí.

—¿Sabe a qué se refería cuando la pronunció? —prosigue.

—A las probabilidades de que hubiera dos muertes súbitas en una familia.

—No, eso es un error muy extendido. —Parece complacido por poder llevarme la contraria. El corazón me late tan fuerte que me sorprende que la cámara no tiemble—. Eso es lo que creyó la gente, pero a Ray le contó otra cosa. No se refería a cuestiones generales, sino a dos casos concretos, a Morgan y Rowan Yardley, y a la probabilidad de que fallecieran de muerte natural, dadas las pruebas físicas que había en ambos casos.

—Pero ¿va a decirme o no por qué me mandó aquellas listas? —insisto.

—Yo tengo mi propio método de probabilidad y se lo expondré con mucho gusto —dice Angus—. Si Judith Duffy declara que Ray es una asesina y Ray lo niega, ¿qué probabilidades hay de que Duffy tenga razón?

Medito la pregunta.

—Ni idea —digo con el corazón en la mano—. Suponiendo que Duffy sea una perito imparcial y que Ray pudiera estar muy motivada para decir que era inocente aunque no lo fuera...

—No, olvidemos eso —dice Angus con impaciencia—. No piense en motivaciones, imparcialidades ni pericias, ya que ninguna de esas cosas se puede medir científicamente. Hablo de probabilidad pura. Puestos a ello, olvidémonos de Ray y de Duffy, y vayamos a un plano más abstracto. Una médica acusa a una mujer de asfixiar a su niño. La mujer dice que no lo hizo. No hay testigos. ¿Qué probabilidades hay de que la médica tenga razón?

—¿Mitad y mitad? —aventuro.

—Exacto. Así que, en este guión, la médica puede acertar completamente en su dictamen, pero también puede estar completamente equivocada. No puede tener un poco de razón y estar un poco equivocada, ¿verdad que no?

—No —digo—. La mujer mató a su hijo o no lo mató.

—Muy bien —Angus asiente con la cabeza—. Ahora probemos con una cantidad mayor. Una médica, la misma médica, acusa a tres mujeres de matar a determinados niños. Las tres mujeres alegan que son inocentes. —Ray,

Helen Yardley y Sarah Jaggard —. ¿Qué probabilidades hay de que las tres sean culpables? ¿Otra vez mitad y mitad?

Joder, lo que detestaba yo las mates en la escuela. Recuerdo que los ojos se me salían de las órbitas cuando tenía que hacer ecuaciones de segundo grado: «Como si fuéramos a necesitar estas pedanterías cuando seamos mayores». Mi maestra, la señora Gilpin, decía: «La agilidad numérica te será más útil de lo que imaginas, Felicity». Y parece que estaba en lo cierto.

—Si la probabilidad de que la médica tenga razón es mitad y mitad en cada caso, la probabilidad de que tenga razón en los tres casos será... otra vez mitad y mitad, ¿no?

—No —dice Angus, incapaz de creer que yo sea tan idiota—. En los tres casos solo hay una probabilidad entre ocho de que la médica tenga razón o no la tenga.

Ray y yo lo miramos mientras saca del bolsillo de la chaqueta un recibo arrugado y un bolígrafo y se pone a escribir, apoyado en la rodilla.

—C es culpable e I inocente —dice, y me entrega el recibo cuando ha terminado.

Miro lo que ha puesto.

Mujer 1: C C C C I I I I

Mujer 2: C C I I I I C C

Mujer 3: C I C I I C I C

—¿Se da cuenta? —dice—. Hay una probabilidad entre ocho de que la médica tenga razón en los tres casos y una probabilidad entre ocho de estar equivocada en los tres casos. Ahora supongamos que hay mil casos...

—Entiendo adónde quiere ir a parar —digo—. Cuantos más sean los casos en que Judith Duffy sostiene la culpabilidad y las mujeres su inocencia, más probabilidades habrá de que la médica acierte unas veces y no acierte otras. —«Por eso tuviste la precaución de decirme en el e-mail que Judith Duffy declaró a favor del progenitor o progenitora en veintitrés ocasiones. Unas veces declara a favor, otras en contra: ese era el mensaje. Unas veces tiene razón, otras no». En otras palabras, cuando Laurie la retrata como una cazadora de inocentes, Laurie miente con toda la barba.

—Exactamente. —Angus me premia con una sonrisa—. Cuantas más mujeres inocentes, injustamente acusadas, saque Laurie Nattrass del sombrero, presuntas víctimas del presunto afán de Duffy por destruir vidas, más probable será que algunas sean culpables. No tengo inconveniente en creer que la justicia puede cometer una injusticia ni que una médica se pueda equivocar. Pero esperar que la gente crea en una cadena interminable de errores de la justicia y en una médica que se equivoca en cada caso

concreto...

—¿Y yo tenía que adivinar todo eso mirando las listas que me envió usted?

—Es el Teorema Probabilístico de Hines, así lo llamo yo: una mujer acusada de asesinato por Judith Duffy puede ser culpable o inocente. Un centenar de mujeres acusadas de asesinato por Judith Duffy han de ser culpables e inocentes. Es probable que muchas sean culpables, del mismo modo que es probable que muchas sean inocentes.

—Y usted quería que yo lo supiera porque Laurie, por lo visto, no —digo con toda tranquilidad—. Él, según parece, cree que *todas* las mujeres a las que Duffy acusó de matar niños deben ser inocentes. No se daba cuenta de que tenía que haber culpables camufladas entre las inocentes.

—El bosque le impedía ver los árboles —dice Ray, afirmando con la cabeza.

Suena el timbre de la puerta.

—¿Quieres que abra? —dice Ray.

—No, ya voy yo. Sea quien sea, diré que pase otro día. —Sonrío forzosamente y añado—: Quedaos aquí, vuelvo en seguida.

Ya en el vestíbulo, me entra el miedo y me detengo, incapaz de dar otro paso. Judith Duffy abrió la puerta de la calle y le pegaron un tiro, un hombre con la cabeza afeitada.

La ranura del buzón se abre y veo unos ojos castaños y parte de una nariz.

—¿Fliss? —Reconozco la voz: es Hugo, el hermano cremallera de Laurie. ¿Por qué habrá llamado al timbre? Por el amor de Dios, es su casa.

Abro la puerta.

—¿Qué quieres? —Sin que mi cerebro lo autorice, me pongo a cortar el aire con las manos en sentido lateral: «vamos, dale caña».

—Quería disculparme por lo que...

—No te preocupes por eso —digo, bajando la voz—. Necesito que hagas algo por mí. —Tiro de él para que entre y lo llevo a la habitación más cercana a la puerta, que es la sala de música. Le señalo la banqueta que hay delante del piano y se sienta sin rechistar—. Espera aquí —susurro—. Quédate sentado y no hagas absolutamente nada. En silencio. Apaga el móvil y haz como si no estuvieras. No toques el piano, no pulses ni una tecla. Ni siquiera «Chopsticks».

—No sé tocar «Chopsticks».

—¿En serio? —Yo creía que todo el mundo sabía tocar «Chopsticks».

—Pero sé quedarme sentado sin hacer absolutamente nada. Es una habilidad que poseo y que a menudo llama la atención de las personas que tengo cerca.

—Estupendo —digo—. Espera aquí y no te vayas. Prométeme que no te irás.

—Te lo prometo. ¿Te importa si te pregunto...?

—Sí me importa.

—Pero ¿qué...?

—Puede que necesite que me lleves en coche —le digo.

—¿Y dónde tienes el coche? —dice, también entre susurros.

—Sigue en la concesionaria de Rolls-Royce, esperando a que gane la lotería o encuentre un marido rico. Ahora quédate callado hasta que vuelva. —Doy media vuelta para regresar al gabinete.

—¿Fliss?

—Tengo que irme. ¿Qué quieres?

—¿Te sirvo como marido rico?

Tiemblo de pies a cabeza.

—No seas tonto. Ya me he acostado con tu hermano.

—¿Y eso sería un problema?

—No sé por qué utilizas el condicional —murmuro—. *Es* un problema y gordo.

—También lo es para mí —dice Hugo Nattrass, sonriendo como un necio—. ¿Crees que importa tanto como que tengamos muchas cosas en común?

12-10-2009

Simon alargó su móvil a Charlie.

—Veo que no vas a decirme quiénes eran ni qué te han dicho —vaticinó Charlie.

—Cuando esté preparado. —Simon estaba haciendo sus ejercicios, como Charlie gustaba de llamarlos. A diferencia de los ejercicios de los demás, no tenían nada que ver con cintas móviles ni con máquinas de remar; era un asunto privado entre Simon y su cerebro. Quien quisiera unirse a la fiesta se enteraba en seguida de que estaba de más allí.

—Es la tercera llamada secreta que recibes desde que salimos. ¿Va a haber más? —No hubo respuesta—. Es una cuestión de seguridad, por no mencionar otras cosas —prosiguió Charlie con irritación—. Si no te gustara tanto mantenerme en la oscuridad, podrías poner el teléfono en modalidad de manos libres y conducir con las dos.

—Que tengas en la mano una lata de Coca-Cola light y tengas barriga no significa que estés a régimen —dijo Simon mientras doblaban por Bengoe Street.

—¡Otra vez no, por favor! —Charlie se dio un cabezazo contra la ventanilla de su lado.

—Vas con un paraguas y llueve. Pero eso no significa necesariamente que lleves un paraguas *porque* esté lloviendo.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Simon se detuvo delante de la casa de Stella White.

—Dillon White le dijo a Gibbs que vio a un hombre con un paraguas en el salón de Helen Yardley. Al principio no nos lo tomamos en serio porque el lunes no llovió, tampoco los meteorólogos habían previsto lluvia y Stella White, que es el otro testigo, no vio ningún paraguas. Además, Stella dijo que era imposible que su hijo viese al hombre aquella mañana en el salón de los Yardley. Después nos enteramos de que Dillon vio al hombre en una ocasión anterior: en el salón de Helen, donde también estaba el propio Dillon. Y asimismo Stella, Helen y Paul Yardley, y otro hombre y otra mujer cuyos nombres no conocía el niño. Aquel día sí estaba lloviendo y el agua del paraguas del hombre goteaba en la alfombra. —Larga pausa. Luego dijo Simon—: ¿Hay algo que quieras preguntarme?

—Sí —dijo Charlie—. ¿Me contarás, por favor, qué crees que sabes?

—¿No quieres preguntarme si los Yardley tienen vestíbulo?

—No especialmente.

—Pues deberías. Porque tienen vestíbulo, con suelo de listones de madera. Que da directamente al salón. ¿Por qué metería nadie un paraguas chorreante en un salón con alfombra? ¿Por qué no dejarlo en el vestíbulo, sobre todo si el vestíbulo no tiene alfombra?

—¿Porque el hombre del paraguas no sabía lo que era la buena educación? —sugirió Charlie—. ¿Porque estaba ocupado, pensando en otras cosas?

—¿Y si sabía lo que era la buena educación? —dijo Simon—. ¿Y si era tan atento como para contar una historia entretenida a un niño pequeño, una historia de viajes espaciales y magia? A pesar de lo cual, entra con el paraguas en el salón y deja que gotee en la alfombra. ¿Por qué haría una cosa así?

—¿Es el paraguas un elemento esencial para la historia de magia?

Simon negó con la cabeza. Y encima tenía la frescura de poner cara de decepción porque Charlie no había caído en la cuenta todavía. ¿Había olvidado que el caso no era de ella? En teoría, no tenía por qué estar en un coche con él, camino de Bengoe Street; en teoría tenía que estar trabajando en lo suyo.

—Dillon dijo que el otro hombre que estaba presente, el que no era ni Paul Yardley ni el del Paraguas Mágico... dijo que también tenía un paraguas, pero que no era mágico y por eso lo había dejado fuera. —Simon desvió los ojos de la calzada y miró a Charlie—. Cuando Stella dijo a Gibbs que el lunes anterior había sido un día soleado y con mucha luz, Dillon comentó: «No había mucha luz. Hacía poco sol y no había mucha luz». Eso era lo que el niño había oído decir al hombre: repetía sus palabras una por una.

—No se refería al lunes anterior —dijo Charlie—. Se refería al día de «más allá», cuando llovía y seguramente estaba nublado.

—Cuando «hacía poco sol y había poca luz» —subrayó Simon.

—Explícamelo antes de cinco segundos o le contaré a tu madre que estás metido en una conspiración para mentirle en lo de la luna de miel —chantajeó Charlie.

—En cierto modo, el hombre tenía razón en lo de la magia. El paraguas tenía por lo menos una virtud especial: producía luz. Eso es lo que era: no un paraguas para la lluvia, sino un paraguas de fotógrafo, un reflector con foco, negro por fuera, plateado por dentro. Era de Angus Hines. Hines es actualmente editor gráfico de *London on Sunday*, pero entonces no lo era. Entonces era un fotógrafo que trabajaba para varios periódicos, entre ellos

uno que publicó un artículo sobre dos mujeres extraordinarias: Helen Yardley y Stella White.

—Entonces, el hombre y la mujer cuyos nombres desconocía Dillon...

—Imagino que un reportero del periódico y una encargada de maquillaje —dijo Simon.

—La de veces que vemos esas cosas en las conferencias de prensa, donde nunca hay luz natural —dijo Charlie, malhumorada por no haberlo adivinado. ¿Cuántos «paraguas» de fotógrafo habían iluminado su desdichado rostro en 2006, cuando todos los periódicos habían buscado imágenes de la policía caída en desgracia y el jefe de Policía le había dicho que accediera si quería conservar el empleo?

—Angus Hines no pudo impedir que la lluvia gotease en la alfombra del salón de los Yardley —dijo Simon—. Era la habitación más fotogénica de la casa y quería hacer las fotos allí. Cuando Stella White me dio la lista de todas las personas que recordaba haber conocido en casa de Helen Yardley, el de Hines, como es lógico, no estaba. Stella ha sido fotografiada para la prensa cientos de veces, ya que era la corredora de maratón decidida a derrotar el cáncer. No podía recordar el nombre de los fotógrafos, ¿no crees? Cuando le pregunté por el hombre del paraguas mágico que había visto Dillon, Stella no lo relacionó con el reflector fotográfico porque yo le había dicho que aquel día estaba lloviendo; al formularle la pregunta, le di a entender lo que justificaba la presencia del supuesto paraguas y por eso no se molestó en buscar otras conexiones.

—Pero... Helen Yardley trabajaba para JPCI —dijo Charlie con el entrecejo fruncido—. Hizo campaña para que pusieran en libertad a Ray. Debía de saber quién era Angus cuando este apareció en su casa y si Stella White estaba allí con ella...

—Helen se comportó como si no conociera a Hines, lo saludó como se saluda a un desconocido —dijo Simon—. La primera de las tres llamadas que he recibido era de Sam. Ha hablado con Paul Yardley. Yardley recuerda perfectamente el día de «más allá». En lo referente a los Yardley, Angus Hines era uno de los malos: no apoyó a su mujer como Yardley apoyó a Helen ni como Glen Jaggard apoyó a Sarah. Cuando se presentó un reportero en casa de los Yardley y detrás llegó Angus Hines para hacer las fotos, Paul esperaba que su mujer organizara un escándalo y lo echara a la calle.

—Y no lo hizo —adivinó Charlie.

—Según Paul Yardley, Helen no quiso dar a Hines la satisfacción de saber que no era bien recibido. Paul sabía que su mujer detestaba la presencia de aquel hombre en su casa, pero le estrechó la mano y dijo: «Mucho gusto en conocerlo». —Simon se mordisqueó el labio inferior—. Como si no lo hubiera visto nunca. Y él le siguió el juego.

—Por eso no dejó Hines ningún recuerdo en Stella White —dedujo Charlie—. Porque Helen lo trató como si fuera un fotógrafo de prensa más.

—Exactamente —dijo Simon afirmando con la cabeza.

—Y el lunes pasado se presentó en la casa por segunda vez y Dillon White lo vio de lejos, y se acordó de que ya lo había visto el día de «más allá» —dijo Charlie, resumiendo la hipótesis de Simon—. Se quedó todo el día y al final mató a Helen de un disparo. Alto, un momento, ¿no dijiste que Angus Hines tenía una coartada?

Simon sonrió.

—La tiene, mejor dicho, la tenía: un hombre llamado Carl Chappell, que dijo que estuvo bebiendo con Hines en el pub Retreat, de Bethnal Green, el pasado lunes entre las tres y las siete de la tarde. Cuando Sellers nos enseñó el artículo del *Sun* que hablaba de Warren Gruff, de Bethnal Green, sonó una campanilla en mi cabeza. Gruff vive allí, su exnovia Joanne Bew mató allí a su hijo Brandon... pero yo había visto hacía poco el nombre de Bethnal Green... Y entonces lo recordé: por la coartada de Angus Hines. Antes de ponernos en camino le pedí a Sam que indagase un poco más. No tardó en averiguar que Brandon Bew fue asesinado en un piso que está encima de un pub de Bethnal Green que antes se llamaba Dog and Patridge y ahora se llama Retreat...

—Increíble —murmuró Charlie.

—... y que Carl Chappell, que fue testigo de cargo en el primer juicio de Joanne Bew, declaró haber visto a la madre asfixiar al pequeño. Sam habló con Chappell. Angus Hines le había dado el número de móvil de Chappell cuando dijo que este era su coartada. Chappell estaba muy borracho y además era un cretino, y cuando Sam lo presionó a propósito de haber estado con Hines el lunes pasado, dijo, para fanfarronear de su suerte económica, que Angus Hines le había dado mil libras en metálico por servirle de coartada, de falsa coartada. También dijo que alguien más, un hombre al que había visto en la caja tonta algunas veces, un tipo corpulento, rubio, con cuello de toro, le dio dos de los grandes por no testificar en el segundo juicio de Joanne, alegando que no había visto nada la noche que murió Brandon, que estaba demasiado borracho.

—¿Laurie Nattrass? —preguntó Charlie. ¿Qué otro podía ser?

—Ese. Nattrass —dijo Simon con voz enfadada—. Don Justicia Para Todos. Seguramente quería que absolvieran a Joanne Bew la segunda vez porque sabía que eso enturbiaría la imagen de Duffy: otra mujer inocente encarcelada por su culpa. Y Chappell no fue el único al que sobornó Nattrass: también dio dinero a Warren Gruff, para que no le rompiera los brazos y las piernas a Chappell cuando este dijo que no iba a declarar contra Joanne.

—¿Cómo coño sabes todo eso? —preguntó Charlie.

—La segunda llamada que he recibido era de Gibbs —dijo Simon—. Gruff ha confesado que agredió a Jaggard y mató a Duffy. Está detenido y ha cantado, hasta cierto punto al menos. Yo creía que el Cerebro, o sea Angus Hines, tenía

alguna clase de influencia sobre Gruff, pero por lo que Gruff dice, es más bien un caso de lealtad mal entendida. Gruff creía que Hines era la única persona que lo comprendía realmente: Hines había perdido dos niños y él uno. Hines había sido maltratado en la prensa por Nattrass y otros comentaristas por decir que creía en la culpabilidad de su mujer, a pesar de lo cual se mantuvo firme. Gruff lo admira. Por eso mató a Duffy, la mujer que hizo lo que pudo por condenar a la asesina de su pequeño, aunque fue el último trabajo que accedió a hacer, dado que formaba parte del gran plan de Hines. Gruff admiraba a Duffy, pero su héroe es Hines. Habría hecho cualquier cosa que le dijera: su papel era el de ayudante. ¿La foto de Gruff que nos enseñó Sellers en el ordenador? Se la hizo Angus Hines para el *Daily Express* después del segundo juicio de Joanne Bew, momento en que Gruff volvió a ser noticia brevemente. Así se conocieron Hines y Gruff. Es posible que Hines sintiera auténtica simpatía por Gruff, ¿quién sabe? En cualquier caso, sabía muy bien cómo manipularlo.

—Has dicho «el gran plan de Hines» —dijo Charlie—. ¿Cuál era?

—Gibbs dice que Gruff no lo contará, alega que no es suficientemente listo para explicarlo como es debido. Dice que Hines no se lo perdonaría nunca si hablara para protegerse. Hines es el único que tiene que explicarlo, ya que el plan es suyo.

Charlie no soportaba la idea de que Gruff admirase a Duffy y a pesar de todo la hubiera matado. Habría podido recuperar la cordura en aquel momento, haber hecho caso a su instinto y haber dicho basta. ¿Por qué su mitificación de Angus Hines no había terminado cuando Hines le había pedido que matase a una persona que según el propio Gruff no merecía morir?

Charlie no había contado a Simon que Duffy no había querido abrir la puerta cuando llegó Gruff, que ella, Charlie, había insistido porque se había sentido demasiado cohibida para el momento de franqueza que la médica parecía buscar.

«Olvidémoslo».

«No, afróntalo».

Había esperado sentirse culpable por la muerte de Duffy, pero, por extraño que pareciese, no se sentía así. Imaginaba lo que Duffy habría dicho: «Que no salvaras una vida no te convierte en mala persona, como el hecho de salvar varias no te convierte en buena». En fin, algo parecido.

—¿Sabes por qué Angus Hines eligió a Carl Chappell para comprarse una coartada? —preguntó Simon, mirando por la ventanilla la casa de Stella White—. Porque sabía que Nattrass ya lo había sobornado.

—¿Cómo pudo averiguarlo? —preguntó Charlie.

—Se lo dijo el propio Chappell. Hines localizó a Chappell, le contó que había investigado los casos de muerte infantil en los que Judith Duffy había

aparecido como perito. Quería saber por qué el testigo presencial del asesinato de Brandon Bew había cambiado su declaración. Obtuvo la respuesta por el precio de una botella de whisky. Chappell estaba borracho perdido cuando quiso reconstruir lo que le había dicho Hines, pero por lo que Sam coligió, parece que Angus Hines pensaba servirse de las mismas personas que Natrass, pero para obtener el efecto contrario, un efecto que habría sacado de quicio a Natrass si se hubiera enterado. Era uno de sus pequeños juegos de poder: demostrarse a sí mismo que quien movía las piezas del tablero era él y no Natrass. Le dijo a Chappell: «Quien te paga ahora soy yo, no lo olvides». Supongo que eligió a Gruff como cómplice delictivo por la misma razón: Natrass había manipulado ya a Gruff, así que Hines tenía que demostrar que él podía manejarlo con más eficacia. Bueno, hasta cierto punto.

—No haces más que repetir eso —dijo Charlie—. Warren Gruff ha cantado *hasta cierto punto*, Angus Hines manipulaba a Gruff *hasta cierto punto*...

—Así es —dijo Simon a la defensiva—. Hasta el punto de que nada más insinuar que íbamos por ellos, Warren Gruff y Carl Chappell han delatado a Angus Hines. Hines es listo: sabía que ocurriría, sabía que no podía confiar en que Gruff y Chappell tuvieran la boca cerrada. No le importa. Quiere que sepamos que es él, que siempre lo ha sido, desde el comienzo. De aquí lo de las tarjetas. Quería llamar nuestra atención sobre la página doscientas catorce de *Nada más que amor* porque sabía que esa pista nos conduciría a él, siempre, claro está, que entendiéramos sus claves, cosa que no ocurrió al principio de todo. Ya te he dicho que es un tipo listo. Yo creo que, como apodo, «el Cerebro» le viene que ni pintado. Concibió un plan maestro y se muere de impaciencia porque lo sepamos, para jactarse; ojalá supiera yo en qué coño consiste y si matar a Ray forma parte de él. Si Sellers no llega a tiempo a Twickenham o si Hines se ha llevado a Ray a otro sitio...

—Sellers llegará a tiempo —dijo Charlie automáticamente, aunque no tenía la menor idea al respecto.

Simon se removió y se rascó los riñones.

—Es evidente que Hines supuso que Gruff y/o Chappell lo delatarían, a él y a Laurie Natrass. Creo que le gusta la idea de que Natrass sea denunciado por pervertir el curso de la justicia: la ironía tiene que fascinarle. Natrass apoyó a Ray cuando Hines no lo hizo y atacó públicamente a Hines precisamente por no apoyarla.

—De todos modos, sería su palabra contra la de Gruff y Chappell, ¿no? —dijo Charlie—. No tiene posibilidades. Laurie Natrass se quedará tan campante; aterrizará de pie, como siempre. —Sentía una ligera desazón en el fondo de la mente. No sabía lo que era y estaba ya a punto de desistir cuando adquirió forma comprensible—. ¿Qué pista hay en la página doscientas catorce de *Nada más que amor* para que conduzca a Angus Hines?

—La tercera llamada que he recibido era de Klair Williamson —dijo Simon.

—¿De quién?

—Una sargento de policía que investiga los asesinatos Yardley-Duffy. Le pedí que hablase con Rahila Yunis, la periodista que entrevistó a Helen Yardley en la cárcel de Geddham Hall y que dice que Yardley cambió el poema.

—¿No dijo Sam que Yunis, al principio, era reacia a hablar?

—Sí —Simon afirmó con la cabeza—. Y ahora sabemos por qué: Yunis se guardó en el tintero la parte más importante de la historia. Angus Hines también estuvo allí aquel día, en Geddham Hall. No tenía por qué estar. El reglamento decía que nada de fotógrafos, pero Laurie Nattrass y Helen Yardley habían instruido a Yunis y a Hines sobre la manera de saltarse el reglamento, sobre con quién de la cárcel había que hablar para conseguirlo. Muchas funcionarias de prisiones simpatizaban con Helen y creían en su inocencia, así que se saltaron las normas por ella y Hines pudo pasar con su cámara. Los directivos del *Telegraph* hicieron una mueca al ver que Hines era el fotógrafo de aquel reportaje concreto, ya que por entonces todo el mundo sabía que Hines había dicho que su mujer era culpable y también se sabía que Helen había proclamado la inocencia de Ray Hines.

—Es comprensible —dijo Charlie.

—Desde luego. Pero según ha contado Yunis a Klair Williamson, Helen Yardley accedió a ser entrevistada con la condición de que estuviera delante un fotógrafo. No uno cualquiera, sino uno muy concreto: ni más ni menos que Angus Hines. Hines saltó de alegría. Por lo visto, Hines y Yardley ardían en deseos de conocerse. Cuando se vieron, se concentraron tanto en ellos mismos que fue como si Yunis no estuviera allí; todo esto, según Yunis. Durante casi media hora no le dirigieron la palabra ni de refilón.

—¿De qué hablaron? —preguntó Charlie.

—De Ray Hines. Helen acusó a Angus de deslealtad y trató de convencerlo de que su postura era una equivocación. Angus acusó a Helen de apoyar a Ray para promover su propia inocencia, utilizando a Ray como emblema de su propia causa.

—Interesante —dijo Charlie—. ¿Y qué tenían que ver con eso los dos poemas, el del microbio y del «espacio en blanco»?

—Cuando Helen dijo que «El microbio» era su poema predilecto, Angus rompió a reír y la acusó de ser idiota. «Pero los científicos, que deben de saberlo, / nos aseguran que ha de ser así: / ¡Oh, no dudemos nunca jamás / de lo que nadie sabe con seguridad!» —recitó Simon—. Para Helen, el poema retrataba la arrogancia de Judith Duffy al creerla culpable, pero Angus le señaló que podría aplicarse igualmente a Russell Meredew y a los demás médicos que declararon a favor de Helen. Estaban tan convencidos de ser los amos de la verdad como Duffy. Los peritos de ambos bandos dijeron a los miembros del jurado que no dudaran nunca jamás de lo que nadie sabía con seguridad. Según Rahila Yunis, Angus dio las gracias a Helen por darle a conocer «El microbio» y le dijo que también era ya su poema predilecto, porque validaba todas las dudas que había tenido sobre Ray, Helen, Sarah

Jaggard, mujeres que alegaron muerte súbita infantil cuando fueron acusadas de asesinato. Yunis contó a Klair Williamson que Helen quedó visiblemente afectada cuando Angus dijo aquello, aunque hasta entonces ningún comentario del hombre parecía haberla molestado. Poco después de burlarse Angus de la elección del poema por parte de Helen, esta puso fin a la entrevista. Un par de horas después, Laurie Nattrass habló por teléfono con Yunis y le dijo: «No sé qué le habrá dicho Angus Hines porque Helen no me lo ha contado, pero nunca la he visto tan furiosa». Lo único que al parecer contó Helen a Nattrass fue que Hines se había burlado de ella, que la había humillado. En el *Telegraph* no apareció ningún artículo; Nattrass le dijo a Yunis que lo retirase o se quedaría sin trabajo. Yunis creyó que Nattrass lo decía en serio y obedeció. No le gusta hablar del asunto porque Nattrass la humilló, la asustó para que retirase un buen reportaje.

—Entonces, Helen mintió en el libro en lo relativo al poema que al parecer era tan importante para ella —dijo Charlie con actitud meditabunda.

—No solo mintió —dijo Simon—. Además, pirateó. Bueno, más o menos. «Espacio en blanco» es el poema favorito de Rahila Yunis. Se lo dijo a Helen antes de que Angus Hines metiera baza y señalase que «El microbio» no significaba lo que Helen había pensado. Joder. —Stella White acababa de aparecer en la puerta del número 16 y miraba con expresión intrigada hacia donde estaban ellos—. Debe de preguntarse por qué estamos aparcados delante de su casa y no entramos —añadió Simon—. ¿Tienes las fotos?

—Sí. —Charlie bajó del coche y se estiró. Sus rodillas emitieron un crujido, como si hubiera estado inmóvil durante años. Iba a echar a andar hacia la casa de Stella cuando Simon la retuvo.

—Cuando terminemos aquí, nos vamos a casa —dijo el hombre—. Directamente.

—De acuerdo. ¿Puedo preguntarte para qué?

—Claro que puedes. —Simon se alejó de ella y saludó a Stella en voz alta.

—¿Es para algo malo? —dijo Charlie a su espalda.

—Esperemos que no mucho —dijo Simon por encima del hombro.

Y como Simon cruzaba ya la puerta, Charlie no pudo preguntarle nada más sin arriesgarse a que la oyeran oídos ajenos.

Dillon estaba sentado en el sofá, dando patadas al mueble con los talones.

—He tenido que apartarlo a rastras de las carreras —dijo Stella—. Pensé que aquí les prestaría más atención, para variar.

El niño ponía cara de no pensar como su madre, pero no dijo nada.

—Tiene usted muy buen aspecto —dijo Simon a Stella—. Mejor que la última

vez.

—Estoy en remisión —dijo Stella—. Lo he sabido hoy. Apenas puedo creerlo, pero ¿qué quieren?

—Muy bien —Charlie le sonrió. «Directamente a casa» solo podía significar una cosa...

—Hola, Dillon —dijo Simon con cierta torpeza.

—Hola —respondió el niño con voz monacorde.

Charlie no habría sabido decidir cuál de los dos tenía más don de gentes.

Simon alargó la mano y Charlie le dio las fotos.

—Voy a enseñarte unas fotografías —dijo Simon a Dillon—. Me gustaría que me dijeras quiénes son.

Dillon asintió con la cabeza. Simon se las enseñó una por una, empezando por la de Glen Jaggard.

—No lo sé —dijo el niño. La misma respuesta recibió la de Sebastian Brownlee.

—¿Y este? —Simon le puso delante una foto de Paul Yardley.

—Tío Paul.

—¿Y este? —Laurie Natrass.

—Lo he visto —dijo Dillon, animado de repente—. Ha estado muchas veces en casa de tía Helen. Una vez yo estaba jugando fuera y me dijo que tuviera cuidado de no alejarme, y me dijo una palabra muy fea.

—¿Y este?

Los ojos de Dillon chispearon.

—Es él —dijo sonriendo a Simon—. El hombre del paraguas mágico.

La foto era de Angus Hines.

Lunes, 12 de octubre de 2009

—Cuando Ray se presentó en mi casa nada más salir en libertad...

—También era mi casa —lo interrumpe Ray.

—Nuestra casa —rectifica Angus—. Cuando se presentó, me dio mucha alegría. Mientras estuvo en la cárcel, yo había ideado el test perfecto. Yo lo llamo Test Hines de la Culpabilidad. —Los ojos de Ray me dirigen una súplica: «escucha lo que dice, dale una oportunidad. Por raro que te parezca todo esto, no te vayas».

Me digo que Hugo está en la habitación contigua. No está tan cerca como estaría si nos encontráramos en otra casa, pero aun así está cerca. Si grito, me oírán. Si la situación se vuelve insoportable, me llevará lejos de aquí y de Angus, que ahora sé que es un asesino.

Angus Hines: creador de tablas de probabilidades, organizador de cuadrados numéricos. Él me envió las tarjetas. Por lo visto yo tenía que deducir lo que significaban, del mismo modo que tenía que deducirlo cuando me mandó la lista de las personas contra las que Judith Duffy había declarado en tribunales de lo criminal y lo familiar. Él me envió las dos fotos de la mano de Helen Yardley. ¿Las hizo inmediatamente antes de matarla?

Me dio mala espina desde el momento en que lo conocí: tan mala que lo encerré. El instinto debió de gritarme que era peligroso. Ray también le tuvo miedo en cierto momento. ¿Por qué ya no se lo tiene?

—Llevé a Ray al que había sido nuestro dormitorio —dice—. La habitación a cuya ventana se había encaramado para fumar un cigarrillo, sentada en el alféizar. Abrí la ventana, la arrastré hacia ella. Hice que asomara la cabeza, tiré de ella y quedó con medio cuerpo suspendido en el vacío: medio cuerpo fuera, medio cuerpo dentro. Se dio cuenta de lo fácil que habría sido para mí empujarla para que cayera, si lo hubiera deseado. No habría quedado con vida después de caer.

—Usted dijo antes que no quería matarla —digo, esforzándome para que no me tiemble la voz.

—Y no quería. Como dijo Ray, si hubiera querido, lo habría hecho. Lo que quería era que comprendiese que la mataría efectivamente si no me decía la verdad. Y lo habría hecho.

—Y usted le preguntó entonces si había matado a Marcella y a Nathaniel.

—El Test Hines de la Culpabilidad: poner en peligro de muerte a una mujer que puede ser o no culpable de matar a sus hijos. Convencerla de que la matarás si no dice la verdad, pero que la dejarás vivir si la dice. Sea cual sea la verdad, la dejarás vivir si la dice: hay que explicarlo así. Luego hay que preguntarle si cometió los asesinatos. Sea cual fuere la primera respuesta, no hay que darla por válida. Hay que seguir ordenándole que diga la verdad, como si no mereciera ningún crédito lo que ha dicho. Si cambia la respuesta, hay que repetirlo todo. Hay que ordenarle que diga la verdad, una y otra vez, y al final estará tan asustada y será tan incapaz de inventar una respuesta falsa que confesará la verdad. Cuando se llega a ese momento, se acaban las desviaciones y los cambios de versión: a partir de entonces se aferrará a una sola versión y esa será la versión auténtica de los hechos. Si siguen las desviaciones y las modificaciones de tal modo que es imposible saber la verdad, entonces hay que matarla, tal como se ha prometido.

«No lo interrumpas. No discutas con él».

—Ray aprobó con un sobresaliente. —Angus sonríe a su exmujer como si todo esto fuera lo más normal del mundo. Ray tiene la mirada fija en la cámara—. No se desvió, no hizo cambios, ninguno en absoluto. Creyó realmente que iba a matarla, pero no dijo ni una sola vez que fuera culpable. Eso me demostró que me había equivocado, que había sido injusto con ella.

—Era imposible que admitiera haber matado a mis hijos porque no los maté —dice Ray con tranquilidad—. Ni por nadie ni por nada. Ni aunque Angus fuera a matarme.

—¿Contaste a la policía lo que te hizo Angus?

—No. Puede que te cueste entenderlo, pero... yo sabía que no era Angus quien abría la ventana y... No fue él. Fueron su dolor, su sufrimiento, no el verdadero Angus, el que existía antes de la llegada del dolor. Además... tampoco entenderás esto, pero yo lo respetaba por dudar de mi inocencia. Su deber como padre era hacer lo que fuese mejor para Marcella y Nathaniel, aun después de muertos. *Sobre todo*, después de muertos. Si muchas personas inteligentes pensaban que los había matado yo, ¿cómo podía no tenerlo en cuenta? Habría sido defraudar a sus hijos. Y...

—¿Qué?

—Yo comprendía perfectamente cómo se sentía en relación conmigo, porque era lo que yo sentía en relación con las demás mujeres: Helen Yardley, Sarah Jaggard...

—Antes te pregunté si creías que Helen era culpable. Dijiste que no.

—Nunca creí que fuera culpable. —Ray se inclina hacia delante—. Pero pensaba que podía serlo. Lo mismo puedo decir de Sarah Jaggard. Hay una gran diferencia. Estoy de acuerdo con Angus: cuantas más supuestas víctimas de errores judiciales hay, más culpables habrá entre ellas que se camuflan entre las inocentes.

El Teorema Probabilístico de Hines . Pienso en Joanne Bew. En Lorna Keast.

—Yo no quería relacionarme con Helen ni con Sarah, ni dentro ni fuera de un documental televisivo, porque no sabía si eran asesinas o no —prosigue Ray.

«Pero sí sabes que Angus es un asesino y sin embargo planeas casarte con él».

—Usted quería averiguarlo, ¿no? —le pregunto a él—. Su Test de la Culpabilidad había funcionado con Ray, así que decidió utilizarlo con Helen.

—Ray no tuvo nada que ver con eso —dice Angus—. Comenté con ella mi Teorema Probabilístico, pero no le dije lo que me proponía.

—Usted quería que otros pagaran por su dolor y su sufrimiento, pero Ray era inocente, así que no podía pagar. Y aunque por entonces estaba convencido de que la causa de la muerte de sus hijos había sido una vacuna, ¿quién podía compensarle por eso? ¿Wendy Whitehead? No, ella estaba de parte de Ray y contra la vacuna. Habría sido difícil culpar a uno o varios individuos. Era mucho más sencillo aplicar su test de culpabilidad a una asesina de niños: Helen Yardley o Sarah Jaggard. Si Ray no era culpable, ellas podían serlo y en ese caso usted haría que lo pagasen.

—Encargué el caso de Sarah Jaggard a otra persona —dice Angus—. Hizo una chapuza: se le ocurrió abordarla a la luz del día y en lugar público, y fue interrumpido. Por eso le hice el test a Helen personalmente, aunque seguramente se lo habría hecho de todas formas. Sarah Jaggard mató, o no mató, a un niño que no era suyo. Ella me interesaba menos.

—Usted mató a Helen Yardley —dije, ya con el estómago revuelto—. Le pegó un tiro en la cabeza.

—Sí, fui yo. —«Lo ha dicho. Lo ha confesado ante la cámara».

—Y mató también a Judith Duffy.

—Sí. La policía parecía decidida a confundirme con un justiciero partidario de Duffy. Tenía que dejar las cosas claras. Necesitaban una lección de verdad e imparcialidad. De objetividad. ¿Cómo se puede juzgar si no se es imparcial? Duffy cometió errores: fue la primera en admitirlo.

Ray lloraba.

—¿Por qué no acudiste a la policía? —le pregunto—. Debería haberse sabido nada más morir Helen...

—No tenía pruebas.

—Pero tú sabías lo que él te había hecho.

—Era su palabra contra la mía. —Se seca los ojos—. Habría podido acusarme

por calumnias y... no quería hacerle daño, no quería que sufriera más de lo que ya había sufrido. *Esto* es lo que yo quería: que él contara su versión de los hechos. Yo sabía que no podría seguir con lo que hacía, pero... pero quería que terminase como debe ser y pensé que podía convencerlo.

—¿Casamiento y un nuevo niño a cambio de confesar y dejar de matar? —digo. «Un niño de Laurie Nattrass».

Ray hizo una mueca al oír la verdad sin adornos.

—Ray tiene razón —dice Angus, cogiéndole la mano. Ray se apoya en él. *Todavía lo ama* —. Es lo mejor. Yo necesitaba estar preparado para contar mi versión.

¿Es eso lo que ha estado haciendo arriba, mientras Ray y yo hablábamos?
¿Prepararse?

—Judith Duffy murió mientras esperabas a que estuviera preparado —le digo a Ray.

—Ya lo sé, Fliss. ¿Cómo crees que me siento?

—A Judith no le importó —dice Angus.

Lo miro sin poder creer lo que oigo.

—¿No le importó ser asesinada?

—No. Sus hijas la habían repudiado, ella había perdido su credibilidad profesional y estaban a punto de inhabilitarla, era lo más probable. Ya no tenía nada por lo que vivir, se había quedado sin asideros: la protección de los niños, la entrega de los responsables a la justicia. Creo que habría estado de acuerdo con el Test Hines de la Culpabilidad.

—Escucha, Fliss —dice Ray. Percibo desesperación en su voz—. Sé lo que estás pensando, pero todo irá bien ahora. Se ha terminado. Angus se puso a prueba, pero eso ha terminado. Él lo sabe; y lo acepta. Sé que crees que debo abandonarlo y odiarlo, pero no puedo, porque *este no es él*.

—¿Usted está de acuerdo? —pregunto a Angus.

—Sí —responde el hombre sin vacilar—. Yo no era así antes. Antes era Angus Hines. Ahora soy... otra cosa, no sé el qué.

Siento un escalofrío que me recorre de pies a cabeza. Debe de ser aterrador convertirte en algo que ya no reconoces, que sabes que ya no eres tú —algo ingobernable y horrible—, y que no eres capaz de definir ni de sentir su horror.

—Angus irá a la cárcel, pero no estará solo en el mundo —dice Ray—. Será castigado como manda la ley por lo que ha hecho, pero tendrá esperanza,

tendrá una razón para seguir adelante, tendrá otro niño al que amar y me tendrá a mí. Aunque pasemos muchos años separados, le escribiré, lo visitaré, le llevaré a nuestro pequeño...

—¿Qué significan los dieciséis números? —pregunto.

—Significan que Helen Yardley era una embustera —dice Angus—. Y si ella era una embustera, también podía serlo Sarah Jaggard. Y todas las demás. Cuando Laurie Nattrass lo comprendió, yo esperaba que fuera un poco más riguroso en la selección de las personas cuya causa defendía. Esperaba lo mismo de usted, cuando supe que iba a encargarse de la película. Y en cuanto a la policía, no podrá decir que no jugué limpio. Cada vez que mataba, dejaba una tarjeta. Lo único que tenían que hacer era estrujarse los sesos, así habrían adivinado que la persona con más probabilidades de estar llamando su atención sobre los dieciséis números era yo. Yo les daba toda la información que necesitaban para identificarme. —Sonríe.

«Está loco».

«Pero “este no es él”. Es su dolor y su sufrimiento, no el auténtico Angus Hines, el que Ray ama y al que quiere ayudar».

—¿Cuál es la conexión entre los números y usted? —le pregunto.

—Si es usted lista, lo averiguará —dice.

—No importa —murmura Ray—. Lo único que importa es que ya ha terminado todo, Fliss, y que vas a hacer un programa que contará toda la verdad de lo ocurrido. Harás eso por nosotros, ¿verdad? ¿Por nosotros, por nuestro hijo... y para que se sepa?

—Sí. Sí, lo haré.

Hay otra pregunta que quiero hacerle a Angus, la he aplazado todo lo que he podido, porque no quiero oír la respuesta.

—¿Qué le dijo Helen cuando le hizo usted el Test de la Culpabilidad?

Angus me sonríe.

—Es inútil —dice Ray—. No te lo diré.

—¿Confesó haber matado a sus hijos? ¿Repitió durante toda la prueba que era inocente, como Ray?

—Le gustaría saberlo, ¿eh?

—¿Lo sabes tú? —pregunto a Ray.

Ray niega con la cabeza.

—¿Qué pasó el lunes 5 de octubre? —digo a Angus, como si fuese una pregunta diferente de la que ya le he hecho dos veces—. Dígame cómo le hizo su Test a Helen. No finja que no quiere hablar. Usted quiere que yo me dé cuenta de lo inteligente que es.

—Está bien —dice inmediatamente—. Se lo contaré.

«¿Así de sencillo?».

Oigo el timbre de la puerta.

—No dan un premio por adivinar quién es —dice Angus—. Llamara quien llamase antes, usted le dijo que avisara a la policía.

—Se equivoca.

Oigo pasos, oigo abrirse la puerta de la calle. «No. Ahora no».

—¿Hay alguien más en la casa? —El rostro de Ray refleja angustia.

—Tranquila —le digo—. Seguimos filmando.

La puerta del gabinete se abre unos centímetros y veo en primer término a un hombretón sudoroso de pelo rubio alborotado y detrás la estúpida cara del desobediente Hugo. ¿Desde cuándo quedarse sentado en silencio y sin hacer absolutamente nada significa dejar entrar en la casa a los desconocidos?

—Esperen en la habitación de al lado —les suelto.

—Soy el agente Colin Sel...

—Me importa poco quién sea usted. Salga, cierre la puerta y espere —digo a toda velocidad, antes de que mi resolución se debilite—. Estamos ocupados. —Sellers ve en mis ojos algo que lo convence, porque se retira sin decir ni pío.

—Gracias —dice Ray cuando se ha ido el agente.

Acerco la cámara a Angus para que su cara llene el encuadre.

—Cuando quiera —le digo.

The Times

Martes, 29 de junio de 2010

MUJER CONDENADA INJUSTAMENTE POR INFANTICIDIO, ABSUELTA

Dorne Llewellyn, de sesenta y tres años, de Port Talbot, salió ayer en libertad del Juzgado Real de Cardiff, tras haber sido declarada inocente en segunda audiencia de la muerte del niño de nueve meses Benjamin Evans, acaecida en 2000. La decisión de absolver a la acusada fue tan unánime como el veredicto de culpabilidad del primer proceso. En abril de 2001, en la misma sala, el fiscal convenció a los doce jurados que la señora Llewellyn mató zarandeando al pequeño Benjamin mientras lo cuidaba. Pasó por ello nueve años en prisión.

La señora Llewellyn es una de las muchas mujeres condenadas a causa de la declaración pericial de la doctora Judith Duffy, que fue asesinada en octubre del año pasado. En el momento de su muerte, la doctora Duffy estaba siendo investigada por falta de ética profesional. Según su declaración, lo que demostraba que Benjamin había sido zarandeado era una hemorragia cerebral, pero la perito no dijo que había indicios de otras hemorragias. El segundo jurado fue convencido por cinco peritos médicos designados independientemente de que no había base para condenar a la señora Llewellyn por homicidio intencionado, pues solo había cuidado al niño en una ocasión y las hemorragias cerebrales eran anteriores. La señora Llewellyn, sus amistades y sus familiares lloraron de emoción al salir del juzgado, una vez que oyeron el veredicto de «inocente».

Laurie Nattrass, presidente de JPCI, ha declarado en nombre de la señora Llewellyn: «El jurado ha puesto de manifiesto su profundo desdén por esta demente e infundada acusación de asesinato al reaparecer con un veredicto unánime de inocencia después de deliberar excepcionalmente durante cuarenta minutos. Deberíamos felicitarnos por este triunfo de la justicia sobre sus enemigos». El señor Nattrass añadió: «En la actualidad, el enemigo más peligroso es Tom Astrow, a quien solo podemos calificar de criminalmente idiota». El profesor Astrow, presidente de la Comisión para la Revisión de Casos Criminales, ha propuesto que en determinados casos en que se discuta la posibilidad de malos tratos infantiles, el jurado y los periodistas abandonen la sala mientras el juez analiza las pruebas médicas con dos peritos. El profesor Astrow declaró el lunes a *The Times*: «Un jurado profano no está capacitado para asimilar las complejísticas discrepancias entre peritos en lo relativo a temas médicos».

El señor Nattrass no está de acuerdo: «La propuesta de Astrow es una insensatez de la peor especie y otro aterrador subproducto de la fiebre de falsas acusaciones sembrada por Judith Duffy y su paranoica cohorte de pediatras en busca de culpables. Excluir jurados por la suposición de que son demasiado lerdos para entender las pruebas médicas es claramente inmoral, así como injusto. El doctor Russell Meredew, Oficial de la Orden del Imperio Británico y autor de algunos de los más brillantes artículos que se hayan

escrito sobre muertes súbitas infantiles, califica de idiotez supina la declaración de Judith Duffy en el primer juicio de Dorne Llewellyn. Incluso un profano puede entender eso. En vez de desestimar a los jurados por imbéciles y excluirlos, ¿por qué no se excluye a los peritos parciales, taimados y arrogantes? ¿Qué clase de sistema judicial es el que espera que los jurados lleguen a un veredicto cuando, para que no se despisten, se les impide conocer pruebas que se consideran demasiado polémicas? En cuanto a echar a los periodistas de la sala, apenas puedo creer que alguien que ocupe un cargo como el que ocupa Astrow pueda defender en pleno siglo XXI esta vuelta al oscurantismo. JPCI luchará con todos sus recursos para que las propuestas de Astrow se entiendan como lo que son, barbaridades que hay que rechazar». No contamos con ningún comentario del profesor Astrow, ya que no pudo ser localizado.

La cuna vacía:

la tragedia de una familia

por FELICITY BENSON

Dedico este libro a la memoria de mi padre, Melvyn Benson.

Agradecimientos

Doy las gracias a Ray y Angus Hines por permitirme contar su historia.

Doy las gracias asimismo a todos los miembros de la policía de la brigada criminal de Culver Valley, en especial al sargento Sam Kombothekra, por su inestimable generosidad y su conmovedora paciencia.

Estoy también en deuda con Julian Lance, Wendy Whitehead, Jackie Fletcher y el contingente de JABS, Paul Yardley, Glen y Sarah Jaggard, Ned Vento, Gillian Howard, doctor Russell Meredith, doctor Phil Dennison, doctor Jack Pelham, Rahila Yunis, Gaynor Mundy, Leah Gould, Stella White, Beryl Murie, Fiona Sharp, Antonia Duffy, Grace y Hannah Brownlee.

Gracias a Laurie por darme la oportunidad.

Gracias a Tamsin y a la peña de Better Brother Productions.

En último pero no por ello menos importante, lugar, gracias también a ti, Hugo, por tu incesante apoyo y por predecir acertadamente que algún día te querría más que a tu casa. Aunque solo un poco más.

Introducción

El lunes 5 de octubre de 2009, Angus Hines se levantó a las seis de la mañana, subió a un coche alquilado y desde su domicilio, situado en el barrio londinense de Notting Hill, se dirigió a Spilling, en Culver Valley. Su punto de destino era el número 9 de Bengoe Street, casa de Helen Yardley. Durante el trayecto escuchó el programa *Today* de BBC Radio 4. Paul, el marido de Helen, se había ido ya a trabajar, así que Helen estaba sola cuando llegó Angus, a las 8.20 de la mañana. Era un soleado día de otoño, con mucha luz y cielo despejado, sin ninguna nube a la vista.

Probablemente llamó al timbre de la puerta. Helen, sin duda, lo hizo pasar, aunque las relaciones entre ambos no eran cordiales y la última vez que se habían visto habían discutido. Angus pasó todo el día con Helen en la casa. Estuvieron solos. En cierto momento, Angus sacó una pistola que había conseguido a través de un conocido, una Beretta M9 de 9 milímetros. A las cinco en punto de la tarde disparó un tiro a Helen porque, según su propia declaración, la mujer no había aprobado un test que había ideado para ella, mejor dicho, no específicamente para ella, sino para todas las mujeres acusadas de matar niños que alegaban ser inocentes, mujeres como Sarah

Jaggard, Dorne Llewellyn y, cómo no, la propia esposa de Angus, Ray. Fue su conexión personal con un caso de esta índole lo que lo impulsó a elaborar este test que él mismo denomina, no sin ironía, «Test Hines de la Culpabilidad», aunque en dos ocasiones me preguntó si no debería cambiar el nombre por el de «Test Hines de la Verdad». He aquí sus reglas, según sus propias palabras:

Poner en peligro de muerte a una mujer que puede ser o no culpable de matar a sus hijos. Convencerla de que la matarás si no dice la verdad, pero que la dejarás vivir si la dice. Sea cual sea la verdad, la dejarás vivir si la dice: hay que explicarlo así. Luego hay que preguntarle si cometió los asesinatos. Sea cual fuere la primera respuesta, no hay que darla por válida. Hay que seguir ordenándole que diga la verdad, como si no mereciera ningún crédito lo que ha dicho. Si cambia la respuesta, hay que repetirlo todo. Hay que ordenarle que diga la verdad, una y otra vez, y al final estará tan asustada y será tan incapaz de inventar una respuesta falsa que confesará la verdad. Cuando se llega a ese momento, se acaban las desviaciones y los cambios de versión: a partir de entonces se aferrará a una sola versión y esa será la versión auténtica de los hechos. Si siguen las desviaciones y las modificaciones de tal modo que es imposible saber la verdad, entonces hay que matarla, tal como se ha prometido.

Las dos primeras veces que le pregunté a Angus por lo sucedido cuando sometió a Helen Yardley a su Test de la Culpabilidad, no me lo dijo. Me pinchó diciendo: «Le gustaría saberlo, ¿eh?» y parecía disfrutar de su superior conocimiento y mi frustrada ignorancia. De súbito, y sin que al parecer mediase ningún motivo, cambió de idea y me anunció que estaba dispuesto a contarme lo que ocurrió en casa de Helen el lunes 5 de octubre. Su relación de los hechos duró casi tres horas. Resumiré la información en poquísimas palabras y ahorraré a quienes lean esto los aspectos más escalofriantes de la historia; yo, personalmente, me los habría ahorrado todos.

Angus me contó que Helen estuvo muy poco tiempo —menos de media hora— cambiando su versión y pasando de la inocencia a la culpabilidad, hasta que finalmente admitió haber asfixiado a sus dos pequeños. Por eso le pegó un tiro, según él: para castigarla, porque era una asesina. Pero antes de dispararle estuvo varias horas escuchando su larga confesión, una confesión completa: lo que había hecho, por qué lo había hecho y cómo se sintió.

El presente libro recoge la historia de la familia Hines —Ray, Angus, Marcella y Nathaniel— y la investigación policial de los asesinatos de Helen Yardley y Judith Duffy. La historia no empieza por el asesinato de Helen Yardley a manos de Angus Hines. En la medida en que podemos decidir el origen de una historia, yo diría que esta empezó en 1998, cuando Angus y Ray Hines tuvieron a su primogénita, Marcella. He empezado por un episodio posterior, la muerte de Helen Yardley, en octubre de 2009, no porque sea violento y escalofriante, y atraiga la atención, sino porque quiero separarlo del resto del libro, porque creo que la versión que dio Angus del mismo, y la que yo reproduzco, es mentira. Hay otra razón por la que he condensado y resumido lo que Angus me contó sobre lo ocurrido aquel día en casa de Helen: que no quiero dedicar más espacio del necesario a lo que estoy convencida de que no es verdad.

Los lectores, al final del libro, se habrán formado una opinión sobre Angus y estarán en situación de juzgar por sí mismos si es un hombre que infringiría las condiciones de su propio Test de la Culpabilidad (o de la Verdad), según las cuales solo la mentira merece la muerte, y mataría a Helen Yardley a pesar de haberle contado la verdad de su culpabilidad. Tal vez piensen que no se atrevió a dejarla con vida porque lo había visto y habría podido denunciarlo a la policía. Mi impresión, por si sirve de algo, es que Angus en ningún momento tuvo miedo de ser descubierto: de hecho, repartió libremente lo que según él eran pistas claras sobre su culpabilidad, como se verá en los capítulos que siguen.

El respeto de Angus por la ley se limita a un puñado de investigadores: entre ellos, el agente Simon Waterhouse y la sargento Charlotte Zailer, por razones que se irán comprendiendo. En general, sin embargo, siente poco respeto por la policía y por el sistema legislativo, y mi hipótesis —y debo insistir en que es solo una hipótesis— es que piensa que nadie sino él merece conocer la verdad de lo ocurrido entre él y Helen Yardley el lunes 5 de octubre de 2009. Pienso que está convencido de que, en cuanto que inventor del Test de la Culpabilidad (o de la Verdad), es el único que merece conocer sus resultados.

¿Mató a Helen por eso, para que no pudiera contar a nadie su versión de lo sucedido aquel día? ¿Para ser en todo momento el único propietario de esa información? Dados el placer que siente monopolizando el conocimiento y el poder que le garantiza ante la ignorancia de los demás, ¿significa que lo que me contó es lo contrario de lo que sucedió en realidad? ¿Encontró algún placer desorientándome? Y si fue así, ¿significa eso que su Test demostró en realidad que Helen era inocente? Creo que esto es improbable porque sigue siendo un hecho que la mató de un tiro; las normas de Angus dicen claramente que a quien cuenta la verdad se le permite vivir.

Es posible que Helen vacilara en cierto momento, pero defendiera su inocencia hasta el final y que Angus, a pesar de todo, no la creyera, en cuyo caso se habría dado cuenta de que el Test fallaba. ¿Bastó esto para convencerlo de que debía matarla? Creo que es posible. También creo posible, dada las relaciones entre Helen y Angus —relaciones que se verán en las páginas que siguen—, que la mujer se negara de plano a seguirle el juego y no respondiera en absoluto. ¿Estaba decidida a enfrentarse a él, a pesar de que Angus tenía un arma? El silencio de Helen habría representado una derrota para él y ella debió de saberlo. ¿O estuvo todo el tiempo «desviando y cambiando» su versión, por emplear la terminología de Angus? ¿Contó cosas diferentes, esperando dar con una que hiciera al hombre bajar el arma y marcharse? ¿O la mató sencillamente porque no consiguió saber cuál era la verdad?

Si Angus no descubrió aquel día que su Test tenía fallos, ¿descubrió tal vez un fallo en sí mismo, al ser incapaz de cumplir las condiciones con las que se había comprometido? Antes de ser un asesino había sido un padre cariñoso que perdió a dos hijos y luego a su mujer, cuando fue acusada injustamente de haberlos matado. ¿Confesó Helen que había asfixiado a sus niños y Angus, lleno de ira y asco, no pudo contener el irresistible deseo de apretar el gatillo? Si fue eso lo que sucedió, es posible que nunca se lo cuente a nadie,

ya que se enorgullece de ser un planificador que lo controla y lo prevé todo. Nunca admitiría que se dejó vencer por las emociones porque eso sería negar las premisas de las que había partido.

Espero, como también lo esperan Paul Yardley y Hannah Brownlee, que Angus nos cuente algún día lo que sucedió realmente en Bengeo Street número 9 el lunes 5 de octubre. El proceso es lento, pero haré lo posible por minar la imagen que tiene de sí mismo como individuo superdotado que lo controla todo. He tratado de explicarle que su Test no es válido: la gente no se comporta según pautas previsibles cuando se la amenaza con una ejecución inminente. Cuando se ordena a una persona que diga la verdad sobre el acontecimiento más traumático de su vida, es posible que opte por la versión que desea creer —por ejemplo, una mentira— y se aferre a ella sobre la base de que la vida no tendría sentido si admitiera la dolorosa verdad. También es posible que cuente la verdad sin paliativos y se atenga a ella; o que titubee mientras cuenta una misma versión y pase de una variante a otra. Angus no tiene forma de saber cómo reaccionará una persona a la tortura, sea culpable o inocente. Para mí no tiene vuelta de hoja, pero él repite que me equivoco.

Se cierra en banda cuando le señalo el principal defecto de su Test: que supone juzgar, condenar y ejecutar a otros seres humanos, tres cosas que nadie debería hacer nunca. Si lo que los lectores van a leer demuestra algo, es que necesitamos comprensión y humildad, y que cuanto más tolerantes sean las personas y más aprendan a perdonar, en ellas mismas y en los demás, menos cosas habrá que necesiten ser perdonadas en este mundo. Si la voluntad de comprender y ayudar consigue reemplazar la tendencia a juzgar y condenar, incluso cuando se cometen crímenes atroces —sobre todo cuando se cometen crímenes atroces—, menos crímenes atroces se cometerán en el futuro. Un error muy extendido es la creencia de que comprender y ayudar a un delincuente significa dejar que su crimen quede impune; no se trata de esto y espero que la presente historia lo demuestre. Creo personalmente que, al margen de las medidas jurídicas que se tomen contra la persona que delinque, ningún delito queda impune: lo que hacemos tiene en nosotros un efecto del que no podemos escapar.

Antes de entregar al editor la versión definitiva de este libro, fui a visitar a Angus a la cárcel y le llevé el manuscrito. Hice que leyera esta introducción. Cuando le pregunté si tenía alguna objeción que hacer, negó con la cabeza y me lo devolvió. «Publíquelo», dijo.

Agradecimientos

Desearía dar las gracias a las siguientes personas, de todas las cuales he recibido una ayuda inestimable para escribir este libro: Mark Fletcher, Sarah Shaper, Jackie Fletcher, Mark y Cal Pannone, Guy Martland, Dan, Phoebe y Guy Jones, Adele y Norman Geras, Ken y Sue Hind, Anne Grey, Hannah Pescod, Ian Daley, Paula Cuddy, Clova McCallum, Peter Bean, David Allen, Dan Oxtoby (que, sin proponérselo, me inspiró un giro de la trama) y Judith Gribble.

Para la exposición de los temas polémicos relacionados con la muerte súbita infantil conté con la ayuda de varios expertos en medicina, sobre todo del doctor Mike Green y otras dos personas que prefieren no ser mencionadas. Estos tres expertos y algunos otros me concedieron generosamente su tiempo y sus conocimientos. Todos cuentan con mi gratitud.

Gracias igualmente a Fiona Sampson, autora del brillante poema «Anchorage» («Fondeadero»), que se reproduce en el texto y del que se ha tomado el título de la novela, y a Carcanet Press por permitirme utilizarlo. Gracias también a The Estate of Hilaire Belloc y a PFD por permitirme utilizar «The microbe» («El microbio») en este libro.

Gracias a Val McDermid, que inventó el Síndrome Inverso de L'Oréal.

Infinitas gracias a mi inspirador agente Peter Strauss, a la maravillosa Jenny Hewson y a mis magníficos editores Hodder Stoughton, en particular a Carolyn Mays, Karen Geary y Francesca Best.

No habría podido escribir esta novela si no hubiera leído tres libros: *Unexpected death in childhood*, coordinado por Peter Sidebotham y Peter Fleming; *Cherised*, de Angela Cannings y Megan Lloyd Davies, y *Stolen innocence: the Sally Clark story*, de John Batt. La experiencia de mujeres como Sally Clark, Angela Cannings y Trupti Patel inspiraron en parte *La cuna vacía*, aunque ningún personaje de mi novela, ni ningún caso descrito, se basa en personas o casos reales.

Notas

[1] Para que el mal olor espante a su nuevo ligue. Es una venganza que probablemente no ha practicado nadie, pero que en los últimos años ha generado una pequeña mitología de alusiones, chistes, anécdotas, etc., en la cultura consumista de los países anglófonos. (*Nota del traductor*) <<

[2] Blockbuster, como se sabe, es una cadena internacional de tiendas de películas y videojuegos. La palabra significa «bombazo» y, metafóricamente, «exitazo». Lockbuster significaría «descerrajadura». (*Nota del traductor*) <<



SOPHIE HANNAH (Manchester, 1971). Reconocida autora de novelas de suspense psicológico. Su obra incluye también el cuento, los libros infantiles y la poesía.

Hija del académico y escritor Norman Geras, y de la escritora Adele Geras, estudió en la Universidad de Manchester y publicó su primer libro de poemas *The Hero and the Girl Next Door* con tan solo 24 años.

Su estilo es frecuentemente comparado con los fluidos versos de Wendy Cope y el surrealismo de Lewis Carroll. En el 2004 fue nombrada como una de las poetisas de referencia del Poetry Book Society's Next Generation, y su poemario *Pessimism For Beginners*, fue seleccionado para el Premio T. S. Elliot en el 2007. Su obra poética es estudiada hoy en día en los colegios británicos.

Es además una celebrada autora de ficción, nominada al internacional IMPAC Dublin Literary Award. Sus novelas de suspense se sitúan en las listas de los libros más vendidos en varios países y han sido traducidas a más de 17 idiomas.

Durante años fue profesora en el Trinity College de Cambridge y en el Wolfson College de Oxford. Actualmente vive en West Yorkshire con su marido y sus dos hijos.

